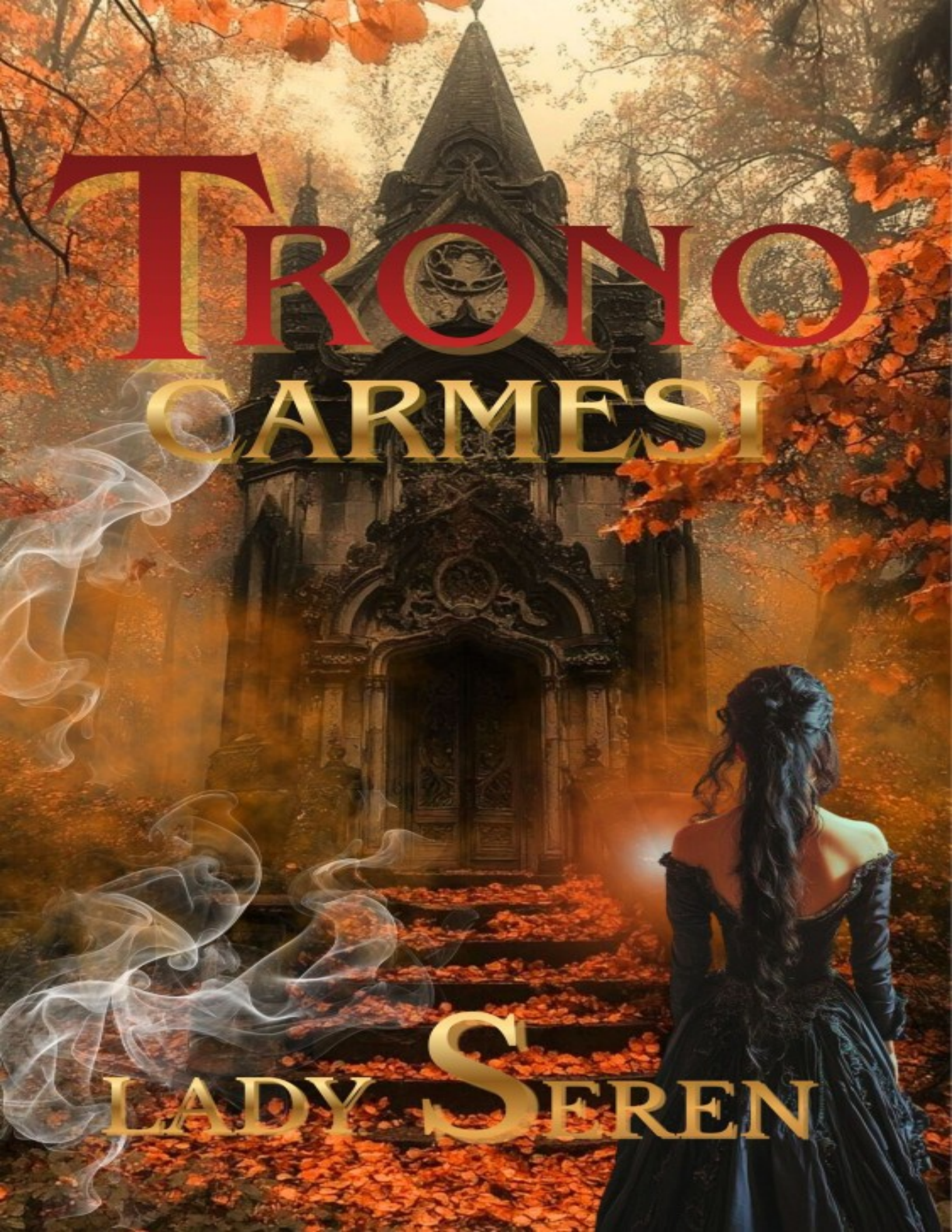
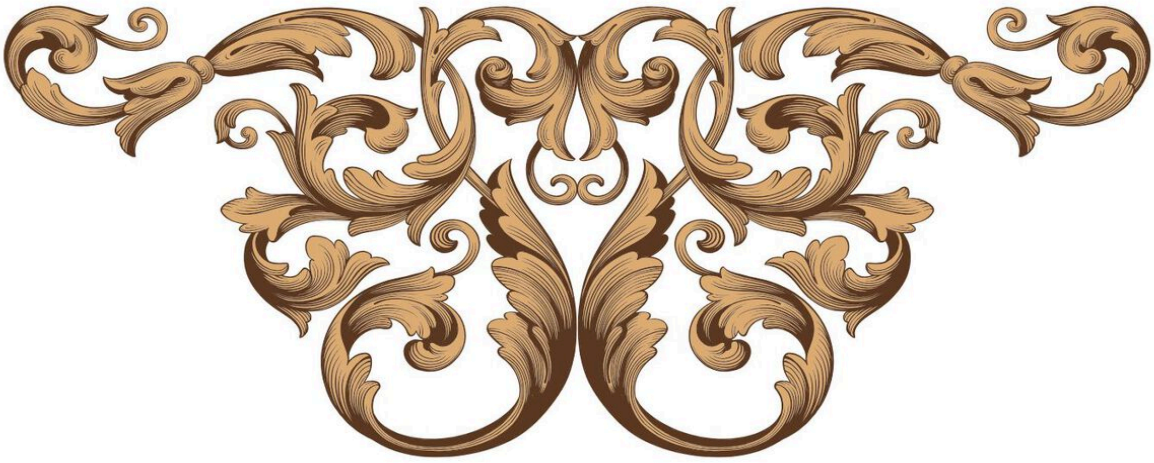
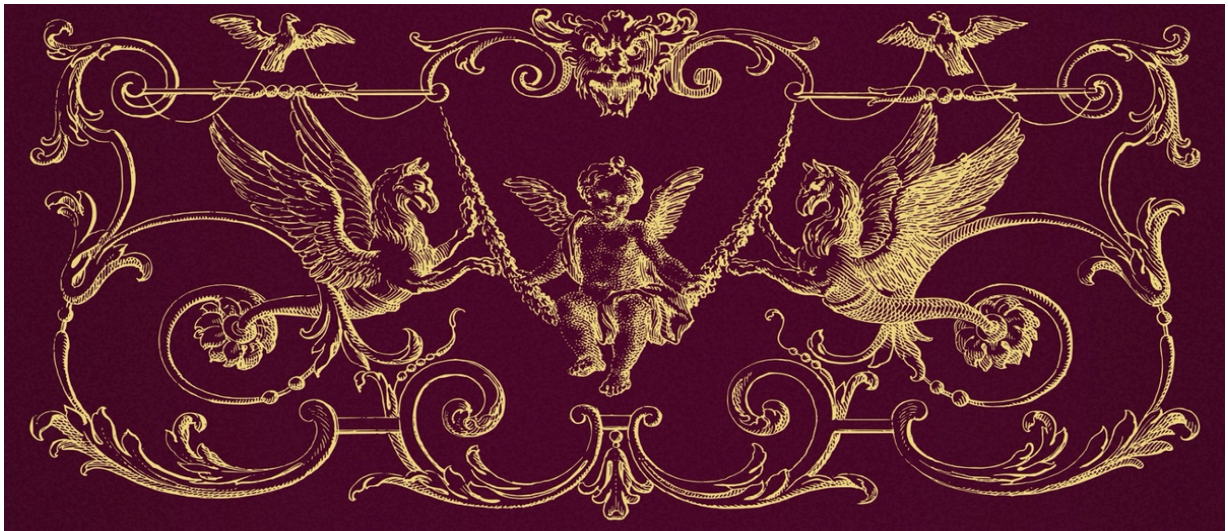

TRONO
CARMESÍ
LADY SEREN



EL TRONO CARMESÍ



CRÓNICAS DE LA CORONA OSCURA II



Te espero a diario en mis redes sociales

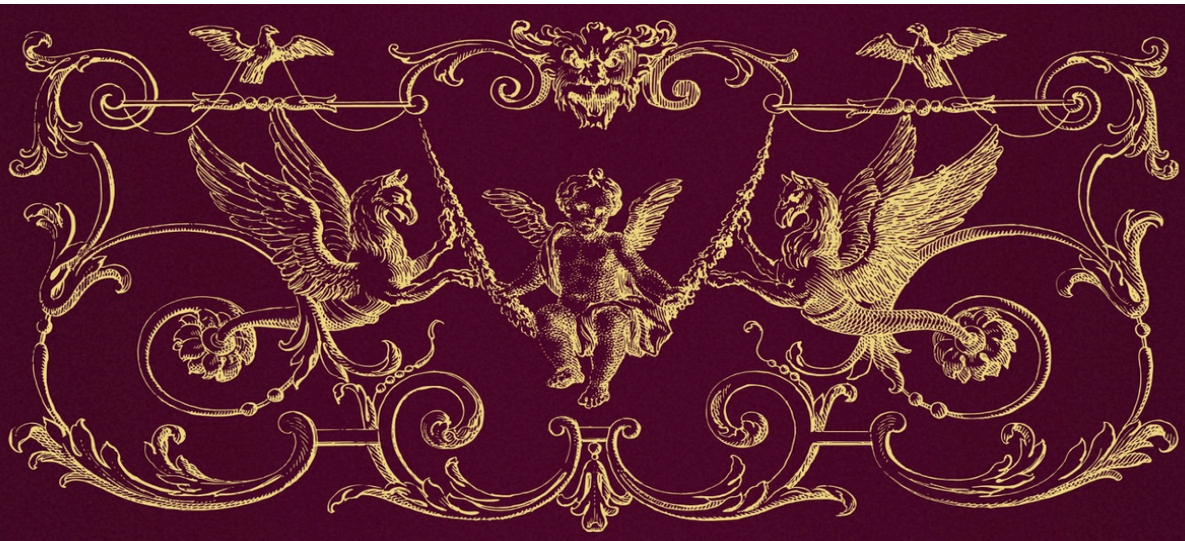
(Aviso: son adictivas)

INSTAGRAM: @SEREN.STARK.ESCRITORA

FACEBOOK: SERENDIPIA ESCRITORA

TIKTOK: @SERENSTARK.ESCRITORA





Te espero a diario en mis redes sociales
(Aviso: son adictivas)

YOUTUBE:
MOTA ROSA CHANNEL

PODCAST:
MOTA ROSA ENAMORADA





A LAS MUJERES QUE
AMAN CON EL ALMA



Índice

Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Empieza a leer…

NOTA DE LA AUTORA: Esta es la serie que comenzó con una novela que era un regalo, ya que **Si te sumas a mi newsletter,** te unes a la familia, te conviertes en Regencia de pleno derecho y te llevarás siempre un presente. Un día fue la versión corta de «La salvación del duque».

Tras eso, llegan…

Los «Vampiros Victorianos».

Una serie de **novelas románticas históricas** con el matiz oscuro del Dark Romance y la sensualidad gótica y sobrenatural que solo pueden aportar los vampiros.

Si adoras los mundos de Jane Eyre, Jane Austen y las hermanas Brönte, si disfrutas el romance histórico y el ritmo televisivo, salpicados de drama, emociones y salseo, no puedes perderte mis novelas.

Espero, de corazón, que te hagan disfrutar.

Las tienes todas en Amazon, GRATIS con la suscripción Kindle Unlimited.

Accede desde cualquier parte a través de mi web:

www.serendipiaescritor.com

Sobre todo, GRACIAS por leer y ser feliz haciéndolo.

¿TE APASIONA EL ROMANCE HISTÓRICO?



Te invito a conocer el rincón oficial de la familia Regencia.

Un espacio para compartir nuestra pasión, descubrir curiosidades de la época y charlar de cerca.

Y cuando visites mi alma…
Verás todo lo que te he escrito
en silencio.





Capítulo 1

Serena de Bravery

Londres, 1862

Aquello no tenía ningún sentido.

Agité el papel en mi mano enguantada. Lo releí para asegurarme. Un suspiro de angustia se me escapó por entre los labios. Volví a leerlo.

Ningún sentido. Ninguno.

Que yo supiera, Mila, nuestra apreciada doncella, estaba bien ubicada en una casa de huéspedes respetable, decorosa y segura, en Acacia Road. Lo bastante alejada de Flower and Dean Street, en Whitechapel, a unas cuatro millas de distancia, un barrio conflictivo, insalubre y violento, con una nefasta reputación, especialmente de noche, como para que la nota se entendiera.

Una dirección plagada de riesgo, aunque apenas relevante para un vampiro, con nuestra superioridad física y la peligrosidad que entrañábamos frente a un ser vivo ordinario. Y, no obstante, igualmente indeseable.

No, la cuestión no era que temiese desplazarme hasta allí. Mi fuerza sobrehumana y mis afilados colmillos eran más que capaces de defenderme del ataque de unos simples maleantes humanos. Solo me preguntaba…

¿Qué hacía Mila en aquel sórdido lugar? ¿Qué relación podía ella tener con los habitantes y la escoria de aquella parte de la ciudad, en qué problema se había metido, para qué me necesitaba con tanta urgencia? ¿Afectaría a algún pariente? ¿A una amiga cercana?

Era absurdo seguir devanándome los sesos, hasta que no me reuniera con ella y se explicara, yo seguiría *in albis*, ajena a todo.

Eché un último vistazo a la dirección en la misiva, la devolví al bolsillo de mi abrigo y me bajé del coche de alquiler. Había aprovechado la forzosa participación de Arthur en otra tediosa reunión de la Hermandad Real, para abandonar nuestra residencia de St. Jame´s y acudir al acuciante reclamo de mi doncella, solo tres días después de haberla despedido.

Lo que no entendía era el lugar de la convocatoria.

Ni los motivos de su emergencia, que tampoco especificaba.

El cochero abandonó la calle y, seguramente el barrio, con toda la premura que le dispensaron sus caballos, dejándome en mitad de una plazoleta sucia y asfixiante sobre la que daba la impresión de que se volcaban los maltrechos edificios. La niebla, espesa a mis pies, lamía el bajo de mis faldas, las luces temblonas tras los cristales de los ventanucos carecían de potencia, eran mortecinas, tristes, apenas alumbraban. Las farolas, no más de un trío, estaban apagadas con la sola excepción de una, que arrojaba su débil reflejo sobre los adoquines húmedos. Y en algún rincón a cierta distancia se escuchaba música, el bullicio propio de una taberna y el chillido de un niño, que también podía ser el maullido de un gato.

Aunque los callejones se veían inquietantemente desiertos, pronto empezarían a circular borrachos por allí, buscabroncas de la peor calaña y prostitutas, espectáculos lamentables e idénticos a los que presenciamos mientras vivimos en Viena. Humanos que podrían acabar de igual modo que aquellos viles austríacos…, si yo no tuviese tanta prisa aquella noche y otro asunto del que ocuparme.

Espoleada por la curiosidad y el afecto que le tenía a Mila, me dirigí a buen paso, firme y resuelto, hacia el número de la calle que aparecía en el aviso.

Mi afilado oído vampírico me alertó de un cambio sutil en la vibración del éter, la cercanía de unas suelas contra el adoquinado.

Más de una persona.

Seis pies, con toda probabilidad. Sonreí perversa.

Si por un momento cometían el error de confundirme con una muchacha indefensa a la que convertir en víctima de un robo o algo peor, se llevarían un chasco letal.

La primera sombra se me abalanzó sin previo aviso, aunque no me costó esquivarla. Apenas había rematado el movimiento evasivo, me vi obligada a repetirlo de nuevo con mucha precipitación, ya que otro de los atacantes arremetió con furia. Un gigante de rostro tatuado que sostenía una cadena que olía a plata y de la que debía cuidarme. Cuando quedé frente a ellos, entrecerré los ojos y pude verlos a los tres.

Aquella gente no pertenecía al barrio. No eran vecinos de Whitechapel.

Lejos de vestir andrajos, penuria y mugre, iban bien pertrechados, limpios como el servicio de una casa ilustre, envueltos en capas oscuras, con ojos que brillaban como carbones encendidos. Tanto lo felino de sus movimientos como la forma de vigilar mis pasos me contaron lo que temía: no eran humanos.

De repente desaparecieron, devorados por la niebla que se espesaba y se hacía más densa. Sin duda, no eran neófitos, se conducían con la habilidad de un depredador experimentado y venían a por mí. Busqué el respaldo de un muro para tener protegida la retaguardia y esperé a que aparecieran de nuevo.

—Demasiado tarde, duquesa, el amo la reclama.

La amenaza sonó ronca y amortiguada. Conocían mi condición y mi título.

¿También mi identidad?

Los tres me cayeron encima desde posiciones diferentes. Pronto formarían un círculo que me arrinconaría contra la pared, convirtiendo mi elemento de defensa en una trampa. Los sorteé con destreza las primeras dos veces, despedazando el aire con una zancada. Mis dedos se volvieron garras, mis colmillos centelleaban.

Alcancé a rajar la mejilla del más cercano, para interrumpir el conjuro de encierro que recitaba a media voz, aunque la mía fue una victoria efímera.

A cada segundo me costaba más moverme, gracias al hechizo. Mis extremidades parecían de hierro, los pies puro plomo. La cadena silbó en el aire y se me enroscó en el torso. La plata chisporroteó y mi piel, bajo la ropa, ardió como fuego sagrado.

Caí de rodillas, la niebla pegada al suelo me tragó entera.

Ahora, la letanía ya no la entonaba uno de los agresores en solitario. Los tres a coro repetían las extrañas palabras en un murmullo tan espeluznante como turbador.

—Insensatos. No tenéis idea de lo que os hará mi linaje… —amenacé en un tosco tartamudeo.

Uno de ellos, una mujer, me percaté cuando la capucha de su larga capa se movió dejando al descubierto parte de su rostro, soltó una estridente carcajada.

—A los Reales les queda poco tiempo, excelencia. Arranca el reinado de Aquel que se alimenta de príncipes.

Capítulo 2

Serena de Bravery
Londres, 1862
18 días antes

Uno de los mayores errores que podemos cometer es sustentar sueños y deseos.

Porque desde que nacen, los alimentamos con afán, nos esforzamos para que algún día se cumplan, desconociendo que muchos de ellos han sido concebidos con el único objeto de destruirnos la vida.

Y mi sueño… y nuestra perdición fue presionar a mi familia para que abandonásemos Viena. Regresar a Londres antes de tiempo.

Gemí.

Otra vez aquella sensación de una estancia que no me resultaba familiar. Enorme, en penumbras, con una densa neblina que ascendía en jirones desde el suelo hasta media altura, difuminando la visión de la escena.

Y yo… avanzando lentamente hacia ese fondo de sala donde se levantaba un estrado.

Seguía, hipnotizada, el rumor de la voz que me llamaba.

Cantos de sirena. Algo que, pese a no haberlos escuchado jamás, podría jurar que sonarían así. Angelicales, cristalinos, narcóticos.

En la plataforma elevada, distinguí la sombra de un trono. Un trono carmesí. Alto. Poderoso e intimidante. Que pese al temor que me inspiraba, no dejaba de atraerme.

Y en ese preciso segundo, tomé conciencia de la desnudez de mis pies. De cómo se deslizaban sobre el suelo liso y, a continuación, pisaban algo tibio y resbaladizo. Miré hacia ellos, aunque la niebla no me permitía ver.

Así que seguí caminando a ciegas en dirección al trono.

Y conforme me aproximaba, entendí. Era sangre. Sangre derramada.

Desde lo alto de aquel sitial, reptando como miel caliente por la escalinata que comunicaba con el entarimado y, de ahí a las baldosas, cerca de mis pies desnudos hasta cubrirlos.

Sangre. Sangre escarlata y vibrante.

Y aquella voz, suave, cadenciosa, envolvente… llamándome por mi nombre.

—Serena… Ven, Serena.

—Amor mío, despierta, ¿te encuentras bien?

Me revolví con un largo jadeo sobre las sábanas y me senté de un golpe en la cama. Agitada y sudorosa, con la respiración entrecortada. Mi esposo estaba allí, acomodado junto al lecho, inclinado hacia mí, observando con preocupación el modo en que yo superaba el nudo en el pecho y mis terrores.

—¿Otra vez la pesadilla?

Me pasé la mano por la frente, con torpeza. Él fue mucho más hábil que yo retirando los mechones húmedos que se pegaban a mi rostro, asegurándolos tras mi oreja.

Asentí.

—¿No crees que va siendo hora de llamar al doctor?

—¿Por unos malos sueños? —resté importancia al asunto, dedicándole la mejor de mis sonrisas falsas.

—Un *único* sueño que te provoca angustia y se repite sin cesar.

—Me niego a preocuparme por una minucia. Es tan solo el agotamiento del viaje, el esfuerzo de instalarnos de nuevo en Londres, asumir los cambios… Bésame y déjate de médicos.

A regañadientes, Arthur buscó mis labios y los atrapó sabiamente con los suyos. En menos de medio segundo, los dos nos habíamos olvidado de la macabra pesadilla.

—He ordenado subir el desayuno a tu gabinete, para comer algo juntos antes de ausentarme. Enfrento una jornada amenazada por un sinfín de trámites y formalidades de lo más aburrido.

Mientras me lo explicaba, me rodeó los hombros con su fuerte brazo y yo me acurruqué contra su pecho, tan reconocible, tan cálido, tan *hogar*, ronroneando.

—¿Estarás fuera todo el día?

—Los infiernos no lo permitan. Son solo unas reuniones con lord Corset y otros caballeros sobresalientes, de influencia en la Hermandad. Trataré de no demorarme.

—Aguardo impaciente tu regreso, pues —silabeé coqueta, desde debajo de las pestañas.

—Ojalá a mi vuelta pudiera secuestrarte y encerrarte en la alcoba para no salir hasta rayar el alba.

—Hazlo —lo reté con picardía.

Mi esposo arqueó las cejas en un gesto que expresaba frustración.

—Recuerda que esta noche debemos asistir a la inauguración del nuevo club.

Fue como si mi entusiasmo cayera en picado, después de haberse encaramado a las nubes, estrellándose contra una muralla.

—Oh, sí, por poco lo olvido. Qué acontecimiento social más soporífero…

—Cariño, da comienzo nuestra escasa y limitada vida aristocrática en Londres. Nos veremos forzados a hacer ciertas concesiones. Pelearé duro porque no sean muchas, tienes mi palabra. Lo cual trae a mi memoria, que debes tomar cuanto antes una decisión acerca de Mila.

Me mordí los labios, atormentada. Sintiendo que mi alma resbalaba hasta yacer a mis pies.

—Sabes bien que por nada del mundo querría desprenderme de ella.

Mi esposo me tomó con dulzura una mano y se llevó los nudillos a la boca para besarlos, uno a uno.

—No hay más que dos salidas y sé que ninguna es de tu gusto, pero hay que elegir: o la despides con una buena bolsa más una inmejorable carta de recomendación que le permita subsistir y empezar de nuevo, o… la esclavizamos.

Hundí la mirada en las alfombras. No quería eso para Mila, ese destino funesto, muerta en vida, privada de voluntad, no lo deseaba.

—Esa muchacha tiene derecho a disponer de su existencia en libertad, Arthur. Quién sabe si enamorarse, contraer matrimonio, formar una familia.

—Es lo natural. Y estoy de acuerdo; sin embargo y por desgracia, la servidumbre en las casas de vampiros tiene sus peculiaridades, sus exigencias…

Levanté una mano para interrumpirlo. Cualquier cosa con tal de no seguir escuchando aquello tan desagradable, a lo que tardaría una eternidad en acostumbrarme.

Una eternidad. Disponía de ella.

—Lo sé. Lo entiendo, no creas. Pero se trata de Mila.

—Por eso te aconsejo que la surtas adecuadamente y la despidas con cualquier pretexto. Tomaremos nuevo servicio, algo más numeroso ahora, no solo una doncella y, si te resulta demasiado repulsivo, yo podría encargarme de doblegarlos.

—No. Es algo que me corresponde como señora de la casa. Su voluntad sometida a nuestras órdenes. No me agrada, sin

embargo, entra dentro de mis deberes y me enseñaste cómo hacerlo.

Mi esposo me dirigió una mirada de aliento mezclada con admiración.

Cuántas veces había alabado mi valentía al prestarme a la conversión. A correr el riesgo de no haber sobrevivido, o de que Soley, nuestro hijo por aquel entonces aún no nacido, no hubiera conseguido transitar. Ambos lo habíamos superado, pese a que pudo haber sido muy distinto.

Y la simple sombra de ese recuerdo parecía mortificarlo.

Yo ya no sabía cómo explicarle que mi vida sin él a mi lado no tenía ningún sentido. Que me habría expuesto a ese y a otros mil peligros con tal de seguir juntos. Desde mi punto de vista, mi pretendido arrojo no tenía el menor mérito.

Nos acomodamos en la mesa, junto a la ventana, donde Mila nos había servido un opíparo desayuno. Me llevé la taza de té a los labios.

—Así que un nuevo club ultrasecreto para los caballeros miembros de la Hermandad Real y sus tejemanejes —bromeé mirándolo de soslayo.

Arthur arqueó una ceja.

—Acabó haciéndose necesario, querida. Hemos crecido demasiado.

Capítulo 3

Serena de Bravery

Por más que me espinase, el asunto de Mila era una diligencia que no admitía demora.

Despacharla antes de que empezase a sospechar.

Tenía mucho, mucho que agradecerle a la muchacha que me recibió en soledad mi primera mañana en Shadow Hall, en especial, tras la desaparición de Betsy. Y si ahora tocaba ponerla a salvo con embustes y subterfugios, por mi sangre de Fairhaven que lo haría.

Me reuní con ella en el saloncito de recibir y la animé a que tomara asiento junto a mí, en el sofá y me acompañara al té. Como cabía esperar, se negó con escándalo. Así que carraspeé algo nerviosa, me armé de valor y solté la primera frase, sin duda, la más complicada.

—Mila, tu período de servicio en esta casa ha llegado a su fin.

Se le desorbitaron los ojos, que enseguida también estuvieron húmedos.

—¡Duquesa! Va… Usted va… ¿va a despedirme?

—Solo voy a prescindir de tus servicios.

La mayor de las confusiones se le pintó en la cara.

—¿No es lo mismo, excelencia?

—Suena mejor. Y dado que lo que hago lo hago por tu bien, permíteme exponerlo de esa forma.

Primero palideció. Acto seguido se desplomó como un fardo en el sofá que segundos antes acababa de rechazar.

—Pero excelencia, yo no quiero… no quiero irme. ¿Me está castigando? ¿Hice algo malo? Le juro que si me dice en qué he errado, pondré mi mayor esfuerzo en enmendarme y… ¡Mejoraré! ¡Tiene mi palabra de que mejoraré!

Le sonreí con la mayor afabilidad que pude reunir, teniendo en cuenta la amargura que sentía y lo mucho que iba a echarla de menos.

—No, mi querida muchachita. Puedes estar tranquila, no has hecho nada malo.

—Yo… yo podría… hacer… Haría cualquier cosa, lo que usted me mande para reparar mis errores. Lo compensaré, se lo aseguro, sea lo que sea, lo compensaré. No quiero…

—Mila —la corté en seco, advirtiendo su angustia creciente—. Es por tu propia seguridad. El duque pertenece ahora a un órgano de gobierno muy influyente, aunque también se verá empujado a tomar decisiones que no serán del gusto de todos. Puede desencadenar represalias. Tememos por ti, permanecer aquí es peligroso.

Ella se inclinó en mi dirección.

—Usted…

—Yo estoy donde debo estar. Soy su esposa.

—¡No me importa! No me importa, duquesa, de verdad que no me importa. Quiero estar aquí, a su servicio…

—Y yo quiero que estés a salvo. —Le tomé las manos y las encerré entre las mías. Estaban frías y temblaban—. Nadie nos garantiza que no vaya a repetirse el horror de Shadow Hall. Si llegara a pasar…, no quiero ni suponer que pudiera pillarte en medio.

—Pero necesitarán servicio, la mansión no puede manejarse sin criados —insistió con los ojos encharcados en lágrimas.

—Recurriremos a gente que nos importe menos. No, Mila, a ti te aprecio… te *apreciamos* demasiado. Voy a ponerte a cubierto, en un lugar seguro.

Los ojos, en este punto llenos de lágrimas, más inundados conforme comprobaba que no se trataba de ninguna broma,

ascendieron lentamente y se clavaron en mí.

—Duquesa, no tengo a dónde ir.

—¿No volverías a Kew, con tu tía?

—Por nada del mundo querría regresar al pueblo. Toda la vida deseé poder escapar e instalarme aquí, en la ciudad. De ser posible, no deseo abandonar Londres.

—Entonces me aseguraré de buscarte una buena casa e inmejorables referencias. Tienes mi promesa de que estaré aquí si me necesitas.

La expresión atormentada de su rostro me gritaba que no podía creerlo.

—Excelencia, ¿no habría un modo…? ¿No podría…?

Me llené de piedad. Con ganas de abrazarla y sin poder hacerlo, me contenté con sujetarle desde abajo la barbilla y tirar para que me mirase de nuevo.

—No llores, Mila. Y hazme caso, esta solución es la mejor. Te alojaré en una casa de huéspedes en el centro, en una zona honorable y pacífica, donde puedas descansar unos días mientras esperas a que surja el empleo. Me encargaré de que sea cuanto antes.

En ese punto falté a la verdad.

Desde nuestra conversión, la regla básica de comportamiento y discreción era no intimar con familias nobles humanas, solo con vampiros. Y desde luego, no iba a entregarla a otra casa peor que la nuestra. Tendría que hacer uso de hasta la última de mis influencias, especialmente a través de lady Corset, para lograr algo.

—Debo… ¿disponer el equipaje? —hipó, lastimera.

Se me partió el corazón viéndola tan desolada. Me limité a asentir.

—Cuanto antes, mejor —agregué con voz estrangulada.

—Está intranquila, ¿verdad que sí, duquesa? —dedujo finalmente—. Se lo leo a usted en los ojos. Inquieta por algo.

Maldita sea.

No debió leerme nada. Mis ojos deberían ser cristal inexpresivo y frío.

Mi pecho, una caja vacía exenta de emociones.

Y, sin embargo, todavía me traicionaba mi humanidad, retazos de la naturaleza a la que habíamos renunciado y de los que, a cada paso, quedaría menos rastro. Arthur aseveraba que conforme *envejeciéramos*, la empatía se convertiría en un recuerdo, las emociones en una mancha difusa, el acto de conmoverse, en una ilusión inalcanzable.

Hasta que al fondo del camino no quedase una brizna, no importara nada, no sintiéramos nada.

Yo aún no había alcanzado ese punto. Seguía sintiendo demasiado.

A sabiendas de que serían las últimas veladas en las que me ayudaba a vestirme, Mila y yo nos dedicamos en silencio a embellecerme para el acto social.

Dada la condición del evento, un vestido elegante, aunque sobrio, con menos escote de lo que a mi esposo le habría gustado, y de lo que resultaba habitual en reuniones vampíricas.

El caso es que aquella noche, a la inauguración asistirían altos cargos humanos de la ciudad que lo ignoraban todo acerca de nuestra raza, debíamos mantener las formas y el ansia de sangre bajo control.

Tras la última ojeada de costumbre a mi aspecto frente al espejo de cuerpo entero, ver en una esquina reflejada la frágil figurita de Mila me descompuso y no pude reprimirme: olvidando el recato y las reglas, le dediqué un último abrazo.

La muchacha sollozó sin hacer ruido, pegada a mi pecho.

—Todo irá bien, pequeña —la consolé—. Todo irá bien.

El nuevo establecimiento que, de puertas hacia fuera adoptaría el aspecto y honorabilidad de un club exclusivo, muy exclusivo, de caballeros, donde los vampiros podrían reunirse con total discreción y del que resultaría prácticamente imposible ser miembro si no

pertenecías a la Hermandad Real, se encontraba en el número 12 de la Half Moon Street, en Mayfair, y en adelante sería conocido como la Casa de Eglantine.

Una calle poco llamativa, con elegantes viviendas adosadas de estilo georgiano, perfecta para esconder secretos tras cortinas pesadas y portales sin letreros. Relativamente cerca de Piccadilly, al tiempo que lo bastante retirada como para mantener un aura de misterio y distinción.

Salones amplios alfombrados de rojo, salas privadas con bibliotecas prohibidas y vitrinas con valiosas reliquias de la antigüedad, junto a otras traídas del lejano Oriente y Egipto, expuestas bajo llave. Muchos de los invitados aquella noche no volverían jamás a pisar el mismo suelo, por mucho que porfiasen.

Como cabezas principales de la Hermandad Real, lord Corset y mi esposo se apostaron a la entrada, a fin de dar la bienvenida y recibir los halagos y venias de cada asistente. Después de coordinarnos con una mirada repleta de significado, me retiré a la zona de sofás frente a una chimenea, en la que aguardaba lady Corset. Mi buena amiga, con el rictus melancólico y la mirada vidriosa, que parecía no recuperarse nunca de la pérdida de su bebé.

—Mi querida Marianne —saludé con impostada alegría—, creo que me abruma tanto visitante ilustre; apenas hemos llegado y ya estoy deseando volver a casa.

Capítulo 4

Serena de Bravery

Mi amiga, a la que tanto había echado de menos durante mi exilio en Viena, me recibió con una risita encantadora y me hizo señas para que me acomodase a su lado.

—Sea discreta con sus pareceres, querida —me recomendó en un bisbiseo—, hay demasiados oídos chismosos por aquí que, de poder, la harían quedar mal.

Puse los ojos en blanco con un aspaviento divertido.

—Oídos que, por cierto, ya quisieran ser tan agudos como los nuestros.

Marianne me observó con interés, desde la coronilla al regazo.

—¿Cómo se siente con… el cambio? Disculpe, sé que se lo pregunto constantemente, es que la curiosidad me corroe. Está tan hermosa, rezuma usted luz y poder por todos los poros, no sabe cómo la envidio, Serena.

—¿Aún no se ha decidido a convertirla? —Con la barbilla apunté hacia lord Corset, exultante y jubiloso junto a mi duque, bebiendo brandy, departiendo con los convidados, ejerciendo de anfitrión perfecto.

La chispa de regocijo que creí haber detectado en su expresión se apagó al punto.

—No hasta que le dé ese hijo varón que tanto ansía. No podré hacerlo si dejo de ser humana. —Volvió a concentrarse en mi persona—. Qué afortunada ha sido usted trayendo al mundo a Soley. Un sangreazul nacido vampiro, el ideal que todos codician, personificado. Un auténtico Bravery. ¿Tiene idea de la suerte que ello supone?

—Ya llegará su anhelado heredero, Marianne. Procure no obsesionarse y tenga fe en que tal cosa sucederá. Entretanto, tienen a lady Helena.

—Oh, Helena —exclamó súbitamente contrariada—, esa muchachita insensata e impulsiva por demás, no piensa darnos más que quebraderos de cabeza, se lo aseguro.

—¿Por qué lo dice?

—¿Cree por un instante que aceptará con docilidad sus obligaciones cuando le llegue el momento de casarse? No, en absoluto. Y eso que, solo por tratarse de la hija del tercer príncipe, pese a su carácter indómito, encontrarle marido de gloriosa condición no supondrá una hazaña imposible.

—¿Cuál es la razón, entonces? Lady Helena resulta insultantemente hermosa y se sabe comportar.

La condesa de Corset me dirigió una sonrisa condescendiente.

—Querida, es medio humana. Los nobles vampiro no suelen casarse con mestizas. O eligen humanas completas como yo, que podamos darles vástagos, o vampiras como ellos. Por si todo eso no bastara, mi hija, además, osa tener sus propias expectativas: el otro día, sin ir más lejos, me dijo que había conocido a un joven jinete en Hyde Park y que le pareció el hombre más perfecto que habían visto sus ojos. Que pensaba indagar acerca de su identidad para tratar de coincidir nuevamente. —Llegados a este punto de la confesión, la condesa estaba roja como una cereza madura— ¿Se imagina? Figúrese la indecencia, duquesa, no se puede ser joven, soltera, de buena familia y tan escandalosa.

Se me escapó una risilla de admiración hacia la impetuosa muchacha a la que solo había visto en contadas ocasiones.

—Me temo que esa tendencia a la… *exuberancia* proviene de su mitad vampírica. Somos de sangre caliente, condesa. Caliente y a

borbotones. Tendrá ocasión de experimentarlo en un futuro no muy lejano.

La Casa de Eglantine, nueva sede de los Reales, decidió arrancar su andadura con todos los parabienes. Todo aristócrata humano con capacidad de manejo e influencia en las altas esferas había sido invitado. Eso sí, únicamente a la inauguración; finalizado el evento, ya no volverían a poner los pies en el exquisito club.

Sería como mostrarle la zanahoria al pollino y no permitirle alcanzarla jamás.

Se pasarían la vida ansiando convertirse en miembros de tan selecta y distinguida comunidad…, sin lograrlo. Los vampiros no lo permitirían. Aquel era su círculo particular de poder, el núcleo desde el que se tomarían las grandes decisiones que afectaban a nuestra sociedad clandestina.

Se habían limitado a mostrarles el cebo para que salivaran.

Lord Corset nos sorprendió entonces, ofreciendo su lujosa residencia con la intención de celebrar un baile, una suerte de segunda apertura en privado. El evento en el que todos serían libres de comportarse como desearan, del modo que no había sido posible en la inauguración, por razones obvias. Una fiesta donde no habría humanos ni tampoco por qué esconderse, a la que solo asistirían familias de la comunidad vampírica. Los trajes de las damas serían escotados y provocativos, las danzas descaradas, seductoras.

Y se bebería sangre. Sin contención.

En copas, en cuencos, en tazas de porcelana para el té.

Mi esposo y yo acudimos, como no podía ser de otro modo, calificados a la altura de invitados de honor. Ir y sonreír todo el tiempo era parte de nuestras obligaciones, aunque viviéramos con el corazón en un puño, preguntándonos dónde se ocultaba el viejo duque y cuándo saltaría sobre nosotros para destruirnos a dentelladas.

Una vez en el salón de baile, observé la refinada multitud que nos rodeaba. Aquella era nuestra gente, miembros o dependientes

de la Hermandad Real. Nos protegerían si Bryen aparecía, al estar proscrito y condenado a muerte por los Reales. Bryen era el enemigo, nadie se pensaría dos veces ir en su contra si arremetía.

¿Puedo decir que tal certeza no me consolaba?

Mis sentidos, agudizados de por sí desde la conversión, ahora por costumbre, los llevaba y mantenía al límite, siempre alerta, siempre vigilando por encima de mi hombro. Por si aparecía.

La orquesta, a todas luces una orquesta normal, aunque ya sospecháramos que cada uno de sus partícipes estaba esclavizado, su voluntad por entero arrebatada, y al acabar les borrarían la memoria de modo que no pudiesen recordar dónde habían tocado aquella noche ni lo que hubieran presenciado.

Porque la bacanal dio comienzo enseguida.

Mientras unos se lanzaban al disfrute carnal en su más amplio sentido, yo me dediqué por entero a un baile. Un solo vals disfrutado en pareja, arrullada por la música, rodeada por los brazos amorosos de mi marido.

Ya desde los inicios de la danza, permitimos que la temperatura de nuestros cuerpos se disparara y nos dejamos llevar por la lujuria. Y no fuimos los únicos, aunque sí los únicos que para mí tenían sentido.

—Observa el modo en que todos te miran —me susurró cerca del cuello.

—Sabes cuánto me disgusta ser el centro de atención de una sala.

—¿Te extraña que te admiren? —se vanaglorió, la voz ronca —. Con ese vestido…

Me mordí el labio, provocativa.

—El vestido y lo que esconde son solo para ti.

Comenzó el ascenso al infinito; únicamente con mirarnos a los ojos.

Quedé presa del cobalto que ardía en los iris de Arthur, y todo alrededor desapareció para mí al instante. Para nosotros.

El deseo empezó a bullir en mi vientre, como una serpiente enroscada y dormida que se despereza y te envuelve. Haciendo que mi sangre hirviera desbocada dentro de las venas. Me invadió el olor

de Arthur, ese aroma masculino y poderoso que conocía tan bien y que causaba en mí efectos devastadores.

Me invadió para cautivarme. Para enloquecerme.

Hundí las yemas de los dedos en su pelo denso y oscuro y tiré para atraerlo hacia mí, para besarlo con toda la pasión imaginable y ningún recato. Me desentendí de la gente alrededor y con la lengua lamí su boca, las comisuras, la línea de su mandíbula, mordisqueé sin tregua su labio inferior… hasta hacerle sangre.

Ahí gemí. Al olerla, al saborearla, narcótica y dulzona. Y todo dio comienzo.

Perdí la cabeza.

Un par de piruetas arriesgadas, enlazados, un par de giros vertiginosos al compás de la música, y acabamos en un pasillo estrecho, rodeados de oscuridad.

Devorándonos a pura dentellada.

Mi esposo me subió las faldas y metió ambas manos hasta anclarse en mis glúteos. Yo me retorcí pegada a su pecho. Notando cada pulgada de su tacto, cada embestida mientras abría espacio entre sus ropas, sacaba la verga dura como el hierro y me penetraba hasta el fondo de las entrañas de un solo empujón.

A partir de ahí, todo se resumió en danza, ritmo coordinado y placer. Un placer efervescente como un hormigueo febril que crecía y me hacía dócil.

Conforme la tensión se plegaba en mi vientre disponiéndose a estallar por los aires en cualquier momento, a liberarse como una hoguera que prende, yo relajé unos músculos y contraje otros. Adaptándome, como se adapta el agua, a los movimientos con los que mi duque me fornicaba. Cada vez más profundo, cada vez más duro.

Contra la pared.

Sujeta por uno de sus fuertes brazos y mis piernas alrededor de su cintura, mientras su mano libre sujetaba mis muñecas por encima de la cabeza. Su boca ansiosa se desplazaba a lo largo de mi cuello, yo notaba el recorrido de las puntas afiladas de sus dientes sobre mi piel, un cosquilleo demencial combinado con el bombeo incesante de su polla hambrienta contra mi vientre.

Entrecerré los ojos y jadeé, borracha de goce.

Los abrí apenas un instante y, parece que fue un gesto involuntario solo destinado a ver a aquel hombre. El *voyeur*.

Desafiante, alto, hermoso. Cabello largo y sedoso cayendo sobre sus hombros. Apoyado contra la pared opuesta al fondo del pasillo, bebiéndose con los ojos nuestro acto de entrega carnal.

Suspiré. Pestañeé, volví a mirar… Él ya no estaba.

Capítulo 5

Serena de Bravery

Una vez saciados, aunque prometiéndonos con miradas y gestos exentos de palabrería repetir en cuanto estuviésemos de vuelta en casa, regresamos al gran salón de baile, donde todo había desvariado, convertido en un auténtico disparate… vampírico.

Las parejas y grupos se besaban, tocaban o hacían el amor sin cortapisas, aprovechando cualquier diván o alfombra disponible. Por doquier se oían carcajadas, murmullos atrevidos. Las copas repletas de sangre corrían por las mesas y de mano en mano, los instintos mandaban y no había nadie que no se dejara arrastrar por ellos del modo más salvaje.

Frente a la chimenea, distinguí la sombra del joven que nos había espiado en el corredor. No tenía una total certeza, era como si todo lo que rodeaba su imagen estuviera envuelto en brumas, pero mi amado esposo, que me cazó revisándolo, se encargó de sacarme de dudas.

—Valent St. Claire. Conde. Y por lo que sé, obscenamente rico. Muy selecto, amante de los viajes. Se comenta que ha recorrido el mundo en su totalidad, ya dos veces. ¿Acaso lo conoces?

Iba a contestar en negativo, lo que no era sino la más palpable verdad, cuando el conde volteó sus ojos del color del bronce en mi dirección y me clavó literalmente en la pared con la potencia de su mirada. Me paralizó por unos segundos, nada más.

Me recompuse sacudiendo la cabeza, regresando la atención a mi marido, antes de que se figurase algo ridículo.

—No, la verdad es que no. Por un instante creí encontrar algo familiar en sus rasgos. Sin embargo… Siendo tan influyente, ¿no forma parte de la Hermandad?

Las comisuras de Arthur se movieron ligeras, pretendiendo sonreír con cinismo.

—No, de momento. Al parecer, aspira a convertirse en miembro regente, sin embargo, nuestro Allistair se ha vuelto inexplicablemente desconfiado.

—¿No eres tú quien decide, después de todo? Como primer príncipe.

—Puede que en la jerarquía ocupe una posición prevalente, sin embargo, sería un necio si negara la mayor experiencia de Corset en estas lides. Él presume de buen juicio en el análisis de candidatos, de modo que, si bien no le cedo la responsabilidad decisoria, me dejo aconsejar.

—Cariño, ¿por qué nadie habla del segundo príncipe? ¿Por qué no asiste a estos eventos ni lo conozco? ¿Quién es ese hombre misterioso…?

Mi marido se encogió de hombros.

—Otro viajero empedernido. Gobierna en la distancia, efectivo, aunque en libertad, como él prefiere.

—En tu condición de cabeza de la Hermandad, ¿no podrías obligarlo a regresar?

—Por supuesto que podría, el caso es que no veo la necesidad. Thorne cumple con sus obligaciones y no tenemos que soportar sus extravagancias. Mejor así, ¿no? Mi decisión se ampara en que también ellos me permitieron regir desde Viena cuando fue preciso.

Asentí con un cabeceo. No podía decir que no tuviera su lógica.

Luego, inconscientemente, me giré a buscar a St. Claire de nuevo.

Movida por el impetuoso vigor de su deseo. El anhelo hacia mi persona que se le salía por aquellos ojos sobrenaturales y me

resultaba de todo punto incomprensible.

Entonces se abrieron de par en par las puertas y aparecieron los lacayos. Portando sobre los hombros humanos destinados a suministrar sangre fresca y dulce. Una suerte de postre, un regalo de los anfitriones a sus invitados.

Tras un efusivo aplauso y un evidente revuelo entusiasmado, la muchedumbre se trasladó a las mesas repentinamente despejadas, con solo los humanos desnudos tumbados sobre ellas. Unos se cernieron sobre las muñecas, otros sobre los tobillos o las ingles; los más afortunados, directamente sobre los cuellos.

Mi esposo y yo cruzamos una mirada repleta de significado.

Aquellas bacanales no eran de nuestro gusto: vaciar humanos inocentes. Si bien llegaban como voluntarios pagados, la mayoría de ellos perdían la vida, no puedes pedirle contención a un vampiro desatado y hambriento.

Nosotros teníamos otros sistemas para alimentarnos. Uno que inventamos juntos mientras vivíamos exiliados en Viena y que nos reportaba mayores satisfacciones.

Arthur extendió su mano esperando la mía. Se la entregué con gusto. Enguantada y firme. Y al enredarse nuestros dedos, el deseo febril se transmitió del uno al otro como un relámpago en un cielo de tormenta. Quedamos trabados por las pupilas, con la fuerza irrompible de nuestro vínculo místico.

—¿Nos ausentamos, querida? —me susurró para que solo yo lo oyera.

—De mil amores. Ya está bien de fiesta —corroboré.

Salimos de la sala asidos por el brazo, dando la espalda a aquel gentío ciego de sed que ya no veía otra cosa más que sangre, sin percatarnos del modo obsesivo como St. Claire me perseguía con las pupilas dilatadas.

Si el deseo carnal hubiese tenido rostro, en aquel momento, sería el de Valent St. Claire.

Un hombre al que yo no recordaba.

Al día siguiente, ya me desperté cansada. No porque hubiéramos trasnochado yaciendo como leones, no. Los vampiros se recuperan con increíble rapidez de esos esfuerzos. Es que no logré conciliar el sueño, abrumada por la obligación de despedir a Mila, que me pesaba como una losa de piedra sobre la espalda.

No quería hacerlo. No obstante, debía protegerla.

Era una jugarreta, una mala pasada, y repetirme que era por su bien, me consolaba muy poco.

El día lo pasé dispersa y bastante distraída. Por eso, cuando Soley me pidió permiso para asistir a solas a un recital de poesía y cuarteto de cuerda, le concedí autorización sin pensarlo demasiado. Siempre lo acompañábamos, su padre o yo, o ambos a un tiempo. Una sobreprotección dada su edad, lo admito, pero tanto Arthur como yo aún teníamos muy reciente nuestra humanidad, la escoba del olvido todavía no había eliminado nuestras sensaciones de antes de la conversión. Y para nosotros…

Para nosotros, Soley apenas tenía tres años.

Dos años y medio disfrutando de su presencia en nuestras vidas, pese a que su aspecto fuera el de un muchacho de dieciséis. Un año y medio más y alcanzaría la plenitud, la edad adulta con una apariencia de entre veinticinco y veintisiete.

Y a partir de ahí ya no envejecería un solo segundo.

Seguiría siendo el ser estremecedoramente hermoso que era ahora. Rubio como su nombre, con aquellos impactantes ojos azules y la envergadura de un dios.

Un joven dios vikingo. Así era nuestro hijo amado.

Sangreazul y heredero del ducado de Bravery.



Capítulo 6

Serena de Bravery

—Madre, le juro que no he visto otra joven igual. Su pelo… Imposible describirla, es bella como una mañana de primavera. Una aparición, un sueño, ni se imagina.

—Imaginamos, querido, claro que imaginamos —reiteré por enésima vez, conteniendo la risa—. Tanto tu padre como yo tenemos el gusto de conocer a la hija de los condes de Corset.

—Coincidirá conmigo en que es cegadoramente hermosa.

Suspiré con resignación y tomé otro bollito con la punta de los dedos. Desde que había llegado a casa, tras el recital en la casa vecina a los Corset, Soley no hablaba de otra cosa, absolutamente deslumbrado por lady Helena y sus evidentes virtudes.

—Lo que no entiendo es ese empeño de su padre por mantenerla oculta. Madre, apareció por sorpresa en la reunión y allí, delante de todo el mundo, sin atender a su bochorno, la tomó del codo y la sacó a empellones.

—Una actitud criticable —admití.

—Yo mismo le recriminé a Corset en más de una ocasión el que mantenga a su hija prácticamente presa en sus aposentos —nos aclaró Arthur indicándole al lacayo que le sirviera más café—. Lady Corset parece mostrarse de acuerdo con la práctica, circunstancia que no entiendo, y la justificación es incrementar el valor de la muchacha como trofeo de cara al matrimonio.

Arqueé las cejas con incredulidad.

—Una tiranía que suena muy propia de Corset. No tanto de Marianne.

—Bueno, ya la conoces, es una mujer sumisa —apostilló mi esposo.

—¡Pero es injusto! ¡Es más que eso! —se agitó nuestro hijo, momentáneamente fuera de sí— ¡Es una monstruosidad! Esa joven ha sido concebida para brillar e impresionar. ¡Es, sin duda, la muchacha más hermosa de Londres! —Soltó la servilleta arrugada con un golpe sobre la mesa—. No lo consentiré, pienso salvarla de ese destino horrible...

—Tú permanecerás exactamente en el sitio en donde estás —le ordenó tajante su padre—. No tienes edad de pensar en cortejos.

El adorable ceño de Soley se plegó con rabia.

—Ah, ¿no, padre? ¿Y de qué tengo edad, si puede saberse?

—Céntrate en tus estudios y no le des dolores de cabeza a tu madre.

Nuestro hijo apretó los labios y se puso en pie como impulsado por un resorte.

—Estoy harto. Cualquier iniciativa con la que no coincidáis o que no sea de vuestro agrado, se considera al instante prohibida y censurable.

Acto seguido, abandonó el comedor con solo cuatro zancadas.

—Es rebelde por naturaleza —sonrió Arthur tomándome la mano y llevándosela a los labios para besar la palma—. ¿Hablaste con la pequeña Mila?

Mi semblante se ensombreció. Oírlo fue como si una piedra se me alojara en mitad de la garganta.

—Hace tres días. Hice que se marchara por la mañana temprano. Oh, Arthur, acostumbrarme a la nueva servidumbre va a suponer un auténtico suplicio.

—Corset ya nos la ha seleccionado. Conforme a tus pautas previas, querida. Exactamente el número de miembros que tú decidiste, si bien el conde sigue insistiendo en que le parece un plantel de servicio insuficiente, ofensivo para la categoría de esta casa.

Se me escapó una carcajada fresca, que rebajó la tensión de mi disgusto, ocasionado por el desplante de Soley y, sobre todo, por la marcha de Mila.

—No seré yo quien juzgue al conde por querer mantener a su hija lejos de las pupilas y la codicia —retomó mi marido—. La muchacha es asombrosa, causará un gran efecto cuando decida mostrarla.

—Supongo que eso persigue. Una exposición propia de un sistema rancio y ancestral, en el que las mujeres son fácil moneda de cambio y tener una hija bella se considera un activo patrimonial —me quejé.

—De sobra conoces las reglas que impone la comunidad vampírica.

—Lo sé. Llegados a este punto, las mismas que la comunidad humana, debo decir. Esa muchacha servirá para cerrar alguna transacción comercial, un acuerdo o algo peor.

Algo peor, sin duda.

Algo mucho peor.

Solo que, por aquel entonces, yo lo ignoraba.

—Somos afortunados siendo padres de alguien como Soley. —La sentencia de Arthur aligeró mis nefastos pensamientos—. No sacrificaremos su felicidad, nadie decidirá su futuro, será libre e independiente. Llegado el momento, podrá marcar por sí mismo sus pasos.

—Me temo que nuestro hijo es un ápice más impaciente de lo que debiera. Quizá tenías razón y no debimos regresar de Viena hasta haber él completado su desarrollo. Está en ese momento impetuoso e irracional que te ofusca y te lleva a cometer un sinfín de errores y muchas tonterías.

—¿Solo porque se ha quedado prendado de una muchacha? Vamos, Serena, es natural.

—Esa indomabilidad suya, esa terquedad descabellada puede ponerlo en peligro. Recuerda dónde estamos. Recuerda que tu padre sigue ahí fuera, en alguna parte, acechando y pergeñando su venganza.

Terminamos el desayuno en paz y concordia, aunque solo fuera una manera de hablar, dado que con solo mencionar a Bryen, los dos perdíamos el sosiego. De tanto en tanto nos permitíamos el lujo de vivir la ilusión de estar a salvo. Éramos ricos, poderosos, teníamos una sociedad al margen de la humana y yo había decidido mantenerme lejos de los negocios de la Hermandad hasta que dejara de importarme si eran o no, éticos y legales.

Eso no implicaba que Bryen y su espantosa amenaza hubiera dejado de pender sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles.

Ahí estaba. Y ni Arthur ni yo consentíamos que se olvidara, si bien, mantener a Soley al margen de esa aterradora realidad, resultaba vital. Incluso yo había empezado a practicar tiro con pistola y lanzamiento de estaca.

Un beso de mi esposo en la sien, y a continuación en los labios, aprovechando que yo alzaba con sorpresa la cabeza, me trajo de vuelta de mi distracción.

—¿Ya te marchas?

—Debo reunirme con Corset y otros Maestres de la Hermandad. Al parecer están produciéndose disturbios en la zona de los muelles y ha surgido algún problema del que todavía no conozco los detalles, con los comerciantes principales.

—Se supone que los nobles no deberían trabajar —me mofé —; tú trabajas duro y a diario.

Arthur gruñó al dirigirse hacia la puerta.

—Vivíamos mejor en Viena. Pero ser cabeza pensante de los Reales es lo que tiene, la toma continua de decisiones. Menos mal que son otros los que hacen el trabajo de campo.

—No presumas haciéndome creer que no te mancharías de barro las manos, Arthur, no eres de los que se quedan esperando a que los demás actúen.

Él se detuvo a mirarme desde la puerta del comedor. Había tanta luz, tanto amor encerrado en aquellos iris cobalto que me estremecí por dentro. Nadie alcanzaría jamás a percatarse del modo como nos complementábamos. Y nos necesitábamos.

—Si tú o Soley estuvieseis en peligro, atravesaría los océanos a nado. Y no habría montaña que no escalase o fosa que no cavara con mis propias uñas. Tenlo por seguro.

—Te amo.

—Te amo —me respondió con idéntica entrega.

Permanecí en el comedor todavía un largo rato, ordenando mis ideas, pensando en lo que tenía que hacer y en qué orden. Elaborando la estrategia que me acercara de nuevo a mi insubordinado vástago, sonriendo al reparar en cuánto lo quería.

Entonces entró un lacayo con una nota doblada, a mi nombre.

—Acaban de traer este mensaje, su gracia. Es para usted.

—¿Para mí?

Extraño.

Lo tomé con cuidado y lo desdoblé. Era una nota firmada por Mila, escrita de forma apresurada, en la que me suplicaba vernos aquella misma tarde en una dirección infame de Whitechapel, un barrio aún más infame.

«Lamento tener que molestarla, duquesa, pero es cuestión de vida o muerte».

¿De qué podía tratarse que fuera tan urgente?

¿Por qué no estaba Mila en la respetable casa de huéspedes donde yo misma la había alojado? ¿Qué diablos la había llevado hasta una calleja inmunda en la parte más peligrosa de la ciudad?

Iría, claro está que iría.

Ya me sentía lo bastante culpable por haberla alejado, prescindido de sus servicios, como para hacer oídos sordos a la petición de alguien que nunca había pedido nada.

Desde luego, era una trampa.

Capítulo 7

Serena de Bravery
Londres, 1859
(Casi 3 años antes - El exilio)

¡Dios bendito! Habíamos dejado de ser humanos.

Las noches y los días que siguieron a nuestra conversión fueron un carnaval inolvidable de euforia y lujuria.

Justo a la mañana siguiente al tránsito, entregamos a la fiel Mila una sustanciosa suma instándola a que visitara a su tía en Kew. Ya liberados de incómodos ojos testigos, nos dedicamos a deambular desnudos por la residencia de St. Jame´s. Arthur, mi duque, me tomaba en cualquier momento, sin previo aviso, entre risas y por la espalda, y de no hacerlo, era yo la que lo buscaba y lo seducía con mimos y ronroneos.

Cualquier lugar era bueno para nosotros, para probarnos, palparnos, hacer el amor, para gozar las mieles de nuestra piel. Mi marido me penetró en todas las posturas para celebrar el anochecer, el alba y cada hora y minuto del día. Y al igual que había sucedido con lady Corset, solo que más rápido, en un puñado de semanas, mi barriga de mujer encinta tenía la apariencia de una gestación avanzada de muchos meses.

—Esperaremos a que nazca para marcharnos al continente —me dijo mientras cenábamos, uno junto al otro, con los platos repartidos por la mesa baja, a la luz de un candelabro, acurrucados en el sofá frente al fuego.

—Todavía no estoy segura de querer abandonar Londres. Es… es desgarrador.

Arthur me pasó los dedos por debajo de la barbilla, me alzó la cara y me besó la punta de la nariz con un pequeño gruñido.

—Amor mío, ya lo hemos discutido, hasta la saciedad. Lamento ser tan insistente, es el mejor modo de poneros a salvo a ti y a nuestro hijo hasta que el asunto del viejo duque deje de estar fuera de control.

—Pero tú tendrás que viajar, la Hermandad Real te reclama y yo… y yo…

—Tenemos amigos en Viena, querida. Buenos amigos que te arroparán y nos permitirán mantener el anonimato entre la élite.

—Ópera, niebla sobre el Danubio, callejones barrocos —musité entre labios.

—Nobleza que vive de noche, asistiremos a bailes interminables, deslizándonos entre condes y barones sin ser vistos. Y cuando nuestro hijo alcance la edad adulta…

—Regresaremos.

—Unos cuatro años. No antes.

—Inglaterra es mi hogar, Arthur. Será tan doloroso ver crecer a nuestro hijo lejos de estas costas.

—Si los dioses nos son propicios y nace vampiro, nuestro hijo o hija alcanzará la edad adulta en menos de ese tiempo, Serena. Viena está lejos, bien protegida, la comunidad vampírica allí es increíblemente poderosa y, lo mejor de todo, Bryen ignora nuestros planes. No sabrá dónde estamos.

—Alguien podría decirle…

—Y al instante nosotros lo sabríamos. No es el único que dispone de ojos y espías por todas partes. Los tentáculos de los Reales son largos y llegan a los rincones más recónditos. Solo hay que pasar lo más desapercibidos posible allí, y yo, cuando me encuentre aquí, hacer justo lo contrario. Que todo apunte a que mi

familia sigue en Londres, donde me dejo ver sin moderación. Solo que en algún escondrijo inteligente que él no termina de encontrar.

Con las dos manos acaricié en círculos la tremenda barriga. Sentía el calor del pecho de Arthur pegado a mi espalda, el bailoteo de su aliento cuando hablaba, alborotándome los mechones sueltos.

—¿Cómo ha podido crecer tanto?

—Es un síntoma evidente de que nuestro hijo es un sangreazul, nacerá vampiro. La conversión debió de afectarlo desde el primer instante. Alégrate, Serena, es lo mejor que podía pasar. Será hermoso, será fuerte y será nuestro heredero frente a los Reales.

Volví a sofocar un suspiro.

A aquellas alturas, Arthur ya me había puesto al corriente de los sutiles y elegantes trapicheos que la Hermandad Real se traía entre manos. Siendo como eran, exquisitos aristócratas de alto nivel, presencia frecuente en clubes exclusivos y eventos sociales muy privados, dueños de colosales fortunas, inmensamente ricos, sin embargo, controlaban con afán las estructuras de poder, los hilos de la maquinaria y el tejido generador de riqueza. Desde los muelles a Scotland Yard, pasando por los principales periódicos cuyo control permitía desfigurar las noticias y ocultar sus desmanes cuando los había. Desde las industrias urbanas clave, monopolizadas por su mano, a los clubes de ocio para caballeros. De burdeles y antros de vicio y perversión, a las más compasivas obras benéficas con las que la comunidad vampírica se ganaba el favor y el respeto de las clases altas y la prensa respetable.

—Es un deseo que das por hecho.

—Permíteme esa licencia, amor mío. Soñar no cuesta dinero.

Viajamos a Austria nada más nacer nuestro hijo.

Un niño tan espectacularmente hermoso, pese a lo traumático y penoso de su nacimiento, que no parecía de este mundo. Un punto de luz infinita, de piel resplandeciente y cabellos como hebras de

oro. Con enormes ojos azul claro, casi transparentes, igual que los míos.

Su simple apariencia irradiaba poder.

La suya, el tipo de belleza por el que los humanos matan y se esclavizarían sin pensarlo dos veces.

Por eso lo llamamos Soley.

No necesitaba hablar. No precisaba de pedir o exigir nada. Le bastaba entrar en una sala para que las conversaciones enmudecieran y todas las miradas girasen a observarlo. A devorarlo con codicioso deseo.

Soley era agraciado y gentil como solo un ser superior puede serlo.

Una vez en Viena, fuimos presentados a la clase noble vampírica. No en vano, Arthur era el primer príncipe de la Hermandad Real, órgano de gobierno de la comunidad que operaba en todo el continente, así que fuimos recibidos como auténticos reyes. Invitados a todo tipo de bailes, fiestas y eventos sociales. Disponíamos de una soberbia mansión con exceso de servidumbre. Todas nuestras necesidades y caprichos estaban más que cubiertos.

Arthur viajaba a la vieja Inglaterra al menos tres veces al mes o siempre que la gravedad de las circunstancias lo requiriera, para atender a las necesidades de los Reales, y yo permanecía en paz en casa ejerciendo de feliz madre, ocupándome de las exigencias y el crecimiento de mi hijo.

Éramos razonablemente felices.

Y con el tiempo, casi enseguida, en cuanto tanto mi esposo como yo tomamos conciencia de que esa costumbre tan vampírica de servir humanos vivos en los bailes y las fiestas para alimentarse de ellos, hasta saciarnos o asesinarlos, nos repugnaba, desarrollamos nuestro propio método.

Un método muy peculiar…, aunque difícilmente criticable.

Capítulo 8

Serena de Bravery
Viena, 1860

Sería indigno y abiertamente injusto no admitir que *el método* lo inventó mi marido.

Como en muchas otras cosas, mi duque era brillante. Recuerdo que todo dio comienzo una noche en un majestuoso baile organizado por una de las familias más insignes de la ciudad. Mientras en los salones plagados de candelabros de oro y abrumadores ramos de flores flotaba la diversión más mundana y la música, fuera, en las calles, caía la nieve.

Y cuando llegó la hora de servir los postres, palpitantes y en vena, Arthur percibió el disgusto que la presencia de humanos esclavizados para ser usados como alimento me provocaba.

Se deslizó hasta mi costado y me tomó de la mano.

—Salgamos, querida. El ambiente es un tanto opresivo con tanta gente.

Olvidamos los abrigos, algo que al fin y al cabo no nos resultaba del todo necesario, y nos lanzamos a las anchas avenidas bajo la lluvia de copos blancos, a respirar aire puro, lejos de tanta barbarie.

Era curioso. Nosotros formábamos parte de aquella monstruosa realidad y éramos conscientes de ello. Nuestro vínculo todavía poderoso con nuestra humanidad no era la causa de tal

rechazo. Pasarían los años, cada vez nos importarían menos cosas, seríamos menos sensibles al sufrimiento ajeno, el caparazón sería mucho más pétreo.

Y pese a todo ello, algo nos decía que presenciar ese tipo de festines siempre sería un tormento desagradable.

La repulsión no estaba en nuestra naturaleza, estaba en nosotros.

De manera que mi esposo inventó un procedimiento mucho más sutil, capaz de aliviar cualquier tipo de pesadumbre. Me condujo a los peores barrios de Viena.

Los más depravados y peligrosos.

Empezamos por Leopoldstadt: un área densamente poblada, tachonada de tugurios, talleres oscuros y callejones sin salida donde la delincuencia crecía a pasos de gigante, la vigilancia policial nocturna brillaba por su ausencia y las autoridades, por razones obvias, miraban en la dirección opuesta siempre que se generaba un altercado. Plagada de laberínticos patios interiores separados por portones de hierro forjado y escaleras sin luz.

Todavía andábamos sumidos en la contemplación del paisaje, cuando el sonido de una puerta que se abría con violencia en el callejón contiguo, seguido de una estridente bofetada, rasgó la noche. Arthur me hizo una seña muda y nos detuvimos.

Alguien sollozaba. Una vocecilla aguda y debilitada. Escuchamos otro golpe más y un pequeño grito.

—¿Dónde has escondido las monedas, pequeña zorra? ¿Eh? ¡Dime donde!

—Señor, no… tengo… no tengo más…

—¡Dime dónde las guardas o te despellejo aquí mismo! —rugió la voz masculina— ¡Te dije que no volvieras sin el doble! ¡Y no me importa si sangras por los pies! ¡Ve otra vez al mercado nocturno, jodida putita de mierda!

—Se lo juro, señor… ¡no hay más!

Otra bofetada cruel que estuvo a punto de tirarla de bruces al suelo. Arthur y yo espiábamos desde nuestra esquina segura, mientras la muchachita, de no más de doce años se encogía dentro

del raído chal. El proxeneta la alejó de una brutal patada y cerró de un portazo haciendo crujir el marco astillado.

Los ojos ardientes de mi esposo observaban con la calma de un depredador que no precisa de premuras.

—Vamos de caza, querida —invitó.

Y yo entendí al instante de qué iba el juego. No iríamos a por la desgraciada, desde luego que no. Nos alimentaríamos al tiempo que hacíamos justicia.

—Te cedo los honores por ser el primero, duquesa.

Sonreí perversa, relamiéndome por anticipado con el sabor narcótico de la sangre humana, aunque procediera de una criatura repugnante como aquel tipejo.

—No lo mataré muy deprisa. Tamaña generosidad y bondad de corazón merecen unos preliminares adecuados.

El reloj de San Leopoldo dio dos campanadas y el tiempo pareció plegarse como papel de seda. La cerradura chirrió sin ser tocada. El proxeneta, desmadejado y fumando frente al fuego, no vio nada. No oyó nada. Hasta que la vela se apagó sola y el humo de su cigarro se tornó rojo carmesí.

Me coloqué a su lado y me incliné sobre su cuello con un siseo sibilino.

—No les grites más, monstruo. No volverás a hacerlo.

Cazado por sorpresa, soltó un alarido capaz de romper los cristales de las ventanas. Salvo que nadie acudió a socorrerlo. Le clavé los colmillos con furia hasta el hueso y lo vacié sin el menor remordimiento. Cuando mi adorado esposo volvió a mirarme, yo me limpiaba la sangre de la comisura de los labios con un pañuelo de encaje blanco.

Le sonreí, satisfecha, al tiempo que replegaba los colmillos.

—¿Y ahora, amor mío? Porque supongo que tendrás hambre.

Arthur se me acercó sinuoso y su mano derecha acarició uno de mis pechos, abarcándolo con ansia hasta sacarlo por completo del escote. Con salvaje deseo mordió el pezón, endurecido por la excitación de la muerte que acababa de perpetrar, y yo eché atrás la cabeza para entregarme y saborear al límite el ramalazo de virulento placer que me sacudió de pies a cabeza.

Su caricia sobre el seno me provocó un explosivo orgasmo.

Mis dedos viajaron a su bragueta, a punto de estallar por la presión de su verga sedienta.

—Dicen que en el burdel de la Karmelitergasse, anoche dejaron morir a una muchacha con fiebre —informó ronco de ganas.

—Veo que has preparado a conciencia el itinerario de diversión de esta noche.

—Siempre a tu disposición, amada mía. Cualquier cosa con tal de garantizar tu disfrute.

—Entonces llega tu turno, amor. Quememos y hagamos inolvidable la velada.

Recurriendo a este *divertimento,* fue que empezamos a alimentarnos de sangre fresca humana, limpiando, al mismo tiempo, los callejones de criminales y desalmados abusadores. La aparición de cadáveres de maleantes, por suerte o por desgracia, no llamaba la atención de nadie ni empujaba a las autoridades a investigar.

Éramos libres de entretenernos, de darles su merecido a aquellos rufianes sin honor ni corazón a los que nadie habría castigado.

Al acabar, ya saciados, Arthur y yo cruzábamos una mirada intensa y sonreíamos al pensar que, gracias a nuestras necesidades naturales, algo tan básico como la exigencia de alimentarse, la vida en las calles de los barrios pobres era, a medida que se sucedían las noches, un poquito mejor.

Y así pasaron los meses. Y los dos primeros años.

Y cuando nos llegó la noticia de que el príncipe Alberto había fallecido, dejando viuda y desolada a nuestra enamorada reina Victoria, me empeciné en regresar a Londres.

Antes de lo previsto. Cuando nuestro Soley todavía no era un adulto.

Nunca debimos hacerlo.

Capítulo 9

Serena de Bravery
Londres, 1862

Abrí los ojos. Fue solo un intento. Enseguida los volví a cerrar, después de que un agudo latigazo, como una puñalada directa al hueso, me lacerara el cráneo.

Recordé el asalto.

La cadena de plata tirante alrededor de mi torso. La agonía cuando me abrasó la piel. La sombra de los tres vampiros que se me habían abalanzado en el callejón de Whitechapel, mucho más viejos y fuertes que yo.

Y ahora, ¿dónde estaba?

Encadenada a una pared, en una especie de celda húmeda y sombría, con muros de piedra y techos lejanos.

Todo el cuerpo me palpitaba de dolor. Sentía crujir las costillas con cada intento de respiración. Traté de aclararme la vista… Y lo descubrí allí, mirándome.

Mirándome con unos ojos de fuego azul cobalto que me recordaban demasiado a los de mi marido; como si me traspasara. No conocía a aquel caballero, cómodamente retrepado en una butaca a unos pies de distancia, con una pierna cruzada sobre la otra, ropa cara y unos cuarenta años de distinguida belleza.

—Bienvenida, querida. Me pregunto si debería llamarte duquesa, dado que no lo eres en realidad.

Alcé la cabeza, aturdida y confusa. Con un insoportable pitido destrozándome los tímpanos. La voz de mi captor era aterciopelada, sinuosa y deseable, pero olía a peligro.

—Y no lo eres, por la sencilla razón de que tu esposo, mi amado hijo, no es duque. Y seguirá sin serlo, hasta que yo muera. Mucho me temo que deberá esperar y seguir alimentándose de delirios.

No alcancé a oír el final de sus frases. Con solo mencionar que era el padre de Arthur, que se trataba de Bryen, el viejo duque al que tanto temíamos, había conseguido petrificarme. Me apreté contra la gélida pared a mi espalda, deseando poder fundirme con ella y desaparecer.

Arthur tenía razón, Bryen no era ningún anciano, todo lo contrario. Lucía gallardo y hechicero, con esa belleza etérea e irreal que caracterizaba a los vampiros. Con el cabello de un rubio brillante casi blanco, cayéndole largo por los hombros y sobre la espalda, como una cortina de seda luminosa.

Demasiado tarde me apercibí de que no estaba solo.

De pie a su flanco, un hombre joven, muy alto y fornido, de pelo oscuro y ondulado e iris del color de las llamas. Sus facciones medio ocultas por las sombras, aunque lo suficientemente a la vista como para hacer de su sonrisa cínica algo temible.

—Mi hijo morirá, tú lo sabes, él lo sospecha. Pagará cara la afrenta que cometió contra su propia sangre. Y tú, querida, estás aquí porque eres el cebo perfecto para desquiciarlo y que, cegado por la desesperación y la búsqueda, se vuelva imprudente.

Hablaba de Arthur con absoluto desprecio y yo lo único que alcancé a hacer fue escupirle. Lástima que el proyectil de mi saliva apenas le salpicara los lustrosos zapatos. Y es que la rabia me bullía desde dentro a borbotones, se escapaba por entre los labios, furiosa y desmadejada. Quería insultarlo, gritarle que no era digno del hijo que la vida le había dado. Que era un monstruo despreciable.

El caso es que también estaba aterrorizada.

El miedo paralizaba tanto mis respuestas como mis músculos. Las palabras se me atascaron en la punta de la lengua, hacían cola en mi garganta sin llegar a salir.

—Haremos que tu querido y amante esposo sepa exactamente dónde te encuentras. Y vendrá a rescatarte, vaya si vendrá. Es esclavo de su honor y sus principios, estoy convencido de que no hay nada que no haría por salvarte la vida.

Un bramido de negación me trepó desde el estómago a la boca sin conseguir escapar. Los ojos, escocidos e irritados, se me llenaron de lágrimas.

—Solo que llegará tarde. Llegue cuando llegue, será tarde, querida, solo encontrará tus despojos.

—Milord —interrumpió entonces el otro hombre—, creo que es el momento adecuado para hacerle una petición.

La sonora profundidad de aquella voz masculina atravesó el espacio y me golpeó con dureza. Pese a sonar calmada, en extremo serena, disponía de un inesperado vigor que la hacía autoritaria y poderosa.

Incluso por encima de las sentencias intimidantes de Bryen. Cosa que a este pareció contrariarle mucho.

Se mantuvo callado, como si con su silencio autorizase a su acompañante a exponer de una vez ese pedimento del que hablaba, aunque con la menor amabilidad imaginable.

—Quiero que me la ceda. Cédamela.

—¿Cómo?

—A modo de juguete. Entrégueme a la duquesa.

Gruñí. Luego rugí. A continuación, por fin, solté un alarido, queriendo morderles, deseando verlos muertos.

—Será mucho más humillante para Bravery…

—¡Bravery soy yo! —lo corrigió con brío mi padre político.

—Usted está muerto, milord. —El joven semioculto en las sombras sonrió complacido y sin perder la calma—. Al menos de momento, y a todos los efectos legales. Será más denigrante para el duque saberla poseída por otro vampiro…

—Querrás decir otro *caballero* —lo increpó con frialdad, visiblemente enojado por el despojo de su idolatrado título.

—El honor es lo de menos, milord, ¿acaso no lo somos todos? Mucho más doloroso verla, tan pura e intocable, en brazos de otro hombre, que muerta. Un tormento infinitamente insoportable.

Quedaba claro que se burlaba del viejo duque. A su manera, lo ridiculizaba, con su templanza lo hacía sentir insignificante. En otras circunstancias muy distintas, tal degradación me habría hecho feliz. Sin embargo, la parte de su exposición que me atañía acababa de ponerme el vello de punta y me asustaba lo suficiente como para olvidar el resto.

¿Cederme? ¿Como una esclava? ¿Una mascota con la que entretenerse?

Bryen seguía sin responder.

—La alternativa es esta triste, inhóspita y sucia celda. Un agujero inadecuado para una mujer tan bella. O la destrucción. Menudo desperdicio, milord, ¿no le parece?

Bryen se resistió cuanto pudo, aunque al final parece que optó por rendirse, con un suspiro rabioso, a regañadientes.

—Quizá tengas razón. No la trates demasiado bien y, sobre todo, no te encariñes.

O el poder que esgrimía aquel joven calmado y seguro de sí mismo sobrepasaba con mucho al suyo, o mi suerte y mi destino no le preocupaban a Bryen lo más mínimo, en tanto mi esposo no me recuperase.

Cualquiera de las dos realidades tendría nefastas consecuencias para mí.

Tenía que escapar. Liberarme de aquel abominable destino, del modo que fuera.

No sé a qué recurrieron para privarme de sentido. Pudo ser un golpe violento en la cabeza. De serlo, no lo vi venir, tampoco sentí la punzada de agonía.

Para cuando recuperé el conocimiento, ya no vestía mi traje de tarde, protector, pudoroso y abrigado, sino un atrevido salto de

cama de seda y encaje, largo hasta los tobillos, con un escote que solo podía calificarse de indecente. La melena suelta y desordenada caía en cascada por mi espalda.

Y estaba atada a una cama.

Los brazos en cruz. Las piernas separadas. Despojada de ropa interior. Expuesta, indefensa.

Y él estaba allí de nuevo, de pie, los fuertes brazos cruzados sobre el ancho pecho. Un tatuaje cuyo diseño no alcanzaba a ver reptando a lo largo de su cuello, hacia el hombro.

Observando.

Capítulo 10

Serena de Bravery

Devorándome con aquellos ojos del color del bronce fundido que destilaban peligro.

Me retorcí sobre mí misma. Renegué y solté chillidos de animal herido hasta quedarme sin fuerzas, con la garganta en carne viva. Lo único que logré fue hacerme daño. Desollarme las muñecas y los tobillos, y que empezaran a sangrar, con el riesgo que aquello suponía estando presente un vampiro.

—Detesto verla en estas condiciones, cariño —silabeó con pereza—. De tener la más mínima certeza de que no me obligaría a correr, la desataría. Pero los dos sabemos que no va a comportarse.

—¡Suélteme de inmediato! —exigí movida por la ira.

—Me temo que eso no será posible.

En ese momento, mi dolorido cerebro, que llevaba dándole vueltas al difuso recuerdo de su rostro más de lo conveniente, vio la luz. Un baile, él apartado y vigilante, Arthur comentándome… Aunque se desvaneció enseguida, envuelto en un terrible tormento.

—Parece usted un caballero. ¿Qué hace implicado en un secuestro? ¿Dónde estoy y por qué me han traído aquí?

Dio un par de pasos sin perder el aire arrogante, y rodeó la cama, dubitativo.

—Así que no me conoce.

—No lo conozco. Ni sé quién es. Y le exijo que…

Él tenía otros planes.

—Ya ha escuchado a Winley. Sí, él detesta que use ese nombre, sin embargo, por mucho que le pese, para mí no es Bravery sino Winley. Un noble condenado a muerte por la Hermandad Real es un noble invisible, de manera que el único duque de Bravery que en un momento dado reconocería, es su esposo.

—¡Responda a lo que le he preguntado! —exigí.

—No saldrá de aquí, duquesa. Su futuro y su destino ahora me pertenecen. Pero sí será útil como reclamo para atraer a su marido. No es nada personal, nos vemos obligados a quitarle la vida, Winley es una criatura muy rencorosa.

Presa de otro ataque, volví a forcejear, a gruñir entre rugidos más largos, a tirar de los brazos y las piernas, sin conseguir aflojar aquellas correas terribles que me inmovilizaban. Entonces, el hombre que decía poseerme se colocó frente a la luz de las velas y esta impactó directamente en su rostro.

Su rostro insoportablemente perfecto. Sus facciones de ángel caído.

La certeza me golpeó como un fogonazo.

—Yo… yo a usted lo conozco.

—Es más que probable. A decir verdad, no fue usted nada discreta persiguiéndome con la mirada aquella noche —afirmó aguantándose la risa.

—El baile de los Corset…

—En efecto. Debería aplaudir su buena memoria.

—Lord St. Claire —recordé en un susurro áspero.

—¡Vuelve a acertar! —aclamó con animación—. Qué joven tan deliciosamente lista.

De inmediato, no entiendo el estúpido motivo, me sentí un poco más segura.

Quizá porque lo había visto conducirse entre gente con suma elegancia, como un auténtico aristócrata educado del que, en condiciones normales, no tendrías nada que temer.

—Usted… ¿Apoya la causa del viejo duque?

—Apoyo mi propia causa, permítame expresarlo así.

Le dirigí desde abajo, desde mi deshonrosa posición, una mirada venenosa.

—¿Sabe Bryen que usted intenta ingresar en la Hermandad Real? ¿Convertirse justo en miembro de la organización que no le perdonará la vida?

Sus labios marcados dibujaron un atisbo de sonrisa.

—No sé si se habrá percatado de que Bryen no está precisamente en su mejor momento. Ni en la posición más apropiada para dar órdenes. Vamos a permitirle este pequeño capricho que tanto lo obsesiona por el bien de la cordialidad…

—¿Asesinar a mi esposo? —aullé— ¿Se refiere a eso?

—Son cuentas pendientes entre ellos, duquesa, no me atrevería a entrometerme, sería poco inteligente.

—Deje de burlarse, por todos los infiernos. ¡Y desáteme de una buena vez! —Me retorcí nuevamente, como un gusano atrapado.

Valent St. Claire arqueó las cejas perfectas en una suerte de mofa y no descruzó los brazos que mantenía a modo de escudo contra el pecho.

—¿Cree que este es modo de tratar a una dama? —silabeé probando otra estrategia.

—Precisemos, duquesa. Más que una dama, en estos instantes usted es, digamos una cautiva, el objeto de un rapto. No es que se parezcan.

—Es usted… Es…

—¿Encantador? No sea tímida ni sufra, estoy acostumbrado a que me lo digan.

—¡Odioso! ¡Suélteme!

Juro que pensé que, atendiendo a su linaje noble y a la exquisita formación que seguramente habría recibido, atendería a mi reclama y me liberaría. Muy al contrario, se cernió sobre la cama dejando su rostro a escasas pulgadas del mío. Cada brazo como una rama gruesa, a un flanco de mi cuerpo. Cada mano inmensa a un lado de mi cabeza.

—Se acabaron las contemplaciones, Serena Fairhaven. Olvídate del duque, de quien eres y de lo que estuvieras destinada a

ser. A partir de ahora, eres mi juguete y la única razón de tu existencia será mi placer. ¿Lo has entendido? —me gritó de un modo tan violento que me hizo temblar— ¡Te pregunto si me has oído!

Entrecerré los ojos y me encogí, acobardada.

Con su nariz demasiado cerca de la mía y el remolino que levantaba su aliento besándome los labios. Podía ser vampiro y por ello, valiente y fuerte, pero no estaba acostumbrada a ser tratada de aquel modo, a golpe de látigo, como una perra de caza.

Sin exigirme nuevamente una respuesta, se incorporó de un tirón y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta, dispuesto a abandonar la alcoba, dejándome allí sola, aterrorizada, dolorida, sumida en el desconsuelo.

Solo pensar que Arthur fuera a caer en la trampa que pensaban tenderle, me devastaba. ¿Qué podía hacer yo para salvarlo? ¿Qué podía hacer en aquellas condiciones?

Estando prisionera, ¿de qué otro modo podría solventarse el asunto?

Me habían secuestrado, y en cuanto mi esposo tuviera noticias de mi paradero, acudiría sin pensárselo. Solo o con una legión. Pero se presentaría allí donde la logia de la Rosa Negra me tuviese retenida, directo a la boca del lobo.

Fue como un tornado que gira sobre sí mismo y se retuerce dispuesto a convertirlo todo en astillas.

Con la mano apoyada en el picaporte, aunque aún sin accionarlo, pareció pensárselo mejor y volteó con inusitada brusquedad.

Me encogí contra el colchón, temiendo que fuese a dañarme, sin armas con las que defenderme. Al ver aquel brazo inmenso que se alzaba por encima de su cabeza dispuesto a descargarse en mi contra, me preparé para recibir una brutal bofetada o un puñetazo como castigo por mi insolencia.

Sin embargo, su mano abierta descendió como una maldición hacia mi pecho y en lugar de golpearme, apresó uno de ellos sobre la liviana tela del camisón. Noté el tacto ofensivo directo en la carne, la forma en que estrujó y amasó el seno. El masajeo y el pellizco contra el pezón, como si mi cuerpo le perteneciera.

—¡Aparte de mí esas sucias manos! —lo increpé con asco.

No me hizo el menor caso. Se entretuvo allí el tiempo que quiso, manoseándome no solo los pechos y la piel del escote, sino bajando libidinoso por los costados, anclando aquella mano a lo largo de mis muslos, frenando la velocidad de avance al llegar a la zona interior.

Y a mi sexo.



Capítulo 11

Serena de Bravery

Sus dedos largos y gruesos tantearon mi abertura cubierta por la seda blanca y yo sentí que la repugnancia me inundaba en forma de arcadas. No soportaba la idea de que un hombre que no fuese mi marido me tocase de un modo tan íntimo.

Ni siquiera un hombre tan absurdamente seductor como Valent St. Claire.

Arqueé la espalda, sacudí como una demente la pelvis para sacármelo de encima y él, si bien retiró la mano de su atrevido tocamiento, despacio y como si me hiciese un favor, su mirada lenta y lobuna me recorrió de pies a cabeza relamiéndose de placer anticipado.

—Vamos a compartir ratos inolvidables, querida —ronroneó—. Vas a ver lo mucho que eres capaz de aprender estando en mis manos. Cuando me abras esas piernas ya no querrás cerrarlas.

Volví a escupir. Con todas mis fuerzas, como había intentado con lord Bravery, aunque esta vez, con mucha más puntería y suerte. Aprovechando su proximidad, le alcancé de lleno en la cara. Su respuesta fue una sonrisa ladeada y perversa que se quedó colgando de su comisura. Luego se retiró el proyectil de saliva con la punta de los dedos a cámara lenta.

—Es usted un ser abominable, sin honor alguno —siseé entre dientes—. ¿Conde? De ser mortales corrientes, sus antepasados estarían ahora revolcándose en sus sepulturas.

Soltó una carcajada con tanto eco burlón que me sentí humillada hasta los tuétanos.

—Lamento decir que todos gozan de espléndida salud. Supongo que lo imaginaba. Eso sí, la mayoría, andan lejos de Inglaterra. Esta condenada isla resulta demasiado complicada, nos ahogamos entre normas y formalidades, ¿no le parece, duquesa? La dejo tranquila, que descanse. En un rato vendrán a asearla.

No alcancé a reprocharle nada más.

Las palabras eran un gorgoteo sangriento que no llegó a articularse ni a tomar forma antes de que Valent saliera por la puerta con la dignidad de un emperador. Los ojos se me llenaron de lágrimas, el pecho me subía y bajaba a sacudidas bruscas, movido por una respiración entrecortada y dolorosa.

Arthur de Bravery

—¿Quién ha traído esta nota? ¿Quién ha sido? —bramé, agitando el papel en el aire.

Lord Corset me miró con evidente consternación.

Seguramente sentía una gran piedad por mi persona. Ya había intentado en tres ocasiones que me calmase y tomara asiento, que me templara con un brandy, que recuperase el juicio.

Aunque tampoco es que pudiera culparme de estar desquiciado.

Si su Marianne desapareciera en manos del enemigo, con toda seguridad, él ni en sueños sabría contenerse.

Al principio me había desesperado buscando a mi esposa, para, a continuación, entender la complejidad de lo que había sucedido. Asumir el horror y asimilarlo era algo que aún estaba en camino, muy atrasado. Mandé recado al conde de Corset que no tardó en personarse en nuestra residencia de St. Jame´s y me aconsejó que mantuviese a Soley al margen de todo aquello.

«Si pregunta por su madre, le diremos que está de viaje. Pongámoslo en lugar seguro y con vigilancia».

Eso habíamos hecho.

Y cuando mi hijo me interrogó por mi alterado estado de ánimo, le narré una fábula acerca de las preocupaciones que generan los negocios y el órgano de gobierno principal de una sociedad que forzosamente ha de mantenerse en las sombras.

Ahora, a solas con el tercer príncipe, libre para dejar ir toda mi aflicción y mi cólera, distaba mucho de recordar la persona pausada y racional que solía ser.

—Alguien sin identificación, ha sido un mozo cualquiera, Bravery. —Corset aclaró mis absurdas dudas en cuanto al mensajero —. Mantenga la compostura dentro de lo posible. La identidad del comisionado es lo de menos.

—¿Lo de menos? —grité iracundo.

—Ya sabemos quién la tiene, Bravery, la Rosa Negra. Y habrá sido la propia logia la que mande el mensaje utilizando a un mozalbete de la calle. Eso no es importante.

Tuve ganas de bramarle al aire, como un león. Tantas como pocas de reconocer que estaba en lo cierto.

—Tengo que ir a rescatarla —rugí ronco.

—No sin un plan con visas de éxito. Tampoco sin una escolta suficiente.

Entrecerré los ojos, bullendo en impaciencia.

Acto seguido, miré desesperado al techo.

—Arthur, tiene mi palabra, la traeremos de vuelta. Pero temo que tras este movimiento estratégico esté el viejo duque y esto no sea más que una burda trampa.

—¿Cree que soy necio? —me exasperé— ¿Que no lo sé?

—¿Entonces? ¿Qué es lo que pretende? ¿Acudir como un animal inocente a un matadero? ¿Privar definitivamente a su esposa de cualquier esperanza?

—¿Qué otra opción me queda? Antes me sacaría los ojos con mis propias manos que dejarla allí, a merced de esa gente. Mi padre… ¿Tiene idea de lo que podría hacer con ella buscando vengarse?

—Si no pensamos cuidadosamente los pasos a dar, perderemos algo más que a la duquesa. Podemos perder todos la vida.

El papel que anunciaba el paradero de Serena resbaló desde mis dedos hasta el suelo y, por completo devastado, me dejé caer a plomo sobre el diván más cercano.

El conde me observó, ahogado en pesadumbre.

Se aproximó sin prisas, para apoyar una mano en mi hombro vencido.

—He convocado una asamblea de emergencia en Eglantine —informó con cautela—. Trate de calmarse y salgamos ya, tengo el coche esperando fuera. Reuniremos todo un ejército en favor de esta cruzada, salvaremos a su esposa. Tiene mi palabra.

—No quiero ni pensar en que pueda ser demasiado tarde.

—Le aseguro que no lo es. Su padre no es ningún necio. Es usted, y no ella, la pieza de su jornada de caza.

Le dediqué una sonrisa tristísima.

—La pieza principal, puede. Sin embargo, el duque no siente ninguna piedad por los daños colaterales.

Asistí a aquella especie de cónclave de los Reales con el alma hecha pedazos, el ceño fruncido y los labios apretados. Notando cómo me hervía la sangre dentro de las venas, ofuscado, casi incapaz de pensar o llevar a cabo otro plan que no fuera entrar en el edificio señalado como objetivo con la potencia de un invasor vikingo, derrumbando muros y paredes, levantando las piedras de los suelos hasta encontrar a Serena.

Había acudido mucha gente. Todos los Maestres, aristócratas de alcurnia cuyos rostros me sonaban de la vida social en Londres y otros muchos que no había visto en mi vida. Todos parecían dispuestos a jugarse el pellejo con tal de rescatar a mi duquesa. Hablaban, discutían acaloradamente en voz alta, sin que yo lograra entender nada de lo que decían, ni cuáles eran sus razones.

A cada minuto que pasaba, la enorme sala parecía encogerse, el aire escaseaba, todo se comprimía a mi alrededor.

Me aflojé el corbatín en torno al cuello.

Las personas, de repente, eran bultos borrosos en movimiento. Estaba mareado, me faltaba el aliento. Y pese a que puede que casi todos me dedicasen sus atenciones y sermones, mi difusa capacidad de análisis no captó apenas nada.

Solo quería correr. Salir de estampida, ir a por ella del mismo modo que avanza imparable un huracán, demoliendo todo obstáculo que encuentra a su paso.

Sin embargo, doblegado por eso que llamamos prudencia, en lugar de hacer lo que cada fibra de mi ser me pedía a gritos que hiciera, me forcé a permanecer allí, atado a mi sillón presidencial, al trono carmesí, temblando de indignación, preguntándome cuánto más tiempo íbamos a malgastar antes de desprendernos de nuestra

augusta dignidad, afilar los colmillos, empuñar las armas e iniciar la cacería.

Capítulo 12

Serena de Bravery

—Dime que todo es perfecto y no necesitas nada, querida. No seas terca, no te resistas, dame lo que quiero escuchar.

Allí lo tenía de nuevo.

Con aires de normalidad y el deseo titilando en las pupilas. La media sonrisa canalla, más ofensiva que cualquier insulto.

—Su amo, el duque, está condenado —espeté con odio—. ¿Acaso quiere acompañarlo a la muerte?

—Soy un hombre de negocios, duquesa. Ni más, ni menos. No me interesan las rencillas que Winley tenga con sus parientes, ya se lo he dicho.

—Pero usted participó en su liberación —lo acusé afilada.

No pareció inmutarse con mis recriminaciones. Seguía apoyado, indolente, contra el quicio de la puerta, observando lo que había a su alrededor sin demasiado interés.

—Eso no es algo que vaya a revelarle —decidió, usando, de repente, un tratamiento formal y un tono mucho más serio—. Mi intención es hacer negocios con la Hermandad Real.

Me dieron ganas de reír. Como una histérica que pierde el control de su voluntad y sus sentidos, y ni siquiera sabe qué la divierte.

—Va por muy buen camino, milord, secuestrando a la esposa del primer dirigente. Aplaudo sus refinados métodos.

—No sea tan optimista, Serena. Yo no lo sería.

Me retorcí entre chillidos y gritos sofocados, sin conseguir nada de nada.

Valent suspiró dramático.

—Usted me gusta. Me cautivó desde el primer instante en que la vi y le advierto que suelo salirme con la mía cuando tengo algún antojo.

—¿Así me considera? ¿Un simple capricho? ¡Soy una mujer casada! ¡Una dama noble a la que debería respetar!

—Es probable que cuando Winley acabe con sus *asuntitos* se convierta usted en una respetable *dama*… viuda. Aunque igualmente noble, eso sí.

Se me agitó la respiración. Noté una fuerte punzada en el pecho. Odiaba sentirme tan inútil allí, atada como un humano al que van a desangrar en un banquete.

—Preferiría no tener que forzarla —prosiguió con calma—. Aunque lo haré si no me deja otro camino. Quiero follarla desde que le puse los ojos encima y su negativa no será, desde luego, lo que me lo impida.

—Cómo se puede… —jadeé escandalizada—, ¿cómo se puede ser tan despreciable? Miserable criatura inmunda.

Valent St. Claire se encogió de hombros, como si todo aquello, en lugar de ser una ofensa, lo complaciera mucho.

—En breve, su esposo tendrá conocimiento del lugar donde presuntamente se encuentra. Y los giros de la rueda darán comienzo.

—¿Presuntamente?

—Por supuesto, duquesa, no vamos a arrastrarlo hasta aquí, no seremos tan estúpidos. El duque irá directo al pozo donde le aguarda un destacamento dispuesto a morir con tal de contentar a Winley.

El aire que llenaba mis pulmones escapó en una ráfaga violenta y me dejó vacía.

—Sabe que lo ahorcarán por esto —amenacé con la voz quebrada.

—La comunidad vampírica es laxa con los deseos, duquesa. Y la sociedad humana… Bueno, esa jamás tendrá noticia de lo que sucede dentro de estas paredes.

La piedra alojada en la garganta que me presionaba y me martirizaba sin piedad apretó un poco más. Creí que me asfixiaría, que estaba paladeando mis últimos minutos de existencia en la tierra. Aunque los vampiros vivieran para toda la eternidad, la fuerza vital me abandonaba gota a gota, y si no podía escapar de allí y librar a Arthur del horrendo fin que le tenían preparado, yo tampoco sobreviviría.

Llamaron a la puerta. Justo en el momento en que mi corazón latía frenético, a punto de salírseme por la boca. Aquel infame estaba anunciando que pensaba violarme, con la misma serenidad que anunciaría la hora de la cena.

St. Claire dio acceso, y un criado con la vista clavada en el suelo dio dos pasos adelante. Creí morir de vergüenza si me veía en aquella posición.

Una grieta que sumar a mi interior cada vez más roto.

—Amo, han llegado las iniciadas. Debe darles el visto bueno.

St. Claire resopló con fastidio. Aquella imprevista obligación a su cargo llegaba para interrumpir su diversión, y era palpable que le contrariaba.

—Otra desagradable tarea que se me encomienda. ¡Qué sería de esta gente sin mi tiempo libre y mis talentos! —Dio la espalda al mensajero, como si tuviera pensado excusarse ante mí—. De acuerdo, enseguida voy. Que las lleven a la Sala de las lágrimas.

—Pero amo…

—¡He dicho que ahora voy!

El sirviente marcó una exagerada reverencia antes de salir al galope. St. Claire dudó unos instantes, me lanzó dos o tres ojeadas impacientes y a continuación, desapareció también.

Yo no desclavé un solo instante las pupilas del techo. Una escena emborronada para mis ojos anegados en lágrimas. Me dolía

el corazón. A punzadas horribles. A latigazos. Deseaba fervientemente morir.

Y nada más que eso.

Valent St. Claire

De malas ganas, llegué a la estancia. La mente ocupada en una cuestión primordial: someter a Serena de Bravery sería una ardua encomienda. La dama era virtuosa, honorable y estaba enamorada de su duque, elementos, todos ellos, que sin duda suponían graves trabas.

Lo cual, no obstante, hacía el juego mucho más atrayente y entretenido.

Habían colocado a las seis muchachas en fila para inspección. El cabello suelto, ataviadas tan solo con túnicas blancas traslúcidas que dejaban a la vista sus innegables encantos. Podía seleccionar las que me agradaran para mi uso personal y descartar al resto, que se asignarían a tareas domésticas rutinarias y servicio general. Todas ellas muchachas de buena familia, presentadas como sirvientas temporales para la logia.

A juzgar por la calidad de la mercancía, no cabe duda de que la Rosa Negra aumentaba su prestigio. Pronto dejaríamos de ser la oposición clandestina de la Hermandad Real y ascenderíamos a la codiciada posición de rival oficial.

Al respecto, Winley y yo discrepábamos en algunos puntos vitales: él alimentaba una única obsesión, despedazar a la Hermandad Real de la que una vez formó parte principal. Yo, por el contrario, aspiraba a poner en marcha negocios y redes que nos hicieran poderosos. Tanto como para robarles su parte del pastel y ganarnos su respeto. No me molestaba la idea de compartir un mercado ya de por sí descomunal, siempre que la Rosa Negra se adjudicara una parte decente.

Me detuve delante de dos muchachas que habían llamado especialmente mi atención. Una era rubia como los rayos del sol diurno sobre la miel, de grandes ojos castaños y expresión dócil. Un cervatillo. La otra…

La otra semejaba la reencarnación de la misma Lilith, con cabellos de fuego y penetrantes ojos de extraño violeta, que me desafiaban. Miré a la rubia primero.

—¿Cuál es tu nombre, muchacha?

—Lia, amo. De la casa Hutton.

—Ah, los barones. Buenos aliados.

—Soy su sobrina, señor. No soy noble, pero…

Sin interés por seguir atendiéndola, levanté una mano y la hice callar. Me desplacé unos pasos a la izquierda y apunté a la otra, clavando con descaro mis pupilas en sus pezones erectos.

—Y tú, ¿cómo te llamas tú, belleza?

—Helena, amo.

Tenía una voz aterciopelada y sinuosa que envolvió de inmediato mi consciencia.

—¿De qué casa, Helena?

—Blackbury, amo. A su servicio siempre.

—No consigo recordar quiénes son.

—Hemos regresado del continente hace poco. Debe saber que mi padre está deseoso de complacerle en todos los sentidos.

Me llevé dos dedos a la boca y los empapé en saliva con un movimiento lento y obsceno, sin dejar de mirarla. Con la mano libre abrí su túnica y, sin titubeos, introduje el índice y el corazón convenientemente lubricados en su sexo, hasta topar con el muro de su virtud.

Una sonrisa de complacencia se dibujó en mis labios.

Extraje los dedos y los chupé, extasiado con el dulzor de los jugos femeninos. Me satisfizo su entereza, el que no se hubiera inmutado ni agitado ante mi invasión.

—Le diremos a tu padre que lo que veo hasta ahora me complace. —Hice una seña a los siervos—. Ponedles los collares y llevaos a las demás. Lia y Helena me pertenecen. Conducidlas a mis aposentos.

Capítulo 13

Valent St. Claire

Aquella pelirroja indómita seguramente tenía mucho que ofrecer en el lecho. Y me juré que degustaría hasta el más insignificante de sus atractivos. Pero mi obsesión seguía teniendo nombre de duquesa. Deseaba a Serena desde aquella vez en que estuvo a punto de ser mía y decidí devolverla a los brazos de su esposo, solo porque estaba encinta.

A veces no entendía esa irritante y absolutamente inútil moralidad mía.

En cualquier caso, los dioses recompensaron mi paciencia. Al que sabe esperar le llega su ocasión, y allí estaba. Indefensa, desamparada, podía usarla a mi antojo.

Y sin embargo… Lo que yo quería es que me deseara. Anhelaba doblegar su rebeldía, que se me ofreciera gustosa porque era su camino y su destino, no porque la obligase por la fuerza.

Sin querer pecar de vanidad, la simple posibilidad de que una mujer me negara sus favores resultaba impensable. Pese a ello, tratándose de una dama enamorada de otro, como Serena, el ascenso a la cúspide se haría pedregoso y difícil.

No tenía prisa, resolví pensando en las dos iniciadas que acababa de recibir. En las curvas deliciosas de la del pelo rojo, en la

inocencia que latía en los ojos candorosos de la otra llamada Lia. En el exquisito olor a sangre fresca de las dos.

Tenía con qué entretenerme mientras esperaba.

Codiciaba a Serena con cada fibra de mi ser inmortal. Que me dedicase miradas rebosantes de amor. Ambicionaba poseerla como nunca antes había perseguido nada. Esa escena, todavía imaginaria, en la que ella se arrojaba a mis brazos y buscaba con pasión mi boca, me obsesionaba a tal punto que no podía pensar en otra cosa.

Algo muy peligroso.

La delicada tesitura que en aquellos momentos atravesaba la Rosa Negra lo exigía todo de mí, mi atención íntegra. Reflexión, análisis, ojo avizor, escuchas. Debía mantenerme alerta, aguzar al máximo los sentidos, estar en todas partes al mismo tiempo, detectar a los posibles traidores antes de que respirasen o provocaran el primer giro de los acontecimientos.

Winley estaba desgastado y viejo. Obstinado con sus propias represalias y desquites. Si la logia quería crecer, convertirse en un oponente digno frente a los Reales, ocupar la posición que le correspondía en el país, las cosas dependían de mí.

De mí, sobre todo.

Pasé un par de horas reunido en la gran sala con los principales Maestres, discutiendo las maniobras que nos conducirían a controlar los muelles y el movimiento de las mercancías a través del mar, desplazando la autoridad de los Reales.

No negaré que solo parte de mi cabeza y mi juicio debatía los documentos y propuestas sobre la mesa. El resto de mí se encontraba lejos, perdido en la alcoba donde Serena resistía, maniatada y entre dos mundos.

Me habían informado de su estado catatónico. Desde la última vez que la había visitado, ella parecía no sentir ni padecer. Miraba al techo de un modo fijo, casi sin pestañear, se dejaba hacer, inanimada, cuando la aseaban y se alimentaba con lo mínimo y a la fuerza, apenas un par de copas de sangre al día.

Serena empezaba a preocuparme.

—Entonces, milord, ¿firmamos los nuevos acuerdos con los vigilantes en los muelles?

La pregunta, posiblemente repetida en más de una ocasión ante mi falta de respuesta, me hizo salir de mi ensimismamiento. Sacudí la cabeza para liberarla de desasosiegos y presté atención, contentándolo con un cabeceo.

Mis consejeros estaban a punto de abandonar la mesa, cuando apareció Winley congestionado y chillando, hecho un auténtico basilisco.

—¡Todo el mundo fuera! —bramó, apuntando a la puerta con el dedo estirado— ¡Fuera, he dicho!

En lugar de obedecer, los nueve vampiros me miraron a mí solicitando mi venia, algo que debió encolerizar sobremanera al antiguo duque. Volví a asentir con un gesto y se retiraron.

—No debería entrar aquí en esas condiciones, Winley —lo amonesté sin perder la calma en cuanto nos dejaron a solas.

—Que sea la última vez que te confieres atribuciones que no posees. No puedes reunirte con el consejo y tomar decisiones a mis espaldas.

Lo repasé de cabeza a pies con algo muy parecido a la condescendencia. Él, por su parte, me mostró amenazador los colmillos.

—¿Qué pretendía con su teatral aparición? ¿Humillarme delante de los Maestres?

—Ocupas un lugar y ejerces una autoridad que no te corresponde.

—¿Puede saberse por qué no?

—¡Yo soy la cabeza de la Rosa Negra!

—¡Usted es un fugitivo! ¡Una cabeza en la sombra! Estará acabado en cuanto los Reales sepan dónde encontrarle. ¿Cómo piensa que la logia continuó avanzando en su ausencia? ¿Por arte de magia? ¿O porque yo estaba aquí? Ocupando ese puesto que se supone que no me corresponde.

—Fue un arreglo circunstancial —trató de patalear.

Solté una carcajada burlona en su misma cara. Winley me miró con verdadero odio.

—Circunstancial. ¿Y debe de serlo también ahora, que tan ocupado se encuentra fraguando su revancha contra el actual

duque… su hijo?

—Lo dices como si no fuese capaz de ocuparme de nada más.

—Para usted, eso es ahora lo más relevante. Y no crea que no lo entiendo. Sin embargo, el resto de diligencias y trámites que trata de poner en marcha, el asunto de los muelles, esos métodos suyos…

Dejé adrede la frase sin acabar.

—Entiendo que te muestras en desacuerdo.

—Acierta. Es un procedimiento sumamente arriesgado, que puede volverse en nuestra contra en cualquier momento.

—En función de hasta dónde seamos capaces de controlarlo para que juegue siempre a nuestro favor.

—Winley…

—¡Eres un niño malcriado y consentido, St. Claire! Y yo, aquel que debe decidir, por mucho que te pese. De puertas para adentro, estás en un segundo lugar o en el que yo decida asignarte, ¿recuerdas?

Incliné la cabeza y me guardé para mí mis opiniones.

—Centrémonos en zanjar la espinosa cuestión de su hijo.

—¿Te has follado ya a esa zorra impertinente de mi nuera?

Lo miré impávido y mis comisuras temblaron un instante con el atisbo de una fría sonrisa.

—Desde luego que sí. ¿Acaso lo dudaba?

Capítulo 14

Arthur de Bravery

En nombre y bajo el estandarte del primer príncipe de la Hermandad Real, se congregaron más de cien conversos, esclavos y vampiros que, de inmediato, se repartieron por Londres, concediendo idéntica atención al barrido de los barrios bajos que al de las avenidas más elegantes.

Clubes de caballeros, de industriales y de comerciantes.

Clubes deportivos y de boxeo.

Cualquier antro de la condición que fuese, donde pudieran tener retenida a Serena.

Corset me había convencido de varias cosas: abandonar la modesta residencia de St. Jame´s junto con Soley, e instalarnos temporalmente en su mansión, mucho más protegidos, y concederles dos días a las cuadrillas de búsqueda antes de lanzarnos a lo demente a la dirección que se nos indicó en aquella misiva anónima, que olía a trampa a la legua.

Me negué a que fueran más de veinticuatro horas.

Y acababan de cumplirse. Sin resultado ni rastro de Serena.

Desde la desaparición de mi mujer y hasta que la misiva llegó, Corset aseguró que era la primera vez que me veía derrotado

desde que me conocía. Que mi seguridad, mi arrogancia de siempre, se habían volatilizado.

Sé que estaba demacrado y hundido.

Que me pasaba día y noche en la calle, buscando a mi esposa.

Y que en los escasos momentos en que no batía los callejones a la desesperada, malgastaba el rato elucubrando rocambolescas teorías acerca de quién había podido ser el ejecutor del rapto y dónde podían tenerla.

Cogí la pistola que acababa de limpiar a fondo y cargar con plata y la acomodé dentro del abrigo, junto a la estaca de madera bien afilada. Con las mandíbulas tan apretadas como mis dientes podían resistir, miré a Corset, su pistola delante, sobre la mesa, a la que contemplaba con aprensión.

Lady Corset, a su vez, nos vigilaba temerosa desde su sofá y su servicio de té.

—Me han hablado de un militar retirado… —arrancó la dama, sobrecogida—. Dicen que es muy capaz, tiene relaciones poco honorables, aunque a todos los niveles. Aseguran que se mueve entre las clases bajas como pez en el agua. Podríamos encargarle que investigase el verdadero paradero de Serena, si bien no dejo de preguntarme si será respetable acudir a un hombre de su condición…

La poca paciencia que me restaba se evaporó en forma de nube, como un estallido de pestilente azufre.

—Lady Corset, le agradezco sus intentos, pero no voy a malgastar más tiempo. De seguir considerando que aquí la presa es Serena, en lugar de yo mismo, puede que para cuando queramos actuar sea demasiado tarde. Si ella no se encuentra hoy entre nosotros es solo porque retenerla es la vía más rápida y efectiva para acorralarme y ponerme a mí las garras encima. —Me cerré el gabán—. Voy a darles lo que quieren. Mi mujer no estará en manos de esa gente abominable ni un segundo más.

Allistair dio un paso nervioso hacia adelante.

—Bravery, se lo ruego, no se precipite. Nada ganaremos perdiéndolos a ambos.

Alcé las pupilas y atravesé al conde con toda su aflicción.

—Corset. Sé que las intenciones de la logia son acabar con la Hermandad Real. Lo intentarán con toda la artillería, tarde o temprano. Y sé que su propósito es retardarlo cuanto más, mejor. El caso es que no jugaré con la vida de mi esposa, espero que lo entiendan.

—Claro que lo entendemos, Bravery, lo entendemos… Solo buscaba ser precavido.

Tomé la chistera abandonada en una butaca y me la coloqué en la cabeza.

—Se acabaron las precauciones. Si no quiere acompañarme, no se lo tomaré en cuenta. Tengo a gente lista y preparada aguardando en la calle y usted tiene a su familia, que depende de sus cuidados.

Corset se hizo con el arma y también con su sombrero, torpe y agobiado.

—Condesa —me giré desde la puerta y le hablé tenso, por encima del hombro—, cuide de que mi hijo siga sin saber nada de lo que sucede. Y que bajo ningún concepto salga de la mansión. Gracias.

El conde y yo apoyamos con brío las suelas de nuestras botas en el adoquinado de la calle. La niebla era espesa, envolvente y dificultaba la visión, aunque desde luego, no iba a frenarnos. Conforme al contenido de la nota original, debíamos acudir a Borough, al sur del Támesis, un área industrial muy activa y poblada, ya revisada por nuestra gente, atestada de almacenes, fábricas y tabernas, en cuyo laberíntico mapa destacaba la vieja Marshalsea, la cárcel cerrada en 1842, todavía parcialmente en pie.

Allí se supone que nos darían información adicional y datos.

Sin intercambiar más palabras, subimos a los carruajes y marchamos directos a la madriguera de la bestia.

El hedor a humedad vieja y sangre seca me golpeó al cruzar el umbral del edificio. Incluso para un vampiro acostumbrado a los aromas de la muerte, aquel lugar tenía un aliento distinto: el de la desesperación atrapada en piedra. La prisión llevaba veinte años cerrada, y, sin embargo, aún gemía con los susurros de los que nunca salieron vivos de sus celdas.

Avancé entre los muros de ladrillo ennegrecido, el suelo resbaladizo bajo mis pies. Cada paso crujía entre la grava y el musgo, como si el propio edificio protestara por la invasión. El farol que llevaba Marius, guardaespaldas de lord Corset, apenas arrancaba formas al aire.

No había viento, ni ratas.

Demasiado silencio.

Tenía mis dudas acerca de que aquel fuese el destino final. Husmeé el aire buscando a Serena. Su olor, su esencia viva y encendida. De tenerla allí cautiva, se habría enredado en la atmósfera como una promesa de esperanza.

Sin embargo, no la detectaba.

Iba en vanguardia, con Corset y Marius, su hombre de confianza, a mi flanco, y el resto del pequeño ejército desperdigado alrededor. Doblé una esquina, y ahí estaba.

La vieja sala común de los deudores.

O lo que quedaba de ella: una caverna baja con vigas podridas, cadenas colgantes y una silla al fondo. Y sobre esa silla… mi esposa Serena. Atada, amordazada, el pelo revuelto, la cabeza hundida contra el esternón y el vestido hecho jirones. Con excepción de la suciedad, demasiado visible.

Demasiado intacta.

Y entonces lo oí: una voz gélida y cruel que, por desgracia, conocía muy bien.

—Llegas tarde, Arthur. Como siempre que hay sangre por derramar. Tarde.

Bryen. Maldita fuera su estirpe inmortal.

Emergió de entre las sombras tal que un recuerdo mal enterrado, su sonrisa tan afilada como sus colmillos. Lo flanqueaban tres criaturas famélicas, de piel tensa y mirada vacía. Escoria con ambición. Tras ellos, distinguí la alta silueta de St. Claire, imponente y neutra en un segundo plano, sin interés alguno por intervenir.

Al menos, de momento. Porque enseguida dejé de verlo.

No respondí a la provocación. Solo tomé las armas, desabotoné mi abrigo y lo dejé caer. Mi corazón, si aún le quedaba algo de latido, marcaba un ritmo antiguo. Un compás de guerra. De juicio y sentencia de muerte.

Bryen dio un paso y se acercó a la mujer. Antes de que la agarrara salvajemente por el pelo y tirase de su cabeza hacia atrás para que yo pudiera verle el rostro, ya había adivinado que no se trataba de Serena. No era más que un señuelo para hacernos perder el tiempo y desarmarnos.

—¿Dónde está? —silabeé mascando cada letra.

—No la encontrarás ni volverás a verla. Menudo primer príncipe lastimoso has resultado ser —se mofó—. Tú ya no mandas, no deberías. Llevarás a los Reales al desastre. Esta ciudad merece un linaje más fuerte. Menos… entregado al sentimiento.

—Se equivoca —le dije, y mi voz llenó la sala como un trueno sordo—. Como casi siempre, cree saberlo todo y vuelve a equivocarse en lo esencial.

Lo supe. Sentí la convicción de que Serena no estaba en Marshalsea, de que mi padre, con toda probabilidad intentaría matarme y que, de conseguirlo, no quedaría nadie dispuesto a rescatar a mi esposa. Soley quedaría desamparado y huérfano.

Que abandonar Viena para regresar a Londres había sido una terrible equivocación que no debimos cometer.

Anticipando un alarido animal, el primero de sus perros se lanzó en mi contra. Con apoyo de otro de los nuestros y una fuerza brutal, lo intercepté para estrellarlo contra la pared, con un chasquido de huesos rotos. Las cadenas tintinearon. Más criaturas brotaron de entre las sombras observándonos con hostilidad.

El aire se volvió rojo.

Y entonces, las pupilas llameantes de mi padre se encontraron con las mías, gritando su sórdida declaración de guerra.

Bryen y yo embestimos como dragones, para fundirnos en el caos.

Capítulo 15

Serena de Bravery

Solo de tarde en tarde recuperaba el conocimiento.

La mayoría del tiempo me encontraba embotada y ausente, los sentidos apagados, ajena al mundo que me rodeaba, como si alguien hubiese extraído mi cerebro de su cavidad, dejándolo olvidado sobre una cómoda.

Valent St. Claire venía a visitarme cada pocas horas y su conducta era más y más misteriosa. De no ser porque no estaba en condiciones de procesar información alguna, me habría intrigado. Tras su empuje inicial, su vehemente osadía, ahora no hablaba.

No me provocaba, ni siquiera intentó tocarme.

No había reto ni desafío en sus gestos ni en su mirada. Se limitaba a contemplar mi quietud con cierta preocupación, tal que, si mirándome desde su imponente altura con aquella arrogancia suya y las manos en los bolsillos, fuera a devolverme mi normalidad.

Cuando yo lo que ansiaba era ser libre.

Volver a mi hogar junto a mi familia. Olvidar toda aquella pesadilla…

Y que mi amado esposo estuviese a salvo. En mi situación de aturdimiento, prácticamente lo daba por perdido. Ese era el origen de mi catatonia.

Saberlo en un peligro tan real, tan palpable, me había robado la energía y las ganas de vivir. Nuestro vínculo ancestral vibraba y se resentía a punto de quebrarse.

Si Arthur moría, que me perdonara Soley, yo no deseaba seguir viviendo.

Solo quedaba aguardar el fin.

Que aquel ser, obscenamente bello, pero odioso, que amenazaba con poseerme, diera rienda suelta de una vez a sus perversiones y me asesinara.

Por Dios juraba que no pondría inconvenientes.

La otra opción, desde luego, era escapar. Huir sin mirar atrás, dejando a mi paso un reguero de sangre, de ser necesario.

Mas, ¿cómo conseguirlo?

No era lo bastante fuerte. Estaba prisionera en un foso infestado de vampiros mucho más viejos que yo, me superaban en poder y en número, ¿qué esperaba lograr? Me mantendrían encerrada, convertida en una esclava, un instrumento del que sacar provecho y diversión hasta que me convirtiera en cenizas.

Me costaba volver en mí. Pese a aferrarme a la consciencia con uñas y dientes, apenas si conquistaba unas briznas sueltas de autocontrol.

En uno de esos breves instantes en que recuperé el contacto con la realidad, me percaté de que St. Claire estaba en la alcoba, sentado en su butacón favorito en la esquina frente al lecho, observándome con los ojos ámbar entrecerrados.

Tan perturbador e intimidante como siempre.

—Ya ha sucedido —se limitó a murmurar.

¡Y válganme los infiernos que lo entendí sin necesidad de más detalles!

Todo mi cuerpo se encogió zarandeado por el miedo.

—He de decir que lo siento. También que era inevitable. Nadie habría sido capaz de detener la venganza de Winley. Ahora es usted una respetable esposa sin marido.

Me sobrevino una arcada lo bastante violenta como para separar mi cabeza de los almohadones. Y otra a continuación, que arqueó mi cuerpo maniatado como si estuviera poseída por los

demonios. Solté un aullido feroz de animal moribundo que repetí hasta agotarme y que fue perdiendo potencia hasta quedar reducido a un lamento casi inaudible.

—Le concederé un tiempo prudencial a fin de que se adapte a las nuevas circunstancias —prosiguió con la misma gelidez—, no espere nada fuera de lo común, no se atreva a abusar. No quiero que piense que soy un monstruo, aunque tampoco se burlará de mi generosidad.

De mi garganta volvió a brotar aquel sonido antinatural que parecía un grito, un rugido y un estertor de muerte, todo al mismo tiempo.

St. Claire abandonó su asiento y se colocó al lado de la cama.

—¿Se encuentra bien, duquesa?

Abrí de golpe los ojos, fijos en su persona, con tal virulencia que lo sobresalté.

Mi bramido de dolor ahora era estentóreo, atronador, y no se detenía. Sacudí brazos y piernas poniendo en cada movimiento el cien por mil de mis reservas de energía.

Una de las correas en mi tobillo saltó por los aires.

Enseguida la siguió la que aprisionaba mi muñeca izquierda.

Le dediqué al conde una sonrisa perversa con la que le prometía una muerte lenta y dolorosa.

No es que Valent se alterara en demasía. Más bien diría que se puso en guardia, listo para contrarrestar mi ataque cuando acabase de soltarme.

Y en simultáneo, se abrió la puerta y entraron cuatro esclavos dispuestos a inmovilizarme de nuevo.

—No le hagáis daño. Reponed las correas, usad otras más fuertes.

Mientras él repartía sus órdenes, yo me retorcía y chillaba como una auténtica demente, mostrando los colmillos en un siseo escalofriante.

—¡Os mataré! —articulé por fin— ¡Juro que os mataré a todos! ¡Empezando por el asesino de mi marido! ¡Lo juro! ¡Lo juro por mi sangre!

Uno de los esclavos me pinchó en el cuello con una solución salina y perdí las fuerzas. Se me aflojaron las piernas, las cuerdas vocales dejaron de obedecer y todo viró a negro.

Cuando recuperé la consciencia, lo primero que advertí es que me habían cambiado de dormitorio. La decoración era más fastuosa y también más sobria, con un indudable aire masculino que me recordaba a Arthur.

Me quebró un sollozo.

Arthur. ¡Arthur! ¡Mi amor!

¿Dónde estabas? ¿Por qué no habías venido a rescatarme? ¿Era cierto?

¿Era horrible, espantosa, insoportablemente cierto que… ya no estabas?

Noté el crujido de lo que debía ser mi corazón bajo las costillas, alojado en mi pecho, ahora reducido a pedazos. El brutal latigazo de tormento que me atravesó de parte a parte con solo pensarlo.

Mi cabello ahora estaba limpio, mi piel también. Llevaba otro camisón nuevo, cuyo escote pronto empezó a empaparse con las lágrimas silenciosas que rodaban por mis mejillas, cayendo más abajo.

Quería morirme. Simplemente dejar de existir. Cuanto antes. Sin Arthur a mi lado ya nada tenía sentido…

Soley.

Mi hijo.

El nieto de Bryen.

Conmigo en aquella prisión, con su padre asesinado, ahora estaba desprotegido, en completo desamparo. ¿Y si el miserable duque ponía sus ojos en él? Para corromperlo, moldearlo a su conveniencia, ¿para hacer del alma pura y bondadosa de mi vástago el arma con la que fraguar sus maquiavélicos planes?

Él estaba condenado a muerte. Pero Soley era hermoso, sangreazul y era libre.

Podía convertirlo en su brazo ejecutor, en su mano derecha.

Una oleada de pura cólera me consumió los sentidos, engulléndome en una combinación de odio, ira y animadversión.

Tenía que impedirlo. Tenía que socorrer a mi hijo.

Sin embargo, la noticia de la muerte de Arthur me había dejado vapuleada, con la mente difusa, fuera de control.

Todo mi cuerpo, mi capacidad racional estaban como anestesiados y, aunque me aferrara a la esperanza de que Valent me hubiese mentido, mi intuición me advertía de que debía enfrentar lo que no era, sino la verdad. Tenía que sacar fuerzas de debajo de las piedras, reponerme, buscar aliados, lograr que mi carcelero bajara la guardia, trazar un plan.

Y entonces y solo entonces, huir.

Esa se convirtió, desde ese instante, en mi fijación obsesiva.

Iba a escapar e iba a vengarme del maldito Bryen Winley, antiguo duque de Bravery. Monstruo entre los monstruos y mi padre por casamiento.



Capítulo 16

Serena de Bravery

Creo que pasó una semana completa.

No podría afirmarlo, no tenía modo de contabilizar el tiempo. Allí encerrada, atada a la cama, no distinguía el día de la noche, dormitaba y me despertaba a ratos con escasa conciencia de la realidad, era posible que hubiesen transcurrido algunas jornadas más. El avance de los amaneceres y los crepúsculos solo verificaban el anuncio de la muerte de mi esposo. Porque de estar vivo, Arthur ya habría irrumpido en aquel edificio, fuera el que fuese, derribando puertas y paredes con tal de rescatarme.

Bryen no seguiría respirando si su hijo aún viviera.

Otra vez la aguda punzada lacerándome el pecho. Otra vez el ramalazo de dolor profundo que me doblaba en dos y me impedía respirar. Las náuseas.

Cada vez que lo pensaba.

De nuevo el veneno efervescente me subía desde las entrañas a la lengua, a manifestarse en forma de gritos, aullidos y maldiciones a los que mis captores habían acabado acostumbrándose.

No obstante, por dentro me iba fortificando. Fingía debilidad y devastación, si bien, el deseo de venganza era tan irreprimible y mortífero que ayudaba a la recuperación.

Ese día, fuera la hora que fuese, la habitación estaba muy en penumbras. El espacio era amplio y solo habían dejado dos

candelabros encendidos como fuente de luz. No era que me importara, pasaba la mayor parte del tiempo mirando al techo, contando las volutas del artesonado. De extremo a extremo y vuelta a empezar.

Sí me sorprendió que Valent St. Claire irrumpiera de repente en la alcoba, vestido únicamente con unos pantalones oscuros y un batín de seda negra, dejando al descubierto un torso indescriptible y perfecto, seguido por una muchacha cubierta con una túnica semitransparente bajo la que se adivinaba su completa desnudez, y un collar de correa idéntico al que se usaba para sujetar a las bestias de caza, alrededor del cuello.

—Saludos, duquesa —bisbiseó sin lograr que yo replicara. Miró de soslayo a la joven que acababa de cerrar la puerta—. Tú, ven aquí.

Era bonita y parecía inocente. Con el cabello claro y unos enormes ojos castaños abiertos y sorprendidos. Cuando Valent empezó a tocarla por encima de la tela de la túnica, me obligué a no mirar.

¿Tenía pensado el miserable follársela allí, delante de mí?

Conforme se desataba su insolencia, me quedó claro que sí.

Ya le había sacado la liviana túnica por encima de la cabeza, se había colocado a espaldas de la muchacha y con las manos le amasaba desde atrás los pechos con lascivia.

Mirándome a mí.

Sus ojos pendientes de mí.

Su boca pecaminosa recorrió la sien de la joven y bajó hasta su oreja. Se la acarició con la punta de la nariz primero, como si la olfateara, y enseguida con los labios y los dientes. A pequeños mordisquitos juguetones que se fueron desatando, haciéndose más salvajes. La chica se estremeció de pies a cabeza y soltó un suave gemido entrecortado.

Yo no quería mirar, lo juro, pero aquel condenado hombre era hipnótico.

Tanto él en sí, como todo lo que hacía. Los ruidos roncos y los gruñidos que generaba conforme se le encendía la sangre y se iba abandonando.

—No quiero que te aburras, duquesa. Supongo que llevas demasiado tiempo sin compañía ni distracciones. No pienso consentirlo, hay que ponerle remedio cuanto antes.

Clavé las pupilas en el techo. Bien lejos de ellos, aunque siguiera escuchando sus indecorosos intercambios. Los suspiros de la muchacha, cada vez más cerca del primer éxtasis, con las evidentemente habilidosas manos de Valent trasteando entre sus muslos.

Lo último que vi fueron sus largos dedos entrando en ella. La muchacha se arqueó como la cuerda del arco de un violín y dejó escapar un largo jadeo de placer que se apagó sin que yo despegara los ojos de una moldura en forma de helecho justo en la esquina.

Siguieron moviéndose y resollando, y yo me mantuve firme en mi parálisis.

En un instante en que me flaqueó la voluntad y miré de reojo, la tenía inclinada sobre el respaldo de un sofá, cogida del pelo, enrollado en su puño a modo de coleta, y la penetraba desde atrás con fuertes embestidas.

Ella no parecía estar sufriendo, precisamente.

Se me revolvió el estómago. Ojalá se marchasen ya. Ya mismo. Enseguida.

Giré la cabeza y volví a concentrarme en las tallas de madera de la techumbre. En su tamaño, sus curvas, en sus abigarradas formas. Con el corazón al galope.

Sintiendo una indescriptible repulsión por la escena que me obligaban a presenciar y al tiempo, y de una forma que era incapaz de explicar, una tensión en el vientre que estaba volviéndome loca.

Repugnancia y excitación mezclados.

¿Tenía algún sentido?

¿Acaso lo tenía seguir viviendo sin Arthur?

No. Seguramente estaba condenada a perder la cabeza. No obstante, mi hijo me necesitaba. Solo le quedaba yo. Sería su escudo protector. Su muralla defensora.

Antes tenía que escapar.

La presión de aquel torbellino de ideas complejas, contradictorias, embrolladas, se asentó en mis sienes y sentí una

punzada de aflicción que me alcanzó la nuca.

Cerré bien los ojos, apreté los párpados y conseguí resistir, con los puños pegados a los costados, rígida como una tabla de madera, luchando por aislarme de lo que estaba ocurriendo a solo unos pies de distancia, hasta que Valent St. Claire se cansó de retozar con su esclava y decidió dejarme tranquila.

La sinfonía de gritos de complacencia y deleite con la que la muchacha me había aturdido cesó de forma inmediata. Como si su cuerpo dispusiera de un resorte capaz de anular en medio segundo sus emociones.

—Hasta pronto, duquesa —se despidió el conde con su insinuante voz masculina—, ha sido todo un placer.

Por supuesto, no respondí.

Aguardé paciente a que la puerta que acababa de abrirse se cerrara de nuevo y reinase el silencio. El silencio que antes tanto me había mortificado, ahora me resultaba curativo. Una suerte de refugio en el que podía pararme a pensar en cómo huir de allí.

Y eso que ni siquiera sabía dónde me encontraba.

La siguiente visita donde milord repitió sus escarceos amorosos frente a mí como testigo llegó muy pronto. Solo dos días más tarde.

Parecía muy ansioso por, ¿provocarme? ¿Estimular alguna parte oscura de mi ser que yo mantenía a buen recaudo? ¿Corromper mi alma enamorada?

Por mi sangre Fairhaven que no iba a permitírselo.

Podía ser irresistible, podría ser seductor, podría tener el aspecto de un ángel caído y, no obstante, St. Claire solo me tendría *muerta*. Hiciera lo que hiciese.

Pese a todo, esa segunda vez me sorprendí a mí misma observando embobada cómo Valent había tumbado a la muchacha rubia en la mesa cercana, le había separado las piernas y había hundido la lengua entre sus pliegues húmedos y chupado, succionado y mordisqueado con vehemencia hasta que ella estuvo tan preparada, tan cerca de correrse, que penetrarla de un solo

movimiento hasta lo más profundo fue cuestión de un simple empujón de cadera.

Me fijé en la manera en que los dedos femeninos se crispaban y se engarfiaban sujetándose a la mesa. La forma en que la joven cerró los ojos y separó los labios para dejar salir un larguísimo gemido con la palabra «amo» encerrada dentro.

Todo aquello y mucho más lo visualicé casi hipnotizada. Solo me apuré en retirar la mirada a toda prisa, cuando Valent me cazó espiando y me dedicó una sonrisa de lobo depredador y hambriento.

De acuerdo. Lo admitía. Acababa de salirse con la suya.

Por un segundo, había latido una maldita chispa de deseo en mi vientre.

Una chispa que yo me encargué de sofocar enseguida.

Capítulo 17

Valent St. Claire

Condenada Serena de Bravery, cada vez más hondo dentro de mi cabeza, y cada vez más inalcanzable.

La primera de mis obsesiones. La peor y más indómita.

Si no podía tener su alma, poseería su cuerpo. Y el alma vendría después, con el tiempo, directa a mis manos. Si se negaba a entregarme su corazón, estaba dispuesto a provocarla en sus aspectos más carnales. Pulsar la tecla del deseo y atraerla con lujuria hasta el borde mismo del precipicio.

Una vez cayera, solo yo podría salvarla de la destrucción total.

Fornicar con Lia en su presencia fue un juego en extremo divertido que pensaba repetir cuanto hiciera falta.

Sabía que la refinada duquesa era una mujer fogosa, podía oler su excitación de vampira joven. No era inmune al espectáculo y, sin embargo, era placentero verla luchar consigo misma, controlarse y acallar su sangre cada vez más caldeada, aparentando indiferencia y hasta repulsa.

La tragedia, *mi tragedia*, era que, mientras hundía la verga en las entrañas de mi iniciada, en lo que realmente pensaba era en penetrarla a ella. En Serena se concentraban todos mis deseos y mi excitación. Y poseer a Lia sabiendo que ella era testigo, por más que su actitud impasible quisiera hacernos creer que no tomaba buena nota de lo que iba sucediendo, tan cerca que casi habría podido tocarnos, me había excitado lo indecible.

Con ese arsenal de sensaciones, regresé a mi alcoba todavía más descentrado de lo que me había ido. Hirviendo como una caldera del Great Western Railway antes del amanecer, pese a haber fornicado hacía nada, aunque determinado a llevar a cabo mi plan paso por paso, por más que conservar viva la paciencia me costase la piel.

Un plan que incluía, como primer punto, respeto absoluto a la duquesa, manteniendo un complicado pulso con el viejo Winley, que la miraba con recelo y bastante odio, y deseaba verla desaparecer.

Me serví una copa de vino de sangre y mandé llamar a Helena. La iniciada respondona e insumisa. Mi juguete más entretenido de las últimas jornadas… si exceptuábamos a mi obsesión.

Me gustaba aquella muchacha a la que parecía no gustarle yo.

Las iniciadas eran jóvenes vírgenes ofrecidas por sus propias familias afines a la Hermandad Real, como dadoras de sangre y para que se estrenaran en las artes amatorias al más alto nivel. Al crear la logia de la Rosa Negra, Bryen Winley también había importado tan placentera y satisfactoria práctica. Dado que la Rosa Negra iba extendiendo sus tentáculos por Londres y el resto de Inglaterra a pavorosa velocidad, ya disponíamos de nuestras propias iniciadas.

Todo un privilegio.

Por lo general, las muchachas se sometían, aunque ni en el fondo ni en la superficie estuviesen de acuerdo con una dádiva de sus familias que afectaba directamente a sus cuerpos. Se rendían al hecho de que una joven casadera de alta alcurnia no disponía de voz ni de voto y que una negativa habría supuesto una mancha inadmisible en la reputación de su apellido. Helena no era una excepción, aunque en ella, el desagrado era ofensivamente obvio, se le salía por los ojos.

Lo cual me complacía sobremanera. Mucho más divertido.

Por eso le había encargado las tareas más bajas y humillantes posibles: la limpieza de mi alcoba, el cuidado de mis ropas y el vaciado de los orinales.

Una muchachita virginal, inexperta y rebelde como el diablo, que mordía con saña sus ganas de sublevarse para no recibir un castigo, sin imaginar que yo podía palpar su enojo mezclado con el olor de su piel.

—¿Ha llamado, amo?

Su voz tenue me sacó del ensimismamiento. No me moví del butacón apostado junto a la ventana donde me bebía el vino, y desde allí, la repasé. Vestía la túnica semitransparente de los encuentros, blanca, arremolinada sobre sus pies descalzos, y al cuello, el collar de sometimiento que solíamos vincular a una correa, a modo de rienda, para usar si se ponían díscolas.

—Aquí me tiene —agregó sin aguardar a que le respondiera.

—Acércate.

Lo hizo a regañadientes, aunque disimulando su contrariedad, y me tendió el brazo para que mordiera su muñeca, como había hecho otras veces, y succionara. Me puse en pie de un salto, con tanta velocidad, que Helena respingó asustada.

Una de mis manos se ancló en su nuca. Con la otra la tomé por la barbilla y la mandíbula y la obligué a girar la cabeza en dirección al ventanal. Su largo cuello de nieve quedó expuesto, no me pensé dos veces atravesar la fina carne con los colmillos y chupar cuanto quise, hasta saciarme.

Notando cómo a ella le temblaban las piernas y se le endurecían los pezones.

Necesitaba sexo, sangre, magia para compensar mi ausencia de éxito con Serena, para mitigar mi frustración al no conseguirla. Y Helena se me antojaba un dulce y perfecto reemplazo.

Di un paso atrás.

Se veía diminuta y delicada, como una florecilla silvestre contra mi envergadura de casi seis pies y medio.

—Ven aquí.

De un solo tirón le arranqué la túnica y el collar y los dejé caer al suelo. Aquel ángel de piel de nácar tenía una silueta formidable. Unos pechos llenos y rotundos de rosados pezones, un vientre liso horadado por un ombligo delicioso y las mejores piernas

que había visto en mucho tiempo. Verla desnuda despertaba mis dragones dormidos y llenaba mi polla de vigor.

Cuando me acerqué a besarla, ya estaba erecto a tal punto que resultaba doloroso.

La atrapé por la melena, roja como el fuego y la obligué a mirar al techo mientras yo hundía la boca entre sus pechos y me deleitaba mordisqueando las preciosas puntas de sus senos. El aroma que desprendía gozaba de espectacular potencia y en él destacaba la nota almizclada de la excitación sexual.

Bajé la mano derecha, la colé en su entrepierna e introduje dos dedos en su sexo, sin pedir permiso y sin titubear.

Lo encontré mojado y palpitante. Deseoso de ser conquistado.

¿Entonces?

Aquella niña me anhelaba, pedía a gritos sin palabras un encuentro carnal, y sin embargo…

—¿En qué consiste la lucha que traen en el interior esos ojos? —le pregunté en un murmullo ronco, cerca de su oreja, sin soltarle el pelo, encantado de ver la respuesta de su piel erizada al cosquilleo de mi aliento.

—No sé a qué os referís, amo.

—Me deseas. Al tiempo que te odias por desearme.

Ojalá a Serena terminase ocurriéndole lo mismo.

Era lo que perseguía obligándola a presenciar mis devaneos eróticos con mujeres que no eran ella. A mí me daba igual si se detestaba por sentir atracción hacia otro hombre que no fuera su difunto marido. No quería que sufriera, aunque algunos aspectos de aquel proceso resultaban inevitables. Con el tiempo, los remordimientos y la sensación de culpa, de deslealtad hacia el duque desaparecerían y solo quedaría lo que sintiera por mí.

Un día no muy lejano, Serena Fairhaven me suplicaría que la tocara.

Que la hiciera mía.

De momento, y hasta que ese instante prodigioso llegase, podía concentrarme en mis iniciadas.

Capítulo 18

Valent St. Claire

El jadeo entrecortado de la pelirroja me devolvió a la realidad.

El jugueteo distraído de mis dedos con su clítoris sensible e hinchado la habían hecho correrse mientras yo pensaba en otra dama. Qué fantasía.

La tomé por la cintura y la coloqué en el lecho, bocarriba, sin demasiados miramientos. El dulce néctar de la sangre que minutos antes me había ofrecido ya circulaba por mi sistema como un rayo de enloquecedora vitalidad, que estimuló y activó cada músculo de mi cuerpo. Que multiplicó por tres la capacidad de percepción de mis fibras nerviosas y me hizo inclinarme, mucho más dispuesto, a la lujuria.

Me coloqué de rodillas sobre el colchón, con la cadera a la altura de su cabeza y la insté a abrir la boca y a engullirme. Cuando metí la verga en aquella cavidad cálida y tan húmeda, un espasmo de placer me recorrió la espina dorsal con la efectividad de una garra afilada.

—Chupa.

No habría hecho falta ordenárselo. Molesta y todo, la lengua de Helena ya se paseaba por mi abertura tersa y me inspeccionaba sin timidez parte del tronco. Una succión larga e impecable que me hizo estremecer y endurecerme aún más, un suave roce con el borde de

los dientes contra mi frenillo y a continuación, su garganta que se dilataba y se abría para acogerme casi entero.

Bombeé dentro de su boca. Despacio primero, con más brío a continuación. Cerré los ojos e imaginé que aquel túnel placentero era el coño de Serena, palpitante y lubricado, deseando guarecerme. La sensación fue indescriptible.

Helena sería una muchachita sin experiencia con los hombres, mas no me atrevería a poner en duda sus muchas cualidades. El sexo oral se le daba de maravilla, como a toda una profesional experimentada. A diferencia de la aristocracia humana, entre los nobles vampíricos, el que las jóvenes presumieran de habilidades sensuales incrementaba su valor como futuras esposas y todos éramos, digamos, propensos a entregarnos sin reparo a bacanales y orgías en cualquier fiesta, por inocente que en un principio pareciera la reunión.

Me corrí entre sus labios, aunque cuando saqué la polla, continuaba duro.

Y como por nada del mundo quería perder aquella ridícula ilusión que yo mismo había creado de estar poseyendo a la duquesa, nada más terminar, tomé el esbelto cuerpo de Helena y lo giré para ponerla de cara al lecho, y asaltarla desde atrás.

Solo su espesa mata de pelo rojo me distraía.

Serena tenía el cabello negro como una noche sin estrellas. Esa era la diferencia.

Para mi total sorpresa, no supuso una traba a mi goce. Introduje una mano bajo el pubis de mi iniciada, alcé su cadera y me encajé en su interior desde mi posición, usando el dedo corazón de esa misma mano para frotar su clítoris, dibujando círculos hasta que la oí gritar.

Entonces, me dejé ir por segunda vez.

Luego le ordené cargar con el orinal y la despaché como si sus virtudes fueran nada, y ella una simple molestia.

Serena de Bravery

El conde regresó en varias ocasiones con su iniciada, a satisfacer sus instintos más salvajes conmigo como testigo y, pese a mis esfuerzos sobrehumanos por mantenerme impasible, cada vez me costaba más no lanzar una ojeada furtiva a aquella danza carnal que ambos protagonizaban, tan provocativa como hermosa.

Porque sí, St. Claire era un animal hermoso.

Con una verga magnífica.

Nunca sabía cuándo vendría. Las visitas eran inesperadas y caprichosas y, muy a mi pesar, me sorprendí deseando verlo aparecer, echando de menos la representación y atenciones que me dedicaba, si no venía.

Sin embargo, aquella noche, cuando la iniciada abandonó mi alcoba y él trató de aproximarse, puede que con intención de intimar, hasta el último nervio en mi ser se tensó para activar el rechazo más absoluto.

—No se atreva a ponerme una mano encima —lo amenacé con los dientes apretados, consciente de mi nulo poder, pero prefiriendo la muerte a pertenecerle.

Su mano se detuvo a una pulgada sobre la curva de mi cintura, si bien, no la retiró.

—Es usted un canalla indigno sin integridad.

—Soy un vampiro, querida duquesa. Quizá lleva usted demasiado poco tiempo en este mundo nuestro. ¿Qué esperaba?

—Debería hacer honor a su título, también es aristócrata, parece que lo olvida.

Recogió el brazo y esbozó una alegre sonrisa.

—Por lo que veo, milady, su estado de catatonia ha llegado a su fin, recuperó las ganas de pelear, no sabe cuánto lo celebro.

Yo misma fui consciente de que tenía razón y, desde luego, por el tuétano de mis huesos que no iba a dársela. De modo que volví a mi parálisis, mi mutismo y a mi mirada vacía clavada en el techo.

St. Claire arrugó el entrecejo con disgusto.

—Vaya. Una duración en extremo limitada. Probaremos en otro momento.

Dio media vuelta, como si mi repulsión no lo hubiese ofendido y en la estancia contigua lo esperase una gran fiesta y, sin despedirse, abrió la puerta de mi alcoba y se marchó. Me invadió la certeza de que todo aquel suplicio, aquel temible gota a gota diario y eterno, no podía acabar más que volviéndome yo loca.

Que fuera cuanto antes. Al menos me reuniría con mi Arthur.

No.

Soley. Nuestro hijo. Me necesitaba.

Estaba empezando a plantearme como última vía la arriesgada estrategia de permitir al conde acercarse, ganarme su confianza y hallar el modo de huir, cuando la puerta que comunicaba con el corredor volvió a abrirse y apareció la iniciada con la que Valent había gozado y hecho lo que le había venido en gana solo un rato antes, ahora vestida como una doncella normal de casa noble; portando una bandeja grande con un servicio de té y la mejor de sus sonrisas.

¡Cielos!

Me recordó tanto a Betsy, que se me llenaron los ojos de lágrimas.

La muchacha depositó la bandeja en la mesita auxiliar, se acercó a la cama y, muy despacio y diligente, desabrochó las correas que me maniataban.

—El amo le envía este presente.

¿El té? ¿La libertad de movimientos? ¿Ambas cosas?

—Té de sangre —aclaró como si me hubiera leído el pensamiento—. Para que recuerde su pasado como noble humana y recupere las buenas costumbres.

—Gracias —musité titubeante.

No tenía nada en contra de aquella chiquilla. Todo lo contrario, mi cerebro y mi ánimo precisaban con urgencia de un poco de cercanía y afecto, un rato de charla intrascendente, cualquier cosa que interrumpiera aquella perpetua sensación de peligro inminente y muerte al acecho.

Me froté las muñecas erosionadas por mis intentos de soltarme, y terminé sentada en la cama como una enferma terminal que por primera vez se incorpora y lo mira todo con miedo. Observé que en la bandeja reposaban dos tazas.

—¿Me acompañas?

—Si milady lo desea, será un placer.

—¿Cómo te llamas?

—Lia, excelencia.

—Lia. ¿Querida, qué haces aquí con ellos?

Capítulo 19

Serena de Bravery

Ella sonrió con dulzura y se concentró en colmar las tazas sin ninguna prisa antes de responderme.

—Soy una iniciada, milady.

—¿Una dadora de sangre? —me atreví a indagar.

—Entre otras cosas. Mi familia me pone a disposición de la logia para iniciarme en el universo de la obediencia y los placeres. Y como dadora de sangre, es un privilegio poder servir al amo asignado.

Me entregó la taza, con aquella sonrisa amplia y curva, envuelta en candor.

—¿Un pastelillo?

Ni siquiera supe qué responder. Ella apartó un par en un platito y me lo acercó para que comiera, si ese era mi deseo. Yo miraba su paz, su semblante en calma, y no podía apartar de mi mente las aberraciones a las que Valent St. Claire la había sometido en mi presencia, lo que me causó un escalofrío.

—Tú… ¿tú eres feliz con esta situación?

—Muy dichosa, milady —replicó sin atisbo de duda.

Pestañeé perpleja.

—El amo es tan viril. Y las noches que somos llamadas a su presencia, aquí o en sus aposentos, nos da placer sin límite. Lady Helena y yo hemos sido increíblemente afortunadas.

—¿Lady Helena?

—Helena de Blackbury. Es mi compañera iniciada, llegamos el mismo día.

Vaya. Así que St. Claire tenía otro juguetito que de momento no me había permitido ver.

—¿Dónde estamos?

Lia me miró con inocencia y ensanchó la sonrisa. Ni era tan ingenua como quería aparentar ni iba a ser tan sencillo seguir sonsacándole información. A la vista quedaba que sabía bien qué decir y qué callar, sin perder su aire ingenuo.

—Estamos en la Rosa Negra —afirmé tajante, como si ya lo supiera sin necesidad de confirmaciones.

Lia no movió un músculo del rostro. Aunque tampoco lo negó.

—Futura Casa de gobierno, conforme a los deseos del amo —informó pasados unos instantes que se me hicieron eternos.

—¿Por qué no te han entregado tus padres a la Hermandad Real? ¿Saben que la Rosa Negra está proscrita? ¿Que nunca será una Casa?

La jovencita se encogió de hombros.

—Muchas familias en Londres empiezan a preferir otra opción que no sea lo de siempre.

¿En serio? ¿Un atisbo de insurrección? Acaso se estaba fraguando una revuelta en las mismas narices de la Hermandad Real, la Casa de gobierno oficial, ¿sin que sus miembros se percataran?

—Algunos consideran que no debería haber una sola Casa a la que obedecer —agregó con delicadeza.

Me mordí el carrillo desde dentro, pensativa.

Lo que acababa de escuchar coincidía con las preocupaciones que últimamente desvelaban a Arthur. También se lo había oído comentar a lord Corset: que la Rosa Negra, la logia rival, crecía,

sumaba adeptos y empezaba a convertirse en un contrincante peligroso al que tener en cuenta y poner freno cuanto antes.

De repente me estiré en su dirección y le cogí una mano.

—¿Te molestaría ser mi amiga? Aquí me siento terriblemente sola —rogué en un lamento que tenía mucho de sincero.

Ella recuperó la movilidad perdida.

—Creo que por eso me han asignado a su cuidado, excelencia. Quedo a su entera disposición. Para lo que guste y cuando me necesite.

La visita que recibí a continuación, de Valent con su iniciada, vino precedida de la colocación en el suelo de una gruesa alfombra. A mí habían vuelto a atarme a la cama, aunque desde donde me encontraba, el ángulo de visión hasta aquel recuadro color carmesí era perfecto.

Cuando Lia entró, pisándole los talones al conde, me miró y me dedicó una sonrisa amable a modo de saludo. Una novedad que me calentó el corazón.

No obstante, su atención no tardó en centrarse en él y solo en él, que con un gesto le ordenó que se desnudara y se tumbase en la alfombra. Lia miraba a St. Claire con una devoción que me revolvía el estómago.

Enseguida dio comienzo el festín de desenfreno.

Con solo apoyar de forma suave las palmas en las rodillas femeninas, logró que la muchacha abriera las piernas. Libre el camino, los largos dedos de Valent abrieron su sexo, separando sus labios como quien horada los pétalos de una flor de terciopelo. Y antes de que yo pudiera soltar el resto del aire que tenía retenido en los pulmones, enterró la boca en aquel triángulo, bien a mi vista, y lo devoró.

Con un salvajismo como para temblar de pavor.

Dejó claro que su lengua exigente había pactado no conceder tregua a los gemidos de Lia. Vi a la muchacha que tomaba té en mi compañía retorcerse de placer sobre la alfombra. Estremecida ante

las embestidas de aquella boca feroz que la condujo al éxtasis tres veces seguidas con una pasión que, más que impetuosa, era brutal.

Mi duque me había arrastrado al cúmulo del placer con su lengua en incontables ocasiones. Sin embargo, jamás lo habría calificado como bravío o indómito. Mientras mi amor era dulce y complaciente, al conde le faltaba un parpadeo para actuar a puro mordisco.

Una cualidad que parecía satisfacer en extremo a su ocasional amante.

Cuando él se apartó y la empaló de un solo empujón, penetrándola hasta el fondo, la muchacha todavía temblaba sin recuperarse tras el tercer orgasmo. Dos, tres acometidas, sujetándola con ambas manos por las crestas de las caderas y los glúteos, y los dos gruñeron de satisfacción al derramarse.

Milord no se tomó un respiro.

Al contrario, se incorporó de un salto, tomó en sus brazos a la lánguida joven, desmadejada tras los intensos clímax y, sin molestarse en cubrir su desnudez con tela alguna, salió por la puerta dejándome sola.

Tragué saliva, forzándome a no separar las pupilas del techo. El corazón me latía desaforado, el pecho subiendo y bajando en una demente carrera a ninguna parte.

Estaba excitada. Inexplicable e indecorosamente excitada.

De no haber estado atada, me habría tocado hasta correrme.

Aquel aristócrata me parecía repugnante y, pese a ello, si cerraba los ojos solo lo veía a él. Desnudo, con la blanca y perfecta piel brillando bajo una fina capa de sudor, sujetando el cuerpo de Lia, el rostro congestionado por los ramalazos de placer que lo atravesaban como puñaladas. Oía sus bufidos roncos al correrse. Su pelo largo y oscuro, enmarcándole la cara con mechones húmedos, haciendo de su imagen algo todavía más turbio y deseable.

Grité de frustración.

Tiré de los brazos, de las piernas. Noté el arrastre y el punzante roce de las correas sobre la piel expuesta. El dolor físico y el emocional mezclándose para hacerme añicos.

La desesperación.

Seguramente no había transcurrido ni hora y media, y Valent apareció de nuevo. Venía suntuosamente vestido, de negro con bordados en hilo de oro, pantalón ajustado y botas altas. En las manos, un pequeño cofre que me mostró ilusionado cuando, sin pedir permiso, se sentó directamente sobre mi colchón, ocupando un lateral de la cama.

—Le he traído un obsequio.

Por descontado, no lo miré.

—No lo quiero —me sorprendí farfullando, cuando me había prometido no articular palabra.

—Vamos, duquesa, seguro que de niña recibió una educación exquisita, no sea descortés.

—No quiero nada suyo. Nada, salvo la libertad.

Chasqueó la lengua con actitud burlesca.

—Me temo que eso no podré concedérselo. A cambio, hemos llenado su armario de trajes hermosos y tiene una amiga. Puede vestirse, lucir estas joyas, charlar de esas cosas sensibles de las que charlan las damas.

—Y cuando acabe la jornada, me colocarán de nuevo el camisón y me esposarán al lecho. ¿No es así?

—Todo podría ser más sencillo, Serena. Con solo que usted pusiera un poco de voluntad. Seguramente todavía no está preparada, aunque lo estará con el tiempo. No le quepa duda de que lo estará. Y como el caballero que usted siempre adivinó que era… esperaré. Ambos esperaremos.

Iba a espetarle que alimentaba unas expectativas tan ridículas como irreales. Sin
embargo, preferí ignorarlo, castigarlo con mi indiferencia, pegando la vista a la pared. Él se levantó a dejar el cofrecito en el tocador y regresó, sin perder el buen talante. Me sorprendió que no hubiese insistido en mostrarme las joyas, para poder negarme a mirarlas.

Se quedó allí. En silencio, solo observándome con fijeza.

Se me secó la garganta. Se me disparó el pulso. Iba a ocurrir algo.

Noté el tacto de su palma sobre el tejido del camisón, replegándolo desde mis tobillos, muy despacio, hasta alcanzar la

altura de las rodillas. Un pequeño giro de muñeca y la enorme mano se introdujo entre mis muslos, asolando la cara interna, palpando con mimo la aterciopelada piel.

Me encogí de miedo, convencida de que llegaría hasta mi sexo. Me puse a temblar. Ya podía sentir sus dedos entrando en mí, enterrados en mis entrañas. Y luego…

Se detuvo a escasas pulgadas de mi abertura.

Sin violentarme. Sin abordarme más allá de la línea límite. Aguardó unos segundos y, acto seguido, para mi total desconcierto, retiró la caricia, la mano, el brazo, y cayó de rodillas junto a mi cama.

Estaba…

No podía ser.

A su modo peculiar, incomprensible y desconcertante, Valent St. Claire estaba…

¿Estaba suplicando?

Capítulo 20

Serena de Bravery

Fue un acto de flaqueza, una muestra de humanidad que le duró escasos segundos.

Pero, en su concisión, dejó patente que, en ciertos aspectos, el gran conde era vulnerable. Supongo que no se perdonaría nunca haber dejado aquella brizna de él al descubierto, el agujero de inicio de su talón de Aquiles, menos aún, delante de una mujer.

Y, no obstante, pese a que esperaba en cualquier momento una reacción brusca y violenta, que se sacudiera el sentimentalismo de encima y se pusiera en pie de un salto, como un felino salvaje, que me atacara, incluso, para mi absoluto pasmo, no hizo nada.

Na. Da.

Permaneció allí, estático, en una posición tan humillante como deshonrosa, de rodillas con la frente pegada al borde de mi cama, tal que si rezase.

Fue superior a mis fuerzas.

—Aléjese de mí. No soporto verlo.

Nada.

—¡Márchese, le digo!

Todo lo hizo muy rápido.

Por fin llegó el huracán que llevaba rato temiendo y que no se dejaba ver: la vibración del aire, su movimiento veloz, la mirada turbadora y asesina, promesa de horribles tormentos. Me miró un instante, amenazador desde su altura, y salió por la puerta sin despegar los labios. Ni un reproche.

Tardé tres días en ver de nuevo un ser viviente.

Si es que a los vampiros podía calificárseles de ese modo.

Atada a la cama, en completa soledad.

No negaré que más de una vez, el deseo de una visita me cruzó por la mente. Lo deseché al instante, claro está. La simple idea de echar de menos su presencia, el mero hecho de haberme excitado con sus exhibiciones de macho todopoderoso, constituían una traición a la pureza del amor que sentía por Arthur.

Me dolía tanto el corazón. El pecho, el cuerpo entero. Mi alma inmortal.

Lia entró en mi dormitorio-celda sin llamar y, para entonces, me había acostumbrado tanto al aislamiento que no reaccioné. Ni bien ni mal. Mis pupilas no se despegaron de los dibujos en las alturas, mi respiración no se alteró, ni un solo nervio en mi cuerpo acusó su llegada.

—¿Se encuentra bien, duquesa? —Ella rompió el silencio—. Han sido varios días sin verla.

—Supongo —balbuceé con un hilo de voz sin fuerza.

Entonces vino hasta mí y soltó las correas. Mis tobillos y muñecas entumecidos se quejaron con una larga punzada. Seguí petrificada en la misma postura.

A Lia no pareció importarle. Se la veía tan jovial como siempre, encantada en su papel de servicial doncella; hasta los ojos le brillaban.

—¿Tomamos el té, duquesa?

La rabia se arremolinó en mis tripas, formando espirales endemoniadas.

Y de repente, un plan peregrino, atropellado y probablemente imposible, tomó forma en mi cabeza. No es que las cosas no pudieran empeorar si mi temeraria salida fallaba; sin embargo, ¿qué otra opción tenía? ¿Quedarme allí maniatada y encerrada el resto de

mi vida o hasta que se agotasen mis fuerzas y me rindiera ante lord St. Claire?

Antes muerta con una estaca en mitad del pecho.

Vista mi falta de entusiasmo, Lia ya había dispuesto el servicio de té. La miré con un suspiro, me incorporé a medias. Notando dolores y calambres en cada músculo agarrotado.

—De acuerdo. Tomaremos ese té. Mentiría de decir que no te he echado de menos.

El cumplido la contentó, los ojos castaños soltaron un destello.

—Me han permitido traer esos pastelitos de limón que usted adora.

—¿Qué más cosas te han permitido, Lia? —Ocupé mi silla y capturé el pastel de mayor tamaño. Necesitaba energía rápida.

—¿A qué se refiere, excelencia?

—A tus rutinas, a tu margen de libertad. ¿Qué haces durante el día? ¿Sales del edificio? ¿Tienes joyas y bonitos vestidos?

La luz que resplandecía en sus pálidas mejillas se apagó de pronto.

—Bueno, lo cierto es que las iniciadas llevamos una existencia pacífica. Muy poco excitante, salvo cuando el amo nos llama para servirle.

—Entiendo. ¿Te gustaría probarte uno de mis trajes?

Aquella luz casi infantil volvió de golpe.

—El ofrecimiento es… ¿en serio?

—Desde luego que sí. Será divertido ver cómo te quedan. Y las joyas. Tengo un cofre lleno de ellas…

Con total naturalidad, para ver cómo reaccionaba, abandoné la mesa y fui hasta el mueble alto donde descansaba la adornada cajita metálica, regalo de Valent. Lia no hizo el menor intento de detenerme. Coloqué el joyero en mitad de la mesa y lo abrí.

El contenido centelleó hipnótico. Lia se llevó las manos a la cara.

—¡Oh! ¡Son espléndidas!

—Escoge un collar, el que te parezca más hermoso. Yo elegiré un vestido que combine a la perfección. Podemos jugar a tomar este

mismo té vestidas de damas…

Volví a levantarme. Reproduje paso por paso la secuencia de antes, con idénticos resultados en cuanto a mi libertad, solo que, en esta ocasión, Lia ni me miraba. Toda su encandilada atención estaba concentrada en las maravillosas joyas que sacaba, rozaba con la yema de los dedos y contemplaba con embeleso.

Aunque fingí distanciarme en dirección al armario, enseguida volví sobre mi avance con un jarrón vacío en las manos, que en su día había contenido flores y que, una vez muertas estas, nadie retiró. Me coloqué a espaldas de la muchacha, rogando su perdón para mis adentros, y se lo estampé con furia en la cabeza mientras me encogía, dudando que fuera suficiente.

Por fortuna, Lia se desplomó como un fardo con el collar de diamantes que admiraba, enredado entre los dedos.

Perdí medio segundo conteniendo el aliento, observando el resultado de mi fechoría. Me habría entretenido en verificar su buen estado de salud de haber dispuesto de tiempo para malgastar.

No lo tenía.

Descubrí el cerrojo de la puerta y me lancé al pasillo, descalza y en camisón, como iba, desesperada por hallar cuanto antes una vía de escape.

Fuera de mi alcoba, el edificio, donde quiera que estuviese, seguía teniendo aspecto de mansión corriente. Los corredores anchos, con suelos cubiertos de gruesas alfombras y paredes forradas de madera noble y retratos hermosos. Apenas si entraba luz por los angostos ventanales y cada treinta o cuarenta pasos, distinguí aparadores de palisandro idénticos entre sí, que sustentaban candelabros encendidos.

Me deslicé sin rumbo, de puntillas, sin hacer el menor ruido. Pegada a la pared como si quisiera fundirme con el material que la forraba. En un momento dado, advertí la presencia de lacayos cargados con bandejas de los que tuve que ocultarme. Y al atravesar un pasadizo especialmente angosto, me pareció escuchar el sonido de cascos de caballos y el ruido cotidiano de los carruajes sobre los adoquines de las calles.

Era posible que no hubiésemos abandonado Londres.

Y entonces, justo cuando empezaba a renacer una tímida llama de esperanza que hasta entonces no me había atrevido a alimentar, sucedió.



Capítulo 21

Serena de Bravery

Días más tarde, no recordaría haber matado a nadie.

Solo fui vagamente consciente de haber aprovechado la única y penosa oportunidad que surgió casi de milagro, para escabullirme de la habitación donde me tenían cautiva, recorrer a ciegas pasillos, tramos de escaleras y corredores y, en lugar de buscar primeramente la salida como cualquier persona inteligente y cabal habría hecho en mi lugar, me resistí a aceptar que Arthur, en lugar de muerto no estuviera preso allí mismo, en alguna otra estancia, y me dediqué a buscarlo con frenesí.

Recorriendo aquella mansión, salas y más salas, como una sombra invisible.

Hasta que al final de un rellano, me acorralaron. Un grupo de, al menos, siete vampiros que debían de llevar rato buscándome forjaron un círculo cerrado a mi alrededor, que se fue apretando.

Y yo, en lugar de acobardarme y dejarme capturar, con el absurdo ímpetu de quien no tiene nada que perder, los embestí

llevándome a varios de ellos por delante, mordiendo como una bestia salvaje a otros pocos, antes de que me golpearan la cabeza y me tirasen de bruces al suelo.

Al despertar, los recuerdos eran confusos. Apenas recordaba nada en su orden y el dolor en la nuca me taladraba desde abajo, de una sien a la otra. Estaba, cómo no, atada a mi cama, aunque no tardaron en aparecer dos guardias malencarados que, tras desatarme con muy poca delicadeza, me levantaron del colchón a tirones y me encadenaron las manos con una aleación de plata que chisporroteaba quemando al contacto con mi piel.

Después me empujaron sin consideración alguna hasta que crucé la alcoba completa y atravesé la puerta. Una vez fuera, cada uno de ellos se me colocó a un costado, agarrándome por los codos, instándome a caminar.

Con sus dedos de hierro clavados en mi carne. En los dos brazos.

Además de los guardas que me escoltaban, ahora la puerta de mi habitación estaba custodiada por otros dos centinelas, firmes cual estatuas.

Durante el trayecto, traté de pensar en cualquier cosa absurda con tal de distraer el martirio del dolor.

En Arthur.

Pensé en Arthur, en el sabor de sus dulces besos, en el amor infinito que le tenía, y en que cada puñado de horas que se consumía allí dentro me alejaba de la esperanza de encontrarlo. Vivo o muerto. Me miré las manos esposadas delante, contra el regazo, tan inútiles como el resto de mí, y aguanté las lágrimas hasta que no pude más.

Llegamos a destino, una especie de torreta circular con un techo inalcanzable que se perdía en las alturas, y solo había derramado una lágrima.

Una.

Iba tan pendiente de registrar a todos los aristócratas que parecían haberse congregado allí, por si conocía a alguno, que pasé por alto lo más evidente: Lia.

Sujeta con cadenas de plata a una cruz en forma de X, completamente desnuda, frente a un ventanal enorme cubierto con gruesos cortinones de terciopelo, en línea recta. Sollozando a gritos desde su expresión de absoluto pánico.

Miré desconcertada alrededor.

A un lado y otro, tratando de identificar y de leer las caras, aunque ninguna me era familiar. La mayoría eran hombres, todos elegantemente vestidos como si en lugar de a una abominación, hubieran sido invitados a una lectura de sonetos.

Relativamente cerca de donde me habían colocado, distinguí a Valent St. Claire y…

A mi despreciable padre político.

Verlo me llevó a recordar nuestra breve entrevista al inicio, así como los retratos que había contemplado durante horas en Shadow Hall, que en ningún caso recordaban, ni de lejos, al venerable anciano que me suplicó ayuda en la cripta del que fue mi hogar. Bryen era un caballero distinguido de indudable atractivo, cuya edad rondaría, todo lo más, los cuarenta años, envuelto, todo él, en un magnetismo innegable.

También reconocí el grueso sello de oro que portaba en el meñique.

La sangre se me congeló en las venas.

Se me paró el corazón.

Temí desvanecerme. Aquel dolor agudo, asfixiante, atravesándome el pecho. Sacudiéndome como un vendaval furioso.

Ver el anillo, el sello ducal que tan bien conocía en el dedo del antiguo duque fue para mí como recibir una puñalada en mitad del pecho. Sentí la punzada, la presión, el latigazo de un calvario insoportable.

Era la prueba irrefutable de que mi amor estaba muerto. Su propio padre se lo había arrebatado de la mano para volver a ponérselo. Le había robado la vida y también le había robado el título y la posición que tanto ambicionaba recuperar.

El mundo describió un delirante vuelco en torno a mi persona.

Me flaquearon las piernas, extravié las fuerzas, se me aflojó todo el cuerpo. El único motivo por el que no rodé por la piedra fue porque mis carceleros, tal que si presintieran que estaba a punto de desvanecerme, me agarraron bien fuerte antes.

Fueron unos segundos de auténtico caos, hasta ser consciente de que el círculo que formaba aquella gente se había dilatado reservándome un punto central del perímetro. Todas las pupilas malévolas fijas en mí.

Con una parsimonia desesperante, Bryan Winley abandonó su butaca y señaló a la horrorizada Lia, al tiempo que me acusaba con la mirada.

—Bienvenida, duquesa. Bienvenida a la ejecución.

Mis ojos volaron enloquecidos del rostro del viejo duque al de la doncella. Yo temblaba como una hoja a merced de la tempestad. Quise repetir la palabra «ejecución» en una pregunta, aunque de mi boca repentinamente seca no brotó ningún sonido.

—¿Lo ha entendido ya, querida? Usted comete el pecado, ella lo paga. Sencillo. Las faltas jamás quedan sin expiación, no lo olvide nunca.

—¡Nooo! —aullé— No, no, ¡nooo!

—En cuanto esas cortinas se muevan, nuestro amigo el sol se encargará de impartir justicia.

Por el timbre de su voz se traducía lo mucho que disfrutaba con su crueldad.

El resto de los presentes lo alentaban con sádicas sonrisas de aprobación y amagos de aplauso. Yo tenía lacias las extremidades y solo me mantenía en pie por efecto de mis guardianes.

—No, por favor, no lo haga, ¡no lo haga, se lo suplico! Ella no ha hecho nada…

—¡Se equivoca! —Bryen me señaló con el dedo estirado—. Fue una estúpida que la dejó salir cuando sabe que lo tenía prohibido. Como ve, se ha ganado a pulso morir abrasada lentamente.

Hizo una seña con el mentón y un criado colocó las manos en el borde de las cortinas, listo para tirar de ellas en cuanto se le

indicase. Me estremecí. Más bien fue una sacudida salvaje de pies a cabeza que emborronó mi visión convirtiéndolo todo en bultos difusos. Desde su cruz del suplicio, Lia, que ya habría recibido más de una paliza antes de la sentencia final, lanzó un gemido lastimero interminable.

—Por favor… —Caí de rodillas—. Clemencia, ¡ruego clemencia!

El duque me ignoró. A su señal, las cortinas se plegaron y los rayos del sol, unidos en forma cónica se estamparon de lleno en el cuerpo de la pobre desdichada con la que reía y tomaba el té.

Lia soltó un alarido como salido del inframundo y el penetrante olor a carne quemada inundó mis fosas nasales.

—¡Por favor! —grité fuera de mí.

Bryen movió con elegancia una mano y la cortina volvió a cerrarse de inmediato.

—Un instante, señores. La duquesa quiere ofrecernos un trato. —Me miró con descaro—. ¿Le importaría a Su Gracia exponernos los términos?

—Haré lo que me pidan —me doblegué ahogada en llanto.

—¡No la oigo!

—Lo que me pidan. Haré lo que me pidan. —Sofoqué una arcada—. Me comportaré, obedeceré las órdenes. No volveré a intentar… Por favor…

—Por favor, ¿qué?

—Perdónenle la vida.

Capítulo 22

Serena de Bravery

Me devolvieron al cuarto, arrastrándome por el camino. Como si en lugar de una persona fuese un fardo de los que manipulan a tirones en los muelles de Londres.

No podía cortar aquel torrente de llanto y desesperación que no me permitía respirar y me empujaba al abismo. Al precipicio en el que ya me encontraba sumida.

Ahora sabía que Arthur estaba muerto.

Lo sabía en mis entrañas, con toda certeza.

Me tumbaron en la cama, en la denigrante posición de costumbre y me maniataron. Me dejé hacer sin rebelarme, preguntándome tan solo por qué razón no acababan de una vez con mi vida y con mi sufrimiento.

St. Claire no me había dirigido la palabra mientras duró el escarnio y la tortura de la pequeña Lia. Ni siquiera había intervenido, permitiendo que Bryen acaparara todo el protagonismo.

¿Era el duque quien ordenaba mantenerme viva? ¿Por alguna razón concreta?

A lo largo de mis muchas horas de aislamiento, me pregunté también qué habría sido de la desdichada muchacha, si finalmente habrían revocado la sentencia de muerte o los acuerdos y promesas no habían sido más que una pantomima barata.

Desde mi conversión, viviendo en Viena entre la aristocracia vampírica, había aprendido que los señores de la noche eran sanguinarios. Disfrutaban con el dolor ajeno y apenas si sentían piedad. Era inevitable que el paso del tiempo nos arrebatase la humanidad, aunque no a todos ni en la misma proporción. Seguía habiendo gente buena por toda la eternidad, que no herían por placer ni por entretenimiento. Arthur y yo aspirábamos a contarnos entre esos. Queríamos inculcar principios de benevolencia y generosidad a nuestro hijo…

Ahora Arthur ya no estaba.

Noté el chasquido por debajo de las costillas, como si un pilar de hueso acabara de quebrarse. Sentí el dolor, profundo e insoportable. Invoqué a la muerte.

Luego deseé reunir fuerzas para seguir luchando.

Volvería a intentarlo. Escaparía del modo que fuera, aunque perdiese la vida en el intento, porque mi hijo me esperaba allí fuera, necesitado de mi protección.

Valent St. Claire

Me desperecé en el diván donde acababa de follarme a Helena.

Ella, por completo desnuda, con la entrepierna todavía mojada con el resultado de nuestro placer, se incorporó y cruzó los aposentos para servirme una copa de vino de sangre.

—¿Tomará otra iniciada ahora que Lia ya no está, amo?

—Esa muchacha… —Moví la cabeza con disgusto en una y otra dirección—. Pese a no provenir de una familia noble pudo haber llegado lejos. Ahora que le faltan los dos ojos, no sé qué será de ella. Ha sido tan imprudente.

Helena me alargó la copa. No me limité a aceptarla. Di unas palmaditas en el asiento acolchado y la animé a que se acurrucara en mi regazo. Me entretuve jugueteando con sus pezones endurecidos y la escalinata adorable de sus costillas.

—¿No cree que el Gran Maestre ha sido cruel en exceso?

Medité la respuesta antes de dejarla ir. No en vano, Helena no era más que una iniciada, una suerte de esclava temporal a la que no estaba permitido acceder a cierta información. No sería yo tan insensato como para romper esa norma, el juego podía volverse fácilmente en mi contra

Bryen compensaba su falta de autoridad fuera del área de la logia, con brutales dictámenes dentro, de cuyas funestas consecuencias, yo, como cara visible de la Rosa Negra, debía defender. Perdonarle la vida a Lia para a continuación ordenar que le sacaran ambos ojos, no había sido un fallo inteligente.

Ahora llegaba mi turno: devolver a la muchacha a su familia, en aquellas penosas condiciones y, aunque los padres no fueran nobles ni demasiado influyentes y nadie, ni sus tíos los barones, se atrevería a poner en tela de juicio mis decretos, estar convencido de

que había sido una soberana estupidez y un tremendo error me ponía muy difícil justificarlo.

Al igual que sus pactos con las hechiceras. Los que estaba utilizando para controlar la voluntad de los trabajadores en los muelles de la ciudad.

Alianzas con las que no estaba en absoluto de acuerdo y que, sin embargo, debía afrontar en las reuniones, casi como si fuesen decisión mía.

Quizá iba siendo hora de plantear la desaparición de Bryen, su supervivencia empezaba a darnos muchos problemas. El caso era que los demás integrantes de la logia lo veneraban. Él la había fundado y su actual y exacerbado odio contra los Reales lo hacía brillar. Para muchos, la razón de ser de la existencia de la Rosa Negra no era más que ejercer de eterno antagonista de la Hermandad Real.

Yo no quería eso. Aspiraba a que la Rosa Negra se convirtiera en una red de poder, influencia y negocios boyantes por sí misma, repartiéndose o robándole el mercado a los Reales, según los casos. Sin método ni escrúpulos, solo con resultados. Y, desde luego, a salir de la clandestinidad a la que de momento nos encontrábamos condenados.

—El Gran Maestre siempre acierta —me limité a decir—. No eres quién para juzgar sus órdenes.

Helena me retó con la mirada. Aquellos ojos suyos del color de las violetas me sedujeron y, por un instante muy breve, dejé de pensar en Serena.

—Tendrás que suplirla atendiendo a la duquesa.

Ella asintió con un breve cabeceo.

—Y si te equivocas, igual que se equivocó tu antecesora… —Deslicé el dedo índice por el canal entre sus sabrosos pechos, encantado de ver cómo se le erizaba la piel bajo mi recorrido—, me veré obligado a idear un castigo ejemplar para ti, ya que eres aristócrata, resistes el sol y no podría matarte sin tener que dar muchas explicaciones.

Ella se giró para quedar frente a mí y me ofreció su escote desnudo, colocando los pezones a la altura de mi boca. Introdujo

dos dedos en la copa que yo sostenía y derramó líquido carmesí sobre las areolas, invitándome a lamer directamente desde su piel.

Se me escapó una sonrisa torcida, preñada de lascivia.

La atraje hacia mí y con la lengua retiré las gotas de delicioso vino, deseando al instante encontrarme con mucho más. Helena se aseguró de que siguiera chupando al sujetarme por la nuca con la mano. Un gesto de dominación por su parte que me sorprendió. Y mientras yo andaba entretenido y perdido en sus aromas y el terso terciopelo de sus pechos, ella siseó.

—Usted debería ser el que manda, amo. Es, sin duda, el mejor de todos.

Me erguí, sorprendido.

—¿Acaso los conoces a todos?

—No hace falta. Para saber que el sol resplandece, no es preciso conocer el nombre de todas las estrellas.

Capítulo 23

Serena de Bravery

Me convencí de que nunca más volvería a abandonar aquella cama. Que me consumiría lentamente allí tumbada como fango seco, hasta convertirme en una sombra sin huella.

Al mismo tiempo, me gritaba a mí misma que no podía rendirme. Ni consentir que ganasen la guerra, por más batallas que perdiese yo.

De algún modo que no acertaba a explicar, tras la espeluznante visión del anillo de mi marido en el dedo de su asesino, como un despiadado golpe de realidad, había logrado encerrar el recuerdo de Arthur en un rinconcito del alma donde perduraría por siempre, pero en silencio. Sin protagonismo y sin hacer ruido.

Soley, sus ojos de azul casi transparente, su denso cabello rubio, su porte majestuoso de dios en la tierra. Esa imagen ocupaba por entero mi juicio, de ahí sacaba ahora fuerzas para seguir respirando.

Sin embargo, cuando la puerta de la alcoba se abrió y la mancha oscura de un uniforme de criada entró con una bandeja, ni me molesté en mirar.

Todavía no disponía de un plan.

—Duquesa, la hora de su té.

Fue la curiosidad la que me impulsó a responder. No porque se tratase de una doncella nueva asignada y quisiera saber de quién se

trataba, sino porque aquel tono me resultó extrañamente familiar. Ella se había acercado lo suficiente como para que yo, sin apenas mover la cabeza, le viese el rostro. Su abundante pelo color fuego recogido en la nuca, los ojos expresivos y enormes, de un color poco común, la piel de nácar y unos labios perfilados a la perfección, me hicieron expresar sorpresa con cada facción de mi rostro.

La reconocí, y por ello estaba dispuesta a gritar mi asombro.

Lady Helena, la hija de lord y lady Corset, el loco amor platónico de mi hijo, me lo impidió colocando el dedo en un gesto perpendicular sobre la barbilla y los labios. Desmontó el mecanismo que cerraba las correas y me liberó, auxiliándome en el complicado acto de sentarme en el lecho.

—¿Se encuentra bien? ¿Un poco entumecida? ¿Cuánto hace que no camina? Vamos, la ayudaré a dar unos pasos por la estancia. —Me ofreció su brazo—. Le sentará bien. Y luego tomará su té. Verá cómo la reconforta.

Anonadada, me dejé arrastrar por ella. Me colgué de su brazo y sin dejar de mirarla para asegurarme de que no erraba, la seguí en su paseo, vuelta tras vuelta por mi inmensa habitación. Parecíamos dos damas en un baile de alta sociedad, deambulando por los laterales de los salones como era costumbre, para ser vistas y admiradas.

Mi mano voló a mi antebrazo y se posó sobre la suya.

—¿Qué haces aquí? —susurré en un hilo que nadie más que ella podía escuchar.

—Mi padre me ha entregado como iniciada.

—Tu… ¿tu padre?

—El vizconde de Blackbury —recalcó dándome a entender los términos de la estafa—. Es un devoto seguidor de la logia. Unos pasos más, duquesa. Imagino que estará agotada, pero debe ejercitar esas piernas.

Tragué saliva. Atónita.

El vizconde de Blackbury no existía, claro. Lady Helena infiltrada en el núcleo duro del enemigo de la Hermandad Real. Convertida en diana por decisión de su propio padre. ¿Cómo había podido hacerlo, caer tan bajo? ¿Cuánto no estaría sufriendo por ello mi sensible Marianne? Con razón ese empecinamiento de Allistair,

que todos juzgábamos absurdo, con mantener a la muchacha aislada, lejos de la vida social. Así nadie conocería su rostro, sería una joven anónima que, de ser necesario, podría hacer pasar por hija de cualquiera.

Aquello no había sido un plan improvisado, sino una estrategia concebida por el conde de Corset tiempo atrás. Era aberrante.

—Suficiente. —La voz alegre de lady Helena cortó de cuajo mis elucubraciones—. Mañana seguiremos con los ejercicios, no quiero que se canse. Y si me lo permite, le daré unas friegas con aceite de hierbas. ¿Tomamos ese té, excelencia?

—Ya no soy duquesa —la corregí con infinita tristeza—. Solo la viuda de lord Arthur Winley.

A eso, Helena no respondió. Sin embargo, pude leer el pesar en sus pupilas y el profundo deseo de consolarme, aunque no supiera cómo.

—Sigue teniendo porte de duquesa —me animó con una sonrisa—. Eso no hay vampiro que se lo robe. ¿Un emparedado?

Lady Helena se convirtió en una habitual.

En susurros me prometió que me ayudaría si accedía a seguir sus instrucciones. Y confié en ella porque no tenía nadie más en quien confiar. A sugerencia suya, domeñando mis ganas de asesinarlo, acepté tomar el té con Valent y dos semanas más tarde, una cena en la intimidad de su alcoba que, para mi sorpresa, sin ser contigua, no se ubicaba muy lejos de la mía.

—Debe ganarse su confianza —me había recomendado la joven.

El premio a mi cambio de actitud llegó sin retrasos. Un buen día nos permitieron salir a pasear a los jardines de altísimas tapias. Sin podérmelo creer, respiré hondo al aire libre y caminé entre flores del brazo de Helena, gracias a lo cual pude comprobar que nos encontrábamos en Londres. En alguna zona cara, a juzgar por la

ausencia de olores y de ruidos molestos, aunque dentro de la ciudad.

—Si se gana su confianza, bajarán la guardia.

Su consejo me retumbaba en la cabeza. Y no es que no fuese razonable, era que el hecho de que llevase aparejada la posibilidad de cualquier tipo de contacto con Valent St. Claire me repelía de tal manera, que me provocaba arcadas.

Poco a poco, no obstante, fuimos construyendo una base que a mí me pareció, en algunos puntos y espacios, sólida. Podía funcionar.

Valent St. Claire

Se iniciaba el milagro. Serena empezaba a aceptarme.

No admitir que desde que había consentido la intermediación de mi iniciada habíamos avanzado a pasos de gigante, sería de necios.

Ella solía tomarlo todo con una calma, o una frialdad que, a mí, dada mi natural vehemencia, se me resistía. Encadenaba unas acciones con otras, aguardaba a que tras el movimiento de piezas sobre el tablero, se generase la consecuencia. A continuación, recogía los frutos antes de volver a diseñar una nueva maniobra.

La suya era una mente brillante. El tipo de aliados que requería mi búsqueda de una nueva era para la Rosa Negra hasta convertirla en Casa. Si Helena no fuese tan solo una iniciada, una dadora de sangre a la que follar a lo salvaje y de la que alimentarme…

—Quítate la ropa y ven aquí —fue mi orden seca.

—¿Desea beberme, amo?

—Deseo hacerte mía. Y después de saciado, si me has hecho gozar adecuadamente, obtendrás un obsequio muy especial.

No le hizo falta esmerarse en exceso, Helena y su sorprendente cuerpo eran la panacea para cualquier macho hambriento. Su descarado atrevimiento, su habilidad con las manos, la boca y el sexo sin perder aquel cándido halo de ingenuidad, tan atractivo, obraban maravillas en el ánimo de un caballero amante de la lascivia.

Así que después de sus bailes exóticos, después de hacer que se corriese una vez tras otra bajo mi peso y de experimentar en sus brazos el mayor placer de los últimos tiempos, le regalé un sorbo de mi sangre.

Capítulo 24

Helena de Corset

Mi primera reacción cuando padre me puso al corriente de sus planes, usarme como espía o como cebo, no sabría decirlo, de forma indecente, temeraria y hasta suicida, en cualquier caso, fue negarme, o impedirlos y boicotearlos del modo que fuera.

Nunca destaqué por mi docilidad; a padre le había dado más de un quebradero de cabeza y creo que solo respiró en paz el tiempo que me enviaron al continente, a estudiar y formarme. Sin embargo, infiltrarme en la hermandad enemiga como iniciada y dadora de sangre, nada menos, haciéndome pasar por quien no era, se parecía mucho a ponerme en el filo de la cuchilla y me relataba al oído que a mi padre poco le importaba mi seguridad.

Al conde de Corset, obcecado solo con traer al mundo un heredero varón y con derrocar a la Rosa Negra, no parecían desvelarlo las esquirlas del plan. Me introducirían con un apellido falso, sería una ofrenda por completo libre de sospechas, nadie pensaría mal de una jovencita virginal de dieciocho primaveras. Y al final, tras mucho discutir en vano, viendo que no lo ablandaban ni siquiera los lloros de mi madre, me vi en la obligación de claudicar.

Mi mayor sorpresa fue conocer a lord St. Claire cuando fui presentada.

¿O debería decir, mejor, *reconocer*?

¡Porque no era ningún desconocido! ¡Al contrario!

Ese hombre perfecto que tiempo atrás me había cruzado cabalgando en Hyde Park, del que quedé prendada al instante y al que jamás volví a ver. Ahora lo tenía plantado delante, repasándome con detenimiento como si yo fuera un elemento en su colección.

¿En serio se trataba de él? ¿Era posible tener tanta suerte?

Porque si algo desagradable había debido asumir al aceptar la *misión*, era que al caballero al que me asignaran, con toda certeza, iba a tener que entregarle mi virtud.

Tratándose de él, hacerlo fue, muy en contra de lo que me temía, una bendición.

Pese a su aspecto feroz, esa primera vez, Valent fue considerado, atento y delicado. Y finalmente, pasadas las semanas, hasta me había permitido beber de su sangre poderosa; una gracia que rara vez concede un noble de tanta alcurnia como él.

Desde el primer día me enfrenté a una auténtica batalla conmigo misma: sabiendo que mi rol era odiarlo y repudiarlo, lo cierto era que lo deseaba con todo mi ser. Vivía en vilo, aguardando el instante en que me hiciera llamar. Entregarme a él era siempre un regalo. Sus besos, sus caricias, el tiempo que me dedicaba. Hasta cuando mascullaba blasfemias y sus frases se acercaban más a una ofensa que a un halago.

No podía sacármelo de la cabeza.

Pensaba en él todo el tiempo. Al dormirme, al despertar, cuando comía y en cada suspiro que le dedicaba mi alma cautivada.

Entonces descubrí su obsesión por Serena, lady Bravery. La conocía, junto con el duque eran amigos de mis padres. Sabía de su secuestro, aunque ni en lo más remoto sospechaba que fuese allí donde la tenían retenida. Y no pude contactar con ella ni prometerle ayuda porque, por alguna razón, Lia había sido la elegida para servirla y para yacer con el amo en los aposentos de la duquesa, mientras yo fregaba suelos de rodillas, restregaba pantalones mojados con los nudillos ateridos y vaciaba los orinales.

Después llegó el mal trago del intento de fuga y la condena de la pobre Lia, que no había hecho nada malo. No la asesinaron,

pero le arrancaron los ojos, devolviéndola inutilizada a su familia, como un vil despojo deshonrado.

Maldito fuera Bryen Winley, el Gran Maestre. Monstruo carroñero y letal entre los peores monstruos imaginables.

Maldito fuera él y su nombre perverso mil veces y por toda la eternidad. Ahí comprendí muchas cosas: hacía bien mi padre en aborrecerlo. Hacía bien en querer aniquilar el fruto de su esfuerzo: la logia de la Rosa Negra, orgullo del antiguo duque, surgida de un sentimiento de rebelión y traición, debía desaparecer junto con su creador.

Pero no el amo.

No así el conde de St. Claire. No el hombre que me había robado el corazón.

Estuvo triste después de lo de Lia.

Triste.

No contrariado, ni simplemente turbado, ni consternado. Triste con esa tristeza que brota y arde en las tripas desde un sentimiento sincero.

Y no se molestó en disimularlo. Quizá él no habría aplicado un castigo tan cruel. Al fin y al cabo, lo que se espera de todo prisionero es que intente escapar. Y a Lia nadie la había nombrado carcelera de lady Bravery.

Con la excusa de llevarle una copa de vino, me adentré en su alcoba en penumbras. Lo encontré sentado junto a la mesa auxiliar, cerca de la ventana, cabizbajo y pensativo. Avancé en silencio, deposité la bandeja sobre la mesita y osé tocarle un hombro.

Sin pensárselo demasiado y sin mirarme, Valent alzó una mano y capturó la mía por la muñeca.

En un primer momento, me estremecí de miedo. Siempre estaba temiendo una reacción suya, animal y sanguinaria, que supusiera un horrendo correctivo o, peor aún, el fin de mi vida.

—Amo, si no lo considera una intromisión, le he traído un vino.

Me respondió con una palmadita distraída en el dorso de mi mano apoyada. Con la extremidad libre puse a su disposición la copa

rebosante. Tardó en aceptarla y cuando lo hizo, lo hizo con un gruñido ronco que se me antojó muy erótico.

—Permítame decirle que lamento lo sucedido. Le tomé aprecio, era una muchacha inocente y servicial.

—Lo sé.

Bebió un largo trago para no tener que seguir hablando. Su ceño fruncido, su mandíbula apretada, el músculo que le palpitaba en la base, la tensión de todo su glorioso cuerpo, me contaban acerca de su rabia, lo encendido de su enfado.

Separé la mano de su hombro, la saqué de debajo de la suya y lo rodeé colocándome delante, frente por frente. Llevaba puesta una túnica vaporosa y semitransparente, abierta por delante, que desabroché con lentitud e hice resbalar hacia atrás, hasta que cayó al suelo. Quedé por completo desnuda, expuesta a sus ojos.

—Concédame consolarlo.

Otro gruñido. Otro sorbo a la copa. Otra mirada perdida en el vacío de la nada.

Me arrodillé y la emprendí con sus pantalones. Solté los botones de su bragueta, mientras me relamía. Una vez suelta, lo animé con una simple mirada a moverse lo mínimo como para poder sacárselos y liberar sus magníficas piernas.

Largas. Musculosas.

No encontré ropa interior que impidiera mi ataque. Ni objeción por su parte.

Valent St. Claire estaría furioso, no me atrevería a discutirlo, pero también excitado y duro. Miré su verga con codicia un segundo antes de metérmela en la boca, engulléndola hasta la base.

Mi lengua exploró su punta, se paseó descarada por el engrose y el frenillo rozándolo al pasar, provocándole una sacudida.

Apuró el vino de sangre, dejó la copa abandonada sobre la mesa y se acomodó en su asiento un poco más, decidido a disfrutar de mis atenciones. De la dedicación con la que succionaba y lamía su polla haciéndolo crecer hasta el momento cumbre de la deliciosa explosión.

Capítulo 25

Valent St. Claire

Como no podía ser de otro modo, habida cuenta lo que estaba haciendo y la maestría con la que lo ejecutaba, me derramé en la boca de Helena.

De mis labios escapó un largo gemido de placentera agonía que a punto estuvo de gritar su nombre.

Con aquella muchacha notaba una conexión física especial que, pese a mis siglos de devaneos, bacanales y prácticas eróticas de toda condición, no había experimentado antes. La devoción con la que me miraba, la entrega con la que se abandonaba en mis brazos me excitaban, me hacían sentir invencible.

Con solo que Serena me mirase de aquel modo…

Una vez. Una sola.

No pedía más.

—Sírveme más vino —ordené en cuanto me hube repuesto.

Helena estaba todavía hincada de rodillas frente a mí. Sus ojos enormes me miraron con un destello de júbilo y, con el dorso de la mano, se limpió las comisuras húmedas. Se puso en pie sin articular una sola letra y, sin molestarse en cubrir su desnudez, fue hasta el lugar donde reposaba el vino y colmó mi copa.

—Amo, ¿puedo pedirle algo? —interrogó al entregármela.

Bebí un sorbo y la alenté a proseguir con un gesto de la mano.

—Quiero aprender a luchar.

Un pedimento así no me lo esperaba. Estuve a punto de expulsar el líquido que tenía en la boca.

—¿Luchar?

—Sí, amo, a luchar y a defenderme. He visto a los iniciados entrenarse en el patio trasero, hasta disponen de un instructor.

—Eres una dama —repuse como si aquello lo explicara todo.

—Soy una medio vampira.

—Eso no es más que tu naturaleza. En sociedad eres una dama, la hija de un noble y, en consecuencia, debes comportarte.

—Amo, soy débil.

—No, no lo eres —contradije con rotundidad.

—Más que el resto. Si al menos mi conversión fuera completa…

Me provocó risa ver que fruncía el ceño con mucho enfado, casi como una niña pequeña a la que acabas de negar una golosina. Iba a burlarme de ella y de sus pretensiones con alguna frase jocosa, cuando golpearon a la puerta.

—Adelante.

—Amo, el Gran Maestre lord Bravery lo requiere de inmediato.

Vaya.

El duque se obstinaba en seguir utilizando su título pese a que la Hermandad Real se lo había retirado. Claro que, ahora que su hijo ya no caminaba por este mundo, quizá tuviera algo más de sentido…

El linaje. Siempre en nombre del linaje y el honor.

Helena, que no se había vestido, solo retirado a las sombras, se mantuvo allí estática y muda. Le dediqué una ojeada rápida y abandoné mi alcoba recomponiéndome los pantalones durante la caminata.

En la sala de reuniones, una estancia lujosamente decorada a medias entre el salón de un club de caballeros y una biblioteca privada, Bryen se mostraba taciturno y hasta atribulado, sentado con

dos de los galenos de la Rosa Negra, que alzaron sus miradas y me cumplimentaron con inclinaciones de cabeza al verme aparecer.

—¿Qué sucede?

—Tu duquesa —graznó Bryen con acidez—. Como me temía, es una condenada molestia y un peligro para todos.

Arqueé las cejas demandando más información.

—Los guardias a los que mordió en su intento de fuga… Por supuesto, han muerto. —Abrió una dilatada pausa que no me molesté en quebrar—. Sufren Licania.

—¿Licania? ¿La maldición del lobo? No es posible. —Sacudí a un lado y otro la cabeza, negando— Si a ella la hubiese mordido un lobo, no seguiría con vida.

El aspaviento que contrajo las facciones de Bryen llamó mi atención: era como el que esconde un terrible secreto que puede manchar para siempre su reputación, arruinar su prestigio o borrarlo del mapa, y lo calla.

Tuve la impresión de que le habría gustado chillar ciertas razones que se guardaba bajo la manga porque no le convenía airearlas.

—Esa mujer es extraña, de origen incierto. Me consta que la boda se acordó con su hermana mayor, no con ella. Pero ¿saben qué? A pocas semanas del enlace, la auténtica prometida murió repentinamente. ¿No les parece extraño? Quizá la asesinó por pura codicia, ambicionando ocupar su lugar.

—Eso no son más que cábalas, duque —traté de disuadirlo.

—Mantenerla con vida es un riesgo que no deberíamos correr —insistió sin tenerme en cuenta.

—Recuerde que me pertenece. Es mía —lo silencié con un bramido.

—Es tu juguete y la desgracia de todos. Una posición demasiado insignificante como para que el hecho de que respire nos suponga perjuicio.

Me puse en pie, tal que si me hubiera impulsado un resorte.

—¿Por qué la acusa siempre que tiene ocasión? ¿Por qué razón la odia tanto? La tiene emprendida con ella desde que llegó,

no es más que una mujer indefensa, una vampira joven de escaso poder que no supone riesgo para nadie.

—¡Es capaz de transmitir la licania! —bramó congestionado.

—Esos rastros que han hallado pueden deberse a otra causa. ¡Deberían investigar!

Visiblemente enfurecido, crucé la sala de tres zancadas, abrí la puerta y los dejé allí, con el reproche en la boca. Supuse que Helena habría regresado al recinto de las iniciadas y, hacia aquellas estancias dirigí mis furibundos pasos, a su dormitorio que ya no compartía con nadie después de que Lia cayera en desgracia y fuera devuelta.

Lo que me encontré al empujar la puerta y entrar sin llamar ni pedir permiso, me sacó de mis casillas.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

En mitad del cuarto, un fantoche monstruoso construido con madera y paja, al que Helena estaba propinando una auténtica paliza, armada con un palo a modo de jabalina. Me sorprendió sobremanera, en lo poco que pude espiar, su depurada técnica en la lucha. Parecía y se movía como una auténtica guerrera, aunque aún le faltasen lustros para alcanzar la perfección.

Frenó al verme, con la burda lanza en el aire, sujeta con las dos manos, y la pierna extendida a punto de propinar un patadón que hubiera desmontado el pasmarote a la primera. Me miró asustada, con aquellos ojos suyos, violeta, tan expresivos, y se apresuró a recoger la postura y a hundir la mirada en el suelo.

—Lo lamento, amo.

Di un paso airado en su dirección. La olisqueé como un sabueso husmea el rastro de una buena presa.

—Por casualidad, ¿estabas entrenando?

—Sí, amo. Como le dije, quiero aprender a defenderme.

—¿A defenderte de qué? —rugí, arrebatándole el bastón de las manos.

—Hay peligros por todas partes. La Hermandad Real, si nos encuentra, querrá ejecutarnos. Les será mucho más difícil acabar con nosotros si nos encuentran preparados.

Medité un instante su razonamiento lleno de sentido.

Sin embargo, mi natural testarudez y el mal humor que acarreaba desde la discusión con Bryen me empujó a contradecirla.

—Deja de decir sandeces y báñate. Hueles a perro mojado.

—¡Devuélvame la jabalina! ¡No tiene derecho…!

Creo que la callé en seco con mi mirada sanguinaria y aterradora. Siseé mostrando los afilados colmillos. Entorné los ojos de un modo maligno abriendo paso a toda la furia que traía acumulada.

—¿A qué exactamente no tengo derecho?



Capítulo 26

Valent St. Claire

No pensé que tuviera los arrestos de replicarme. El caso es que la pequeña Helena, toda una caja de sorpresas y agallas, lo hizo. ¡Vaya si lo hizo!

—¡Soy una iniciada, no una esclava! —se encrespó— ¡No puede prohibirme que aprenda a luchar! ¡Que sepa defenderme si me atacan! Usted mismo lo ha dicho muchas veces, estamos al borde de una guerra, tenemos que…

Me pegué a ella con un solo movimiento, tan brusco y veloz que la cacé desprevenida. Mi cara, demasiado cerca de la suya, podía saborear los truenos y centellas que brotaban de sus ojos, la ira que comprimía sus deseables labios. El calor que se filtraba al exterior desde dentro de su cuerpo y que tanto me motivaba.

—He dicho que te bañes. Hueles mal.

La acusación, que habría ofendido y escandalizado a cualquier dama de educación apropiada, cayó en saco roto. Helena tenía la cabeza y las reclamaciones en otra parte.

—¡Los iniciados entrenan! ¡Ellos sí! ¿Por qué nosotras no? ¡No es justo!

Se acabó mi paciencia.

Con un bufido huracanado y una sola mano crispada como una garra, le arranqué el corpiño que apretaba su torso, haciendo

rebosar sus pechos. A continuación, me la cargué al hombro como un saco de patatas y salí con ella a cuestas, de su habitación a la mía. Se pasó el camino pataleando, convencida de sus pretendidos derechos y de que a lo que reclamaba, lo asistía la razón.

Cacé al vuelo palabras como «discriminación» y «justicia» que, lejos de agriarme el ánimo, me robaron un esbozo de sonrisa.

Llegué a mis aposentos, compuestos por un amplio dormitorio, un gabinete que hacía las veces de biblioteca y despacho, y la sala de baños, donde la tina aguardaba, llena a rebosar y tibia, mis abluciones diarias.

Sin un mínimo titubeo, me la descolgué del hombro y la metí de espaldas en la bañera. Antes de hundirse del todo, ella me fulminó con una mirada asesina que me hizo reír.

—Maldita sea… —farfulló entre hipidos.

—¡Deja de moverte y de salpicar, demonios! Lo estás poniendo todo perdido. Limítate a quitarte la mugre y a cerrar la boca. Estoy harto de tus quejas y tus aullidos.

La irritante damita todavía tardó unos minutos en calmarse. Resoplando y chapoteando con brusquedad como muestra de su disgusto. Me alejé hasta la mesa de las licoreras y me serví una copa de vino de sangre.

—¿Sabes que las iniciadas tienen por costumbre ser mucho más dóciles?

Me lanzó desde lejos una mirada atravesada que me cosquilleo en el fondo de la garganta y bajo la verga, en los testículos.

—Para eso ya teníamos a Lia, y mire la pobre desgraciada cómo acabó.

Arqueé las cejas a modo de asentimiento.

Desventurada joven.

Cuando monté en cólera tras la desaparición de Serena y decidí castigarla, reacción de todo punto comprensible, no pensé que Bryen fuera a intervenir, mucho menos a llegar tan lejos. Era un maldito sádico.

Con la copa en la mano regresé junto a la bañera, donde Helena parecía haberse petrificado. Ya que su terquedad le impedía

zambullir la cabeza y el rojo cabello lucía todavía intacto y seco, le coloqué la mano libre sobre la coronilla y empujé con brío hasta sumergirla. Incluso la mantuve así unos segundos y disfruté viéndola pelear.

Al soltarla, su bonito rostro emergió, tosiendo, del agua perfumada y sus pupilas incendiarias me atravesaron sin misericordia. Fue como que me desearan una muerte desalmada, lenta y cruel. Con un arrebato veloz como el viento, la agarré del cuello e incliné mi cara hasta dejarla muy cerca de la suya.

—No me mires así. No me retes. No te atrevas.

Lancé la copa con su contenido por el aire, a mis espaldas, oí cómo se estrellaba en el suelo y el cristal se hacía añicos, y sin liberar el cepo sobre su blanca garganta, con la otra mano arremetí contra su sexo, obligándola a abrirse de piernas.

—Que no seas una esclava no te eximirá de un correctivo adecuado —le advertí.

Mis dedos tamborilearon sobre aquellos dulces pliegues de carne y, enseguida, dos de ellos la penetraron a la búsqueda de la protuberancia rugosa escondida en el interior de la vagina, bajo el monte de venus.

El jadeo de Helena, nada más rozarlo, se me encabritó en el pecho.

Lo friccioné con las yemas a buen ritmo, arrancándole largos gemidos de placer.

Helena mantenía sus dos manos engarfiadas en mi muñeca, no sé si pretendiendo separar mi garra de su cuello, ya que, más que tirar, parecía simplemente sujetarse para poder concentrar sus sentidos en aquel estímulo que nos estaba volviendo locos a los dos.

Porque de repente, algo me ardió en las entrañas y puso mi miembro duro como la piedra de cantera. Algo que estalló y me hizo perder el control y que, por primera vez, no tenía nada que ver con Serena ni con mi eterna frustración por no poseerla.

Le solté el cuello y liberé mi verga.

Rodeé su cintura con una mano, dejé de bombear en su entrepierna y tiré de ella hacia arriba, hasta colocarla sobre mis caderas. Acto seguido, la empalé.

Hasta el fondo.

Y me sumergí en la tina de agua templada con ella en mi regazo.

—Cabálgame —le ordené, mientras le retiraba el cabello mojado para dejar el cuello al descubierto.

Mis colmillos la deseaban con fervor. El aroma de su sangre deliciosa palpitando bajo su piel me llamaba y me hacía perder la cordura. Los clavé y succioné. Multipliqué la excitación que los dos sentíamos y la cumbre del clímax, cuando lo alcanzamos, se disparó desbordada a las alturas.

Quedamos unos minutos exhaustos y abrazados, dentro de la bañera, yo todavía en el interior de su vientre, su cabeza reposando contra mi pecho.

Fue una pausa tan corta como extrañamente feliz.

Reaccioné con una sacudida de cabeza que me permitió librarme de ciertas ideas ridículas, nacidas de no sabía dónde.

—Vístete y ordena que preparen una cena en los aposentos de la duquesa.

En lugar de callarse y obedecer, Helena me repasó con un viso de reproche en los poderosos ojos. Como si la ofendiera el que yo pensara en otra mujer justamente después de habérmela follado.

—¿A qué esperas?

—No es una hora adecuada. A la duquesa no le agrada que la importun…

—¡Al infierno con las malditas reglas de cortesía!

—Pues cuando se trata de prohibirme luchar, sí que parece concederles importancia.

La miré con desdén, señalándola con el dedo estirado.

—Tú te comportarás como cabe esperar de una dama de la mejor familia. Y no quiero tener que repetirlo, es mi última orden.

Capítulo 27

Serena de Bravery

El hecho de que el conde hubiese espaciado sus visitas, y que fuera más prudente y educado cuando las hacía, creó en mí una ilusoria esperanza de que se había dado por vencido. No sabía qué tejemanejes andaba desenvolviendo lady Helena, puesto que apenas si nos comunicábamos por señas temiendo ser descubiertas; en cualquier caso, ella me había rogado que confiase, y lo cierto era que desde que yo había puesto mi destino en sus manos, todo parecía rodar mucho mejor.

Me sentía menos presionada, un poco más libre. Nuestros paseos por los jardines eran un bálsamo curativo sin precio.

Mi mundo de fantasía se derrumbó con estrépito cuando los criados montaron una fastuosa mesa y me anunciaron la llegada del amo Valent para cenar. Helena acudió en avanzadilla para ayudar a vestirme con galas dignas de una audiencia con la reina.

—Sea paciente. Sonría un poco, si puede —me aconsejó en un murmullo, mientras me subía y me acomodaba las mangas.

—Por nada del mundo querría darle una falsa impresión de aceptación. ¿No corro ese riesgo coqueteando?

—No le pido que coquetee, no se comprometa, solo que se muestre más… accesible. Amable. Se trata de montar una pantomima, duquesa, necesitamos que el conde se ablande y baje la

guardia. Pronto llegará el momento de su marcha. —Me atrapó las manos—. Sea fuerte, ya queda poco.

La miré con una ansiedad a duras penas contenida.

—¿Pronto? ¿Cuándo?

Me devolvió la mirada, mucho más dueña de sí de lo que yo sería nunca.

—La avisaré con tiempo. —Inició la laboriosa tarea de abotonar mi vestido por detrás, manteniéndose cerca de mi oreja para seguir cuchicheando—. Hace dos semanas me apropié de una botellita de láudano que precisaré cuando llegue el momento. Estoy esperando por si alguien la echa en falta antes de dar el siguiente paso.

—¿Y si la buscan?

—Mentiré. —Esbozó una sonrisa descarada—. Diré que me urgía descansar mejor, que lo tomo por las noches.

Moví la cabeza de un lado a otro, estupefacta y admirada.

—Eres increíble, Helena. Tan joven y tan sensata y valiente. Doy gracias al cielo por haberte encontrado.

—Cuando usted desaparezca, St. Claire se volverá loco por culpa de su obsesión enfermiza. Que se descontrole y se ponga histérico al saberla perdida es la vía más rápida para que cometa errores, eso nos interesa. Bueno, interesa a los Reales. Yo no entiendo demasiado bien toda esta lucha de poderes, al final solo se trata de controlar los mercados y finanzas, el movimiento de dinero y mercancías. Duquesa, todos son aristócratas con fortunas colosales. ¿Por qué no les resulta suficiente?

El vestido estaba cerrado del todo. Notaba la presión del corpiño y de la tela a lo largo del torso, en la cintura, en la zona del escote. Helena había tomado un frasco de perfume e iba a rociarme unas gotas sobre la piel y el cabello.

Giré a mirarla y con la palma le acaricié la cara.

—Si dejaran el mundo en manos de las mujeres… Bueno, ellos son así. Tienen sus cosas buenas. No el conde, desde luego, pero puedo decirte que mi esposo era un ser tan magnífico como inmortal… —Enjugué con rapidez una lágrima díscola que escapó por la esquina de mi ojo y suspiré.

Hasta los inmortales conocen el fin.

—Lo siento mucho, duquesa, no sabe cuánto lo lamento. He oído que su duque…

El corazón me dio un brinco dentro del pecho.

—¿Has oído algo?

—Solo que… —Se paró a escoger las palabras. Probablemente, «lo han matado» le sonaría demasiado crudo—, lord Bravery ya no está.

Se me aflojaron las piernas. Tuve ganas de desplomarme de rodillas al suelo, esconder el rostro entre las manos y llorar hasta vaciarme, aunque dudaba que a aquellas alturas me quedasen lágrimas.

—Soy tan necia que mantenía viva la esperanza de que estuviera prisionero. En algún lugar remoto. Me resisto a pensar que Arthur ya no está entre nosotros. No, simplemente no puedo.

Esta vez fue lady Helena la que tomó mis manos entre las suyas, encerrándolas en una amorosa cuna.

—Antes de entrar aquí, solo supe que su marido y mi padre salían a diario en su busca, duquesa; varias veces, en batidas con partidas de hombres armados, sin desfallecer. Él no parecía dispuesto a cejar en su empeño de encontrarla. Por favor, no llore. Estamos llegando al fin y necesito que sea más fuerte que nunca. Tiene que hacerlo, por su hijo.

—Por nuestro hijo —repetí en una letanía hueca.

—Vamos a conseguirlo.

—Por nada del mundo querría ponerte a ti en peligro.

—Intentaré mantenerme al margen y que nadie pueda relacionarme con su fuga.

La puerta del dormitorio se abrió abruptamente, de un potente empujón. El vozarrón de uno de los guardias interrumpió nuestra intimidad.

—Llega el amo.

Helena marcó una profunda reverencia ante mí, luego ante Valent, que acababa de entrar, y acto seguido, silenciosa, casi de puntillas, desapareció.

Quedé frente a frente de mi captor. Mirándolo con más timidez que desafío.

Él, por su parte, estaba repasándome con lascivia de pies a cabeza. Finalizada la inspección, sonrió satisfecho.

—Enhorabuena, está usted hermosísima, Serena.

—Gracias, milord —cumplimenté en un susurro velado—. Es mérito de esa muchacha, no recuerdo su nombre.

Me tendió el brazo, lo acepté con renuencia, y me condujo a la mesa. Una vez estuve sentada, ocupó su asiento en el otro extremo y, por la puerta que no había llegado a cerrarse, empezaron a aparecer criados con platos y bandejas de deliciosas viandas. A la luz cálida de las velas en los candelabros de oro, comprobé la inexplicable belleza de aquel hombre, de su pelo oscuro y largo, sus facciones perfectas, su aplomo y la aplastante seguridad que rezumaba cada uno de sus poros.

Sin duda, un hombre cautivador del que habría podido prendarme en otras circunstancias bien distintas, y de no haber entregado mi corazón por entero a Arthur Winley. Poco cambiaba las cosas el hecho de que su propio padre lo hubiera asesinado: sería suya de por vida, suya para toda la eternidad, suya hasta la esencia.

Suya y de nadie más.

Jamás podría amar a otro hombre que no fuera él. Antes me arrancaría el corazón del pecho con mis propias manos.

La cena se desarrolló casi con normalidad. Hablando del tiempo que yo ahora conocía gracias a mis paseos por el exterior, de las últimas noticias acerca de política y pequeñas revoluciones del proletariado, de los caprichos de nuestra desolada reina viuda.

Tras los postres, Valent me conminó a seguirlo hasta el sofá.

Obedecí temblando. Una vez allí, no tendríamos una mesa como parapeto protector entre los dos.

—Van a servirnos una infusión que acaba de llegar de China. Le adelanto que su aroma es embriagador. ¿La prefiere endulzada con miel?

—Dado que desconozco su sabor, no sabría decirle. Quizá sea mejor idea no adulterarla.

La criada sirvió las tazas, se inclinó para reverenciarnos y abandonó los aposentos cerrando la puerta a su espalda.

Intimidad.

Jaula.

Me mordí el labio inferior, notando la vibración de la angustia recorrerme entera.

—Y hablando de sabor… Duquesa, ¿a qué sabe esa boca suya?

Capítulo 28

Valent St. Claire

El tiempo que llevaba encerrado entre aquellas paredes demasiado cerca de la mujer que tanta turbación me causaba, empezaba a ser excesivo. Agobiante. Las manos, los dedos se me movían solos y siempre en su dirección, tratando de tocarla.

Debo decir que, en un alarde de voluntad bajo control, los retenía a tiempo.

Sin embargo, eso y no lanzarme sobre ella, a besarla, morderle la clavícula allí donde su vena parecía llamarme como un canto de sirena, estaba requiriendo tal nivel de autodominio por mi parte, que me palpitaban las sienes y estaba a punto de combustionar.

Parte de la culpa residía en el escote del vestido que había escogido para ella, que era vertiginoso. Sus voluptuosos senos se desbordaban demasiado llenos para un espacio tan reducido. La piel cremosa y perfumada invitaba a hundirse, a recorrerla con la lengua y a perderse por completo en el placer más demencial.

Levanté una mano y la posé en la base de su mandíbula, allí donde el rostro se unía con el cuello. Noté su sacudida y su rechazo.

—Es usted un ser egoísta y cobarde, conde.

—Alabados sean los infiernos. ¿Eso piensa?

—¿Qué nombre pondría al caballero que se atreve a privar a una dama de su libertad? ¿Que la arranca por la fuerza de su hogar, de su familia? ¿Cómo le llamaría usted?

—No soy quien la ha secuestrado —expuse, no sin cierto orgullo.

—Pero sí quien me retiene.

—No la retengo —recalqué con énfasis—. La mantengo con vida.

No se revolvió. Ni protestó ni soltó una retahíla interminable de réplicas. Seguramente, porque podía oler la verdad de mis palabras por mucho que le irritaran.

—Sabe que obtendría fácilmente su sometimiento usando la seducción, que bastaría con tomarla entre mis brazos para ver cómo se derrite.

—Puede —subrayó con marcada ironía.

No me amilané. Muy al contrario, me fui aproximando lentamente a ella, dispuesto a apoderarme de aquellos labios deliciosos y saborearlos hasta saciarme.

Serena, a su vez, alzó el brazo y descargó una brutal bofetada sobre mi mejilla.

Me sorprendieron tanto su ímpetu como su fuerza.

Retrocedí con un parpadeo de asombro.

—Se lo dije en su día y se lo repito ahora. —Mascó las palabras—. No se atreva a tocarme.

Apreté las muelas y la calciné con una mirada feroz. Reteniendo a duras penas la amenaza que pugnaba por escupir, destructiva como una bala de cañón.

Sin embargo, no era el único, también sus ojos llameaban coléricos.

—No me tendrá, conde, no me tendrá nunca. Prefiero morir cien veces del modo más horrible, que responder un solo instante a sus despreciables deseos.

No me reprimí.

Me puse en pie de un brinco, la agarré por las muñecas y de un tirón brusco me la llevé conmigo, a rastras, hasta la zona de dormitorio donde, de un empujón, la tumbé bocarriba en la cama.

—Olvídelo —espetó en un siseo—. Puede que después de todo posea mi cuerpo violentándome, es posible que no alcance a impedirlo, pero mi corazón y mi alma jamás serán suyos.

Me esforcé en aplacar mi respiración encabritada.

La idea inicial de abalanzarme sobre ella y hacerla mía en aquel mismo instante se evaporó en el aire como si el viento se la hubiese llevado lejos. Me envaré y la contemplé desde arriba, su largo cabello negro repartido por la colcha de seda como hebras de impenetrable oscuridad.

—Es posible que decida no creerme, el caso es que no pienso tomarla por la fuerza. Si sucede, sucederá porque usted decida, voluntariamente, entregarse.

—Está en lo cierto. —Me observó con desprecio—. No le creo.

Fueron las últimas frases que me dedicó antes de voltear la cara hacia la pared y quedar inmóvil como una estatua de alabastro.

Exhalé un último bufido entre dientes, le deseé lo peor y, frustrado y caliente como la caldera de una locomotora, con la entrepierna tensando la tela de mis pantalones en una erección dolorosa, giré sobre mis talones y me marché.

Despidiendo rayos y centellas a través del aura que me envolvía.

En cuanto llegué a mi alcoba, mandé llamar a Helena.

Me sorprendí sirviendo, mientras esperaba, dos copas de vino de sangre, como si en lugar de ser una vulgar iniciada a la que podría follarme duro para relajar mis pasiones insatisfechas, se tratase de una dama de alta sociedad que acudía en calidad de invitada.

¿La verdad? Tenía más necesidad de consuelo que de sexo.

No era una situación en la que me encontrara habitualmente, más bien se trataba de una urgencia muy inusual. Conversar con una persona inteligente en sintonía conmigo, compartir un refrigerio frente al fuego, maldecir en voz alta sin guardar las formas ni la compostura.

Eso quería.

Me preguntaba si la salvaje Helena sería capaz de dármelo. Ella ofrecía muchas cosas, si bien, no todas eran tan placenteras

como su endemoniado carácter y sus altivos retos.

Se quedó varada en la puerta, sin pasar, con los enormes ojos muy abiertos, visiblemente sorprendida.

—¿Me ha hecho llamar, amo?

—Sí, entra. Ven aquí a sentarte junto a la chimenea. Te he servido un vino.

Todavía se lo pensó dos veces.

—No… ¿No tenía previsto cenar en compañía de la duquesa?

Maldita muchacha entrometida y preguntona.

—Pues ahora estoy aquí, deja de indagar en lo que no te incumbe y obedece por una condenada vez, si no es mucho pedir.

Reptó hasta mí, arrastrando los pies, diría que de muy mala gana, lo que exacerbó la acritud de mi carácter.

—¿Acaso he interrumpido tus quehaceres, querida? No estarías discutiendo con ese espantapájaros tuyo —me burlé.

Ella me lanzó una mirada herida.

—No, amo. Estaba a punto de irme a dormir.

—Vaya. Voy a ser el causante de tu trasnoche. No sabes cuánto lo lamento.

—Sí —dijo sarcástica mientras se sentaba—, puedo adivinarlo.

Tomó la copa de vino y dio el primer sorbo. Sus labios le robaron al líquido su tono carmesí y resplandecieron rabiosos y atrayentes. Me entretuve contemplando su perfil a la luz de las llamas, la manera en que su cabello, rojo como el mismo fuego, soltaba destellos y brillaba.

Resultaba inaudito que, pese a su bravura y a su tendencia a imponérseme, aquella muchacha me provocara con su presencia algo semejante a la paz.

—Cuéntame lo que has hecho hoy —le pedí, empezando a amodorrarme.

Ella me miró extrañada.

—¿En serio quiere saber…?

Entrecerré los ojos y resoplé.

—¿Es que no me has oído? Tienes la irritante costumbre de obligarme a repetir, Helena. Dime en qué has invertido tu tiempo.

—Pues… He entrenado —acabó confesando a regañadientes.

Desvié hacia ella una mirada asesina.

—Y luego he vestido convenientemente a la duquesa para su encuentro de esta noche. ¿Acaso no ha sido de su agrado?

Otra provocación.

No supe si golpearla o dejar ir la carcajada divertida que me bullía en la garganta.

—No, no ha sido de mi agrado —apunté—. No estoy diciendo que sea culpa tuya. Ni de ella. Es probable que únicamente esté cansado.

Capítulo 29

Serena de Bravery

Por fin había llegado el momento de la verdad.

La noche en la que me jugaría el todo por el todo. En que, una de dos, o lograba escapar y regresar junto a mi hijo, a protegerlo, a llevármelo lejos de su pernicioso abuelo y quién sabe si a fraguar mi venganza, que también la tenía, hirviendo dentro de las entrañas… O moría en el intento.

Bryen Winley no era el único en clamar por su revancha.

Solo de pensar en él, me crecían los colmillos. Mi odio era arrasador.

Por la mañana, antes del almuerzo, lady Helena había venido a verme con la excusa de una infusión que me templara los nervios, y me puso al corriente de su plan.

—Esta noche mezclaré láudano con el agua que sirven a los guardias que vigilan su puerta. Aprovecharé el momento del cambio para dejar la tinaja ahí fuera, lista para que, en pocos sorbos, duerman como angelitos. Tome esto, duquesa, procure que no se la vean.

Me paré a revisar lo que acababa de dejar en la palma de mi mano. Un trozo de metal alargado en forma de L retorcida.

—Una… ¿ganzúa?

—Con ella podrá salvar su cerradura. No veo otro modo de poder dejarla abierta. Si me ven aparecer, sabrán que estoy relacionada con su fuga.

—Prometo pasarme el día practicando —decidí con un suspiro.

—Salga al pasillo cuando no oiga ruido, ningún ruido fuera por más de diez minutos. Y cuando lo haga… —Helena avanzó un paso y me tomó vehemente por los antebrazos—, duquesa, cuando salga al pasillo estará sola. Debe tener mucho cuidado. Péguese a las paredes, busque las sombras, esquive a los guardias. Recorra exactamente el camino que trazamos cada día para bajar a los jardines. El mismo, sin desviarse.

Asentí con la respiración alterada por el esfuerzo que suponía concentrarme y tratar de absorberlo todo, sin olvidar nada.

—Y una vez en el exterior, busque los matorrales de rododendros junto al invernadero. Allí encontrará una segunda entrada que la conducirá al túnel.

—¿El túnel?

—Es una puerta pequeña y deteriorada, pintada de verde oscuro. La cubren las flores, lleva a la galería subterránea que comunica con la calle. Una vez allí, corra. Corra sin detenerse y sin mirar atrás hasta llegar a casa de mis padres.

—Helena, tú…

—No se preocupe por mí, duquesa. Usted póngase a salvo y el resto estará bien.

—Te sacaré de aquí, te lo juro. Diga lo que diga lord Corset. No permitiré que sigas a merced de estos desalmados.

Sus finas manos se apretaron contra las mías y sus comisuras se elevaron con ligereza, como si quisiera sonreír.

—Estoy bien. He desarrollado una especie de relación *cordial,* muy peculiar, aunque inofensiva, con el conde St. Claire. Por el momento, no me considero en peligro.

—Ese monstruo… —vomité con desdén.

—Debo irme. Oculte bien la ganzúa si viene alguien a visitarla. Y por favor, cuídese. Que la siguiente noticia que tenga sea

la de su desaparición y su regreso, con bien, a casa de los Corset. Sabré de usted a través de la familia que se hace pasar por mía.

La vi salir, erguida como una reina valiente, sin mirar atrás y sin poder evitar preguntarme si el destino nos reuniría en el futuro, tal y como deseábamos. Me bebí la tisana a pequeños sorbos e invertí el resto del día manipulando la cerradura que me separaba de la libertad.

Pese a mis espantosos temores, Valent no se dejó ver en toda la jornada, no vino a mostrarme cuán rabioso estaba en mi contra y, cuando a través de las ventanas vislumbré el inicio del crepúsculo, mi pulso se lanzó a un galope desenfrenado a sabiendas de que se acercaba el abismo.

Para aquel entonces, ya manejaba la apertura de la cerradura con cierta soltura. De hecho, a juzgar por los chasquidos, podía intuir que estaba abierta. Si nadie volvía a cerrarla, salir sería más sencillo. Si giraban de nuevo la llave, usaría mi ganzúa por enésima vez.

Por supuesto, no tuve tanta suerte.

Una criada, pálida y cabizbaja, acudió a traerme la cena y tras su marcha, el sonido de la llave clausurando el cerrojo desmoronó mis escasos ánimos. Comí sin ganas, con el estómago revuelto y la única intención de reunir las fuerzas que más tarde necesitaría. A partir de ahí, me limité a pegar la oreja a la puerta, esperando que el vocerío y las risas de los guardianes que la flanqueaban cesara.

Para mi absoluto horror, no dejé de oírlas.

Se intercambiaban chanzas e improperios. Uno reía las gracias del otro. Se gruñían, soltaban maldiciones por lo bajo y, a continuación, volvían a carcajearse.

Los minutos transcurrieron eternos y lacerantes sin que la situación cambiara un ápice. Ese silencio que lady Helena me anticipó que oiría, la contraseña para iniciar mi fuga, no llegó nunca.

La desesperación me licuó el alma, mientras poco a poco, el coraje se me desinflaba. Resbalé a lo largo de la puerta hasta caer en cuclillas al suelo, sin distanciarme de la madera, con aquellos sonidos malditos retumbándome en la mente como un látigo envenenado.

No se habían bebido el agua con el láudano.

O a Helena no le había sido posible colocarla en su lugar.

Algo había fallado. Fallado con estrépito.

¿Por qué entonces mi insensato juicio continuaba martilleándome con la ridícula idea de seguir adelante y huir?

¿Cómo pensaba librarme de los guardias que custodiaban mi encierro?

Entonces lo oí. Un rugido ensordecedor y los gritos de terror allí fuera.

El estampido de la lucha. El fragor de un ataque. Más bramidos.

No duró demasiado, aunque bastó para paralizarme de miedo. Cuando se hizo el silencio, maniobré con la ganzúa en la puerta, las manos tan temblorosas que tres veces se me resbaló de entre los dedos, estampándose en el suelo. Llorando y resollando hasta oír el *click* que me permitiría accionar el pomo.

Lo hice muy despacio. Tragando saliva, bloqueada por el pavor, sin saber qué iba a encontrarme tras el madero.

Jamás lo habría imaginado.

La escena era dantesca.

Sangre. Sangre por todas partes.

Dos hombres con las gargantas y parte del pecho destrozados en un amasijo informe de carne desgarrada, arrumbados contra el suelo en posturas imposibles y, entre ambos, mirándome fijamente como si llevase rato aguardando a que apareciera, con el pelaje cercano al hocico manchado de rojo…

Un enorme lobo blanco de ojos amarillos.

Grande como mi pánico.

Capítulo 30

Serena de Bravery

Temerosa de convertirme en la siguiente víctima, no me atreví a dar un paso en ninguna dirección. La mano se me quedó adosada a la manija, la columna rígida como una estaca y el aliento retenido.

Entonces el lobo inclinó la cabeza y reculó tres pasos, dejándome espacio suficiente como para salir, si lo deseaba, sin rozarlo.

Interpreté aquel gesto casi humano como una señal de que no me atacaría.

Por descontado, no podía estar del todo segura, si bien, era lo que me dictaba el instinto. Que me moviera muy despacio, sin aspavientos bruscos que pudieran agitarlo, sin hacer casi ruido, como una corriente de aire se desliza por un corredor angosto.

Me sudaban las palmas de las manos, resbalosas, pegadas a la pared, tanteando entre temblores la superficie de los recubrimientos de madera y, un poco más allá, el brocado de seda verde París. La colosal bestia me vigiló sin tregua durante los primeros pasos, sin quitarme la vista de encima y luego, para mi total desconcierto, decidió seguirme a paso lento.

Tragué saliva con el corazón en un puño. Sin saber si el siguiente movimiento me condenaría al degüello. Retiré la mirada de

los dos cadáveres, impresionada por el destrozo y moví los pies avanzando hasta el centro del siguiente pasillo. El lobo blanco me siguió como si caminase sobre algodón, sin que sus pisadas hicieran el menor ruido.

Todo parecía indicar que había eliminado a los centinelas para favorecer mi fuga. Claro que, aquello no tendría el menor sentido, todo podían ser figuraciones mías, alucinaciones y delirios generados por el terror.

¿De dónde había salido aquella fiera tan hermosa?

La puerta que tocaba superar ahora correspondía al dormitorio de Valent St. Claire. Sentí un horrible vértigo en la boca del estómago, una sensación de náusea que estuvo a punto de hacerme volver corriendo a mi cuarto, a esconderme bajo la cama, pese a que lady Helena me había asegurado que ya no se hospedaba allí, que se había mudado a unos aposentos más amplios en uno de los torreones. El caso era…

¿Y si no era cierto? ¿Y si había bajado a su antigua alcoba y me atrapaba?

Una vez la hubiera rebasado, el camino hacia los jardines, tal y como me había indicado Helena, sería menos complicado. Si seguía reptando con aquella quietud…

Si el lobo no se abalanzaba contra mí y me arrancaba los pulmones de un mordisco…

Si…

Aspiré aire venciendo el mareo, me humedecí los labios, entrecerré los ojos y caminé muy lento hasta que la puerta de la temible estancia quedó atrás.

Balbuceando una plegaria.

Creí que me desmayaría. De aprensión, de ansiedad, de alivio.

El lobo continuaba su vigilancia del entorno y aquella sorprendente misión de custodia que parecía haberse impuesto. Cada vez más ridículamente convencida de que no me dañaría, al menos de momento, accedí a las escaleras laterales y descendí por ellas con la agilidad de una gacela.

A partir de ahí, las salas y los pasillos que tuve que atravesar, me los encontré desiertos. Había pasado la hora de la cena, la mayoría de los criados se afanaban culminando sus tareas antes de recogerse, y los ocupantes de la zona noble de la mansión se habían retirado a sus habitaciones a descansar.

Era un buen momento.

Me sabía de memoria el recorrido con el que, casi a diario, lady Helena me llevaba hasta el jardín. Fui repentinamente consciente de las vueltas sin sentido que suponía aquel itinerario concreto, y sospeché que mi salvadora llevaba semanas urdiendo el plan de mi evasión: no me había guiado a los jardines por el camino *más corto*, sino por el *más seguro*. Y repitiéndolo jornada tras jornada, se había asegurado de que lo aprendiera.

Solo en un instante en que el exceso de confianza me hizo ser imprudente, asomando tras una esquina sin precaución previa, el lobo se me adelantó, atravesándose en mi avance con un suave gruñido, impidiendo que dos criadas que cruzaban cargadas con sendas canastas de ropa limpia, inmersas, por fortuna, en su charla, me descubrieran.

Fue entonces que no tuve la menor duda de que el lobo blanco estaba de mi lado.

Ya quedaba poco. Quedaba muy poco.

La angustia formó un nudo y apretó duro el fondo de mi garganta. Pronto alcanzaríamos el jardín, podríamos refugiarnos en las sombras, adelantar sin ser apenas vistos, y localizar los rododendros que ocultaban la ansiada puerta. Se me dispararon los latidos, ahora como un rosario de truenos contra las costillas, la desazón y el miedo.

Me tiritaban las piernas, aunque me negué a flaquear. Mucho menos a desistir.

Había llegado demasiado lejos como para renunciar ahora.

Y entonces, a un puñado de pasos de la salida al exterior, cuando el fin se rozaba con la punta de los dedos y se respiraba cada vez más cercano…, apareció un guardia armado y con cara de pocos amigos.

Probablemente no me conocía, no me había visto en su vida ni nos habían presentado ni sabía mi nombre. Solo se sorprendió al ver a aquellas horas intempestivas a una dama vagando por la zona que correspondía al servicio. Ignoro si el pobre vampiro, seguramente un converso, tenía pensado increparme o, por el contrario, cumplimentarme con una reverencia, no obstante, la criatura de pelambre nívea que me acompañaba y su temible dentadura no le concedieron tiempo de espera ni de decisión.

Abrió aquellas fauces monstruosas, similares a las de un pequeño dragón, le brotó un rugido aterrador de lo más hondo del gaznate y por un instante pensé que le seguiría una llamarada incineradora que reduciría a cenizas el cuerpo del guarda. Con una velocidad sobrenatural que lo convirtió en un borrón blanco invisible a mis ojos, se lanzó contra el desdichado, directo y certero a la zona del cuello y de una dentellada mortal le arrebató la vida.

El hombre cayó al suelo como un bulto inerte, con los ojos desencajados y la garganta abierta en canal. El lobo me miró un segundo para, a continuación, atravesar la puerta que comunicaba con los jardines. Me temblaban las rodillas y temí que las extremidades no me sostuvieran cuando salté por encima del cadáver, evitando resbalar con la sangre derramada, y lo seguí a la oscuridad.

A internarme en la penumbra y la niebla.

La helada brisa nocturna se me estampó en el rostro y me cortó el aliento. Pero lejos de disuadirme, fue el mejor acicate para imprimir energía a todo mi ser y hacerme galopar como el viento, buscando los rincones menos iluminados, en un espacio ya de por sí, tenebroso. El lobo flotaba sobre el suelo a unos pies de distancia, marcándome el camino, la huida, girando de cuando en cuando la cabeza para asegurarse de mi presencia, y yo ya me sentía incapaz de pensar en otra cosa que no fuera seguirlo a ciegas, sin reflexionar siquiera, reservando mis escasas fuerzas para culminar con bien aquella temeraria estratagema.

Antes de ser consciente de ello, estábamos dentro del túnel de frías paredes de roca que nos conduciría a la libertad. La oscuridad era absoluta y apenas si me permitía ver por dónde

pisaba, de modo que el enorme lobo rectificó su posición en vanguardia y se pegó a mi costado y a mis piernas, ejerciendo de bastón viviente.

Me atreví a bajar la mano, hundirla en el denso y suave pelaje y sujetarme a él, aferrando un mechón con los dedos. Así mi avance se hizo mucho más firme y seguro. Nadie nos seguía, nos envolvía una negrura completa, y tan solo se escuchaba el eco de nuestros apresurados pasos.

Y cuando por fin aparté un arbusto espeso y alto que se interponía en el camino como un muro, una suerte de bosque en miniatura, y vi el suelo adoquinado de una calle de Londres cuyo nombre todavía ignoraba, pensé que me desvanecería de alivio.



Capítulo 31

Helena de Corset

Haberle fallado a la duquesa se convirtió en un remordimiento terrible que me serraba el alma. Sin piedad.

Lo tenía clavado en el pecho, no sabía cómo deshacerme de él.

Había sembrado en Serena la esperanza de la liberación, había ideado un plan de escape durante muchas semanas, avanzando cada fase con la mayor paciencia, dándole tiempo al tiempo para que las maniobras madurasen y se disiparan las sospechas en nuestro entorno, para hacerlo más fiable, más eficaz y seguro.

Y en el último momento…

Valent St. Claire, el conde que había puesto patas arriba mi mundo entero por culpa de los sentimientos contradictorios que me inspiraba, el que casi había logrado que olvidase las razones de mi presencia en la logia de la Rosa Negra, me había cazado en medio del pasillo, cargada con la tinaja de agua destinada a los centinelas que custodiaban a la duquesa.

—¿Se puede saber a dónde vas? ¿Piensas desoír mis prohibiciones practicando el tiro al jarrón?

—No, amo. —Luché por disimular el nerviosismo—. Es solo agua fresca, la llevaba a mi alcoba.

Valent frunció los labios con suspicacia.

—¿Acaso no te suministran agua las criadas?

Tenía que inventar algo rápido. Me abracé con más afán a la tinaja que cargaba.

—Bueno, a veces me gusta tomarla yo misma. Es más pura y sabe mejor si está recién recogida.

—Olvídate de la tarea por el momento y entra en mi habitación. —Hizo un gesto decidido con el mentón, señalando el interior del cuarto—. Tengo ganas de probarte una vez más antes de dormir, pelo de fuego.

¡Oh! No, ¡no! ¡Maldita fuera mi suerte!

—Empiezo a impacientarme —me advirtió, socarrón, al ver que no me movía.

Resoplé, y el aire que tenía retenido en los pulmones salió expulsado de golpe.

No me quedaba más remedio que acatar la orden y satisfacer su deseo… que de alguna forma también era el mío. Y pese a ello, a tener pleno conocimiento de mis deberes como iniciada, de lo que el conde esperaba de mí, permanecí petrificada en el mismo punto del corredor en el que me crucé con él.

Valent dio un paso adelante y me rodeó con un solo brazo la cintura. Me pegó a su cuerpo con un ademán posesivo.

—Entra, he dicho.

Esa voz ronca, autoritaria, que no admitía desobediencias penetró mis sentidos y los adormeció. Me hizo suya con solo una orden.

Bajé la mirada y me sometí.

Subí el tramo de escaleras curvas, entré en sus aposentos con la tinaja y el agua con el láudano todavía entre los brazos, como si se tratara de un tesoro que debía proteger.

—Deja eso ahí encima —me indicó lord St. Claire.

Y sabía que se refería al recipiente con el agua intoxicada. Asentí e hice lo que me mandaba, sumisa, sin replicar.

—Ven aquí —fue su siguiente decreto.

Para mi sorpresa, había cruzado la estancia doblando mi velocidad, se había colocado junto al lecho, sentado en el borde, y me abría los brazos, tal que si esperara recibirme.

Me rendí, desconcertada ante aquella inexplicable muestra de… ¿ternura?

En nuestros últimos encuentros, el talante de St. Claire había mutado, volviéndose menos imperioso y distante, más compasivo. Hasta sus miradas habían perdido parte de aquella fría crueldad que lo caracterizaban a mi llegada y ahora, no siempre, pero sí muchas veces, aquellos iris del color del cobre soltaban destellos cálidos.

Llegué hasta él, mis muslos encontraron el tope de sus rodillas. Sus brazos abiertos me rodearon; a continuación, abrió de par en par mi túnica de un solo y habilidoso tirón y, una vez que me tuvo desnuda, volvió a sujetarme por las caderas, bajó la cabeza y apoyó su frente en la zona de mi ombligo.

Por un instante, temí que sollozara. La postura de la rendición.

Del enemigo vencido.

Había cerrado los ojos y dejado escapar un largo suspiro de hastío.

Noté el tacto húmedo y caliente de su lengua sobre la piel de mi vientre. Sus grandes manos abriéndose, abarcando mis posaderas, inmovilizándome. El viaje de su boca sobre la zona baja de mi cuerpo se hizo más acuciante, más enérgico y furioso, aderezado con pequeños mordiscos juguetones que se iban recrudeciendo conforme alcanzaba mi pubis.

Un tirón, un giro violento, y antes de darme cuenta, ya estaba tumbada en la cama, con las piernas separadas y él entre ellas, devorándome el sexo con los labios, la lengua… los dientes. La excitación creció en cuestión de segundos, la presión se acumuló en mis entrañas generando delirantes remolinos y la sensibilidad de mi clítoris se disparó de tal modo que hasta pude notar cómo se endurecía y se hinchaba.

Y entonces, cuando estaba a punto de dejarme ir gritando su nombre, Valent clavó sus colmillos en mi vulva, atravesando la tierna

carne del capuchón y algo más abajo, junto a la entrada a la vagina, succionó, y me hizo estallar en pedazos.

Mis dedos, hasta entonces posados con delicadeza sobre sus hombros, se crisparon, mis uñas se clavaron en la carne, arañaron su piel marmórea y palparon el músculo activado. El sublime acto de posesión me convirtió en una ráfaga de viento huracanado procedente de los áridos desiertos.

Tórrido y abrasador.

Sin pedir permiso, olvidando mi posición en aquella rígida jerarquía vampírica, quién era él, quién se supone que era yo, demandé con un gesto, aferrándolo de las axilas, que modificase su postura y me cubriera por entero.

Para mi sorpresa, Valent cedió a mi reclama, abandonó el triángulo entre mis muslos, empapado de su saliva y de mis propios jugos de deseo y se deslizó sobre mis curvas hasta encajar por completo. Su polla dentro de mí, dura y poderosa, su boca y su lengua besando mi cuello, la zona de mis clavículas, mi escote, mis pezones.

Parecía dispuesto a no concederme tregua. En lugar de eso, hundió de nuevo los afilados colmillos y chupó mi sangre mientras me follaba en un bombeo rítmico e inmisericorde.

—Helena —rugió ronco, en voz baja.

Mi nombre en sus labios fue el desencadenante para el orgasmo más intenso y devastador que había sentido en mi vida. No solo mi espalda, mi cuerpo entero se arqueó para él, agradecido por sus atenciones y por lo que me estaba haciendo gozar.

Despierto ante un oscuro deseo difícil de calmar.

Valent también se derramó sin excusas, con un largo gruñido sordo junto a mi oreja para, acto seguido, dejarse caer desfallecido y desalentado a un flanco, tratando de no aplastarme.

Algo fuera de lo común acababa de suceder.

Y no se trataba tan solo de que en el éxtasis me hubiese llamado por mi nombre, eso podía considerarse un comportamiento natural cuando te arrebata el frenesí, yo misma lo había hecho en alguna ocasión.

No.

Era otra cosa. Algo muy distinto.

Su sutileza, la sensibilidad con la que me había tratado, su evidente interés por procurarme placer, cuando lo normal era que un amo fornicara cuanto quería con las iniciadas, asegurándose goce y satisfacción en exclusiva, sin importar lo que ella sintiera.

Vi cómo abandonaba la cama de un brinco, caminaba en toda su gloriosa desnudez hasta la mesa donde yo había dejado la jarra con el agua fresca y se servía, no una, sino hasta tres copas de agua, que consumió de un solo trago.

—Tienes razón —me dijo con una ligera sonrisa—, está deliciosa.

Capítulo 32

Helena de Corset

Envuelta en temblores, empecé a vestirme a toda prisa. Su voz me llegó por la espalda.

—¿A dónde demonios te crees que vas?

Contuve el aliento, con la prenda en el aire.

—Me marcho, amo, querrá usted descansar.

—¿Acaso te he dicho que abandones la cama?

Sin querer mirarlo a los ojos, con el corazón bombeando enloquecido por la ansiedad y el miedo, solté la túnica, que cayó al suelo en una especie de nube vaporosa.

—Acuéstate de nuevo —ordenó, dejándose caer a mi lado, pasando el brazo por debajo de mi cuello, arrimándome a su poderoso pecho hasta que apoyé en él la mejilla—. El esfuerzo ha sido notable, tengo sueño.

Vaya si lo tenía.

En la tinaja había vertido láudano como para tumbar a un caballo. Y en menos de cinco minutos lo tenía por completo fuera de combate, respirando profundo y a ritmo pausado, como si jamás en toda su vida hubiese levantado un arma para herir a nadie. Como si fuera la imagen misma del candor y la benevolencia.

Me mantuve allí, encogida, sin saber bien qué pensar, qué hacer, sin poder apartar a Serena ni un solo instante de mi mente.

La duquesa se habría quedado esperando que los guardianes se durmieran para poder escapar y yo lo había estropeado todo.

No veía el momento de que amaneciera o de que el conde me dejara ir, para visitarla, pedirle perdón y reorganizarnos de nuevo.

Una idea disparatada me cruzó de repente lo que yo tenía por *buen juicio*. Me deslicé con sumo cuidado de entre los brazos que me encarcelaban, apartándolos sin despertarlo, aunque visto el calado de su sueño no eran precisas tantas cautelas, y caminé de puntillas hasta el bargueño donde Valent había dejado, sin orden alguno, lo que parecía ser la ropa del día y sus cosas.

No tuve que explorar mucho para dar con lo que buscaba.

Un puñal de plata con empuñadura bellamente tallada e incrustaciones de citrinos en forma de lágrima, que brillaban como si encerrasen el último rayo de sol en la tierra.

Mi sangre frenó su avance dentro de las venas. Estática y gélida.

Mi pulso se saltó un latido cuando me apoderé de él y lo desenvainé. Giré sobre mis talones y observé el fastuoso lecho en el que Valent dormía como un bendito.

Sería tan fácil.

Cumplir con las peticiones de mi padre, incrustarle aquella hoja en mitad del pecho, atravesar su corazón con la plata y que dejara de existir para siempre.

La pieza más inteligente y vital de la Rosa Negra, su brazo ejecutor, por más que el viejo duque lo negara, borrado, desaparecido. Yo regresaría sin ser vista a mis aposentos y nadie podría culparme, ya que nadie había en los corredores cuando St. Claire me abordó y me instó a acompañarlo.

Caminé con lentitud hasta quedar a su costado. Contemplé la belleza simpar de aquel hombre, una perfección que te doblegaba y te hacía caer de rodillas suplicando clemencia. Como anunciaban los poemas, el tipo de hermosura por el que los reinos luchaban y se rendían.

Alcé los brazos por encima de mi cabeza, sujetando el puñal con las dos manos.

Solo tenía que bajarlos. Descargar el golpe.

Ni siquiera iba a enterarse. Y yo habría cumplido con parte de la misión que me había traído a la logia, destruirla desde dentro, espiar sus secretos y desvelárselos a los Reales. Nunca tendría una oportunidad mejor que aquella, la casualidad había querido que la duquesa no huyera, pero a cambio, me había servido en bandeja a un Valent St. Claire indefenso y a mi merced.

Mi pecho subía y bajaba descompasado. Una gota de sudor frío resbaló por mi columna desde la nuca a la base de la cintura. ¿Qué me frenaba? ¿Por qué no me sacudía el sopor y actuaba a fin de acabar con Valent de una vez por todas?

¿A qué venía aquella angustia absurda?

Padre me había preparado sobradamente para la misión, no era cierto que no supiera pelear. Manejaba con soltura puñales, espadas cortas y pistolas. Incluso me defendía con honores en la lucha cuerpo a cuerpo. Mi instructor solía alabar los impresionantes reflejos y la agilidad felina con los que la naturaleza me había dotado.

No debía ser difícil. Enterrar la punta del puñal, seguir apretando, hundirlo hasta la empuñadura. Él no se revolvería, no iba a defenderse. La plata se encargaría del resto.

¿Qué era lo que me impedía culminar mi mayor éxito?

Gruesas lágrimas me rodaron cara abajo. Primero, los ojos se habían humedecido con un ligero escozor, en segundo lugar, había notado esa punzada aguda en el esternón y enseguida había sucedido aquello. El llanto descontrolado, el corazón contraído, la confusión adueñándose de mi voluntad.

Bajé los brazos. No podía hacerlo.

Mi alma, mi cerebro, cada fibra de mi ser sentían algo por aquel hombre.

Daba igual si yo me negaba a reconocerlo, eso no cambiaba las cosas. Desde aquella mañana ya tan lejana en el tiempo en que nos habíamos cruzado a caballo en Hyde Park y yo había sucumbido a sus encantos sin que él supiera que yo existía, Valent se había convertido en protagonista de todos mis sueños y fantasías de jovencita inexperta.

¿Lo amaba? Posiblemente no. No había perdido la razón hasta aquel punto.

Tampoco deseaba su muerte.

Mucho menos causársela yo, que muriese por mi mano.

Retrocedí sin apartar de él mis ojos, hasta chocar con la enorme butaca junto al ventanal donde lo había visto sentado, mirando el exterior, tantas veces. Me desplomé en el asiento, agotada, todavía sin desprenderme del arma, y lloré en silencio mientras mi respiración se calmaba y volvía a la normalidad.

Debieron de pasar alrededor de treinta minutos y yo seguía sin reaccionar. Comportándome como si me hubieran echado un conjuro de los que secuestran el espíritu, que me hubiese dejado hueca, un cascarón vacío.

Entonces escuché el murmullo procedente de la cama. Su voz, la voz de St. Claire. Una suerte de gimoteo lastimero, el inicio de un sollozo, como la petición de auxilio de un niño con terrores nocturnos.

De eso debía tratarse.

Fijé en él mi atención, desde la butaca y sin soltar el puñal, solo observando con cautela sin atreverme a mover un dedo. Se removía sobre el lecho, inquieto y agitado, con los ojos cerrados y el ceño fruncido en señal de sufrimiento.

Se sacudió y se zarandeó, preso de una evidente angustia, gimiendo frases ininteligibles que sonaban a ruego.

De los balbuceos pasó a los lamentos. De ahí a los gritos entrecortados. Abandoné la poltrona, solté el arma devolviéndola a su lugar original, y me acerqué a la cama, desconcertada por la escena. Valent era víctima de alguna pesadilla terrible y el efecto sedante del láudano no le permitía despertar ni, por tanto, escapar de ella.

Me senté en el borde y le tomé una mano. Sus largos dedos se cerraron crispados alrededor de los míos, apretándome como si su vida dependiera de esa trabazón.

Con la mano libre le propiné unas torpes palmaditas de consuelo que apenas lograron apaciguarlo.

Me acomodé sobre el colchón donde un rato antes nos habíamos dejado llevar por la pasión más salvaje. Poco a poco me deslicé bajo su cuerpo, recuperando la postura entre sus brazos, esa que había roto para levantarme pensando asesinarlo, y lo abracé tanto como pude, habida cuenta la enormidad de su corpachón y lo menudo de mi envergadura.

—Tranquilo, tranquilo —le susurré en un ronroneo—. No pasa nada, estoy aquí. No pasa nada.

Todavía gritó, se estremeció y aspiró aire con agonía, como si se ahogara, un puñado de veces.

Me resistí a soltarlo.

Él parecía querer lo mismo, ya que ninguna de sus sacudidas bastó para separar nuestras manos enlazadas cada segundo con más fuerza. Alargué mi murmullo balsámico, tranquilizador, y bajo su poder de sugestión, su tormento y sus convulsiones fueron suavizándose hasta desaparecer.

Por fin quedó tan en paz como antes de empezar a soñar, sumido en una somnolencia pacífica exenta de gritos y sobresaltos.

Juro que mi brazo se movió solo.

No fue mi voluntad la que le retiró de la cara el largo mechón de pelo oscuro, la que me empujó a besarle la sien, los párpados, a cerrar los ojos y a acompañarlo en el descanso.

Aunque lo hice.

Capítulo 33

Serena de Bravery

Apuesto a que el mayordomo de los Corset estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón cuando abrió la puerta y me encontró allí, medio muerta.

Descalza, desgreñada, con un vestido de día salpicado de sangre y barro, mojada por la fina lluvia que había comenzado hacía un rato, más próxima a una aparición del Averno que a una dama de salón de alcurnia.

Mi llegada a altas horas de la madrugada supuso un revuelo sin parangón en el hogar de los Corset. El pobre sirviente salió a recibirme a medio vestir, con la levita sin encajar y el corbatín casi suelto. En cuanto dio muestras de reconocerme, algo que yo precisaba de forma imperiosa, fallaron mis fuerzas y me desvanecí en sus brazos.

Recuperé la consciencia algo después, y me hallé tendida en un diván junto a la chimenea, con la familia Corset vestida de noche, con sus batas y batines sobre los camisones, y expresión de auténtica perplejidad en sus rostros preocupados. La condesa estaba acuclillada a mi lado, con los ojos empañados y mi mano entre las suyas, en tanto el conde daba vueltas histéricas por la sala, en espera de que yo resucitara.

—Duquesa, ¡duquesa! ¡Allistair! ¡Por fin! —exclamó Marianne con la voz estrangulada.

Lord Corset llegó al galope, dando instrucciones por señas a los criados.

— Lady Bravery, ¡milady!, ¿se encuentra bien? ¿Cómo ha logrado escapar?

—Soley —fue lo único que logré articular.

—Pierda cuidado. El joven duque duerme, por fortuna no se ha enterado de nada. Mejor esperar a mañana, ¿no le parece?

Asentí con la sensación de que el cuello y el resto de partes en mi cuerpo se quebrarían por un mal movimiento en cuanto me descuidara. La devastación física era, de repente, tal, que creí morir seis veces antes de poder sonreír.

—Duquesa, debo pedirle perdón, ¿qué digo perdón? Cien perdones, mil. —El atribulado conde tomó asiento frente a mí—. Por no haber sido capaz de encontrarla y rescatarla como merecía, pese a todos nuestros esfuerzos. Por no haber sido capaz de evitar…

Algo atascó su retahíla de disculpas. A mi corazón hecho añicos no le hacía ninguna falta seguir oyéndolo. No soportaba que lo dijera. Ya lo sabía.

Lo sabía y me desgarraba de arriba abajo como una espada samurái.

—Arthur…

Los Corset bajaron al unísono las miradas y las enterraron en la alfombra. El cepo sanguinario que por desgracia ya conocía me apretó bien fuerte el estómago.

—Arthur ha… ¿ha muerto? Es… ¿cierto?

Lord Corset asintió con abatimiento después de muchos intentos. Mi estúpida pregunta, formulada solo para barrer definitivamente mi último resquicio de esperanza.

—No sabe cuánto lo lamento. Nos emboscaron con un anónimo falso en la vieja cárcel de Marshalsea, en Borough; fue imposible escapar, aunque debo decir que Bravery luchó como un auténtico guerrero.

Rompí a llorar. Con tanta congoja que pensé que me ahogaría. Conservar mi ridícula ilusión hasta última hora no había

sido más que una pérdida de tiempo.

—Yo esperaba… esperaba…

—Duquesa, no son horas, primero debe descansar —intervino mi buena Marianne—. Tiene que contarnos tantas cosas, aunque dispondremos de tiempo de sobra para conversar acerca de todo. Su ausencia tan prolongada ha dado pie a muchas circunstancias que debe conocer. Pero, antes que nada, lo importante…

—Cuánto… ¿cuánto ha sido?

—Casi siete semanas.

¡Cielo santo!

—He estado con lady Helena —balbuceé a trompicones—, o debería decir, ella ha estado conmigo. Me ha ayudado muchísimo, creo que solo gracias a su apoyo he sobrevivido.

Los emocionados ojos de la condesa por fin derramaron sus lágrimas. Y aquella mano que sujetaba la mía, tembló ostensiblemente. Lord Corset, por el contrario, pareció muy incómodo con mi comentario y el giro que suponía en la charla.

—¿Se encuentra bien mi hija? —prosiguió Marianne— ¿La tratan con respeto? ¿Le ha dado algún mensaje para nosotros?

Mis pupilas destilaban furia y reproche a partes iguales. Se movieron por la sala buscando la cara de milord para posarse en ella y traspasarla. Tenía tantas, tantísimas preguntas atropelladas por hacer, a sabiendas de que no era el momento. Debía concederles a ellos la oportunidad de reponerse tras mi aparición.

Yo, recuperar fuerzas, apenas si podía mantener abiertos los párpados.

Pese a ello, el rencor, la rabia contra Corset me ahogaba. No se me ocurriría recriminarle el que no me hubieran rescatado, si bien, detestaba la monstruosidad que había cometido con su hija.

—Ese es el motivo por el que ha mantenido a lady Helena oculta, ¿verdad? —silabeé con resentimiento—. Lejos de bailes y reuniones sociales, para hacerla invisible, que pocos la reconocieran y poder usarla como infiltrada en la Rosa Negra cuando le conviniese.

Allister carraspeo molesto.

—Duquesa, es muy tarde y de seguro se sentirá agotada, debería…

No iba a permitir que usara lo intempestivo de la hora como pretexto para zafarse de lo que era su entera responsabilidad y una sucia maniobra política, que salpicaba a una inocente, poniéndola en riesgo.

—¿Se ha parado a pensar un solo instante en todos los peligros a los que la expone? ¿Lo que son capaces de hacerle si descubren su verdadera identidad?

—La Hermandad Real necesita esos datos. Y yo soy, hoy por hoy, el principal responsable de nuestro órgano de gobierno.

—¿Por encima del bienestar de su hija? ¿Así se responsabiliza? ¿Convirtiendo a una muchacha desvalida en la esclava de St. Claire?

—Antes de que Helena lo confirmara, nadie podía imaginar que el conde de St. Claire estuviese realmente implicado en la horda rebelde. Ahora, gracias a su labor, lo sabemos. Como ve, duquesa, todas las grandes conquistas exigen su precio.

—Si expresara con libertad la calificación que me merece su comportamiento…

Hizo como si no me hubiera escuchado.

—Y en este instante —prosiguió con entereza—, vamos a retirarnos. Todos. Usted debe reposar después de tanta agitación, de lo contrario podría caer enferma. Mañana tendrá ocasión de contárnoslo todo con detalle.

—Conde… —arremetí cortante.

—Y podremos discutir eso que usted considera tan indecoroso.

No insistí porque su tono irritado y evasivo me dijo a las claras que no sacaría nada más de él aquella noche. Entre dos doncellas y la propia condesa me subieron a la alcoba que me habían preparado, con agua tibia para asearme, un camisón limpio con el que dormir y un caldo que me calentó por dentro y me hizo recuperar algo de energía.

En cuanto me quedé sola y la última criada hubo cerrado tras de sí la puerta, me levanté de un salto y me dirigí, como pude, a la

ventana que daba a la calle.

Llovía torrencialmente, pero allí, sobre el pavimento mojado, con su blanco pelaje empapado y sus ojos amarillos mirando en mi dirección, aguardaba el lobo.

Capítulo 34

Serena de Bravery

Mi sueño estuvo plagado de sombras, sobresaltos y pesadillas y, no obstante, resultó reparador. Puede que porque por primera vez me sentía a salvo, lejos de las garras de la logia. No era ajena al hecho de que la enfermiza obsesión de St. Claire por mi persona me había salvado la vida.

De no haberse convertido por pura lascivia en mi salvador, Bryen me habría descuartizado sin misericordia y les habría dado de comer mis pedazos a los cuervos.

En cuanto abrí los ojos, como si alguien adivinase que había vuelto a la vida, la puerta de mi dormitorio se movió para que entraran dos doncellas cargadas con el servicio de desayuno y la condesa de Corset, con una nueva luz en los ojos.

—¡Querida! ¿Cómo se encuentra? ¿Ha descansado?

—Necesito ver a mi hijo.

—Y lo verá, no se apure. Pero primero debe alimentarse. Enseguida las doncellas la ayudarán a vestirse y se reunirá con él. Imagino, además, que tiene conversaciones pendientes con mi marido.

—Marianne, Helena…

—La entrenó bien, no sufra, mi hija sabe cuidarse.

Se me revolvió la bilis.

—¿Eso es lo que argumenta su esposo para que usted se sienta mejor?

—Igualmente habría entrado como iniciada en la Hermandad Real.

—¡No es lo mismo! Marianne, ella está infiltrada con una identidad falsa. Si alguien sospecha por asomo que es la hija del tercer príncipe…

Al parecer, que la condesa se quedara sin pretextos no bastó para darme la razón. Hundió la cabeza hacia el camafeo que llevaba prendido del cuello de su blusa y con un hilo de voz me invitó a consumir el desayuno, cosa que hice porque mis tripas rugían de hambre y yo no deseaba disgustarla más de lo que ya estaba.

El que aparentase serenidad al acatar las directrices de milord, no implicaba ausencia de sufrimiento por el destino de su única hija.

En menos de lo esperado, había llenado el estómago, me sentía infinitamente mejor y me habían vestido con ropa prestada. Me aleteaba el corazón, las piernas y las manos por las ganas de abrazar a Soley. Mi pobre hijo, de pronto, huérfano de padre y madre, ¿cuánto no habría sufrido?

Me condujeron a la sala de lectura donde, por lo visto, me esperaba el conde. Más dueño de sí que la madrugada anterior, como si se hubiera estado preparando expresamente para aquel enfrentamiento. Pese a ser la mano derecha de Arthur, Corset nunca fue santo de mi devoción. Su obstinación por anteponer los intereses de la Hermandad Real a todo lo demás, su absoluta ceguera, fue lo que siempre lo distanció de mi esposo.

Jamás llegaría a emular la nobleza de Arthur en ninguna de sus formas.

—Duquesa. —Se puso en pie de un salto y me cumplimentó con una inclinación de cabeza—. Tiene mucho mejor aspecto. Por favor, tome asiento.

—¿Y mi hijo?

—Llegará en breve. Entretanto, invirtamos nuestro tiempo en parlamentar, si le parece.

—Quiere saber cuánto he averiguado —adiviné.

—¿Me culpa por ello?

No, desde luego que, dada su posición y sus ideales, no podía culparlo por querer sacar rédito de las desgracias ajenas, si estas lo tenían.

—Pese a toda la información que nos ha suministrado Helena, seguimos sin saber dónde se encuentra la guarida de la Rosa Negra. A ella no le permiten salir y por lo visto, la condujeron hasta allí con los ojos vendados.

Me dolió de nuevo que se refiriera a su hija como un extraño. Como un agente prescindible al servicio de la corona.

—Sí, eso me contó. Pero yo sí sé dónde se encuentra. Y ni en mil años se lo podría imaginar.

Apretó las manos en los reposabrazos de su butaca. Los nudillos se le pusieron blancos. Echó el cuerpo hacia adelante, derrochando ansiedad, con los ojos muy abiertos.

—Hable —jadeó.

—Es el edificio contiguo a la Casa de Eglantine.

—¿Cómo dice?

—Dadas mis penosas circunstancias, me costó reconocer la calle. Pero sí, la logia de la Rosa Negra se esconde en los sótanos del edificio que linda con la Hermandad Real.

La boca del conde, en un rostro que había palidecido mortalmente, se abrió y ya no alcanzaba a cerrarse. Sentí un estallido de euforia ante su desconcierto, un diminuto fragmento de mi venganza pendiente, cumplido.

—Sé lo que está pensando, milord. Y puede hacerlo. —Sonreí irónica—. Puede enviar a sus mejores hombres a esa dirección, aunque, ¿cree que seguirán allí sin desmantelar el acuartelamiento en cuanto se hayan percatado de mi desaparición?

El conde apretó los dientes y oí crujir sus mandíbulas.

Imité su postura, inclinando el cuerpo hacia adelante.

—Por favor, cuénteme cómo sucedió —le pedí—. Sin escatimar en detalles. Se lo ruego.

—¡Madre! ¡Madre! ¡Alabado sean los dioses!

La joven voz de mi pequeño amor, mi hijo, me llegó por la espalda y borró de un plumazo cualquier otro interés que no fuera

él. Abandoné la butaca y me giré a recibirlo. Aunque quise abrirle los brazos, no dispuse de tiempo, Soley se me abalanzó como una tromba imparable, abrazándome y sollozando como el niño que era.

Me aferré a su cuerpo atlético tal que si me fuera la vida en ello. Con la impresión de haber estado separada de él por siglos. De que ese período de ausencia me había arrebatado parte de mi alma y, a su tacto, la recuperaba.

Al cabo de un rato, me distancié lo suficiente como para poder verlo, repasarlo de cabeza a pies, comprobando su magnífico aspecto.

—Soley. Hijo querido.

—Madre. Pensamos que no volveríamos a verla.

Mis manos emocionadas lo tocaron por todas partes. Sus tersas mejillas, su espesa mata de pelo rubio casi plateado, sus ojos azules clarísimos centelleando como nunca por la felicidad.

—Hijo.

Volvimos a abrazarnos.

En ningún momento el conde se ofreció a retirarse en aras de concedernos la procedente intimidad. Era obvio que su ansiedad por saber detalles de *eso* que yo había vivido en manos del enemigo, lo consumía y le empujaba a olvidar sus principios de educación y honorabilidad más básicos.

Soley y yo nos sentamos en el coqueto sofá con las manos entrelazadas, incapaces de separarnos una sola pulgada.

—Hijo, vamos a organizar tu vuelta al continente cuanto antes.

Soley se revolvió como una fiera a la que hubieran disparado.

—¿Qué dice? ¡No! ¡Usted acaba de regresar! ¡No! ¡No pienso dejarla de nuevo!

—Irás, porque mientras no te hayas convertido en adulto, corres un serio peligro. Debes abandonar Inglaterra. Querido mío. Tenía razón tu padre, no debimos regresar.

—Padre ha muerto. Y sería una vergüenza no vengarlo —recitó con aspereza.

—Te entiendo. Tengo el mismo sentimiento bulléndome aquí dentro. —Me señalé el pecho—. Sin embargo, para enfrentarte a tu

abuelo, debes estar preparado, Soley. El duque es una criatura abominable que no se detendrá hasta acabar con nosotros.

Capítulo 35

Serena de Bravery

Los ojos cristalinos de Soley despidieron llamaradas azules. Yo no me acobardé, porque ponerlo a salvo estaba por encima de mis temores o de cualquier otro asunto.

—Viajarás al continente y no regresarás hasta haber completado tu desarrollo. ¡Es primordial! ¡Y también es solo un año y medio, Soley! Dos como máximo. ¡Hablamos de apenas un puñado de meses!

Se quedó cavilando un instante muy breve, que me llenó de optimismo.

—¿Usted vendrá conmigo?

—Más adelante, hijo, ahora no. Yo debo quedarme.

Eso no era lo que quería escuchar, así que volvió a encolerizarse.

—¿Usted sí, pero yo no? ¿Tan inútil me considera? ¿Un estorbo?

—No lo entiendes, debo poder actuar con la tranquilidad de que te encuentras a salvo. Sin puntos débiles.

Mi hijo se puso en pie de un brinco, con los puños apretados contra los costados.

—Olvídelo, no pienso obedecer a una orden tan ridícula, madre, ni abandonarla aquí a su suerte después de lo que ha

pasado. Lo siento en el alma.

Abandonó la sala a grandes zancadas furiosas y yo me atraganté con mi propia saliva. Mi hijo se creía un adulto sin serlo todavía.

Era un sangreazul, nacido vampiro y, por lo tanto, poderoso. Seguramente estaba destinado a acometer grandes hazañas cuando llegara su momento. No obstante, ese momento aún no había llegado.

Por encima de mi cadáver permitiría que se precipitara y pusiera en juego algo tan valioso como su vida.

—He perdido a su padre. No lo perderé a él también —musité para mis adentros.

Por un instante había olvidado que el conde de Corset seguía en la estancia. Sentado en un butacón frente a mí, contemplando con los ojos entornados y las yemas de los dedos unidas formando una pirámide, cómo ejercía infructuosamente de madre.

—Está en esa edad difícil… Duquesa.

—No trate de convencerme para retenerlo, porque no pienso escucharlo.

—No es eso. Usted parece dar por sentados ciertos aspectos de la desgracia de lord Bravery que podrían implicar un riesgo para el joven, sin embargo, se equivoca.

Lo miré sin entender, con un repentino sofoco que me subió desde el vientre a la garganta y me abrasó la lengua.

—Me temo que no fue Bryen Winley quien asesinó a Arthur.

—¿Entonces…?

—No dudo que el viejo duque lo tuviese planeado. El caso es que yo estaba presente en aquella emboscada, vi lo que sucedió.

—¿Y…? —lo azucé, trémula, notando el modo demencial en que el corazón se me aceleraba y me retumbaba dentro, como un millar de truenos desencadenados.

—No fue Bryen el causante de su pérdida, lady Bravery. Fue Valent St. Claire.

Valent St. Claire

Lo primero que se descubrieron fueron los cuerpos.

Degollados y despedazados del modo más sangriento, al parecer, según dictaminaron los entendidos, por una sola bestia. El ataque fue tan veloz y brutal que no dispusieron de tiempo para defenderse. Murieron en el acto.

En cualquier caso, se descubrió con más análisis, habrían muerto de igual forma, aunque sus heridas no hubieran sido mortales, ya que estaban invadidos por la Licania, ese veneno sagrado, mortal para cualquier vampiro, que los lobos portaban en su saliva.

Así pues, había sido un lobo.

Y se había llevado a Serena o la había matado también.

De ser así, ¿dónde estaba el cadáver?

¿Podía no haber cuerpo? Habría sido… ¿ella?

—Amo, ¿me permite?

Acababa de mantener una discusión terrible con Bryen Winley, en presencia de casi todos nuestros Maestres.

El viejo zorro había aprovechado el caos para arremeter en mi contra y humillarme de la peor manera, culpándome por mi empeño en mantener a Serena con vida, alegando que había traído el enemigo a la fortaleza, manteniéndolo dentro como un particularmente bello caballo de Troya.

Di por terminada su sarta de ofensas largándome de la sala del consejo, donde los dejé con el insulto en la boca, y me refugié en el gabinete de mis aposentos, en mi butaca preferida, mirando la calle.

Allí estaba, con el mentón apoyado sobre la mano derecha, imaginando sapos y culebras, todos con el nombre de Winley, cuando Helena pidió permiso para entrar.

Malhumorado y huraño, le hice una seña distraída con la mano. La muchacha avanzó, cerrando la puerta tras ella, y se acercó con una timidez a la que no me tenía acostumbrado.

—¿Qué se te ofrece?

—Solo quería ver cómo se encuentra después de lo sucedido, amo.

Tuve unas irreprimibles ganas de reír a carcajadas. Finalmente me contenté con encogerme de hombros y resoplar con furia.

—La mujer a la que secuestré para hacerla mía, ha desaparecido. Ignoramos si sigue viva o no. Dado que me detestaba, creo que podré vivir con ello. El problema es que vamos a tener que marcharnos.

—¿Abandonar este acuartelamiento?

—Falta la necesaria certeza acerca del destino de Serena. Puede estar muerta, nadie lo niega. Pero si logró escapar… Delatará nuestra ubicación, es cuestión de tiempo.

—¿Cuándo…?

—Ahora mismo. No le daré al condenado Winley ocasión de aplastarme con sus acusaciones.

—¿Por qué lo acusa? No sabemos dónde está la duquesa. Tampoco si nos ha delatado…

Me puse en pie con la sangre hirviendo a borbotones.

—Recoge tus cosas, te vendrás conmigo a Claire House.

—¿A su residencia privada, amo?

—Nos instalaremos allí hasta que la Rosa Negra tenga nueva ubicación. La dispersión de todos los miembros, desde el más ilustre al más humilde siervo, será total, aunque breve.

Helena se me colocó delante, con su valentía de nuevo recuperada y los ojos muy abiertos. Caí en la cuenta de que iba vestida con la túnica blanca que traslucía sus encantos dejando al descubierto su silueta y sus curvas.

Me encendí, noté el tirón de la excitación dentro de los pantalones. El relieve de sus pezones bajo la tela parecía llamarme.

Me obligué a apartar la mirada, a posar los ojos en cualquier otro lugar que no fuera aquellos deliciosos montículos que encajaban a la perfección con las palmas de mis manos.

—Voy a recoger mis cosas —anunció dando un paso atrás.

La agarré de la muñeca antes de que se fuera. Con un solo gesto, la tenía pegada a mí, embriagándome con el perfume que

emanaba su piel. Le besé el cabello.

—Gracias.



Capítulo 36

Serena de Bravery

Me llevé las manos al rostro. Cubrí mi boca para amortiguar el gemido que, sin querer, se me escapó de entre las capas del alma misma.

No podía creerlo. ¿St. Claire?

¿Mi secuestrador? ¿El conde que me tuvo a su merced, que podía haberme forzado, haberme sometido a las peores vejaciones y, sin embargo, había perseverado con paciencia esperando que me entregase a voluntad?

La repulsa que sentía por él, por todos los que andaban inmiscuidos en los tejemanejes de la Rosa Negra y su empeño por superar a la Hermandad Real, a los que consideraban enemigos naturales, no me cegaba ni me impedía valorar sus virtudes. Dentro de lo que un vampiro consideraba *honor*, concepto altamente ambiguo y de límites tan difusos como grises, St. Claire se había portado como un caballero honorable.

No obstante…

Me había mirado con desfachatez a la cara habiendo sido el asesino de mi esposo. Había compartido con él mesa y cena cuando Arthur, el amor de mi vida, había dejado de existir a sus manos.

Quise aullar de dolor y rabia, desgarrar la tela de la ropa que me vestía, cerrar los ojos y no volver a abrirlos nunca, de no ser porque el terco Soley dependía ahora de su madre para mantenerse a salvo. Más que nunca me necesitaba.

Y solo por eso, mi tormento y yo nos mantendríamos en pie, cuando lo que deseaba era morir y reunirme de una vez por todas con mi adorado esposo.

—Lo lamento. Lamento mucho todo lo que ha ocurrido, duquesa. De algún modo deberíamos haber sido capaces de evitarlo.

Elevé la mirada, mis ojos cansados se pararon a descifrar la extraña expresión facial de lord Corset.

—Dígame qué pretenden. Qué es lo que tanto ambiciona la Rosa Negra.

El conde suspiró, se levantó y caminó con gracilidad hasta la licorera. Sirvió dos pequeñas copas de vino de sangre y volvió hasta mí. Me ofreció una y de un único sorbo, consumió la otra. Yo seguía expectante, en vilo ante su respuesta, sosteniendo mi bebida con una mano que temblaba.

—La existencia misma de la Hermandad Real no es ningún capricho, excelencia. La comunidad vampírica no se rige por las mismas normas que la humana y, sin embargo, nos vemos obligados a convivir con ellos manteniendo oculta nuestra naturaleza y lo peor de nuestros instintos. Alguien debe poner orden, marcar las reglas, castigar a los que las infringen poniendo en peligro nuestro anonimato. Los Reales somos entes privilegiados por nuestra posición social, encargados de vigilar y gobernar al resto. La Rosa Negra es, por contra, la demarcación rebelde.

—¿Buscan romper el orden establecido? —aventuré.

—Buscan romper el orden. En su concepto global.

—Pero no se trata tan solo de gobernar, ¿verdad que no, milord? Los Reales manejan los hilos de las finanzas, la economía y los negocios, la productividad de las fábricas, la llegada de mercancías por vía marítima, los fumaderos de opio…

Corset hizo un gesto imperceptible, una contracción en sus facciones que era prueba de su contrariedad, puesto que no estaba acostumbrado, en calidad de tercer príncipe, a dar explicaciones de ninguna clase.

—Esto es, al fin y al cabo, una batalla campal por controlar el poder —retomé—. Los negocios legales y, sobre todo, los ilegales, que son más lucrativos. La Rosa Negra pretende arrebatarnos parte de nuestro territorio y no estamos dispuestos a permitir que eso ocurra, ¿me equivoco?

—Veo que el duque la aleccionó debidamente, milady.

—Lo interpretaré como un *sí*. En resumen, no somos más que dos bandas de malhechores mafiosos enfrentadas, decididas a probar quién es más fuerte.

—La Hermandad Real es oficial y acumula siglos de sagrada legitimidad. Esa chusma de la logia solo busca llenarse los bolsillos con el producto del crimen.

—Puede que no sean tan ilustres ni tan nobles, en eso debo darle la razón.

Lord Corset me vigilaba por debajo de sus párpados entrecerrados. Mi expresión se había endurecido con los pensamientos que barajaba, mi entrecejo fruncido por el esfuerzo de la concentración. Mirándome, a él le sobrevoló una inquietante sospecha.

—¿Qué le pasa por la mente, duquesa? ¿Acaso dispone de alguna información significativa que debería compartir conmigo?

Me bebí el vino, deposité la copa en la mesita y me puse en pie, estirando los pliegues de mi falda. Le dediqué una sonrisa tan cándida como seductora, que lo tomó por sorpresa.

—En absoluto, milord. Si me excusa, voy a visitar a la condesa.

Fue harto difícil restablecer la paz con Soley.

Mi joven hijo demostró ser tan testarudo como yo misma y bastante menos sensato que su padre. Se mostraba dulce y cariñoso, siempre que no tocase el tema de su viaje. En el momento en que su vuelta al continente aparecía sobre el tapete, soltaba un exabrupto y abandonaba la sala sin contemplaciones, sin importarle los modales, el guardado de las formas o quien estuviera presente.

Ese día llevaba horas sin verlo. Concretamente, desde el temprano almuerzo. Despreciando las normas de educación más

básicas, inoportunamente, en la mesa, habíamos sostenido otro altercado alrededor del mismo asunto y, hecho un basilisco, se había retirado sin esperar a los postres. Ahora, los demás tomábamos el té en el saloncito familiar sin saber siquiera si mi hijo se encontraba en la casa.

—Es todo muy vergonzoso y problemático —andaba cuchicheando lord Corset cuando recuperé el contacto con la realidad —. La hija del marqués de Ofelys se ha encaprichado con un vulgar comerciante sin clase alguna. Y al parecer, no está dispuesta a sucumbir ni a acatar sus obligaciones.

Marianne sustentó su crítica con un jadeo de escándalo.

—Fortuna sí, el muchacho la posee, aunque está sin pulir. Y llegados a ese punto, no puedo por menos que mostrarme de acuerdo con su padre: hay que reparar el daño que con toda probabilidad va a ocasionarse, antes de que suceda.

—¿Se refiere a hacer cambiar de opinión a la joven? —pregunté más por cortesía que por interés, que no tenía ninguno.

—Si es la única opción…

—¿Incluso por la fuerza? —intervino lady Corset con su vocecita apagada.

—Intentaremos no llegar a esos extremos. Quizá ascender al muchacho, concederle algún título que le otorgue pátina y relegue al olvido su humilde condición.

—Ese no es un procedimiento sencillo —apunté con malicia. Indignada por la capacidad de aquellos hombres para manipular la vida y deseos del resto.

—O sí. Nuestra mayor virtud es cuidar de nuestra gente, duquesa.

Aquella voz recién llegada no pertenecía a ninguno de nosotros. Tampoco se trataba de Soley. Los tres giramos los cuellos hacia la puerta donde, perseguido por un lacayo ansioso, acababa de hacer aparición un caballero desconocido. Alto e imponente, con el cabello del color del cobre y ademanes majestuosos, se desprendió de la capa y la chistera entregándoselos al criado sin mirarlo ni por un momento.

—Usted misma es noble, hija de condes, debería saberlo. Entre nosotros, las capas de la más alta sociedad, nos sustentamos. Digamos que somos como una pequeña familia bien avenida.

Allistair se había deshecho de su taza de té y trotaba con alegría hacia el recién llegado, a recibirlo con todos los honores.

—¡Thorne! ¡Ha vuelto! ¡Cuánto tiempo! ¿Dónde se metía, podemos saberlo?

—¿Antes o después de mi periplo por Oriente?

Con las pupilas fijas en mí, no se entretuvo demasiado cumplimentando al rendido Corset. Llegó hasta la zona de sofás, se inclinó en una reverencia exquisita y acto seguido me besó la mano. Ávido de atención o, al menos, de no perder la que ya tenía, el conde se entrometió en nuestro protocolario encuentro.

—Duquesa, permítame presentarle a Thorne Percival, marqués de Ravenclow, segundo príncipe de la Hermandad Real.

Capítulo 37

Helena de Corset

Desde que desperdiciara la irrepetible oportunidad de eliminar a Valent sin acertar a explicarme el porqué, por decisión propia, me estaba sometiendo a un profundo y tormentoso escrutinio. No dejaba de preguntarme los motivos, si bien temía conocerlos y, de ser veraces, no sabía cómo enfrentarme a aquella realidad tan inapropiada.

Yo me había unido a la logia para espiar y servir a mi padre, no para enamorarme.

Y menos aún, en el colmo de la estupidez, de un hombre literalmente obsesionado con otra. Con una amante imposible que no tendría jamás. Un hombre autoritario y controlador que me había usado de criada y me había humillado sin piedad hasta que su otra iniciada pereció caída en desgracia.

No debía hacerme ilusiones. Yo no era otra cosa que la sustituta de Serena de Bravery, el trofeo inalcanzable. Pero saber que él no sentía absolutamente nada por mí no impedía que mis sentimientos crecieran sin control. Que cada vez que me tomaba o ante un simple llamado a su presencia, viviera el hecho como una maldita bendición de los cielos.

Las iniciadas carecíamos de bienes. Entrábamos en la logia con lo puesto, un vestido de noche, reminiscencia de nuestra

posición social en el mundo exterior, y éramos compelidas a entregarlo y cambiarlo por aquellas túnicas semitransparentes que dejaban traslucir nuestras curvas y nuestros encantos.

Al fin y al cabo, eran el precio por el que nos habían comprado.

De modo que recuperé mi vestido y, en la penumbra de mi alcoba, me lo puse. La fastuosa tela, las perlas bordadas, los encajes consiguieron que me sintiera extraña en mi propia piel. Tal que si mi destino real no fuera comportarme como una damita privilegiada que se exhibe de baile en baile y de recepción en recepción, en busca del partido más provechoso, sino quedarme a su lado, junto a St. Claire, el resto de mi vida.

Adorándolo por toda la eternidad.

Como una mujer perdidamente cautivada.

Coloqué una silla en mitad del cuarto y me senté allí a esperar. Mirando la nada. Escrutando el silencio. Aguardando paciente a que vinieran a por mí. Preguntándome cuál era en realidad mi bando, ahora que las cosas parecían haber cambiado. Si seguiría siendo fiel a las exigencias de mi padre asumiendo traicionar a Valent o elegiría defender los intereses del hombre al que amaba.

¿Lo amaba? ¿Era amor aquello, o simple fascinación?

Alguien llamó despacito a la puerta. Solté un «¡adelante!» y una de las esclavas entró, encogida y mirando al suelo.

—Dama, el amo St. Claire la reclama. Dese prisa.

Solté el aire retenido en los pulmones y me recoloqué en el asiento.

—Dile al amo que lo espero en mi alcoba.

—¡Pero dama…! —La muchacha reculó horrorizada.

—Dile que lo aguardo. Aquí mismo.

La esclava huyó, literalmente, de mis delirios. Ignoraba si transmitiría o no mi mensaje, aunque aquel tira y afloja que yo pretendía rayaba la temeridad. Así y todo, me cubrí los ojos con un pañuelo de seda que até cerca de mi nuca, y seguí esperando.

Calculé unos quince minutos, no más, antes de que la puerta volviera a abrirse, esta vez con mucha menos delicadeza. Tomé aire,

coloqué las manos en mi regazo y sonreí. Por el olor supe que se trataba de él. Varonil. Maderas y bosque.

La satisfacción me burbujeó desde la boca del estómago, como un cosquilleo.

—Debemos partir. El enemigo puede presentarse en cualquier momento.

—No sufra, amo. Cuando lleguen, si llegan, encontrarán el edificio vacío.

—¿Cuál es el inconveniente? —Se removió, empezando a impacientarse.

—Una última vez. Una despedida acorde para la casa que usted eligió con tanta… ¿dedicación? ¿Amor, quizá?

—Yo no amo —aseguró rotundo.

—Todos amamos. Tarde o temprano, milord. Solo hay que rendirse, permitir la entrada al sentimiento.

Dio un paso y quedó a mi costado. Su perfume llegó mucho más fuerte, arrollándome. De pronto tenía su sólida mano apoyada en el hombro.

Apretando con exquisitez.

—¿Cómo sabes que no me he despedido ya, de modo adecuado?

No supe qué responder a eso. Puede que, porque no hubiera respuesta, puede que porque su mano descendió lenta y lujuriosa desde la curva del hombro hacia el seno derecho, donde se ancló con firmeza.

—¿Por qué habría de despedirme desde tu alcoba y no desde la mía?

Se me aceleró la respiración. Mi pecho subía y bajaba entrecortado mientras sus dedos reanudaban el movimiento hasta la estrechez de mi cintura, intensificada con el efecto del corsé.

—Tú no quieres una despedida. Tú quieres probarme.

Mis faldas se elevaron de un brusco tirón y mis piernas, cubiertas con medias de seda hasta el inicio de los muslos, quedaron al descubierto. Noté que la diferencia de temperatura me hacía tiritar.

—Pretendes descubrir cuánto me importas. Si soy capaz de ponerme en riesgo, de entretener mi escape lo suficiente como para que me capturen, solo porque me estás tentando con tu ofrecimiento.

Tragué con fuerza. Su voz era sinuosa y ronca como un mal veneno que se va filtrando bajo la piel. Conforme hablaba, yo perdía el control sobre mi voluntad y mis sentidos. Mis manos se morían por cometer una imprudencia, como tocar su entrepierna.

—Olvidas que puedo tenerte cuando me plazca. Que mientras seas iniciada me perteneces, Helena, eres mía. Mía por completo.

Jadeé en un grito ahogado. Sus largos dedos habían alcanzado los pliegues de mi sexo y los separaban y palpaban con maestría hasta hacerme temblar.

—Y que las luchas de poder me irritan, querida. Cuánto descaro por tu parte. Cuánto.

Al recalcar esa última palabra, me penetró con dos dedos hasta el fondo y mi cuerpo se arqueó, encendido, a modo de respuesta.

El caso es que no sonaba enfadado, más bien coqueteaba o estaba tratando de seducirme, algo por completo innecesario, dado que yo ya había caído rendida a sus pies hacía tiempo.

Bombeó dentro y fuera, con la otra mano apoyada en el respaldo de mi asiento. Inclinado sobre mí, buscó mi boca y la lamió de comisura a comisura con la lengua. Sin llegar a besarme, aunque sí inflamándome como yesca sobre hojarasca seca.

Bajo el pañuelo de seda, mis ojos rodaron y todo se volvió blanco. Luego rojo. Más tarde grité, cuando me corrí estrepitosamente entre sus dedos. Y enseguida, la tela de mi vestido volvió a su lugar y Valent me arrancó la venda para que pudiera extasiarme con el modo lascivo como se metía en la boca los dedos empapados de mí y los chupaba con placer.

—Y ahora, andando —ordenó—. Se hace tarde.

Capítulo 38

Serena de Bravery

—Encantadora criatura —murmuró el segundo príncipe sobre la piel de mis nudillos—, mis condolencias. Me llegó noticia del triste final de su esposo. Lo lamento, no imagina cuánto.

Agradecí sus cumplidos y su deferencia con un atisbo de sonrisa. Él tomó asiento tras saludar ceremoniosamente a lady Corset y enseguida le sirvieron un té con más aromas que todos los nuestros juntos.

—Ese Bravery con su elegante diplomacia —añadió con un deje de melancolía—; resultará una pieza insustituible.

¿Una pieza? ¿Eso era mi esposo? ¿Una ficha más en el tablero de juego de los intereses vampíricos? ¿De la Hermandad Real? ¿De *sus* intereses particulares?

—Eran ustedes padres de un varón, ¿me equivoco?

Por el corsé de las reglas sociales, me vi obligada a responder. Cualquier otro acto habría sido interpretado como inadmisible grosería, si bien no me agradó la intromisión en mi vida privada y familiar. Que supiera tanto de nosotros, pese al exilio y nuestro escaso trato social, me espinaba.

—No se equivoca, marqués —recalqué su título, inferior al mío —, un niño.

—Deberíamos ir pensando en darle a conocer sus obligaciones.

Se me encogió el corazón. Horrorizada solo de pensar que Soley quedara expuesto al peligro de aquel influjo antes de alcanzar la adultez, mi mente atormentada empezó a encajar los pedazos de un rompecabezas disparatado.

—Me pregunto por qué oscura razón el puesto de primer príncipe está últimamente siempre vacante —prosiguió lord Ravenclaw, ajeno, al parecer, al dolor que me provocaba la conversación.

—Bueno —intervino el conde con aire desenfadado—, el joven duque es aún un muchacho imberbe e inexperto. Justo cuando usted ha entrado, atormentaba a las damas con los muchos quebraderos de cabeza que la hija de lord Ofelys está causando con sus amoríos a su padre. ¿Se le ocurre algo que pudiera ayudar?

El príncipe no dudó al responder.

—Por supuesto que sí. Solicitaré un título para él a la reina. —Marcó una pausa dramática—. Vamos, Corset, no ponga esa cara, no irá a negarme que ha oído rumores.

—¿Respecto a que es ahora un consejero muy cercano a Su Majestad? Sí, desde luego que sí, algo tenía entendido.

Lord Ravenclaw esbozó una sonrisa maquiavélica, disfrutando del azoro de su anfitrión.

—Dé pábulo a los comentarios más perversos, conde. Soy, de lejos, mucho más que un consejero. Nuestra pobre reina vive suspirando su abandono de viuda y precisa de permanente consuelo.

A Marianne se le colorearon las mejillas. Y yo me lo imaginé ejerciendo de amante de la reina en todas las posturas imaginables. No era difícil, el segundo príncipe parecía disponer de un ágil cerebro para los negocios y un cuerpo para el pecado.

—El tripartito de la Hermandad Real debe completarse cuanto antes. Hay negocios de los que ocuparse, decisiones que tomar.

—Espero que nos honre quedándose a cenar, señoría —ofreció cortés mi querida Marianne.

—Sí, después de la cena podríamos tratar algunos asuntos, los más acuciantes —se congratuló Allistair con una sonrisa

bonachona.

Asuntos de urgencia y no siempre acordes a ley.

De todo me había puesto al corriente Arthur en su momento. El amargo, aunque cálido recuerdo de mi marido me atravesó el pecho, fue un punzante latigazo de aflicción que estuvo a punto de hacerme perder la compostura.

Cuando el invitado aceptaba de buen grado quedarse al refrigerio, apareció mi hijo. Soley acababa de terminar sus lecciones y pese a estar vestido informalmente, de andar por casa, era un auténtico Adonis. Un ser resplandeciente que parecía gozar de su propio sol particular sobre la cabeza.

Los dueños de la casa lo presentaron a su señoría y no me pasó desapercibida la intensa mirada de deseo que Ravenclaw le lanzó, recorriéndolo por entero con pupilas codiciosas, como si fuese un pajarillo al que pensaba devorar en breve.

Mis sentidos se alertaron. El vello se me erizó sin poderlo evitar.

Me daban igual sus razones, su terquedad. La vida en Londres, sin el respaldo de su padre mientras no fuera un adulto, no era segura. Estaba plagada de amenazas por donde quiera que mirase y el hecho de ser el vástago nacido vampiro del que fuera primer príncipe de la Hermandad Real, el único digno de ser tratado como *Alteza*, lo convertía en diana, centro de todas las miradas. También de todos los odios.

Y como que me llamaba Serena Winley que lo obligaría a abandonar el país, salvándolo hasta de sí mismo.

Es de sabios admitir los propios errores. Y yo puede que subestimara la tozudez de mi hijo.

Antes de la prueba de fuego de la cena, me reuní en privado con él en su alcoba. Le hablé con delicadeza del insano brillo de deseo que había detectado en los ojos de Ravenclaw, de los múltiples peligros que acechaban a nuestra familia mientras Bryen

siguiera vivo y en libertad, aunque conforme me expresaba, mi mente se retorcía como un gusano a punto de morir, con la imagen de lord St. Claire, el hombre que casi había llegado a embaucarme con sus buenas maneras y su aparente respeto, cuando no era más que un asesino miserable.

Hasta yo era un punto débil frente a ellos. Máxime un niño sin malicia alguna.

—Lo que te pido, lo pido por tu bien, por el futuro de esta pequeña familia que ahora somos, Soley. Volverás convertido en adulto, ocuparás tu puesto a la cabeza de los Reales y entonces, me guste o no, no tendré más remedio que confiar en tus capacidades. El caso es que ahora…

—Ahora, me considera un incapaz —me interrumpió cortante, con los labios apretados.

—¡Eres joven, Soley! No es ningún pecado, hijo mío, solo un hecho al que enfrentarse. Ellos son antiguos y poderosos, expertos en manipulación, saben manejar los hilos de sus influencias. Solo te sugiero que les ganemos en astucia.

—Madre, si algo tengo claro desde que padre murió, es que no la dejaré a su suerte, sin protección. Acaba de escapar de un encierro espeluznante. Solo los dioses saben lo que ha sufrido y nos oculta. ¿Por qué piensa que dejaría que sucediera de nuevo? Ni en sueños.

Bufé, desanimada. De repente, me abandonaban las fuerzas, ya no sabía qué argucias emplear para seguir peleando aquella batalla que parecía perdida.

—Y si la actitud de ese marqués de pacotilla…

—Soley, te lo ruego… —suspiré mortificada por su falta de decoro.

—Del segundo príncipe estando yo presente la incomoda —rectificó a regañadientes—, no se preocupe, me mantendré bien lejos de su persona. Me excusaré con una indisposición y pediré que me sirvan la cena en mi gabinete. ¿Ha pensado ya en la conveniencia de regresar a nuestra residencia en St. Jame´s?

—Sí —confirmé, abatida—. Va siendo hora de abandonar esta casa, hemos abusado en exceso de la hospitalidad de los Corset. Y

tampoco dispongo de la certeza de que el conde no esté contando contigo como instrumento para sus propios planes.

—¿No se fía de él?

—Desde luego que no.

—Se ha portado conmigo de manera impecable mientras usted no estaba. Me consta que la ha buscado por cielo y tierra. —Me miró con una chispa de desencanto en las pupilas— ¿Lo ve? ¿Ve cómo es? ¡No se fía usted de nadie!

—¡No! ¡No lo hago! En eso consiste ser adulto y haber experimentado sufrimientos inimaginables, Soley. ¡Se pierde la inocencia! Esa que tú aún conservas y que te pone constantemente en peligro. ¿Lo entiendes ahora?

Capítulo 39

Serena de Bravery

A ninguno nos pasó desapercibido el malestar con el que Ravenclaw recibió la ausencia de Soley. Como hospedadora responsable y ante su evidente descontento, Marianne cruzó conmigo un par de miradas de tensa pesadumbre.

Quedaba pues, meridianamente claro, que el marqués y segundo príncipe era un ser caprichoso, acostumbrado a salirse con la suya, al que los efebos hermosos hacían perder las maneras. La conversación, que a priori prometía ser tan entretenida como cautivadora, desgranando los pormenores de su exótico periplo por Oriente, su vida en el atrayente y desconocido Joseon, se redujo a una retahíla de preguntas por parte de lord Corset y respuestas secas en forma de monosílabos por parte de su superior al frente de la Hermandad Real.

—Pasemos a la sala de fumar, señoría —ofreció Allistair, obsequioso, al acabar los postres—. Le daré a probar uno de los mejores *brandys* que he tenido el placer de degustar bajo este techo. Y puros recién llegados de ultramar. Hablaremos del movimiento de mercancías en los muelles que últimamente parecen querer ocasionarnos algún que otro problema.

—Dejemos el asunto del opio para otro momento, lord Corset —rechazó el homenajeado con aire perezoso—. No me encuentro de humor.

Marianne abrió los ojos con desmesura y el rostro de Allistair, que estuvo a punto de atragantarse con el agua, se congestionó en rojo escarlata.

No era habitual que se mencionara con semejante ligereza un asunto tan fuera de la ley como la importación de opio desde China. Sabía que los Reales controlaban ese mercado, así como los fumaderos clandestinos donde se consumía en grandes cantidades. A mi pobre amiga, debía de parecerle algo así como un tema tabú, a tratar en exclusiva entre caballeros, por completo prohibido en el resto de circunstancias.

Coincidiendo con el final de la comida, cuando los varones hacían planes para su ratito de esparcimiento, anuncié que me retiraba a mi alcoba.

—Mañana nos vemos, querida —me despedí de la turbada Marianne con especial afecto.

—Que descanse, excelencia —me dedicó lord Ravenclaw desde la puerta—. Transmítale a su adorable hijo mis mejores deseos de igual forma.

—Por supuesto, marqués. En su nombre.

Subí escalón a escalón hasta mi dormitorio, hirviendo de rabia, con los dientes apretados y los nudillos blancos de tanto cerrar los puños. Furiosa por sentirme de nuevo débil e insignificante, como cuando vivía con mi padre y mi hermana, y los principios aristocráticos de él y las humillaciones a que me sometía ella me empequeñecían hasta convertirme en una mota de polvo.

No era de extrañar que Soley pensara que mi supervivencia dependía de él y no al revés, es lo que la maldita sociedad en la que nos movíamos le había inculcado: que las mujeres no pasaban de ser bonitos objetos de adorno sin apenas capacidad de decisión. Hasta las vampiras más antiguas y fuertes se plegaban a los deseos de sus amos. Las iniciadas entregaban su sangre y conocían por primera vez las mieles del placer carnal en brazos de hombres que

las violentaban sin ninguna amabilidad, mientras que los iniciados entrenaban para la lucha.

La imperial y todopoderosa Inglaterra victoriana.

Colmada de defectos e injusticia.

Las mujeres *podíamos*. Éramos capaces. Inteligentes, tan astutas y sagaces como cualquier otro. Y yo iba a demostrarlo.

La ráfaga de poder, tal y como me invadió al llegar a Shadow Hall, me subió, incinerante, desde la base de las entrañas hasta la boca. Con el rostro pétreo de lord Ravenclaw clavado en la frente y toda la animadversión que había tenido oportunidad de acumular desde el vil asesinato de mi esposo.

Mataría a Valent St. Claire con mis propias manos. Vengaría la muerte de Arthur. Lo juré mirando el cielo donde lucía una inmensa luna llena.

Cambié mi indumentaria, me aseguré de abrigarme y de elegir calzado cómodo, y consciente de que la logia podía estar buscándome, bajé la escalera de la mansión en ominoso silencio, crucé el vestíbulo trasero y salí al exterior, a la zona de caballerizas.

Yo misma ensillé un caballo y, sin encontrar a nadie que me cortara el paso dado lo avanzado de la hora, abandoné la propiedad de los Corset.

Dejé que mi cabalgadura escogiera el ritmo que mejor dominase; al fin y al cabo, no tenía prisa y sí toda la noche por delante. Una hora larga más tarde, me adentraba en los confines del lugar preferido de mi marido, el cementerio de Highgate. Envuelto en niebla espesa y oscuridad, con su arquitectura gótica, su magia y sus magníficos pasajes.

A la altura del portal egipcio desmonté, y el caballo me acompañó al paso, sujeto por las riendas. La boca de entrada, custodiada por columnas de piedra negra que semejaban tragarse la bruma, tenía el aspecto de una puerta a otro mundo. El suelo tembló apenas cuando mi caballo relinchó nervioso, negándose a seguir avanzando. Al fondo, más allá del portal, solo veía oscuridad. Un túnel sin fin, una avenida construida no para el tránsito de los vivos, sino para la procesión eterna de los condenados.

Lo calmé con caricias en el cuello, percatándome de cómo sudaba.

Los herrajes de la siguiente puerta dentro de la avenida me sirvieron de punto de amarre de las riendas y, prometiéndole en voz baja al animal que no tardaría en volver, avancé sola sobre el suelo húmedo sin alcanzar a verme los pies. Si alguno de los vigilantes y guardas del cementerio me descubría, lo mejor que podía hacer era montar un teatro, haciéndome pasar por viuda desquiciada por el martirio del duelo.

Ni más ni menos que lo que era, solo que en el seno de mi noble familia aristocrática se me había enseñado a contener las emociones de la forma más hipócrita, y nunca mostrarlas.

Al abrirme al círculo del Líbano, entendí el porqué del terror de mi corcel.

El lobo blanco aguardaba plantado en mitad del camino.

Miré al cielo, observé el grandioso disco plateado de la luna y luego volví a mirar al ser al que le debía la vida. Y de repente lo entendí todo.

Caí en la cuenta de todo lo que hasta entonces había ignorado.

Resbalé hasta clavar las rodillas en el suelo frente a él, con el corazón en un puño y los ojos anegados en lágrimas.

—Arthur… Arthur, mi amor.

El lobo dio tres pasos cautelosos en mi dirección y se paró delante, su hocico húmedo muy cerca de mi cara, sus iris amarillos resplandeciendo con un brillo cegador. Tras un suave gruñido, casi afable, hundió la colosal cabeza en el hueco de mi hombro y dejó escapar una suerte de suspiro. Yo, sin pensar en que pudiera estar equivocada, me abracé a su vigoroso cuello y me vacié desde dentro en un llanto denso y silencioso, aliviando a jadeos el dolor reprimido.

—Arthur, ¡Arthur, eres tú! Debería haberlo sabido —gemí contra su suave pelaje—. Te echo de menos, te echo tanto de menos que podría morir aquí mismo, amor.

El lobo me lamió la mejilla. Me acarició la oreja con el morro.

Y permaneció a mi lado cuando aquella especie de humo espeso y negro me fue envolviendo de manera extraña. De lejos,

seguramente parecería una mano gigantesca que me atrapaba, con sus largos dedos engarfiados en torno hasta hacerme desaparecer.

Rodeada por completo, inmersa en el núcleo de aquel extraordinario fenómeno, sentí una súbita sensación de euforia, un poder imparable corriéndome por las venas y la certeza del mayor triunfo, sea lo que fuere lo que me propusiera.

Capítulo 40

Helena de Corset

El desmantelamiento del cuartel general de la Rosa Negra, donde quiera que se encontrase, nunca llegué a saberlo, fue fulminante. Todos los que habitaban el edificio clandestino se disgregaron, replegados y esfumándose en espera de disponer de otra guarida igualmente secreta. No volví a verlos a ninguno.

Era culpa de la sobria educación recibida, que yo pensara todo el tiempo en lo indecoroso e improcedente que resultaba alojarme y pernoctar en la mansión privada de un caballero soltero, siendo igualmente soltera. No informé a mi padre, como cabía esperar. Mi patética y personal excusa sonaba algo así como que debía esperar a que se reagruparan, emplazasen nuevo establecimiento y, a ser posible, averiguar la dirección de este. Sin embargo, al margen de justificaciones, lo adecuado habría sido devolverme temporalmente a mi supuesta familia, hasta ser requerida de nuevo.

Lo que no podía negar era que, por encima de todas mis consideraciones y disculpas, el inesperado movimiento de lord St. Claire me había hecho sentir especial, enormemente feliz. Me había escogido a mí, de entre todas las iniciadas, esclavas y sirvientes, para acompañarlo, llenar sus deseos e iluminar sus noches.

Pese a mi infantil alegría, una vez en su mansión familiar, en pleno Berkeley Square, Valent se pasó tres días enfurruñado sin

despegar los labios ni para blasfemar.

Durante el sueño, las pesadillas lo devoraban y yo me pasaba las horas despierta, velando su sufrimiento, abrazándolo, con su cabeza sobre mi regazo, tratando de tranquilizarlo.

—Serena me delatará, sabe quién soy, va a descubrir mi identidad y ya no podré moverme libremente en sociedad como antes —relató en un gruñido seco—. Era mi principal ventaja estratégica sobre Bryen, y acabo de perderla.

Cuando lo dijo, estábamos consumiendo una frugal cena frente a la chimenea. El día había sido agitado, con muchas visitas de caballeros enfurecidos y un sinfín de reuniones en su despacho, a puerta cerrada, de las que salía lívido o iracundo.

Decidí que había llegado el momento de confiarle mis certezas.

—Ella no hará tal cosa —dije con la mayor firmeza.

Valent me miró por entre los mechones salvajes de su cabello, abierto como cortinas oscuras a ambos lados de su cara, y sonrió con cinismo.

—Ah, ¿no? ¿No lo hará? ¡Cuánta bondad por su parte! ¿Debo esperar tal cosa?

—Esa dama solo busca vengar la muerte de su marido.

—No creo que desaproveche semejante oportunidad de pulverizarme. Yo en su lugar, no la desaprovecharía.

—Por fortuna, Serena de Bravery no es usted, ni ninguno de los varones que rigen esta sociedad vampírica nuestra. Ella es honesta y justa. Además, piénselo con calma: la duquesa no solo carece de pruebas. Es una mujer sola, recientemente enviudada y, con toda probabilidad, trastornada por el dolor. Si acusara a alguien, ¿quién se molestaría en creerla?

Él unió las yemas de los dedos, formando un triángulo que se meció atrás y adelante de su cara, permitiéndome ver lo insoportablemente bello que era.

—Puede que tengas razón, aunque no deja de ser una teoría muy osada la tuya.

—Soy osada por naturaleza, ya lo sabe. Y eso le agrada.

Su respuesta fue una sonrisa canalla y torcida que me erizó el vello de los brazos.

—Probémosla —sugerí un poco más emocionada—. Probemos mi teoría. Organicemos un baile.

Fue una temeridad hablarle con esa familiaridad, como si él y yo fuésemos algo. No solo eso, también me expresé en plural, como si la mansión nos perteneciera a ambos y juntos fuéramos a actuar de anfitriones en la dichosa fiesta, si es que llegaba a celebrarse. Mientras él cavilaba asuntos políticos, yo me dejaba llevar por mi estúpido romanticismo e iba dando pasos de gigante en dirección al precipicio.

—¿Un baile? Menudo disparate, ¿es que has perdido por completo el sentido común?

—Expóngase sin temor ante la sociedad, amo —proseguí sin pensar—, demuéstreles a la duquesa y al resto, que no tienen pruebas en su contra, que nada teme.

Contuvo a duras penas otra sonrisa. Parecía haberle gustado mi propuesta, aunque prefirió dárselas de enfadado.

—Lo pensaré. Vaya por delante que lo juzgo una auténtica locura.

—Amo, ¿puedo preguntarle algo?

Me devolvió una mirada llena de curiosidad.

—Veo que esta noche vienes con toda la artillería, pequeña bruja.

—¿Puedo preguntar? —insistí.

—Adelante, eso sí, no te garantizo respuesta.

—¿Por qué me ha pedido que lo acompañe? Aquí, a su casa.

Frunció el ceño.

—Supongo que la gravedad de la situación no me permitió meditar demasiado —dijo tras pensárselo un buen rato.

—Pero ¿qué lazo nos vincula?

—¿Lazo?

—Hubiera sido más fácil dejarme allí, con los demás. O restituirme a mi familia, dando la iniciación por terminada. Pero no, me ha traído con usted a su entorno más íntimo y privado. ¿Cuál es la razón?

—¿Debo responder a eso?

—Me haría inmensamente dichosa que lo hiciera —coqueteé.

Primero intentó escabullirse.

—Muchacha, déjate de interrogatorios impertinentes.

Luego ladeó la cabeza. Como si cavilara.

—Supongo que tenerte cerca me transmite… ¿paz? Lo sé, conociéndote suena descabellado.

—Tiene unas pesadillas espantosas, amo, cada vez con mayor frecuencia.

De pronto, todo rastro de humor se había borrado de su rostro. Aquella expresión hipnótica suya lucía amenazadoramente seria.

—Lo sé. Y por todos los infiernos, tú te cuelas en ellas. Oigo tu voz en los peores momentos.

—Será porque intento calmarlo. ¿Quiere un vino?

Sin esperar respuesta, me puse en pie y caminé hasta la mesita de los licores. Inesperadamente turbada, sin entender bien los motivos.

—Helena.

—¿Amo?

—Gracias.

—Ya es la segunda vez que me las da. No las merezco.

—Ven aquí. —Señaló su regazo.

Solté sin pensarlo dos veces el decantador y la copa que sostenía entre los dedos y acudí a su llamada con los ojos nublados de deseo. Solo tenía que alzar la vista y buscarme con los ojos para tenerme. Podía disgustarme el hecho de ser tan blanda y débil, sin embargo, sería de necios no admitir que me tenía rendida a su voluntad.

Lo encaré conteniendo el aliento, con los músculos tensos por la vibración de la anticipación. Entreabrí mi túnica solo para dejarle ver que no llevaba nada debajo, solo la piel y los huesos. Me senté a horcajadas notando la dureza de su bulto en mi entrepierna, un roce sensual y casi prohibitivo que convirtió mis pezones en diamantes.

Rodeé su cuello con mis brazos y, tomando con atrevimiento la iniciativa, lo besé.

Pero no fue un beso como los de siempre.

Fue distinto. Muy distinto.

Lento y tierno. Húmedo, intenso y caliente a un tiempo.

El beso intenso de unos amantes.

Nuestras lenguas perezosas se enroscaron entre sí, saboreándose con un deleite desconocido. Si un rato antes nos habíamos devorado con ansia salvaje, consumidos por la fiebre y la desesperación, ahora Valent me devolvía las caricias casi con mimo, apartando mi melena hacia atrás para disponer de acceso directo a mis pechos y a mi cuello.

—Bébeme —le pedí, olvidando la formalidad del tratamiento que, se supone, le debía.

Y lo que sentí justo a continuación, fueron sus afilados colmillos traspasando mi piel y el estremecimiento de un orgasmo inacabable.



Capítulo 41

Serena de Bravery

Despedirme del lobo blanco fue una de las cosas más difíciles que había hecho en mi vida.

No obstante, mis recién elaborados planes de futuro nos volverían a reunir en breve, y así se lo prometí en voz baja antes de partir.

Se quedó varado en el círculo del Líbano, mirando cómo me alejaba, como una estatua tallada en piedra, incapaz de moverse.

Descansé con un sueño plácido y profundo lo que restaba de noche, y cuando desperté a la mañana siguiente, tras el desayuno, decidí enfrentarme de nuevo a Soley y a su absurda tozudez.

En la intimidad, lejos de la inquietante supervisión de lord Corset, que también parecía tener proyectos que involucraban a mi hijo, como, por ejemplo, colocarlo en el puesto de primer príncipe que su padre había dejado vacante y manipularlo a su antojo en su más que evidente rivalidad contra Ravenclaw.

Por encima de mi cadáver.

—Soley. —Lo abordé en su alcoba sin llamar siquiera.

Lo encontré frente al espejo, refinando su vestimenta con la consabida pelea contra su corbatín, algo que padecía desde muy joven. Me recibió con una amplia sonrisa capaz de derretir los cascos polares.

—Madre, qué bien que haya venido a buscarme. Quería pedirle disculpas por mis salidas de tono en el día de ayer. ¿Desea que desayunemos juntos?

Me coloqué delante, tapando la imagen del espejo, y me hice cargo de la lazada de seda blanca con dedos habilidosos.

Lista para emplear mi recién adquirida destreza.

—Lo que deseo es que cumplas mi voluntad. —Atrapé sus pupilas con las mías y de inmediato noté su reacción, la docilidad y la falta de oposición con la que me atendía—. Volverás a Viena y permanecerás allí el tiempo necesario, tal y como te he indicado.

Pestañeó varias veces. Muy rápido.

—¿Me has oído, hijo? Volverás a Viena y no pisarás suelo inglés hasta que yo te lo aconseje.

—Regresaré a Viena, madre —aceptó sin emoción en el tono —. Como usted guste.

—Bien, hijo, bien. —Apoyé la mano en su ancho tórax—. Es lo correcto. Ordenaré que preparen hoy mismo tu equipaje.

Para soslayar las trabas, todo se llevó a cabo con una rapidez inusitada, al punto de que, al bajar al comedor para el desayuno, Soley ya había partido. Me vi en la obligación de hablar de un inesperado contratiempo y a despedirme y excusarme ante todos en su nombre.

Podría afirmar que todos aceptaron la buena nueva con relacina naturalidad. Todos menos uno. A lord Ravenclaw se le encendieron las pupilas.

—¿Pretende decirme que ese muchacho ha abandonado esta mansión sin despedirse? ¿Sin presentarme a mí sus respetos?

—Eso digo, señoría. Se los estoy presentando yo —expliqué, imperturbable, sin perder la sonrisa.

—Un comportamiento que debería ser tildado de grosero y bochornoso.

—Marchó porque era su obligación y había llegado la hora.

—Paparruchas. Su obligación era rendirme pleitesía. Cuestión de jerarquías. ¿O acaso olvida con quién está hablando?

El odio se congeló en mis facciones.

Ya no había sonrisa. Ni miramientos hipócritas ni fingimiento.

Mi objetivo de agradar se tornó abierta antipatía.

—Se equivoca, marqués, lo tengo muy presente. De hecho, mi hijo es el heredero del primer príncipe y ocupará su puesto apenas alcance la edad adulta. No necesito recordarle cómo se organizarán las jerarquías a partir de entonces y quién, de entre todos, será llamado Alteza.

Lord Ravenclaw aspiró aire como si quisiera dejarnos sin oxígeno a todos los demás. Furioso porque me hubiera atrevido a insinuar que algún día sería un *segundón*.

—Y mientras tanto, ¿sugiere que lo esperemos? —chilló—. Esta condenada hidra de tres cabezas siempre adolece de una falta letal. Ahora que es cuando debemos ser más fuertes, ya que nos obligan a luchar por mantenernos. Abandoné mis intereses en Oriente porque solo con Allistair al frente no bastaba. ¿Y ahora usted nos sugiere que el vacío persista y nosotros tengamos aún más paciencia?

—No sufra, si carecen de ella, yo misma les facilitaré el remedio. ¿Han oído hablar de la regencia? —añadí en claro tono de burla.

Los dos caballeros cruzaron sus miradas para luego poner los ojos en blanco.

—Por favor, duquesa, ¿bromea? Claro que sabemos en qué consiste la regencia.

—Espléndido. Pues yo ocuparé el puesto de mi esposo en tanto regresa mi hijo.

Por un instante, temí que Marianne se desvaneciera y rodara por el suelo como una madeja de lana. Al conde de Corset se le descompuso la expresión y el marqués de Ravenclaw se quedó sin habla.

—Este asunto… no debería ser tratado a la ligera, mucho menos en la mesa —logró balbucear Allistair atragantado—, en presencia de las damas…

—Precisamente a las damas deberían reconocerles su espacio y darles la voz que no tienen. Ellas paren a sus hijos y es gracias a ellas que sus estirpes no se extinguen y no queda todo en manos de los conversos. ¿Hay acaso aportación más valiosa?

Marianne se puso en pie, temblando como una hoja.

—Yo… no se preocupen, yo me retiro de inmediato.

No pude disuadirla, aunque hubiera querido.

Mi amiga salió de la sala como una exhalación, haciendo señas a los miembros del servicio para que se recogieran de igual forma. En menos de un minuto, las puertas del comedor se habían cerrado y estábamos los tres solos, en la más estricta intimidad.

—Todo esto es muy irregular, duquesa, espero que lo comprenda —arrancó el segundo príncipe, haciendo girar su taza sobre el platillo.

—Esa petición suya… —lo apalancó Alistair.

—No se confunda, milord, no se trata de una petición —los corté, tajante, a los dos—, sino del reconocimiento de un hecho. Soy la esposa legítima del primer príncipe, madre del heredero al que, a todos los efectos, debo representar. Además…

—Duquesa, por todos los santos, sea razonable…

Ignoré los balbuceos del marqués, giré la cabeza hacia Corset y entrecerré los ojos hasta convertirlos en dos rendijas malignas.

—Tengo la intención de matar a St. Claire con mis propias manos y traerme conmigo de vuelta a lady Helena. Y no son palabras dichas al azar, lord Corset. Es un juramento solemne.

Los dos hombres me observaron, confusos. Turbados y mudos.

Sopesando, con toda probabilidad, las ventajas y los inconvenientes de abrir sus mentes a algo que nunca habían hecho y acceder a que una mujer, por noble que fuera su sangre, ocupara, ni más ni menos, que el puesto de cabecera en el órgano de gobierno vampírico.

Lástima no alcanzar a dominarlos, dado que eran demasiado fuertes y mi poder sobre las voluntades ajenas, todavía demasiado endeble, aunque también me juré que llegaría el momento en que,

con una sola mirada, manipularía sus mentes obligándolos a obedecer.

—¿A dónde podría conducirnos este despropósito? —musitó Ravenclaw con visible recelo.

—A un gobierno más plural y justo.

—Da por hecho que nosotros no lo somos.

—Los varones son, por definición, más belicosos y menos conciliadores. En momentos delicados como este, estará conmigo, señoría, no es lo que necesitamos.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es lo que necesitamos, si puede saberse?

Me incliné sobre la mesa y ellos, instintivamente, se retreparon contra los respaldos de sus sillas.

—Engaños certeros. Seducción, caballeros; seducción acabada en muerte.

Capítulo 42

Helena de Corset

—Amo, usted desea librarse del duque, ¿verdad que sí?

Valent estaba tumbado bocarriba en el lecho, la mirada perdida en las alturas y las puntas de los dedos dibujando distraídos círculos sobre la piel de mi brazo. Mi cabeza apoyada contra su pecho, rendidos tras una demoledora sesión cuerpo a cuerpo.

Completamente desnudo, igual que yo. Y calmado. Sorprendentemente sereno.

Pese a ello, ante mi pregunta, arqueó una ceja.

—Me agradaría saber de dónde sacas ciertas conclusiones peregrinas.

—Se lo dije hace mucho tiempo. Me bastaron unas semanas en la logia para entender que es usted quien toma las decisiones, quien asume las responsabilidades y diseña las estrategias. Amo, es a usted a quien respetan los Maestres.

—Bryen Winley fundó la Rosa Negra.

—Los valores se degradan con el tiempo. Su gloria pasó. El duque, a estas alturas, no ve más allá de sus propias venganzas. Usted sería un mejor líder para esta agrupación si aspiran a salir del anonimato y convertirse en Casa.

—¿Por qué piensas que queremos salir del anonimato?

Separé la cabeza de mi cálido apoyo y lo miré directo a los ojos, con aire extrañado.

—¡Amo! Todo el que aspira a crecer y ser alguien debe salir de las sombras. En la clandestinidad solo se quedan los mediocres.

Valent suspiró pensativo y no dijo nada.

Fue al cabo de un buen rato, cuando yo había vuelto a acomodarme y respondía a sus caricias con dedos juguetones a lo largo de su brazo, que contestó.

—Bryen Winley es la mayor equivocación de esta logia. Efectivamente, fue el fundador. Pero de eso hace cientos de años. Entonces, sus metas eran nobles, no lo discuto, aunque algunos de sus métodos siempre destacaron por su crueldad.

Los dos pensamos en la desdichada Lia y su terrible destino a manos del duque.

—Cuando se trata de vencer, Bryen es una criatura despiadada. Ahora que camina ciego y desesperado, es mucho peor. Su principal obsesión era que su hijo dejara de existir. Bien, eso ya sucedió. Y ahora, no contento con haberlo logrado, la sustituye con la aniquilación de los Reales.

—¿Esa meta no le parece bien?

—No estamos, ni de lejos, preparados para algo así. La Casa oficial nos aplastaría con un solo movimiento. Lo más sensato es fortalecernos antes de jugárnosla. Sin embargo…

—¿Sin embargo? —lo animé a que prosiguiera.

—No me fio de que Bryen sea capaz de esperar. Ese caballero carece, entre muchas otras virtudes, de paciencia.

Serena de Bravery

Temí que se desmayaran.

Al escuchar mis consignas, al palpar mi resolución, al imaginarme a la cabeza de la Hermandad Real. Ravenclaw carraspeó azorado.

—Valoraremos su propuesta y le…

—No, no lo han entendido. No hay nada que pensar ni calcular. Convocarán a los Maestres hoy mismo y les comunicarán el

nombramiento. Sé que los muelles están revueltos, el mercado del opio en peligro, no hay tiempo que perder.

—¿Qué es exactamente lo que sabe de ese asunto? —intervino lord Corset, tan curioso como esperanzado.

—Que es el mercado menos legal y el más rentable. ¿Por qué no lo dejan?

Las cejas de lord Ravenclaw volaron hasta el nacimiento de su pelo.

—Usted misma lo ha dicho: es, con diferencia, el que más beneficios reporta.

—A ninguno de nosotros nos falta fortuna. Sean sinceros, no es por eso —recalqué, abriendo una larga pausa dramática—. No lo abandonan porque la Rosa Negra lo codicia y persigue manejarlo. ¿Acierto?

Los dos caballeros se removieron con extremo disgusto en sus asientos, incómodos dentro de sus ropas.

—Si permitimos que otra Casa se apropie del mercado del opio, pronto crecerán y se harán tan fuertes que no podremos vencerlos. ¿Por qué, si no, piensa que se han decantado precisamente por ese emporio para arrancar con sus actividades ruines?

—Cierto. Buscan poder. Habrá que valorar otras estrategias entonces —musité con aire meditabundo.

Les concedí unos minutos para que madurasen las novedades. Se les veía perdidos, confusos y casi asustados. Decidí alimentar aquel fuego destructor con un poco de leña adicional.

—Sepan que pienso plantear mi demanda ante los Maestres y que me asiste el derecho como esposa del primer príncipe y representante legal del heredero. No se atreverán a negarme lo que pido. Mucho mejor si lo presentamos como una decisión consensuada, una muestra de buena alianza entre nosotros tres.

Lord Ravenclaw llegó al límite de su resistencia.

Con toda probabilidad, se sentía ultrajado y ofendido por mis pretensiones. Si había permanecido como huésped de los Corset un par de días, era, indefectiblemente, porque yo le parecía… ¿interesante? ¿Misteriosa? ¿Particular y extravagante?

O porque la belleza cegadora de mi hijo le había impactado en demasía.

Llegados a este punto, agotados sus argumentos, tocaba marchar.

Abandonó la mesa con una ligera reverencia, haciéndole saber al anfitrión su decisión de partir dentro de aquel mismo día. Luego, antes de que las puertas del comedor se abrieran para él, me clavó sus frías pupilas.

—Seguiremos en contacto, duquesa. O ahora que va a ocupar el trono carmesí, debería mejor decir, ¿Alteza?

Pasé el resto del día en compañía de lady Corset. Paseando por el jardín, bordando frente a la chimenea, tomando el té, charlando de naderías. El tipo de actividades insulsas que ocupan las jornadas de una dama.

Deseando irme.

—Me marcho mañana temprano, Marianne —anuncié con amabilidad—. Es hora de tomar las riendas de mi vida despedazada.

—¡Oh, querida! ¡Esas prisas no hacen ninguna falta! Estamos encantados de tenerla…

—Tanto mi hijo como yo hemos abusado en exceso de su hospitalidad. Necesito recomenzar, espero que lo entienda.

—Y, ¿a dónde piensa ir? ¿A su residencia en St. Jame´s?

—No. Volveré a poner en pie Shadow Hall.

Los ojos azules de Marianne se abrieron desencajados.

—¿En esa casa tan enorme? ¿Después de…? ¿Usted sola?

—Es el hogar de mi esposo, de sus ancestros. Debo honrarlo.

—¿No siente pánico solo de pensar lo que allí sucedió?

—Esa es mi misión, el velo que debo rasgar.

En realidad, aquella era *mi* casa. Sus piedras me habían reconocido nada más llegar y me habían abierto los brazos, dándome la bienvenida, regalándome un ramalazo de poder y seguridad en mí misma de los que siempre había carecido.

Shadow Hall había adivinado el vínculo sagrado que me unía a su señor, me había aceptado como dueña, como la esposa del lobo, como la vampira que estaba destinada a ser, y no se merecía perecer en el abandono ni convertirse en una montaña de escombros y ceniza.

—Leo en sus ojos que está determinada a hacerlo —aventuró Marianne con dulzura—, sin importar lo mucho que tratemos de disuadirla. La ayudaré con el equipaje. Espere al menos unos días, a que mi esposo encuentre un cuerpo básico de servidumbre para que la atienda.

Sonreí con deferencia.

Tuve que morderme la lengua para no soltar que venía de un secuestro en el que toda mi vida se había reducido a unos aposentos con paredes forradas y que, con tal de ser libre, habría sobrevivido con nada. Sin embargo, Marianne era un alma sensible, no había necesidad de agitarla con aquellos recuerdos envenenados.

—Será un placer aceptar su ofrecimiento —le dije.

—La echaré de menos. Igual que ya echo de menos a Soley, ¡qué muchacho tan extraordinario! Lamento enormemente no haber podido despedirme de él.

—Ha sido una marcha súbita y muy brusca, lo admito. Y me disculpo en su nombre por la falta de modales. Después de cómo lo han cuidado y protegido ustedes en mi ausencia, esta despedida *a la francesa* resulta imperdonable. Mas deben entenderme, tras incontables negativas, de repente, sin saber ni cómo, mi hijo aceptó lo que tanto llevaba rogándole. No podía demorar la partida y arriesgarme a que cambiase de opinión.

La condesa inclinó con elegancia la cabeza, aunque en la crispación de sus rasgos y en el pequeño bufido que se le escapó, leí discrepancia. Solo que era demasiado decorosa como para manifestarla de viva voz.

—Bueno. Lo que no llego a comprender… ¿Por qué era tan importante para usted que Soley abandonase Inglaterra de nuevo?

—No es un adulto. Es un muchacho vehemente e impetuoso, con venganzas pendientes, que pueden ponerlo en grave peligro. Y yo no puedo protegerlo sola, condesa, no me basto.

—¿Y por qué razón no lo ha acompañado? Cambiar de aires también supondría para usted una pausa tan beneficiosa como curativa.

Mi mirada se endureció y se volvió oscura.

—Porque voy a vengar la muerte de mi esposo, Marianne. Cuando mi hijo regrese, ya estará hecho. Así él no tendrá que adentrarse en el trance de una amenaza.

Capítulo 43

Valent St. Claire

Menos de una quincena se tardó en ubicar otro edificio donde sembrar la semilla de nuestra Casa. La futura Casa de la Rosa Negra, a pie de igualdad con la Hermandad Real, o por encima de ella, si por fin lográbamos controlar el mercado del opio en su totalidad.

En nombre de esa finalidad y solo en su virtud, no puse impedimentos a las triquiñuelas de Bryen: acuerdos con las brujas, que le permitieran emplear hechizos y conjuros para someter a los implicados, tanto en los muelles como en los fumaderos, doblegándolos para que obedecieran nuestras órdenes, desoyendo las de la Hermandad.

Algo que, no obstante, me causaba una innegable repulsa.

Magia negra.

Altamente peligrosa. Los vampiros no sabíamos manejarla y podíamos sucumbir con facilidad a su diabólico poder.

Bryen había contactado en secreto con un oscuro aquelarre de los barrios altos de Londres. Una comunión de brujas que se mostraban al exterior como honorables damas solteras con ciertos talentos para la videncia y el establecimiento de contacto con los muertos. El que el más allá y todo lo relacionado con su submundo estuviera tan de moda, las había convertido en personajes altamente populares.

Las médiums de Kensington, las llamaban.

Brujas más que médiums. Peligro. Peligro en letras capitales.

Bryen podía pensar que mandaba y caer en sus garras antes de ser consciente de que lo estaban enredando. Y entonces, no solo él, todo nuestro imperio en construcción dependería de esas víboras. Y lo peor, se negaba a confesarnos qué les había ofrecido a cambio de su ayuda.

Las brujas jamás trabajan gratis.

En esos quince días me dediqué a fornicar a todas horas y a analizar a fondo mis emociones, a pasarlas por el tamiz de la razón. Haber perdido a lady Bravery me enfurecía, me causaba un hondo malestar, una especie de escozor desagradable más relacionado con el hecho de no haberme salido con la mía, ver insatisfecho mi capricho, que con un corazón roto.

Helena. Pelo de fuego.

Helena me tenía desconcertado. No ella. Yo. Quien yo era estando juntos. Cuando la tenía cerca.

Esa mujer había llegado a mi mundo para ponerlo del revés y no estaba del todo seguro de que me conviniese, de estarme comportando de forma inteligente si lo permitía.

Con tantos frentes abiertos, tantos problemas graves que solventar, lo último que necesitaba era atascarme con asuntos sentimentales. Los accesos carnales los tenía al alcance de la mano; con solo desearlo, lanzar una orden y elegir compañía, mis deseos más libidinosos se verían satisfechos.

En realidad, no la necesitaba.

Claro que, también hacía algunas lunas que el principal papel de Helena en mi vida no se reducía a calentarme las sábanas. Sin pretenderlo, ni por su parte ni por la mía, se había convertido en una suerte de confidente. Alguien cuya ausencia molestaba como una pequeña herida abierta y que, estando presente, me traía algo que vagamente recordaba a la pacífica quietud.

Deseaba su cuerpo, no iba a negarlo. Me daba placer tocarla, poseerla. Para demostrarme cosas que ponía en duda, me forzaba a mí mismo a reclamar a mi alcoba a muchas otras esclavas y dadoras de sangre, si bien, el agravio comparativo siempre acababa surgiendo.

Helena era especial.

Lo que me irritaba era que, de forma involuntaria, mi mente la estuviera convirtiendo en un ser superior del que yo empezaba a depender.

Y, por las hogueras del infierno, no quería eso.

No quería pensar en nadie cuando tomara una decisión. No quería que otros intereses ni futuros que no fueran los míos o los de la Rosa Negra nublaran mi juicio.

No deseaba preocuparme por ella.

Me obsesionaba que nacieran sentimientos que me eran ajenos y con los que no sabía batallar. Que la situación se me fuera de las manos y acabase convertido en un petimetre de esos que una dama inteligente maneja con el meñique.

Aprovechando la mudanza a un edificio que no era mi residencia privada, decidí imponer distancia con Helena. No la dispensaría de sus labores como iniciada, pero la haría venir a mí mucho menos y procuraría rodearme de otras mujeres que me facilitaran la ruptura de ese…, ese extraño y desconcertante lazo que parecía vincularme a ella. A Helena le había contado cosas que nadie más sabía. Le había abierto el corazón, mi particular caja de Pandora.

Y ahora me preguntaba si no acabaría arrepintiéndome.

No sé por qué no me extrañó en exceso que la nueva guarida de la Rosa Negra fuera un majestuoso edificio en Kensington. Mucho más próximo a las presuntas videntes, de lo que yo habría aprobado. Que esa tenebrosa amistad creciente entre Bryen y las brujas se fortaleciera, no me agradaba en absoluto.

Sin embargo, Winley había ordenado la elección sin contar con nadie más, abusando de su posición como cabeza de la logia.

Tenía razón Helena. Nuestra supervivencia pasaba por eliminarlo.

Daba igual que continuase *socialmente muerto*; desde dentro ya hacía suficiente daño. Conforme fuera agrandándose el poder de la Casa, su autoridad aumentaría en paralelo.

A no ser que lo frenásemos.

Y dado que nadie que no fuera yo se atrevería a ir contra el fundador, iba a tocarme ejecutar tan codiciada misión.

Me asigné unos aposentos en la planta más alta de la mansión, acomodaron mis cosas, y nada más instalarme, mandé llamar a una esclava y a continuación, a Helena.

Cuando esta última llamó a la puerta, me sorprendió exactamente como quería que me sorprendiera: con la esclava arrodillada a mis pies y mi verga dura como una roca dentro de su boca.

Helena se quedó congelada bajo el dintel. Mirando la parte inferior de mi cuerpo con ojos desorbitados.

—Sirve vino —exigí con aspereza.

No se movió una pulgada. Me desagradó que pensara que gozaba de algún derecho en exclusiva sobre mis diversiones carnales. Que sería mi única mujer. No recordaba haberle dado pie a que pensara nada parecido.

Y a la vez…

El corazón me latía al galope; cuando la miraba, los segundos que corrían, de repente se paraban. La intensidad de su mirada me traspasó, tal que si pudiera leer todo lo que me torturaba por dentro. Amaneceres, oscuridad, los hilos con los que se tejían mis deseos, mis sueños y mis ambiciones. Lo que me arrancaba la risa y lo que me hacía llorar.

Ninguna mujer, nunca, me había mirado como ella.

Jadeé intentando descifrar lo que sentía en ese instante.

—¿A qué estás esperando? ¿Es que no me has oído? —rugí en cuanto me recompuse— ¡Que sirvas vino! Dos copas.

—Sí, amo —obedeció por fin, con la voz quebrada.

Cruzó a la carrera el dormitorio, con la cabeza gacha y los ojos clavados en las puntas de sus zapatos. Mi mano aferró la coronilla de la esclava y empujó para introducirme más profundo. Hasta me permití la licencia de soltar un largo gruñido de placer.

De reojo, observé cómo temblaban las manos de Helena al verter el vino de sangre. Indignación, rabia o vergüenza, no podía saberlo.

—Puedes retirarte.

Volvió a recorrer el mismo camino en sentido inverso, en tanto yo avivaba el ritmo dentro y fuera de los labios que me chupaban con afán, intentando derramarme antes de que Helena saliera y cerrase la puerta. Lo conseguí justo a tiempo. Hasta pude escuchar el crujido de sus dientes al apretarse con furia.

En cuanto ella se marchó, despedí a la esclava y me bebí, yo solo, las dos copas de vino.

¿Me sentía satisfecho?

No. Para mi infortunio, no más allá del clímax erótico y del placer físico.

Capítulo 44

Serena de Bravery

Allistair contrató en mi nombre un cuerpo básico de servidumbre para Shadow Hall, del que no terminaba de fiarme.

En cierto modo, tenía razón Soley que, por cierto, ya estaba de nuevo instalado en nuestra residencia de Viena, rodeado por nuestros amigos de siempre, mucho más complacido de lo que cabía esperar y con nuevas ilusiones propias de su edad, según pude saber al recibir su primera carta.

Ya no me fiaba de nadie. Solo de mí misma, y dependiendo del momento.

Dos figuras ocupaban mi mente noche y día. Dos objetivos, a eliminar ambos.

Bryen Winley, antiguo duque de Bravery. Por la amenaza que suponía para la supervivencia de Soley. Por su conocida crueldad. Porque seguramente, tras mi huida del escondrijo de la Rosa Negra, me había sentenciado a muerte.

Y Valent St. Claire.

No por haberme privado de libertad. No por haberme humillado y maniatado semidesnuda a una cama. No por haberme vejado cometiendo mil actos indecorosos frente a mis ojos con sus esclavas e iniciadas. No.

Por haber asesinado a mi esposo.

Y dada la magnitud del enemigo doble al que me enfrentaba, debía dividir las cuitas, extremar la cautela, y emplearme a fondo contra cada uno de ellos, por separado.

Marianne me había convencido de ser juiciosa y esperar un par de jornadas más, hasta que el cuerpo de servicio limpiara a fondo los rincones de Shadow Hall tras la masacre. A que las manchas de sangre vieja desaparecieran del suelo, retirasen las telarañas de las esquinas, se abrieran de par en par las vidrieras y se sacudiera el polvo de los gruesos cortinones de terciopelo y las alfombras.

Fue un sacrificio espantoso, porque recuperar mi independencia haría posible que el lobo blanco ocupara su posición a mi lado, a todas horas, tal y como le había prometido aquella noche en Highgate, parecía que un año atrás.

Entonces, y solo entonces, regresé al que había sido mi hogar, con el corazón oprimido. Cada estancia de aquella mansión traía oleadas de recuerdos imborrables. Las salas, los divanes donde Arthur me había besado, confesado sus sentimientos y hecho el amor. La biblioteca pequeña donde solíamos reunirnos tras la cena a charlar junto al fuego o a jugar al ajedrez.

Y a reír.

Shadow Hall estaba impregnada de nuestras risas, del alma de mi esposo, y seguía transmitiéndome aquella sensación de fuerza y fuego insuperable.

La primera noche deambulé angustiada por mi alcoba en camisón y descalza, apartando cada cinco minutos las cortinas para otear el exterior, hasta que lo vislumbré. Hermoso y blanco como una pequeña colina de nieve pura.

Bajé en un vuelo las escaleras hasta la calle, yo misma abrí las puertas y le di la bienvenida, arrodillada, abrazada a su cuello y llorando.

El lobo. Mi lobo. El ser que encerraba el espíritu del hombre que había sido el amor de mi vida. O enviado por él.

No quería saberlo porque no lo necesitaba.

—No nos separaremos —juré con la voz rota—. No nos separaremos jamás.

Al día siguiente ordené al mayordomo que los reuniera a todos en el vasto vestíbulo. Uniformados e impecables, inexpresivos, las miradas un poco perdidas y sin sonreír, como sucedía con todos los humanos esclavizados, las manos recogidas contra los regazos y el mayor respeto escrito en sus rostros.

—Bienvenidos sean todos a Shadow Hall.

Mi voz retumbó poderosa, trepando por las paredes, escaleras arriba. Todos los ojos se detuvieron, temerosos, en el lobo que vigilaba a mi costado.

—Agradezco al conde de Corset la gentileza de haberlos encontrado y contratado para que sirvan en esta casa. No obstante…

Me coloqué de cara al mayordomo, que abría la fila en primera posición, y lo miré directamente a los ojos, haciendo uso de aquel talento que me había concedido la niebla negra en Highgate. Puede que no pudiera domeñar la voluntad de un vampiro más antiguo que yo, pero frente a meros mortales era pan comido.

El pobre hombre reaccionó al instante a mi hipnótica cadena. Cuando supe que me pertenecía, pasé al ama de llaves y así, sucesivamente, uno tras otro, hasta acabar.

—Ahora me sirven a mí. Soy la duquesa de Bravery y solo ante mi persona responden. No informarán a nadie, sea quien sea ese alguien, acerca de esta casa. Ni los invitados ni las visitas que se reciban ni las conversaciones que accidentalmente puedan escuchar. No comentarán intimidades. Si fuera de Shadow Hall son interrogados en algún sentido, no responderán y me informarán a mí de inmediato. ¿Ha quedado claro?

—Como usted ordene, excelencia —respondieron a coro, como un solo ser unificado.

—Espléndido. Vayan a atender a sus tareas.

Los vi marchar, invadida por una inesperada calma. Las circunstancias que se habían fracturado y torcido, poco a poco, recuperaban el lustre de lo nuevo y se recolocaban en su lugar.

Todo menos la ausencia de Arthur.

No conocía palabras lo bastante intensas como para describir el modo terrible en que lo echaba de menos.

Miré al lobo que probablemente él había enviado desde donde quiera que estuviese para que me protegiera, y noté una punzada aguda, como si un cepo de hierro me apretara el torso dispuesto a triturarme las costillas. No me acostumbraría jamás a vivir sin él. La mera idea de una eternidad sin tenerlo me estremecía.

Quizá cuando Soley ya no me necesitara, cuando realmente no me necesitara en ningún aspecto, sería buena idea partir al más allá a reunirme con el amor de mi vida.

Mi primera visita fue la afligida Marianne, que no comprendía cómo podía haber elegido vivir allí, en completa soledad, dejándola a ella, a un tiempo, en similares y desoladoras circunstancias. Dado que Helena, al igual que Soley, no volvería hasta más adelante, y que las continuas gestiones y labores del conde lo mantenían ocupado la mayor parte del día, mi querida amiga se diluía en la desidia, la soledad y el aburrimiento.

Le pedí al lobo que aguardara en mis aposentos para evitar que lady Corset sufriera un ataque de pánico al verlo. Bajé al salón de recibir, deseando que todo terminara y volver a reunirme con él cuanto antes.

—¿No ha vuelto lord Ravenclaw a visitarlos? —indagué con cierta malicia, cuando nos cansamos de hablar de superficialidades.

Marianne me sonrió cándida.

—Oh, no, no. Debo decir que esos casi tres días completos que lo tuvimos en casa fueron más que suficiente. Qué hombre tan excéntrico y meticuloso.

—No me gusta.

—Bueno, consideremos que viene empapado de una cultura muy diferente.

—No tiene nada que ver con Joseon. Huele a perfidia.

Marianne sofocó una risita timorata.

—No diga eso donde nadie pueda escucharla, duquesa, se metería en un buen lío.

—Pese a ello, ha accedido a que ocupe el lugar de mi esposo. Mañana por la noche seré oficialmente presentada a los Maestres de la Hermandad Real como primera princesa de la Casa.

Mi amiga desorbitó los ojos y cubrió con una mano enguantada el gesto de asombro que le abrió la boca.

—Entonces, ¿lo ha conseguido?

Asentí, atravesada por una ráfaga de fugaz orgullo.

—Mi esposo lo creía de todo punto imposible. El suyo es un logro histórico.

—Imagino que el segundo príncipe trata de averiguar hasta dónde puedo llegar. Le concederemos el placer de fisgonear cuanto desee.

En ese momento, mi mayordomo pidió permiso para interrumpirnos, con una bandeja de plata y un mensaje en ella.

—Disculpe, duquesa, acaban de traer esto para usted.

Desgarré el lacre, indiqué al sirviente que se marchara y leí los perfectos renglones con sumo deleite. Supongo que me traicionó mi sonrisa.

—¿De qué se trata? —quiso saber Marianne.

—Lord St. Claire celebra un baile y me está invitando.

La agitación que se apoderó de Marianne fue de tal calibre, que se vio obligada a soltar la taza de té para no verter el contenido sobre su precioso traje.

—¿Cómo puede tener la desfachatez…? —Abrió mucho más los ojos al comprender mis intenciones— ¡No me dirá que piensa asistir!

—Por descontado que sí. Y ustedes, que me imagino recibirán también su invitación, igualmente deberían.

—Pe… pero ya sabemos… ¡Querida! ¡Ya sabemos quién es! ¡A lo que se dedica! ¡Sabemos lo que hizo!

Me mantuve impasible, en tanto mi cabeza daba vueltas delirantes alrededor de ciertas ideas.

—Serena, por todos los dioses, ese hombre… ese hombre asesinó a su esposo. ¡A usted la privó de libertad! ¡Es posible que ande buscándola para raptarla de nuevo! ¿Va a decirme que

aceptará sin más su invitación? ¿Que se calzará sus mejores galas y se adentrará en su territorio a fingir que se divierte?

—Acierta, amiga. Eso mismo pienso hacer.

Un color rojizo exuberante arreboló las mejillas de Marianne. La vi muy turbada. Pasados unos instantes, el sonrojo se extendió a su rostro al completo.

—Permítame decirle que lo considero un disparate.

—Es posible. Sin embargo, ahora, por fin, él y yo estamos a la misma altura. Comienza la guerra.

Capítulo 45

Serena de Bravery

Podría haber anotado en un papel mi apuesta acerca de cuántas horas tardaría lord Corset en presentarse en Shadow Hall hecho un energúmeno. A reclamar que rindiera cuentas por mi descalabro y mi aparente demencia.

¿Cuatro? ¿Cinco?

Habría acertado.

Apenas Marianne llegara a su casa, quizá con el acicate de su propia invitación al baile de St. Claire, que la estaría esperando, habría puesto a su marido al corriente de mis planes. Y el caballero tuvo a bien disponer su carruaje e irrumpir en mis dominios, fuera de horas de visita, con el único fin de increparme.

De haber estado Arthur vivo, nos habríamos reído mucho a su costa.

—Disculpe que se lo repita, duquesa —insistió con la copa que le había obsequiado, en la mano—. Todo esto me parece un despropósito. Lo que debería, de una vez por todas, es plantear una acusación oficial contra St. Claire por el asesinato de su esposo, del que fui testigo, y que la Hermandad Real tome cartas en el asunto.

Me habría consolado que me mirase a la cara mientras lo decía.

—¿Y se puede saber por qué no lo ha hecho usted mismo hasta ahora?

—¡Porque la tenían retenida! Y temí que poner al tanto de semejante enormidad a los Reales agravara la situación y pusiera en mayor riesgo su vida.

Bueno, pensé, pudiera ser que estuviese mintiendo, pero tenía cierto sentido.

—¿Y una vez liberada?

El conde me miró con las cejas arqueadas por el asombro.

—Esta acusación debemos formularla juntos. Yo expondré los hechos del ataque en Marshalsea y usted los de su secuestro. Ambos por la misma mano.

—No lo haré, milord. Si usted acusa a lord St. Claire, yo desmentiré sus palabras y su credibilidad quedará en entredicho. Recuerde que las aseveraciones del primer príncipe jamás se ponen en duda.

Pensé que las muelas de Corset se resquebrajarían a juzgar por el afán con el que apretó las mandíbulas. Sus ojos despedían chispas de irritación.

—¿Cometería usted semejante dislate?

—Sin dudarlo.

—Y eso… Permítame que no la entienda. Eso, ¿por qué?

—Porque tengo mis propios planes, conde. Porque si los Reales asumen el castigo de St. Claire me privarán de mi merecida venganza. Lo haré yo. Yo misma. Paso por paso y asegurándome de que el resultado sea de lo más sangriento… e inolvidable.

—Siempre imaginé que tendría algo en mente. Y le ruego que me lo aclare, porque de otro modo, no puedo entender qué pretende, no puedo.

Los labios se me curvaron en una sonrisa casi diabólica.

—Ya se lo he dicho. Lo atraeré con paciencia, conseguiré que confíe en mí, le propondré una tregua entre Casas…

Fue como si le hubiesen acercado una antorcha encendida a las posaderas. Se soliviantó de modo evidente.

—¿Una tregua? ¡Eso sería tanto como admitir la existencia real de la Rosa Negra! ¡No podemos hacerlo! ¡Supondría un suicidio

para la Hermandad! ¿Acaso hemos perdido por completo el juicio?

—Y cuando la firmemos —proseguí sin alterarme—, cuando más confiado esté, acabaré con su vida. Mataré a Valent St. Claire sin un ápice de piedad. Nuestro enemigo, la logia, descabezado.

—No obstante, eso implicaría… sería conducirse… ¡Duquesa! —se escandalizó con un aspaviento— ¡Tal comportamiento conllevaría una carencia absoluta y completa de honor!

Volví a sonreír. Esta vez muy despacio, con frialdad y sin que los buenos ánimos me llegaran a los ojos.

—Yo no tengo honor, conde. Tengo un esposo muerto al que vengar.

Helena de Corset

Por las noches, lloraba con desconsuelo. Lloraba tanto que llegué a pensar que se me secarían los ojos. Lloraba hasta que me dormía agotada. Y entonces soñaba con él.

Condenado Valent St. Claire.

Maldita fuera la mañana en que mi caballo y el suyo habían tenido la ocurrencia de cruzarse en Hyde Park. Maldita la única mirada que le había dedicado y que me hizo caer rendida de embeleso a sus pies.

La manera más compasiva de definir la situación era que milord me ignoraba.

Había abierto un abismo entre los dos. Distancia, escaso intercambio de palabras, menos visitas aún, y muchos motivos para estallar de celos, puesto que pasaba las noches con cualquiera que no fuera yo, procurando que me enterase del peor modo posible.

Podía señalar con plena certeza el momento funesto en el que todo había cambiado. El punto crítico a partir del cual, Valent había retrocedido alejándose de mí cuanto le era posible.

Fue el beso.

Un beso que partió de él, distinto a todos los anteriores. Si cerraba los ojos y me quedaba quieta, podía revivirlo igual que si estuviese ocurriendo de nuevo.

Una tarde como cualquier otra, Valent me había reclamado. Compartimos una partida de ajedrez, un rato de charla y un vino de sangre frente a la chimenea. Desnudos y exhaustos después de una interminable sesión de sexo tirados en el suelo, sobre la alfombra. Gozando con el perfil de nuestras siluetas recortadas contra las llamas.

Tuve la sensación de que el conde había sido más delicado, menos brusco y salvaje esa vez, aunque luego la sensación se esfumó en el aire, porque la estrategia sobre el tablero contra un contrincante tan feroz como St. Claire, requería de toda mi atención.

Luego vino la charla, pausada y perezosa, acerca de naderías: el sabor de la sangre según su procedencia, si el alimento humano tenía o no algún aroma, como si fuésemos un par de amigos que se conocen desde siempre.

Y más tarde, con la voz ronca y apagada, me narró el modo implacable como Bryen lo había humillado y apaleado frente al Consejo de Maestres, culpándolo de que se hubiera descubierto la ubicación del anterior cuartel general, responsabilizándolo por haber tenido que huir a lo cobarde a esconderse en otro sitio, solo porque se había encaprichado de una duquesa a la que ni siquiera supo custodiar.

No sé si fui capaz de procurarle mucho consuelo. Tenía un nudo horrible en la garganta, generado con su pena, que no me permitía articular. No obstante, tuve la impresión de que a Valent le bastaba con que estuviese allí, en silencio, escuchando.

Entonces, se inclinó sobre mí con una mirada penetrante que me desató los nervios.

—¿Cuándo piensas regresar a tu casa?

—¿Por qué lo pregunta, amo?

—Porque la mayoría de las iniciadas e iniciados que llegaron contigo están dando por finalizada su formación y yo no deseo perderte de vista.

No esperaba que fuese tan claro. Tan directo en su exigencia.

—Podría… podría quedarme a su lado mientras mi padre no me reclame.

—¿Habría algún modo de convencerlo para que alargue el proceso? Si es un hombre de negocios, quizá sea posible concederle algún favor especial, una prebenda que lo beneficie de manera particular.

—Mi padre es hosco y malhumorado, amo. Y demasiado orgulloso como para aceptar favores. No le funcionará esa treta.

—Entonces… —Se acercó más, lentamente, hasta que su nariz rozó la mía—, inventa algo. Algo que te ate a mí por mucho tiempo.

Y me besó. Con inusitada ternura.

Igual que se besa a un primer amor. Acariciándome con los labios, con la lengua. Sin dureza ni urgencia. Como el terciopelo cuando se desliza sobre la piel, amable y sinuoso. Tibio como una brisa de primavera.

Uno de esos besos que llegan y te acarician el alma con la punta de los dedos, y te hacen desear más porque, tras recibirlo, has descubierto lo sedienta que estabas, en realidad, de amabilidad y afecto.

Envuelto en un perfume de algo que ciertamente recordaba al amor.

Y después de ese milagro… Nada.

Nada más que distancia e indiferencia.

Por eso me sorprendió tanto cuando me ordenó que lo acompañara la noche del baile.



Capítulo 46

Valent St. Claire

Pues sí.

Finalmente, en un alarde de deshonor, había decidido apropiarme de la idea de Helena y celebrar aquella pomposa e inconveniente fiesta. Así que, para compensarla, decidí que lo justo sería que ella también asistiera en calidad de acompañante.

Me ausenté de la nueva Casa, lo indispensable para que mis criados en Claire House decorasen las estancias donde se celebraría el baile. Para redactar de puño y letra las invitaciones y entregárselas a mi mayordomo, para su reparto. Para escoger indumentaria con mi ayuda de cámara y dar el visto bueno a las propuestas de menú.

Todo lo que habría correspondido a mi condesa.

De haber existido una lady St. Claire.

Como era de esperar, al regresar a Kensington, Bryen puso el grito en el cielo. Más ofendido por no poder asistir, como el resto de los Maestres, que por el hecho en sí de que se celebrara.

—¿Cómo se te ocurre exponerte de ese modo? ¿Olvidas que ahora estás tan señalado como enemigo de la Hermandad Real como yo?

—Aparentemente, Winley, no es el caso. De momento no ha habido el menor movimiento en mi contra.

—Porque estarán pergeñando una trampa rastrera y sucia.

—¡Por supuesto que querrán tenderme una trampa! ¡Yo lo haría! ¡También usted! El caso es que necesito averiguar cuál es y cuándo me caerá encima.

El anterior duque de Bravery soltó un gruñido iracundo entre dientes y apuró su copa de un trago brusco.

—Te estás buscando la ruina. No seré yo quien te lo impida, muchacho impetuoso.

—Cosa que le agradezco, Winley. Desde lo más hondo y sincero de mi alma.

Mi sarcasmo se quedó flotando por encima de nuestras cabezas, cerca del techo, y si Bryen lo advirtió no dio muestra alguna de estar ofendido.

—El mercado del opio está prácticamente en nuestras manos —relató complacido—. Hasta nos hemos adueñado del último envío procedente de China. Se lo hemos robado a los Reales en sus propias narices.

—¿Bajas en el enfrentamiento?

—Más por su bando que por el nuestro.

Hice un gesto de aprobación, ladeando la cabeza.

—Aceptable.

—Oye, St. Claire…

El antiguo duque se quedó atascado y mis cejas se arquearon incitándolo a proseguir.

—Sabes que siempre pensé… Que algún día te convertirías en mi heredero.

—Debe de estar bromeando, teniendo un hijo legítimo.

—Me refiero al frente de la Rosa Negra.

Me lo tomé como lo que era: como una estupidez supina. Quizá hubiera un tiempo en que lo habría creído. Cuando me convertí en su pupilo y lo idolatraba. Cuando tratando de ganarme su afecto, olvidé lo que me había conducido hasta él: mi venganza.

Todo eso, los buenos sentimientos, estaba muerto ahora.

—A usted le quedan siglos de vida, Winley —rezongué.

—Si me ocurriera algo. Nadie está a salvo de un desafortunado accidente o de que la Hermandad Real por fin me

capture para ajusticiarme. Debería dejar ordenada por escrito la cuestión de mi sucesión.

Sonreí para mis adentros, armándome de paciencia para lo que vendría a continuación: Bryen Winley, la serpiente sinuosa y traicionera, tratando de comprarme.

—Si voy a nombrarte mi sucesor a la cabeza de la nueva Casa, nuestra relación debería ser mucho más colaborativa de lo que es ahora.

—¿Se está refiriendo, por casualidad, a las brujas?

—No las llames así, son unas auténticas damas, se sentirían profundamente agraviadas, de enterarse. Por cierto, ¿les has extendido invitación para ese baile suicida que pretendes celebrar?

—¿A las videntes? —me horroricé.

—St. Claire. Compórtate con ellas de forma adecuada y estoy dispuesto a olvidar tu imperdonable falta de diligencia con la… esposa de mi difunto hijo.

La forma posesiva en que se refirió a Serena acrecentó mi mal humor y recrudeció mi tono.

—¿Deberé yo olvidar, a cambio, el recital de vejaciones a que me sometió delante de los Maestres?

—Ah, eso. Deberás entender que fue radicalmente necesario. ¿Qué sería de la logia si no imponemos algo de disciplina?

Se abrió un incómodo silencio entre los dos.

No veía el momento de que Bryen abandonara mi despacho. No obstante, muy en contra de mis deseos, se llegó hasta la mesa de los licores y se sirvió un brandy. Luego, suspirando con un extraño mugido, se volvió a sentar y me miró como si se estuviera pensando perdonarme la vida.

—Muchacho, hubo un tiempo en que fui tu mentor, nuestra relación era cordial. Antes de mi encarcelamiento…

—Antes de su encarcelamiento, yo era su vil servidor.

—Di mejor que me venerabas. ¿Qué problema le ves a eso? Era tu maestro y guía. Lo correcto era tratarme con respeto, tal y como siempre hiciste.

No quise responder, enrocado en mi huraño silencio.

—Soy mucho más comprensivo de lo que accedes a pensar. Entiendo que el hecho de haber suplantado mis funciones y posición en mi ausencia te haya convertido en un engreído. Un pequeño dictador arrogante. Pero estoy de vuelta.

Calló de repente, como si le interesara mucho conocer mi reacción, si bien, no le di el gusto. Mi respuesta fue la nada: un rostro de piedra sin ninguna emoción reflejada.

Entonces, Winley retomó el asunto.

—Soy la cabeza de esta Casa, no tú. Y debes limitarte a obedecer. Esas *brujas*, como tú las llamas, han sido el instrumento que nos ha permitido controlar el mercado del opio.

Sacudí la cabeza al borde del aullido.

—¿Tiene idea de lo peligroso que es mantener alejados a los Reales a costa de hechizos y conjuros? ¿Qué pasaría si alguna vez esas mujeres deciden cambiar de bando?

El imperceptible gesto de sorpresa que zarandeó las comisuras de Bryen, me hicieron pensar que hasta ese momento no se había parado a considerar ciertas posibilidades de lo más funestas.

—Precisamente por eso debemos tenerlas contentas. Extiéndeles una invitación para ese baile tuyo, dejando muy claro que se las invita en mi nombre.

Capítulo 47

Helena de Corset

Cuántas veces no habría soñado, desde que empecé a ser consciente de que sentía algo por lord St. Claire, con acudir a un baile imponente, ataviada con lo mejor de mi armario, rutilante y de su brazo.

Sin embargo, ahora, el hecho de que me lo hubiera pedido, más bien ordenado, me espinaba. Y la parafernalia de ajustarme vestido, tocado, peinado y joyas frente al tocador y el espejo, asistida por tres esclavas, me provocó una espantosa tristeza.

Las cinco jornadas previas a la fiesta no lo vi en ningún momento. Fue comunicarme su decisión en cuanto al papel que yo debía jugar en el evento, y desaparecer. Por eso, vestida y todo, me estuve preguntando si finalmente se echaría atrás y me dejaría allí, engalanada y esperando.

Pues no. Estaba equivocada. Como tantas otras veces.

Dos siervas vinieron a avisarme de que milord me requería en el vestíbulo y cuando lo vi, alto e impresionante, tan temible como solemne, vestido de negro, con aquellos ojos del color de las llamas al bailar centelleando, mi corazón se retorció en un doble salto mortal.

Que los dioses del Inframundo me protegiesen. Estaba loca, completamente desquiciada de amor y deseo por él.

—Oh, Helena, me alegro de que por fin aparezcas. Casi llego tarde a mi propio baile.

Lo dijo apresurado, sin mirarme a la cara, mucho menos a los ojos, y con tanta gelidez e indiferencia como cabía esperar en una pantomima. Me llevaba como pareja de baile porque era joven, supuestamente bonita, y sabía comportarme.

Poco más.

Me vendaron los ojos para salir de la mansión, tomada de su mano como guía, y no se me permitió retirar el antifaz hasta estar, prácticamente, a las puertas de Claire House. No intercambiamos ni una palabra durante el trayecto, aunque mi corazón bombeaba con tal intensidad que temí que Valent lo escuchara en mitad de aquel silencio sepulcral.

Una vez en destino, decidí dejar de compadecerme de mí misma y consolar mi alma herida con toda la belleza que nos rodeaba. Me dediqué a asombrarme con la exuberancia de la decoración. Miles de flores rojas como gotas de sangre recién derramada. El intenso y embriagador perfume deslizándose de sala en sala, como una neblina invisible. Las arañas de cristal pendían del techo, con cientos de velas, soltando arcoíris de destellos coloreados. La nutrida orquesta que amenizaría la velada con sus piezas, ya situada y dando los toques finales a la afinación.

Todo lo que cabía esperar de un St. Claire y su adinerada estirpe.

Al recordar los días vividos con el conde en aquella mansión, noté un aguijonazo de nostalgia. Allí nos habíamos aproximado mucho, quizá más de lo conveniente.

Intimando desde lo más profundo.

Me había abierto el corazón y se había mostrado tan solícito y atento que me había hecho sacar conclusiones ridículamente románticas.

Recogí al vuelo la lágrima que se escapó por el rabillo del ojo y me coloqué en mi lugar, en segundo plano detrás del anfitrión, cuando las puertas de aquella espectacular residencia se abrieron para recibir a los encopetados visitantes.

Uno tras otro, fueron desfilando.

Haciéndole los honores a St. Claire, agradeciéndole tanto la organización de la velada como la invitación misma, alabando el buen gusto decorativo y otro ciento de cosas superfluas más. Eran vampiros, sobre todo, supuse que habría algún humano insensato que no sabía dónde se metía, aunque no reconocí a ninguno, y casi empezaba a aburrirme, cuando llegó el primer sobresalto de la noche.

Los autores de mis días.

Tanto padre como madre fingieron no verme siquiera, menos aún conocerme, cumplimentaron a St. Claire con la elegancia y mojigatería esperadas, y enseguida pasaron a fusionarse con la bulliciosa multitud que se movía en la gran sala, como una lluvia de estrellas en pleno verano.

La segunda conmoción, superada la de mis padres, fue lady Bravery.

Serena.

En verdad era audaz aquella mujer. Presentarse en la fiesta de su raptor, del que había escapado dejando a su espalda una ristra de cadáveres sanguinolentos, y mirarlo a la cara con el mayor descaro. Mi admiración por ella escaló hasta la cima del monte imaginario más alto.

—Duquesa.

Juraría que oí temblar ligeramente la voz de Valent al saludarla. Tan sutil que enseguida pensé que lo había imaginado.

—Lord St. Claire. Mi más sincera gratitud por su invitación.

—Mi reconocimiento por haber tenido la gentileza de aceptar.

Ahí sí que cortaron los tonos como una cuchilla afilada sobre piel fina. Tanto por parte de él, como de ella. Un duelo de titanes, dos voluntades enfrentadas sin manifestarse, envueltas en falsedad y en sonrisas.

—Espero tener el honor de que me conceda un baile esta noche, duquesa.

—No sabría decirle, milord. Tengo comprometido el carné. Es posible que pueda hacerle un hueco en algún momento. ¡Helena! ¡Querida!

Me descubrió, por más que quise impedirlo y pasar desapercibida. E hizo un aspaviento con el brazo, casi apartando a St. Claire de su camino, para sacarme de mi rincón seguro y arrastrarme con ella.

—¡Cómo me alegro de verte! No sabía que asistirías.

En un abrir y cerrar de ojos, lord St. Claire se había quedado atrás, saludando y recibiendo a gente, y nosotras nos mezclábamos con el sinfín de aristócratas vanidosos, desapareciendo como dos volutas de humo.

Serena no me soltó, en ningún momento, la mano. Al contrario, conforme daba rienda suelta a su preocupación, me la apretaba más.

—¿Estás bien? ¿Han sospechado de ti? —susurró apresurada — ¿Te han acusado de algo?

—¿Cómo habrían de hacerlo, si cuando me dirigía a llevar el agua emponzoñada a los centinelas St. Claire me salió al encuentro y me encerró en su alcoba?

—¿Estuviste con él todo el tiempo? Es una magnífica coartada.

Pareció alegrarse mucho, como si se quitase un gran peso de encima.

—Duquesa, lo siento, lamento lo indecible no haber podido cumplir con mi parte del plan. ¿Cómo escapó? ¿Cómo lo consiguió? ¿Y por qué está hoy aquí?

—Necesito sacar al conde de sus casillas. Y aquella noche… bueno, conté con una ayuda inesperada. Sin embargo, eso ahora carece de importancia. Me preocupabas tú, querida. —Me acarició la mejilla con la mano enguantada—. Voy a sacarte de allí en cuanto pueda.

—Mis padres han venido, aunque voy a procurar no cruzarme con ellos siquiera. Cualquier mirada o gesto fuera de lugar podría delatarnos.

—Bien pensado. Relájate, sonríe y vamos a divertirnos. Estás preciosa.

Capítulo 48

Valent St. Claire

Con toda probabilidad, el primer plan de su excelencia, lady Bravery, aquella noche, era perturbarme todo lo posible.

No volví a verla en lo que restó de velada y lo peor del asunto, es que también hizo desaparecer a Helena. Ahora la duquesa era una amenaza, era el enemigo, clamaría resarcimiento por todo el mal que le habíamos causado y solo los infiernos sabían qué información le estaba sonsacando a mi iniciada. Un poco antes, habría puesto las manos en el fuego por Helena. No obstante, ahora, con lo mal que la venía tratando, tendría bien merecido que decidiera traicionarme.

Aquello no iba bien. No iba nada bien.

Exhibir mi calma y mi total inocencia en público celebrando un baile, había sido la feliz ocurrencia de Helena y yo la necesitaba a mi lado, aconsejándome para que las cosas no desvariaran. Sin ella me sentía confuso y perdido, preguntándome hasta qué punto aquella treta había sido un acierto o qué paso dar a continuación.

Cuando me hallaba en el culmen de mi angustia, cuatro mujeres que no había visto antes me abordaron desde sus joyas relucientes y sus sonrisas de palco.

No tenía ni idea de quiénes se trataba.

—Lord St. Claire. —La mayor de ellas, más adelantada, tomó la batuta y alargó la mano para que se la besara—. Mis hermanas y

yo nos sentimos muy honradas de que haya contado con nosotras para esta magnífica fiesta.

Hermanas… ¿qué demonios?

¡Diantres! ¡Las brujas!

¡Las brujas de Kensington!

Noté la sacudida en cuanto mi mano hizo contacto con la suya. Un temblor que me recorrió entero, igual que un relámpago. Entonces la miré a los ojos. Y fue como asomarme a un agujero profundo y negro, directo al quinto círculo del infierno.

Eran cuatro mujeres atractivas, aparentemente jóvenes, aunque de edad indeterminada, cargadas de piedras preciosas y ropajes caros.

Sin compañía masculina, pero felices.

—Es una lástima que lord Bravery no haya acudido a divertirse esta noche.

—Hasta donde sé, lord Bravery está muerto —susurré entre dientes, aderezando mi respuesta con una sonrisa ladina.

—No me refería a ese lord Bravery.

—Curioso. Yo me refería a los dos, señora…

—Crowder. Araminta Crowder. Y soy señorita.

—Disculpe el error —me apresuré a rectificar.

—Permita que le presente a mis hermanas, Seraphine, Enora y Fiona.

Dediqué las correspondientes inclinaciones de cabeza a cada una de ellas, sin lograr que mis músculos tensos ni mi ceño se relajaran. El peso infame de aquellos ocho ojos sobre mi persona contaminaba el aire de la sala, haciéndolo pesado e irrespirable.

—Un placer. Bienvenidas a mi casa. Espero que se diviertan.

—Oh, sí, estamos convencidas de que, aun en ausencia del duque, será una celebración inolvidable.

Entonces, como una ráfaga de fuego en mitad de la multitud, distinguí a Helena. El rojo de su cabello concentró, de pronto, todo el protagonismo y mi atención. Noté un golpe de alivio al saber que no había abandonado Claire House. Las pupilas inquietas de Araminta Crowder siguieron la dirección de mi mirada y se toparon con ella.

Hubo un levísimo sobresalto, un atisbo de interés mal disimulado.

Helena se esfumó al instante.

—Espero verlas de nuevo, señoritas. —Volví a inclinarme, loco de ganas por librarme de su angustiosa vigilancia—. Prométanme que lo pasarán bien, y no se olviden de probar el ponche. Es una receta familiar, ancestral y muy secreta.

—Sepa que nos encantan las pócimas, conde. Qué maravilla.

El malestar que se me alojó en la boca del estómago tras el encuentro con las Crowder, no me abandonó durante toda la gala. Mi memoria reprodujo cien veces la torva intención de aquella mirada cuyo objetivo era Helena, y temí por ella.

La torpeza de Bryen podía ponernos a todos en peligro, mas no permitiría que supusiera también una amenaza para la mujer que...

Para mi iniciada.

A partir de ahí, el resto del baile se convirtió en un auténtico suplicio. Necesitaba parlamentar con la duquesa, confirmar el centelleo de esperanza que me había parecido ver brillar en sus ojos y que, seguramente, no era más que una alucinación. Me había parecido ver una suerte de mensaje mudo que me indicaba complicidad, que no pensaba delatarme… al menos, por el momento.

También necesitaba bailar con Helena. Rodear su breve cintura con mi brazo y pegarla a mi cuerpo hasta emborracharme con su aroma. Permitiendo que el calor del anhelo se arremolinara como una tormenta a pique de explotar en mi vientre.

En contra de mis deseos, me vi obligado a atender a mis numerosos invitados. Conversaciones intrascendentes, saludos ceremoniosos, cotilleos sociales que no me interesaban, agasajos vacíos, frases que me adulaban, sonrisas que pedían favores. Largas

peroratas sobre arte y compositores de ópera emergentes que ni conocía ni estaba interesado en conocer.

Esos eran los motivos de que me mortificara tanto la vida social. Un puñado de vampiros grandilocuentes comportándose como aristócratas humanos. Sin embargo, en ningún momento dejé que mi mirada reposara.

En ningún momento dejé de buscar.

En un determinado instante, como una visión fugaz, volví a localizarla. Sus labios del color de la sangre cuyo dulce sabor ansiaba por las noches, su cabello, donde tantas veces había hundido mis dedos, refulgiendo bajo las velas de las arañas, su maravilloso vestido color esmeralda; felina y etérea como una diosa.

No estaba con Serena, estaba sola, rodeada por las hermanas Crowder que la repasaban con avaricia.

Sentí una sacudida de pánico atravesarme el pecho. Formulé unas atropelladas disculpas a los nobles que arrollaba con mi avance, crucé el enorme salón casi a la carrera, la atrapé por el brazo y tiré de ella, desquiciado, olvidando las formalidades, la respetabilidad y el decoro. Fuera de mí, me la llevé a un pasillo adyacente a la sala de baile, lo suficientemente retirado, oscuro y privado como para poder respirar de alivio.

—¡No te acerques a esas mujeres! —rugí furibundo— ¡No se te ocurra acercarte! ¡Ni permitas que ellas lo hagan!

Los expresivos ojos de Helena pestañearon confusos.

—Pero… ¿Por qué razón?

—He dicho que no les dirijas ni la palabra. Con eso basta.

—Son muy amables. Me han dicho que son viejas amigas de tu familia, que te guardan mucho aprecio…

—No las conozco de nada. Solo sé que están ayudando a Bryen con conjuros y hechizos, que practican la magia negra, y no las quiero cerca.

Se me quedó mirando, pasmada y aturdida, sin saber qué decir. Con los labios húmedos y deseables entreabiertos por el miedo. Con mis dedos apretando su brazo como una zarpa, seguramente haciéndole daño.

No pude soportarlo más. Tiré con violencia de la muchacha y me la pegué al pecho. La rodeé con ambos brazos y me perdí en los recuerdos que ella no había dudado en regalarme.

—Maldita sea, Helena. Odio que me preocupe lo que pueda sucederte.

—Amo.

Noté cómo sus delgados brazos se cerraban en torno a mi cuerpo.

—No te separes de mí un solo instante. No lo hagas.

—Pero no es correcto que nos vean juntos, amo, yo no debería haber venido como su acompañante, podría comprometernos a los dos.

—Al diablo la etiqueta y los rituales. Al infierno con todo. Solo quiero que estés a salvo. ¿Acaso es mucho pedir?

Ella quiso desasirse, con toda probabilidad para interrogarme directo a los ojos, y no se lo permití. Nos quedamos allí, varados en mitad de un pasillo interminable a oscuras, abrazados, siendo consciente de que la deseaba como un jovencito apenas iniciado en las artes amatorias, no como un vampiro de doscientos años, curtido, plagado de cicatrices y curado de espantos.

—Sube a mi alcoba y espérame allí. Subiré en cuanto acabe esta condenada equivocación. Quiero decir, fiesta.

—Desea… ¿que me quede? —pestañeó extrañada— ¿Que me quede a pasar la noche?

Le acaricié el pelo y le besé la frente.

—Voy a hacerte mía tantas veces y con tanto ímpetu, que me suplicarás que pare.

Capítulo 49

Valent St. Claire

Dos días más tarde, recibí la desconcertante nota en la que su excelencia la duquesa viuda de Bravery, me convocaba a un encuentro.

Solos nosotros dos reunidos. Para llegar a un acuerdo.

¿En qué clase de acuerdo estaba pensando?

Ella, la muy desvergonzada, después de haber osado aceptar mi invitación y presentarse en Claire House, en mi baile, para mirarme con descaro a los ojos y retarme con una sonrisa perturbadora, cosa que jamás sospeché que haría, la denominaba «tregua».

Yo más bien me inclinaba por el calificativo «trampa».

No tardé en variar de opinión, cuando leí la extensa carta que acompañaba a la nota, desgranando las instrucciones que obligatoria y necesariamente habría de seguir, si aceptaba la propuesta de vernos.

Todo un protocolo de precauciones para una entrevista pacífica en terreno neutral, sin consecuencias que lamentar para ninguna de las partes implicadas.

Nos encontraríamos en una iglesia, concretamente, *St. Dunstan in the East*, la edificación gótica normanda del siglo XI, situada entre la torre de Londres y el puente. En pleno centro, solo que en un rincón lo bastante silencioso y olvidado como para pasar

desapercibida. Parcialmente destruida por el Gran Incendio de 1666 y solo reconstruida a pedazos, seguía manteniendo tramos cerrados al público y, los que continuaban abiertos, eran poco frecuentados, salvo por los fieles más antiguos.

A la entrada, en el tercer confesionario, alguien me esperaría. Allí debía depositar una bolsa de viaje con, ni más ni menos que mil libras a modo de fianza, que recuperaría al salir, siempre que no incumpliera ninguna de las reglas.

Del mismo modo, en el confesionario debía entregar mis armas.

Todo correcto, teniendo en cuenta que mis armas más mortíferas eran mi titánica fuerza y mis afilados colmillos, y eso no podían arrebatármelo. Había que considerar, no obstante, que pisando suelo sagrado, habilidades como la velocidad y la fuerza, disminuían notablemente, en algunos individuos más débiles, hasta casi desaparecer.

Mantuve los papeles en las manos, tentado de arrojarlos a la chimenea en un arranque de estúpido orgullo, y se me escapó una sonrisa torcida.

Era astuta la duquesa, ¡vaya si lo era!

Lo había programado todo con una meticulosidad exagerada. Haciendo posible lo que a simple vista parecía una quimera: reunir en un único espacio a los representantes de intereses enfrentados, con el objetivo de dialogar y llegar a un punto medio, sin matarnos.

¿Por qué a nadie se le había ocurrido algo así hasta ahora?

Aquella mujer era brillante.

Brillante y valerosa como no la había conocido igual. Si exceptuaba a Helena.

La misiva procedía de Shadow Hall y a esa misma dirección envié mi respuesta, aceptando. Ello significaba que, tras lo sucedido en aquella mansión, estando muerto su esposo, su decisión había sido regresar e instalarse de nuevo en Mayfair, pese a todo.

Increíble. Admirable.

Me detuve un instante a analizar lo que Serena me provocaba.

Si eran emociones o sentimientos o ambas cosas mezcladas a la vez. Hubo un tiempo en que la deseé con hambre ciega, consumido por la fiebre y la desesperación, con solo recrearla en mi memoria. La había tenido a mi merced, para poder hacer con ella lo que se me antojase y, así y todo, quise actuar como el caballero que me habían enseñado a ser y no forzarla, algo que solía ser habitual entre los vampiros de clase alta.

Aunque no contra una duquesa, por todos los dioses del Averno.

Quise que fuera ella la que se entregase. Voluntariamente. Todo un ceremonioso ritual del que no me arrepentía en absoluto, dado que, de haberla violentado, el vacío posterior habría sido espeluznante. Un proceso que al final no había llegado a ninguna parte y que acabó bruscamente con su huida.

Y una vez que no la tuve, entendí que no era amor, ni mucho menos, lo que me ataba a ella. Era simple deseo carnal. Era fantasía, antojo, extravagancia y desvarío.

Puede que admirase profundamente a lady Bravery, sin embargo, no la amaba. Podía vivir sin ella.

Si por el contrario pensaba en Helena, en mi pequeña bruja de pelo de fuego, mis entrañas se encogían y las excusas se esfumaban en un remolino multicolor.

Kensington Hollow

La sirvienta de las hermanas Crowder se llamaba Branwen y no solo era muda. También era gris como un espectro. No comía, no bebía, no envejecía, igual que sus amas.

Las Crowder más jóvenes sospechaban que se trataba de un ánima atada a la casa por culpa de un ritual fallido. El caso es que la respuesta a tal cuestión solo la tenía Araminta y jamás había querido desvelarla.

La mujer condujo a la atribulada muchacha hasta el saloncito donde sus amas bordaban y tomaban té, como la más pura imagen del candor y las buenas maneras. Tuvo que empujarla desde atrás, dado que cuando las damas alzaron las miradas para posarlas en la desconocida, esta se ruborizó hasta el nacimiento del cabello, y se quedó clavada en el sitio sin poderse mover.

—Adelante, muchacha, adelante —la animó Fiona con su melodiosa voz.

—Gracias… muchas gracias, señoras… gracias por… recibirme —tartamudeó la joven al borde del desmayo.

Araminta la repasó de pies a cabeza, poniendo especial interés en lo humilde de su vestimenta, sus marcadas ojeras y en su abultada tripa de embarazada.

—Debes de estar aterida de frío, pobre niña. Ven, siéntate aquí, con nosotras, frente al fuego. Branwen, sírvale una taza de té al instante. ¿O prefieres un chocolate bien caliente?

Por el modo en que se le desencajaron los ojos y las pupilas le soltaron un centelleo, las hermanas adivinaron que aquel desdichado paladar no había catado el manjar llamado «chocolate» en su mísera vida.

—Cho… ch…

—Chocolate, Branwen, gracias —zanjó Araminta rotunda.

Conforme la chiquilla tomaba asiento, con una torpeza digna de elogio, sujetándose la voluminosa barriga con las dos manos, dos de las Crowder se relamieron y una tercera, sentada bastante más lejos, le lanzó una mirada codiciosa.

—Se dice que ustedes son almas piadosas, que… que ayudan a muchachas descarriadas como yo.

—Por supuesto. ¿Has cumplido ya las ocho lunas?

—En breve, señora. Faltan solo unos días.

—Y dinos, pequeña, ¿quién ha sido? ¿Un desconocido en la calle? ¿Un supervisor de las fábricas? ¿Tu proxeneta? ¿Tal vez algún hermanastro díscolo? —se interesó Enora con tono pegajoso.

Los ojos de la muchacha se volvieron vidriosos.

—El señorito de la casa donde servía… —logró aclarar tras muchos intentos.

Las hermanas intercambiaron miradas censuradoras.

—No digas más, hija mía. Te ayudaremos —aseveró Araminta con una sonrisa aceitosa—, claro que te ayudaremos.

—Como hemos ayudado a otras muchas antes que tú. ¡Oh! Aquí llega el chocolate. Bébelo y caliéntate por dentro.

Las cuatro hermanas sonrieron amplias, a la vez.

—Te sentará de maravilla.

Capítulo 50

Serena de Bravery

—¿Ve, milord, como no era tan difícil? Tantos recelos, tantas sospechas por su parte. La negociación de una tregua solo exige una pizca de buena voluntad compartida. Sea bienvenido.

Lo observé, varado bajo el dintel de piedra de la puerta demasiado baja para su estatura. Imponente como la escultura de un genio.

Y una vez más, por mucho que me repeliera, se me encogiesen las tripas de amargura y se me erizase la piel, tuve que reconocer que su belleza era apabullante.

—¿Es cierto que estamos solos? ¿Solos usted y yo?

Hice un movimiento de vaivén con la mano. La sala era angosta y claustrofóbica, y estaba desierta, de no ser por la destartalada mesa que tenía delante y un butacón idéntico al mío, cuyos lujos y brocados parecían fuera de lugar, esperando desocupado a que él se sentara.

—A la vista queda.

—Tiene usted mucho valor, duquesa. Podría tomar represalias por la humillación de su fuga.

—Podría —accedí con una calma desesperante—. Sin embargo, de hacerlo, perdería su depósito de mil libras.

—Que puede que no me duela tanto como no darle su merecido.

Hice un gesto con el que le indicaba que mi paciencia se acercaba al límite. Que los preámbulos ya sobraban.

—Qué, conde, ¿se sienta o no? —lo azucé con una tibia sonrisa entre los labios.

Consumió el espacio que lo separaba de mí y se acomodó sin más protestas.

—Esto —comenzó refiriéndose al formato de nuestra reunión —, si me lo permite, cabe calificarlo de muy inusual

—Esto, mi estimado St. Claire, es inteligencia —lo corregí—. Es buscar soluciones a los problemas en lugar de enzarzarse en discusiones estériles y guerras eternas; es demostrar que en una misma ciudad pueden coexistir dos facciones opuestas que colaboran sin necesidad de ser enemigos.

—¿Es eso lo que viene a proponerme? ¿Una colaboración con una logia proscrita? —Arqueó las cejas con asombro— ¿Y qué tiene que decir a tal sugerencia la todopoderosa Hermandad Real? ¿Consentiría? ¿De qué autoridad se sirve, si puede saberse?

—Vaya, veo que no lo tienen al día de las buenas nuevas. Mi querido padre político debe de estar vomitando bilis después de haberse enterado. Ahora soy la primera princesa de la Hermandad Real, en calidad de sustituta de mi hijo, hasta que alcance la madurez.

Su rostro era una máscara pétrea que no dejó traslucir el sobresalto que le provocó la noticia. Se limitó a inclinar con galantería la cabeza, y su comisura derecha tembló de forma imperceptible, como si me felicitara por el nombramiento.

—Así que sí, conde, como ve, estoy legitimada para convocar y asistir a esta… llamémosle *asamblea*, y para cerrar acuerdos en ella.

—Solo que no se ha molestado en poner al tanto al resto del tripartito.

—Digamos que no están abiertos a la conciliación. Yo, por el contrario, sí.

—La secuestré, la separé de su hijo, la ultrajé. ¿Se puede saber por qué pasa todas esas ofensas por alto?

Llegados a ese punto, me costó una enormidad mantener la calma.

—¿Quién dice que las paso por alto? Pero estamos aquí para hablar de negocios, milord, no para debatir cuestiones personales, no lo olvide.

Valent echó el peso de su tremendo corpachón hacia adelante, sobre la mesa, proyectando una sombra gigantesca que me cubrió por entero.

—Pensé que me delataría. Es la única que conoce mi identidad, mi vínculo con la Rosa Negra.

Mentira.

«*Alguien más lo sabe. Lord Corset, que fue testigo de cómo asesinaste a mi esposo, maldita criatura*».

Mas no podía contarlo y descubrir mis cartas. Si mencionaba a Corset, él podía pensar en «aquella noche contra Arthur» y atar cabos. No. Valent no sabría que yo conocía los pecados de su mano asesina hasta que acabara con su vida.

—No me interesa si puede o no pavonearse por los salones. No busco que los Reales lo estigmaticen. Ni siquiera persigo que la Rosa Negra desaparezca.

Esta vez, su desconcierto fue real, sincero y evidente.

—Como le he anticipado, mi propuesta es una tregua. Un acuerdo que conlleva un reparto justo del mercado.

—Y ya que ha decidido correr el riesgo, ¿por qué no negocia directamente con Bryen? Al fin y al cabo, es la cabeza de la logia.

—Porque Bryen… está muerto. Usted va a matarlo.

Valent apretó los labios, entrecerró los párpados y su garganta emitió un siseo.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dicen sus ojos. Y cuando eso suceda, usted quedará al frente de la logia, como máximo dirigente. Cada cosa en su lugar. Únicamente me anticipo.

Valent St., Claire dedicó unos minutos a meditar y yo no lo interrumpí. Tampoco quería presionarlo. Era importante que estuviese plenamente convencido de lo que le planteaba, que

destacase con nitidez las bondades del convenio y la posibilidad de un futuro en relativa paz.

—No es necesario que nos liquidemos a dentelladas entre nosotros, conde. Nada más lejos de mis deseos que entregarle a mi hijo una herencia envenenada donde mantenerse con vida sea casi un milagro divino. En Londres hay negocio para todos, ya no digamos en la extensa Inglaterra.

—Es… Resulta extraño escucharla, duquesa. La finalidad principal de la Hermandad Real ha sido siempre exterminar a la Rosa Negra.

—Y lo que han conseguido es que sobrevivan y que cada vez sean más poderosos. No nos engañemos, ya controlan casi la totalidad del mercado del opio, los fumaderos. Pronto serán tan ricos que los Reales empezaremos a tener problemas.

—¿Y cómo piensa solucionarlo? ¿Averiguando dónde se repliega la logia? ¿Organizando un ataque seguido de una carnicería?

—No, conde, eso es lo que planearían los príncipes, pero no yo. No es mi estilo, así no se hacen las cosas. ¿Se contentarían ustedes con el opio? ¿Con ese mercado al margen de la ley respetando las fábricas y el ferrocarril?

—¿Con todo el opio?

—El mercado en su totalidad. Importaciones y distribución.

—¿Al margen de inversiones privadas?

—Desde luego. Ustedes, como particulares, pueden invertir donde deseen.

Asintió con un cabeceo seco.

—Podría ser. Considerémoslo un principio de acuerdo.

Lo fulminé con una mirada brotada de las mismísimas hogueras del purgatorio.

—Entonces, St, Claire, acabe con Bryen Winley. Ese es el precio. Mátelo y firmaremos nuestra tregua y el futuro de todos. Somos los próximos mil años del mundo.



Capítulo 51

Valent St. Claire

Salí ileso de la reunión con la duquesa, ahora, primera princesa. No daba crédito.

Recogí mi dinero, recuperé mis armas y volví a la Rosa Negra en un carruaje de alquiler, sin dejar de darle vueltas en la cabeza a la condición que Serena me había impuesto. Y al hecho de que, curiosamente, coincidiera con mi interés prioritario.

—Milord, el amo Bravery… el Gran Maestre le espera en su despacho.

El mayordomo de la logia me salió al encuentro nada más aparecer, congestionado, nervioso y con palpitaciones. Prácticamente me arrebató la chistera, el bastón y la capa de las manos, perdido en una sarta de reverencias de las que deduje que el humor de Winley sería el de una hidra de seis cabezas y los habría atemorizado a todos.

—Infórmele que voy enseguida.

—Amo St. Claire, se lo ruego… amo.

Me negué a dejarme llevar por el agobio y la histeria de otros, cuando precisamente venía de realizar un esfuerzo sobrehumano por mantener la frialdad y fingir un sosiego que andaba lejos de padecer.

—Voy enseguida —silabeé.

Cuando Helena llamó con los nudillos a la puerta de mis aposentos y la hice entrar, me encontró sentado junto al ventanal, en mi poltrona de siempre, hosco y meditabundo, con el mentón apoyado en la mano y el entrecejo plegado.

—¿Ha llamado, amo?

—Sí, Helena. Cierra la puerta y escucha atentamente lo que tengo que decirte, porque es de suma importancia y no pienso repetirlo.

Obedeció y caminó hasta mí, muy intrigada, sentándose en el suelo, junto a mis pies.

—Acabo de entrevistarme con lord Bryen y lo que me ha comunicado me empuja, de una vez por todas, a dar por definitiva una resolución que ya venía bosquejando desde hace algunas semanas.

—¿Tiene que ver conmigo?

La miré con un nudo espantoso en el estómago y muchas ganas de acariciar la suave piel de su mejilla.

—Tiene que ver contigo, Helena. Voy a devolverte a casa de tu padre.

—¡Amo!

—¿Recuerdas esas mujeres que te abordaron en el baile y sobre las que te previne?

Helena aspiró una bocanada de aire y se llevó la mano, impresionada, al pecho.

—Las… ¿brujas?

—Le han exigido a Bryen que te entregue.

—¿Que me entregue? ¿A mí? ¿Por qué causa?

—Alegan que han detectado en ti… aptitudes.

—Aptitudes, ¿para qué?

—Para practicar la magia negra, desde luego.

—¿Yo? En toda mi vida… ¡Eso es un auténtico disparate!

—Y aunque no lo fuese. Antes te estrangularía con mis propias manos que dejarte a merced de esas arpías.

—Esas mujeres…

—Esas mujeres son brujas. Y solo Belcebú sabe para qué te quieren. Algo advirtieron en tu persona durante el baile, se las veía

claramente interesadas. Volverás a tu casa, al amparo de tu familia. ¿Quién podría protegerte mejor que ellos?

—Amo, mi padre no es…

—Repito. —Endurecí el tono—. ¿Quién podría protegerte mejor que el tercer príncipe de la Hermandad Real?

Helena me observó boquiabierta. Con la misma expresión de una niña cuando la cazan cometiendo una travesura irreparable.

—¿Desde cuándo lo sabe?

Contuve una carcajada sardónica, perfecta muestra de mi catastrófico estado de ánimo en aquel momento.

—Desde que llegaste. ¿Por qué, si no, piensas que te ordené limpiar? Primero quise denigrarte, vengándome así de él, de su mera existencia y de su burdo intento de espionaje. Sin embargo, más adelante descubrí algo inaudito. Algo con lo que no contaba.

—¿El qué?

—Tu lealtad.

—Mi lealtad.

—Me has demostrado con creces tu valía, Helena. Que puedo fiarme de ti, que de algún modo y por razones que no acierto a entender, me eres fiel.

La vi agachar la cabeza, abrumada, como si ocultase algo que le picaba en la punta de la lengua sin acabar de dejarlo salir.

—Sabe que no compartía su postura frente al cautiverio de la duquesa.

Asentí sin añadir palabras. Porque pese a discrepar respecto de Serena, no se había inmiscuido.

—Quiero que sepa que la habría liberado de haber podido.

—Helena…

—Es la verdad, lo habría hecho. Esa mujer magnífica no se merecía esa suerte horrible ni que la tratasen como a una….

—Lady Bravery ya no está entre nosotros —interrumpí cortante—, y es posible hasta que retenerla fuese un error. De forma que es absurdo hablar de ella.

—Sin embargo, le ha tendido una mano amiga y usted ha decidido tomarla.

—Yo no le llamaría *amiga*. Es más bien un arreglo de conveniencia.

—Llámele como guste, amo, eso es lo de menos. El caso es que esa dama sigue muy presente.

—Ahora, lo único que me importa es sacarte del radio de acción de Bryen Winley, alejarte e impedir que tenga oportunidad de entregarte a las Crowder, que sobrevenga una desgracia que no podamos enmendar. Antes de que sea demasiado tarde.

Helena se incorporó a medias. Pasó de estar sentada a mis pies, a estar de rodillas, apoyada en mis muslos. Movió las manos a lo largo de mis piernas hasta alcanzar las caderas, para enseguida volver a bajar. Mi bragueta reaccionó con virulencia a su caricia y ella me sonrió pícara desde debajo de sus pestañas.

—Te deseo —me dijo, saltando por encima de los tratamientos formales.

Me incliné y la tomé por las axilas.

—Ven aquí. Desabróchame los pantalones y métetela en la boca. Disfrutemos un poco y cuando caiga la noche, desapareceremos.

Capítulo 52

Valent St. Claire

—¿Dónde está? ¿Dónde diablos se mete esa muchacha estúpida?

Los gritos desaforados del antiguo duque de Bravery resonaban por los corredores y encogían de miedo a los sirvientes, esclavos y guardias.

A mí no.

Estaba preparado para soportar la presión de su enfado. De su desenfreno y su cólera al percatarse de que Helena de Blackbury no se encontraba en la logia.

—No sé a quién se refiere, Winley.

Me miró con un odio destructivo en las pupilas.

—¿Me tomas por imbécil? —La hostilidad de su mirada aumentó con la acusación— ¡La escogiste como iniciada! ¡Esa chiquilla no se separaba de ti ni un segundo! ¡Hasta dicen que te la llevaste al baile que celebraste en Claire House!

—Lo cierto es que no volví a verla desde esa noche. Tuvimos una especie de altercado. Esa muchacha… albergaba pretensiones respecto a mí que andaban lejos de ser posibles. Tuve que poner tierra de por medio.

—¿Y entonces? —reclamó sin rebajar ni un ápice su ira.

—Le ordené que abandonara la Rosa Negra. Dimos por terminada su iniciación.

—¿Eso es todo? ¿Dónde está ahora?

—¿Y cómo quiere que lo sepa?

—¡St. Claire…!

—¿Winley?

—¡Te advertí expresamente de que debía entregar a la muchacha!

—Espero que entienda que sus promesas y compromisos no son asunto de mi incumbencia, ni está en mi mano ejecutarlos.

—¡Mi obligación es entregarla y contentar a las hermanas Crowder, tal y como me han solicitado! Y tú estabas al corriente de la petición y de la importancia de no contrariarlas.

—¿Acaso pretendía que la retuviese por la fuerza?

Todas mis réplicas estaban, desde luego, teñidas de una leve burla que el antiguo duque no pareció percibir o acaso su disgusto era de tal calibre, que los truenos y centellas que despedían sus voces eclipsaban mi desdén.

—¿Qué se supone que debo decirles ahora a esas damas?

—Seguro que es capaz de encontrar la excusa perfecta que lo exime. Y ahora, Winley, si me disculpa, tengo mucho que hacer.

Lo ventilé con una acelerada inclinación de cabeza, di media vuelta y escapé de la sala antes de que siguiera golpeándome con sus quejas.

Sin imaginar lo que dejaba detrás. Fantaseando, ingenuamente, con que era el vencedor, al menos, de la primera fase de aquella ruda contienda.

Tomé la agria discusión como punto de partida para el golpe de estado que acabaría con Bryen. Primero lo desligaría de la Rosa Negra. A continuación, acabaría con él usando mis propios métodos.

Gracias a mi gestión impecable al frente de la logia en ausencia de Winley, mientras fue sometido a juicio por sus crímenes

y posteriormente encarcelado, mi relación con los Maestres era espléndida. Así que los convoqué con todo el secreto posible, rogándoles máxima discreción frente al antiguo duque, y los puse al corriente de la grave situación.

—Nos está vendiendo a las brujas. Tarde o temprano esas mujeres exigirán su recompensa. Y será la que se les antoje, porque si el mercado del opio reposa en sus hechizos, pueden chantajearnos y amenazarnos con retirarlos cuando gusten. No pienso permitir que la Rosa Negra sea prisionera de un maldito aquelarre.

Todos estuvieron de acuerdo en que el movimiento llevado a cabo por Bryen implicaba grave peligro y que, de no ponerle coto de inmediato, pronto alcanzaría el punto de no retorno. Había que impedir que el fundador siguiera al frente de la logia, despojarlo de sus poderes para bloquear aquella operación destrozo.

—La opción más viable es destituirlo.

Votamos y nadie se opuso a mi moción. Fue una suerte de juramento de lealtad entre caballeros, al más puro estilo medieval.

Con Helena a salvo en casa de sus padres, bien aleccionada para que no se dejara sorprender por las Crowder de ninguna forma imaginable, sintiéndome en plena libertad de movimientos, llegaba el momento de borrar a Bryen del mapa.

El corazón me tronaba al galope, espoleado por un entusiasmo enfermizo que me gritaba que, una vez se hubiera eliminado el escollo que suponía y, gracias a la tregua de colaboración que firmaría con los Reales, todo podría recomenzar desde una perspectiva mucho más optimista. Crearía una junta de gobierno con los Maestres, que tomaría las decisiones más vitales por postura mayoritaria, y podría tener a Helena a mi lado sin temer por su vida.

Lejos estaba de suponer lo que se fraguaba a mis espaldas.

La tarde en que acudí a la asamblea donde se acordaría el cese de Bryen, nada más cruzar el umbral de la sala y oír el ruido de las puertas cerrándose por detrás, me sacudió un presentimiento insano. Un presagio funesto, una corazonada que olía a profunda

maldad, al atisbar las miradas perdidas de los miembros del cónclave.

Pupilas desenfocadas y vacías que no miraban a ninguna parte en concreto, como si durmieran con los párpados abiertos o estuviesen ciegos.

—Bienvenido, St. Claire —saludó cortante Bryen.

Había tanta vileza y depravación en sus ojos, tanta gelidez en aquellas palabras suyas, que un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—Puedes sentarte. O quedarte de pie. No sé bien cómo se debe tratar a un traidor, jamás he mantenido uno vivo entre mis filas.

Lo sabía. ¡Condenada suerte! ¡Lo sabía!

Y todos los demás, a juzgar por su aspecto, estaban conjurados.

Bryen había conocido mi propósito con tiempo suficiente para recabar la ayuda de las brujas y defenderse.

Y ahora era yo el que estaba al borde del precipicio, señalado de muerte.

—Así que pretendías anular a tu mentor para quedarte con su puesto antes de tiempo, ¿no es así? ¿Hasta dónde llega tu ambición, Valent St. Claire?

Mi columna se irguió de un tirón, mi mentón alzado con arrogancia, mis ojos los contemplaron desde arriba. No había llegado a sentarme. Los Maestres callados, con ambas manos extendidas sobre la mesa en una postura anormal y los rostros tan inexpresivos como una colección de máscaras de cera.

Por todos los infiernos, habíamos perdido nuestra mejor oportunidad.

—Nadie en la Rosa Negra quiere tratos con la hechicería —recalqué con aspereza.

Bryen arqueó las cejas.

—Vaya. Pero sí queremos el mercado del opio. Sí queremos controlar las voluntades de los que suponen una molestia. Sí queremos derrotar al enemigo. Y cuando el deseo nos invade, lo de menos son los métodos, ¿no te parece?

—Brujos no —insistí.

—He sido tu mentor, St. Claire. Me lo debes todo. Obediencia, respeto y admiración. Y en lugar de profesármelo, urdes una trama para derrocarme, robarme la posición que me corresponde. Eres un traidor. Ya no eres grato en esta Casa.

Reculé tres pasos. Muy lentamente.

Bryen no mostró el menor atisbo de pretender detenerme.

—Aún no están dichas las últimas palabras —rugí.

—¿Te parece? Yo creo que sí.

Giré sobre mis talones, con todos los sentidos alerta. Sin llegar a darles la espalda, mi brazo volteó y abrió la puerta que me conduciría a la libertad. Fue todo muy rápido, hice uso de mis máximos poderes para transformarme en una estela de humo oscuro apenas visible, que se escabulló entre los centinelas que hacían guardia y que observaron la escena con desconcierto.

—¡Matadlo!

Fue lo último que acerté a oír, ya ascendiendo como un viento huracanado por las escaleras de caracol de piedra.

Y así, sin más, Bryen me ganó la partida.

Capítulo 53

Valent St. Claire

Mi experiencia a través de los siglos, los impedimentos y adversarios que había tenido que enfrentar, me probaban que, en condiciones normales, vencerme no resultaba fácil: sangreazul nacido vampiro, según la conciencia que tenía desde siempre y la inexistencia de un pasado como humano, aunque no recordara a mi creador, con casi doscientos años ahora, que destacaba por sus capacidades, velocidad y fuerza, fuera de lo común.

Los desafíos que me había visto obligado a encarar a lo largo de una vida tan dilatada también habían pulido mi ingenio, y me habían enseñado que, a menudo, la astucia funciona mejor que las sonrisas engañosas y que la fuerza bruta.

Así que me lancé frenético a los pasillos, resuelto a hacer volar por los aires a cualquiera que intentara frenarme, armado o no. Envuelto en una energía tan sombría como imparable, un vendaval de naturaleza salvaje que me brotaba de lo más profundo.

Sin embargo, para mi absoluto asombro, nadie me salió al paso.

Nadie trató de interceptar mi violenta huida.

Con un puñado de Maestres idiotizados alrededor, el decreto del antiguo duque había caído en saco roto, sin llegar a ningún puerto en concreto. Aunque no tardaría en recapitular, activar sus maquiavélicos hilos y sentenciarme a muerte frente a todos los

miembros de la logia, del mismo modo que él lo había sido en el ámbito de la Hermandad Real.

Tomé el primer carruaje de alquiler que me crucé en la calle y ordené que me trasladaran a mi casa. Jamás usaba mis coches, con el blasón familiar grabado en las portezuelas, para visitar Kensington; que nadie pudiera identificarme en los alrededores de la Casa prohibida.

Y empleé el relativamente breve trayecto en recomponer mis ideas.

Mi plan inicial había sido despojar a Winley de sus atribuciones y privilegios en la Rosa Negra y eliminarlo a continuación, como un insecto molesto. Por desgracia, en vista de cómo se planteaban las cosas, de la forma grotesca en que se habían torcido, solo me quedaba acometer directamente la segunda parte del proyecto.

Pero no sería ahora.

Primero, desaparecería.

Antes de que enviasen una horda de vampiros desatados de hambre a buscarme, reforzados seguramente con los peores hechizos, me evaporaría en el aire como una gota de rocío. El continente estaba plagado de comunidades vampíricas, podía visitar París o el exuberante norte de España. Y una vez se hubieran olvidado de mí por completo, volvería para ejecutar mi macabra misión.

Tampoco viajaría solo, me llevaría a Helena conmigo. No pensaba, ni por un segundo, abandonarla al peligro de las Crowder, del propio Winley. Ni dejarla en manos de un padre que no había vacilado en entregarla a la Casa enemiga para que espiase en su beneficio.

No. No la dejaría atrás. Helena me importaba. Ya iba siendo hora de dejar de negármelo, al menos, a mí mismo.

Sin embargo, en Claire House me esperaba una misiva que nunca habría imaginado y que trastocó todas mis resoluciones. La duquesa de Bravery me invitaba a Shadow Hall aquella misma noche, con el pretexto de una cena y el compartido de una información vital, pidiendo disculpas por la premura de la convocatoria.

Maldición.

Daba la casualidad de que esa velada proyectaba pasarla con Helena, así habíamos quedado con una nota enviada la mañana anterior.

Me apresuré a cancelar nuestra cita con otro mensaje que envié al instante, a través de un mozo para que la entregara en mano.

Era probable, solo probable, que lady Bravery y su aguda inteligencia ingeniaran alguna treta con la que salir del atolladero donde me encontraba. Algo que tuviera que ver con el exterminio de Winley y la posterior alianza entre las dos Casas. Me resultaba patético tener que recurrir como última salida a la mujer a la que poco antes había sometido con violencia y a la que, por propios actos, convertí en mi enemiga.

Luego de despachar al recadero, me di un baño, procuré beber todo el vino de sangre que fui capaz de degustar y me atavié para la ocasión, planteándome si la intervención de lady Bravery justo en aquellos momentos, no resultaría auspiciosa.

El sol ya había caído, el lacayo me ofreció la chistera, y yo me la colocaba en el vestíbulo de mi residencia, listo para partir, cuando de repente, interrumpiendo a las bravas mis turbulentas reflexiones, la puerta principal se abrió y un pequeño torbellino envuelto en seda azul atravesó como una tromba el espacio hasta mi posición. La visión en túnel abierta y directa a la calle me permitió ver el carruaje con el escudo de los Corset en la portezuela, antes de reparar en la muchacha que se me había lanzado a los brazos.

—¡Helena! Helena, ¿qué diablos haces aquí?

Recordé la nota que le había enviado y nuestra cita fallida de aquella noche.

—¿Acaso no has recibido mi mensaje? Tengo que ausentarme, lo siento. Ha surgido un imprevisto, no me queda más remedio que cancelar…

—Vas a Shadow Hall —me interrumpió ella.

Así se lo había hecho saber en la carta. Asentí sin entender muy bien las razones de su agitación y su sofoco.

—¡No vayas! —jadeó con desesperada angustia.

—Pero ¿qué dices?

—¡No vayas a Shadow Hall! Puede ser una trampa.

—¡Por descontado que podría serlo! ¡Como casi siempre! ¿Y qué importa? El destino de todos nosotros depende de esa alianza a medio consumar.

Las pequeñas manos de Helena aferraron mis solapas. Tiró de ellas con agonía.

—No vayas, no quiero que vayas. ¡No quiero que estés a solas con esa mujer!

—Dijiste que la admirabas, que tú misma la habrías ayudado a escapar de haber podido. Helena… —recapitulé mentalmente—. Helena, ¿esto es una escena? ¿Estás celosa?

No me respondió. No obstante, sus labios apretados con ira y las lágrimas que a la fuerza retenía en los ojos, fueron mucho más explícitos que ella.

Traté de zafarme de su agarre.

—No, por todos los infiernos, no puede ser. Maldito sea si necesito más problemas de los que ya tengo.

—¡No vayas! Te lo ruego, no vayas. Tengo un mal presentimiento. Tengo…

La tomé por las muñecas y la hice a un lado, sin ocultar mi irritación.

—No es momento de dramas, espero que entiendas que no dispongo de tiempo que perder. Regresa a tu casa y no salgas de allí hasta que vuelva a avisarte.

—¡Valent! ¡No vayas, te lo pido por lo que más quieras! ¡Hazlo por mí…!

La agarré por la cintura y, a rastras, la llevé de vuelta hasta su coche, donde el palafrenero se apuró en abrir cuanto antes la puerta, al tiempo que marcaba una venia. De un empellón poco delicado la metí dentro y atranqué el cierre.

—¡De vuelta a la mansión Corset! —ordené al cochero— ¡Y recto! ¡Sin paradas ni demoras!

—Valent, por favor… —Helena se asomó a la ventanilla y yo apreté fuerte los puños contra los costados, para no desfallecer ante sus súplicas y mantenerme firme en mi negativa.

Evitando mirarla. Para no sentirme aún peor, más mezquino, de lo que me sentía.

Capítulo 54

Valent St. Claire

Me pregunté cómo era que mi inclemente orgullo de vampiro antiguo me permitía acudir con las orejas gachas al llamado de la duquesa. Qué era lo que me movía a necesitarla. Si los remordimientos por las penalidades que en su momento le había causado, o lo que sentía por Helena y mi sobrecogedora necesidad de protegerla.

En Shadow Hall reinaban la normalidad y la paz, como si jamás en la vida aquellas salas y corredores hubieran presenciado la sangrienta matanza que tuvo lugar y que impregnó suelos y paredes; alfombras y lienzos; las sedas que envolvían las poltronas y sofás, los mármoles de las embocaduras de las chimeneas.

Un mayordomo refinado y capaz me abrió la puerta y se hizo cargo de mi sombrero, capa y bastón. A continuación, se lo entregó todo a un lacayo y solicitó que lo siguiera. Lady Bravery aguardaba en un saloncito decorado en tonos salmón y crema, con un aperitivo servido para antes de la cena.

Estaba exquisita. Ricamente vestida, peinada a la moda, exhibiendo pocas joyas, aunque de gran valor. Extendió las manos hacia mí, a modo de saludo, para que se las besara, con una sonrisa que hacía pensar que no albergaba rencores.

Creerla, incluso por un solo segundo, habría sido un gran error.

Me mantuve alerta.

—No sabe cuánto le agradezco que haya accedido a venir, milord, sé que lo he importunado avisando con tan escasa antelación.

Me dirigí a ella iniciando la inclinación de mi reverencia, tomándole la punta de los dedos, cuando reparé en la enorme e intimidante bestia de pelaje blanco que me miraba atravesado desde su esquina en el salón.

Mis incisivos crecieron y se me escapó un siseo de alarma.

—No se preocupe, no le hará ningún daño.

Besé su mano y me mantuve en pie, con los músculos tensos, preparado para reaccionar con tanta violencia y velocidad como la situación exigiera, de ser necesario.

—¿Fue el responsable de su fuga?

La duquesa compuso un gentil gesto de confirmación.

—En parte. Le confieso que, por aquel entonces, ni siquiera nos conocíamos.

El lobo entornó sus ojos amarillos y me envió un claro mensaje de advertencia.

—Duquesa, yo querría… —Carraspeé, atorado—. Ha pasado demasiado tiempo y, pese a ello, sigo sin ofrecerle mis excusas. Lo que pasó… yo…

La dama alzó la mano indicándome que no siguiera por ese camino.

—Agua pasada no mueve molinos, conde. Ahora somos aliados para causas de mayor envergadura. Olvidemos lo que sucedió, especialmente, todo lo desagradable.

—Su generosidad me abruma, milady. Ni siquiera creo merecerla.

«*Di la verdad: ni siquiera la crees*».

—Esa determinación prefiero dejarla como algo privado entre usted y su conciencia. Tome asiento y acepte un brandy, porque enseguida servirán la cena.

—¿Me ha hecho llamar para hablar de nuestra alianza? —me interesé mientras ella me tendía la copita de licor—. Si es así, debo

adelantarle que ahora, más que nunca, resulta imprescindible que aunemos fuerzas.

—¿Ha cumplido su cometido respecto de Bryen Winley? Dígame que ya no se encuentra entre nosotros. Anhelo recibir buenas noticias.

Hundí un instante el mentón contra el pecho, aunque enseguida me repuse.

—Odio reconocer que no he dispuesto de oportunidad.

Una leve sombra de contrariedad crispó el bello rostro de la duquesa.

—Milady, lo que usted pretendía no es factible. Una súbita desaparición del duque…

Un espeluznante gruñido del lobo me cortó en seco. El licor que acababa de consumir de un solo trago se me anudó en la garganta.

—No lo llame así —espetó Serena de Bravery—. Ese ser inmundo ya no es el duque.

Asentí y desplacé la saliva a través de mi garganta.

—Una volatilización sin justificaciones daría lugar a mucha especulación. Unos lo buscarían. Otros culparían a la Hermandad Real, y toda idea de acuerdo o convenio entre nosotros acabaría siendo arena. Por eso pensé que era más acertado empezar por despojarlo de su poder ante su propia Casa.

Los ojos casi transparentes de milady soltaron un destello inteligente. Por lo visto, empezaba a entender y parecía estar de acuerdo con mis planteamientos.

—Continúe.

—Solo después de ese paso, cuando su nombre se olvide y ya no sea relevante para nadie, cuando más miembros de la Rosa Negra lo detesten que lo veneren, podemos eliminarlo sin dar que hablar.

—Cierto. Me veo en la obligación de admitir que quizá fui impaciente en exceso y que usted está en lo cierto.

—Comprendo su ansiedad y sus prisas, las entiendo. El resarcimiento de las afrentas clama alto en las noches de luna. Como un aullido desgarrador. A mí también me pasa.

Tuve un repentino acceso de náusea, que se mitigó al momento.

—¿Usted tiene escarmientos por asignar, conde? —quiso saber Serena arrastrando las palabras.

Fui a responder, aunque no logré mover la lengua, pastosa y pesada, dentro de una boca inexplicablemente seca.

—¿Tiene ofensas que vengar? ¿Heridas abiertas que sangran sin tregua?

Reparé en la copa de brandy, ahora vacía, entre mis dedos de pronto demasiado flojos como para sostenerla. Se me nubló la vista y no acerté a ver cómo resbalaba desde mi mano y caía al suelo dando tumbos por la alfombra.

En ese crucial instante caí en la cuenta de que había sido envenenado.

Había algo en el licor. El sabor ligeramente amargo me subió desde el estómago hasta la lengua, como un ramalazo de burbujas picantes.

Otro mareo. Mi mano voló hasta el reposabrazos del butacón para sujetarme. El ritmo de mi corazón inició un galope desenfrenado, con latidos como redobles de tambor, que me rebotaban en las sienes.

Necio, insensato. Había entrado en la guarida del dragón, hasta el fondo, ciego y confiado. Hasta que salir, escapar y salvar la vida se hizo imposible.

Mi urgencia, mi necesidad me habían hecho confiar en mi enemiga natural. Empujado a fantasear con que aquella oferta de pacto era sincera.

¡Claro que la duquesa no había olvidado!

¡Por supuesto que no había perdonado el modo miserable en que la traté!

Que la arrastrara por la fuerza lejos de los suyos. Que en sus desesperados intentos por rescatarla, su esposo hubiese perdido la vida. Las manchas apiladas sobre su honor.

Nadie perdona una infamia así.

Debería haberlo sabido.

Mi interior se incendió con una llama imparable. Noté el modo abominable como el ácido ascendía y me quemaba la carne y los huesos. Oí el rugido del lobo, cada vez más cerca. Vislumbré la sonrisa de perversa satisfacción en los rojos labios de Serena.

Y todo se volvió negro.

Capítulo 55

Valent St. Claire

Cuando separé los párpados y observé lo que me rodeaba, deseé estar muerto.

Después de todo, milady no había usado veneno. Al parecer, lo que había vertido en mi copa no era más que un narcótico para conducirme a aquella suerte de catacumba subterránea, a cuya pared me tenía encadenado. Con un riachuelo corriendo por delante, imposibilitando mi fuga.

Mi maldición. Mi fin.

En la cabeza se había desencadenado una tempestad que me torturaba con sus punzadas. Las cadenas y grilletes apestaban a plata y me abrasaban la piel con su roce. Cuando la visión fue menos borrosa, pude fijarla al otro lado del río y descubrí a la duquesa, cómodamente sentada en una butaca con el lobo a su costado, acariciándole el lomo, los ojos de ambos fijos en mí.

—Bienvenido al infierno, milord.

No me molesté en responder. ¿De qué iba a servir?

Ya estaba muerto.

Sospechaba que antes de poner fin a mi larga existencia, Serena trataría de obtener cuanta información pudiera acerca de la Rosa Negra. Y no se la daría. Poco importaba el dolor que me infligiera, no delataría a los míos ni los pondría en peligro. No sacaría de mí la menor ventaja.

Sin embargo, sí le sostuve la mirada. Dura y desafiante.

Pasados unos minutos de denso silencio, milady se levantó, tomándose su tiempo para atemorizarme. Llegó hasta un reposaaceros de madera en el que no había reparado hasta entonces, en cuyas baldas descansaban hasta quince lanzas o jabalinas de un material que brillaba como brilla la plata.

Tragué saliva con sumo esfuerzo.

Serena tomó una lanza poco gruesa, tan afilada que, desde mi posición, pasado el riachuelo, podía comprobar cómo destacaba la punta. La recorrió con dedos ágiles, recreándose en su letalidad, y una turbia media sonrisa dedicada a mi tortura.

Se posicionó de frente, con la jabalina en las manos. El río nos separaba. Por un momento solo se oyó el rumor del agua en movimiento y los residuos de la ponzoña que me tronaba en los oídos.

Antes de que pudiera percatarme de que se había movido, la lanza volaba por los aires y llegó a clavarse en mi costado, bajo las costillas. El latigazo de dolor fue espantoso. Peor aún, la sensación de quemazón creciente, casi insoportable, allí donde la jabalina se había hundido.

Levanté los ojos y busqué a la duquesa, que seguía vigilándome. Una gruesa gota de sudor resbaló por mi frente. Iba a coger otra. La lanzaría contra mi cuerpo y, poco a poco, el poder de la plata me devoraría como un nido de insectos carnívoros.

Algo que no esperaba ni en mis mejores sueños, fue que el lobo blanco se le atravesara en el camino. La bestia se colocó delante del armero obstaculizando sus movimientos, estorbando e impidiendo que Serena se hiciera con la segunda lanza.

Milady le dirigió una mirada de honda incomprensión.

—¡Duquesa! ¡Duquesa, Por lo que más quiera! ¡Deténgase!

El grito que rasgó el silencio me atravesó el alma y me la hizo pedazos con más efectividad que las lanzas de su gracia, la duquesa. La esbelta silueta apareció de la nada, surgida de la oscuridad, el

cabello largo, alborotado y rojo. Los ojos centelleando como luceros en mitad de una tormenta.

Helena.

¿De dónde había salido aquella muchacha insensata?

La duquesa de Bravery la contempló sin salir de su asombro.

Ya no era únicamente el lobo quien le impedía lanzarme el siguiente proyectil de muerte: también la pequeña Helena con sus ojos llorosos y sus súplicas.

—¡Se lo ruego, duquesa! Por la amistad que nos une, se lo suplico. No lo mate.

Serena contuvo la ira, apretando los dientes. Sin articular una sola palabra.

—¡No lo mate! Sé que lo que le hizo fue horrible, que sus actos carecen de honor, pero… perdónele la vida. Si algún momento me ha tenido algún afecto, no lo mate. Se lo suplico, no lo haga.

Serena volteó sus pupilas hacia Helena, cargadas de una inmensa e inenarrable tristeza.

—¿Acaso conoces sus pecados? ¿Tienes idea de los límites de su maldad?

—La entiendo. Conozco su dolor, milady, la he visto sufrir, he enjugado sus lágrimas, ¿no lo recuerda? Yo estaba con usted, paseábamos juntas por los jardines, la ayudaba a vestirse. No ignoro cuánto ha padecido, pero…

—Ni en el más benevolente de sus días aceptarían los dioses conceder el perdón a esta criatura malvada. Sus crímenes son demasiado horribles.

—Se lo repito. Está en su derecho de clamar venganza, duquesa, la compadezco por sus tormentos. Se lo estoy rogando como un favor personal. No lo mate. ¡No lo mate!

Se abrió una larga pausa que me permitió reparar en el calvario de la plata clavada en mi carne. La herida trataba de cerrarse, algo que resultaba imposible con la jabalina allí, ocupando espacio. Escuché el llanto silencioso de Helena, su sacrificio implorando por mi vida y la adoré.

Como jamás había venerado a nadie vivo y por encima de todas las cosas que conocía.

—Yo… duquesa, yo lo amo… —confesó con un hilo de voz.

Serena de Bravery dejó caer los hombros, vencidos bajo un peso invisible y monstruoso.

—Él asesinó a Arthur —anunció atragantada—. Me quitó a mi marido.

—¿Cómo dice?

—Debe pagar por ello. Lo lamento, Helena, sabes lo mucho que te aprecio. Pero no saldrá de aquí con vida.

Reuní las pocas fuerzas que me quedaban. El narcótico que me había suministrado aún corría por mis venas y me robaba hasta el aliento.

—¡Yo no asesiné al duque! ¡No lo hice!

Las dos damas volcaron en mí su atención.

—Admito tener una interminable ristra de pecados que expiar. Y pagaré por ellos, si es lo que se me exige. Pero no cargaré con un crimen que no me pertenece —repetí—. ¡No. Maté. Al. Duque!



Capítulo 56

Serena de Bravery

La quejumbrosa confesión, debilitada, aunque digna, me alcanzó de lleno en el centro del alma.

«No he matado al duque».

Maldito fuera lord St. Claire. Maldito fuese, porque, por todos los infiernos, sonaba sincero.

—La noche aciaga en que murió lord Bravery, yo la pasé en su alcoba, duquesa. En carne y hueso frente a sus ojos. Con la iniciada de nombre Lia.

Se me disparó la respiración. De repente, mi pecho subía y bajaba agitado, como si de un momento a otro fuese a estallar y mi memoria daba bandazos dolorosos.

—Haga las comprobaciones que estime pertinentes. Descubrirá que no miento.

Miré a Helena.

—¿Puedes dar fe de lo que afirma?

—Desconozco cuándo sucedió lo de su esposo —respondió con toda honestidad.

—Puede comprobarlo si lo desea —insistió el conde desde su deshonrosa posición— ¡Hágalo con todos los medios a su alcance! ¡Compruébelo!

—Pero lord Corset me dijo… —balbuceé para mis adentros.

—Yo le creo —intervino apasionada Helena—. Si lord St. Claire afirma que no fue él, yo creo en su palabra. Y quien quiera que le

haya dicho lo contrario, la engaña. De seguro, los que quieren usarla para alcanzar sus propios fines.

—Sabes que estoy refiriéndome a tu propio padre, ¿verdad que sí? —recalqué con intención.

—Incluyendo a mi padre —sentenció ella sin amilanarse.

Siguiendo a mi instinto, tomé una decisión precipitada que me zarandeó de pies a cabeza.

—Debo ir a confirmar algo. Algo trascendental. Helena, ¿me esperarás aquí?

La muchacha me miró confundida, con un parpadeo nervioso y los labios resecos.

—Ahora sé de tus sentimientos hacia el conde. Y los respeto. Sin embargo, también te digo que si le dejas escapar, no voy a perdonártelo. Consagraré mi vida entera a perseguiros y acabar con vuestra existencia. Al fin y al cabo, no tengo otra misión o causa más loable en esta eternidad mía.

Lady Helena esbozó una amarga sonrisa.

—Puede ahorrarse las amenazas, duquesa. Supongo que dejará aquí a su pavoroso lobo para que nos vigile.

—Si se os ocurre hacerle el menor daño…

—Sigo siendo la misma que era, milady. En estas semanas separadas no he enterrado mi nobleza, de eso puede estar segura. Por más que le cueste creerlo, no pienso traicionarla.

Agité la cabeza, tratando de que el remolino de ideas que me aturdía no se hiciera con el control de mis actos. Un último vistazo apresurado al conde, que soportaba estoico el espeluznante dolor que debía de estar originándole la plata, otro a mi amado lobo blanco, que inclinó ligeramente la cabeza como si asintiera, y abandoné la cripta de Shadow Hall a la velocidad del rayo.

No eran horas de visitas. Aquello era una grosería sin nombre y una temeridad, aunque por la sangre de mi estirpe que Corset iba a responder a mis preguntas. Iba a aclararme de una vez por todas a quién pertenecía la mano ejecutora que asesinó a Arthur. En su calidad de testigo me lo diría.

Así tuviese que arrancarle la información a dentelladas.

—¿Desea tomar algo? ¿Una infusión? ¿Una copa de licor?

—Como comprenderá, conde, no he venido hasta aquí pasado el horario que se estima decente, para intercambiar cortesías. Quiero que me diga quién mató a mi esposo. Y esta vez, quiero que me diga la verdad.

—Ya le dije que…

—¡La verdad!

Allistair torció el gesto. No se esperaba mi reacción, tampoco mi hostilidad. Ni imaginaba en lo más peregrino, que tuviese cautivo a St. Claire en los sótanos de mi mansión. Aquel condenado mentiroso, político manipulador no sabía nada, lo ignoraba todo. Aunque a juzgar por su hermetismo y el músculo que le tiritaba en la mandíbula, tampoco me pondría fáciles las cosas.

—¿Por qué causa no ha atacado a la Rosa Negra desde que sabe que St. Claire forma parte de ella? —lo hostigué—. Podría haberlo hecho detener. Podría haberlo torturado para que confesara. Sin embargo, ha preferido esperar. No ha movido un dedo.

Le concedí turno de palabra para que iniciara su testimonio, mas en lugar de eso, se concentró en servirse una copa tras otra, hasta un total de tres.

—Usted sabía que la logia estaba operando —insistí—. ¡Tenía una espía infiltrada! ¡Su propia hija! Según sus palabras, milord, ¡conocía al asesino! ¡Sabía bien de qué hilo tirar y no lo hizo!

—¿Y qué me dice de usted? Pudo acusarlo, al menos, de secuestro. ¿Sabe lo que vale la palabra de una dama de alta alcurnia como la suya?

—¿Frente a la de un conde? Poca cosa, milord. Ustedes, los hombres, se han encargado de ello. De silenciarnos y colocarnos al fondo de la sala.

—Ahora es la primera autoridad de los Reales. Puede hacer que lo descuarticen si es lo que desea. Pero no, ¿se da cuenta? Todos tenemos nuestros secretos escondidos bajo el suelo, duquesa, nuestras razones ocultas.

Endurecí el gesto. No iba a permitir que se fuera por las ramas.

—¿Quién mató a Arthur? —repetí con gelidez.

Corset dejó caer la cabeza como si no pudiera soportar su peso ni un segundo más.

—Ya le dije… —arrancó, pasando las palabras por el suelo.

—¡Lo que me dijo no era cierto! ¿Quién mató a mi esposo? ¡Dígame la verdad!

Por un instante temí que Allistair se derrumbara como un fardo sobre sus alfombras. A duras penas venció el tambaleo.

—Fue Bryen Winley, ¿cierto? —lo acosé, viendo que no reaccionaba—. Fue su padre, como todos pensamos en un principio. Pese a ello, usted desvió mi atención. Prefirió acusar en falso a St. Claire, liberando a ese monstruo de sospechas. ¿Por qué, conde?

Sacó el aire de los pulmones en una especie de lamento y hundió la cabeza contra el pecho. Vi como los restos de mi paciencia volaban por las ventanas.

—¿Por qué lo hizo? —rugí fuera de mí.

Allistair se encogió sobre sí mismo.

—¡Porque Bryen ya estaba muerto! ¡St. Claire tiene cuentas pendientes con su mentor, cuentas del pasado! ¡Va a matarlo! No sé cuándo, un día de estos, temprano o tarde, pero su suerte está echada y es negra como su sangre. En cambio, St. Claire…

La luz me estalló en la mente, como un fogonazo brutal.

—St. Claire le estorbaba —proseguí tomando su lugar—. Y como no se atrevía a ajusticiarlo usted, porque es un mísero cobarde, decidió que yo lo haría en su nombre. Así, de un solo movimiento, se habría librado de los dos dirigentes vitales de la Rosa Negra. Su rival desaparecido, recuperaría el mercado del opio, el control sobre el resto de negocios, acaparando el poder como hasta ahora, en una Casa única. ¿No es cierto, milord? ¿Fue idea suya, o ha sido Ravenclaw quien se lo ha propuesto?

Tal y como esperaba, Corset no reunió el valor suficiente para responder. Mucho menos para oponerse.

—Son ustedes tal para cual —escupí con desprecio—, deberían sentir vergüenza. No sé qué creí esperar de un hombre que ha perdido el honor, que se ha rebajado a exponer a su propia hija a las peores vejaciones con tal de conservar el mando.

—Helena es una muchacha rebelde y descastada que no sabe cuál es su lugar.

—Oh, créame, sí que lo sabe. No se merece la hija que tiene, Corset. Ella es demasiado valiosa para llevar siquiera una gota de su sangre.

Ahí acabó todo. Ya no había más que decir.

El conde no reconocería sus errores y yo estaba a punto de vomitar si tenía que soportar un minuto más su presencia. Lo sentía por Marianne. Mi amiga era inocente y buena, merecía a su lado un ser mucho menos mezquino.

Giré sobre mis talones y desaparecí, dejándolo derrotado, exhausto y confuso.

Mi carruaje me llevó de regreso a Shadow Hall en menos tiempo del esperado.

Capítulo 57

Serena de Bravery

Bajé a la cripta con la mente de par en par. Abierta a cualquier cosa que hubiese podido suceder, lista para enfrentarme a lo que fuera.

No me esperaba que, sirviéndose de la plataforma que se encontraba de este lado del riachuelo y que después había empujado para devolverla a su lugar, lady Helena hubiera cruzado el lecho de agua en movimiento, quedando tan aislada como Valent, solo para acompañar a su amado y curarle las heridas.

La encontré sentada en el suelo, con la cabeza del conde sobre su regazo, acariciándole embelesada el pelo. Se las había arreglado para extraer la lanza y era de suponer que la monstruosa herida generada ya estuviese curando.

Juntos eran el vivo retrato del amor más puro. Como Arthur y yo en nuestros tiempos. La congoja me apretó el nudo en la boca del estómago y un caudal de lágrimas ácidas me inundó los ojos.

—Lo siento. He estado a punto de cometer un imperdonable error —admití nada más llegar.

Allí estaba el lobo blanco, en mi orilla del río. Indemne. Entero. Saludable. Suspiré de alivio. Él sabía la verdad, que St. Claire no era culpable de los cargos que yo le imputaba, por eso trató de impedir que lo hiriese por segunda vez.

No había sabido entender su lenguaje mudo, sus miradas llenas de sentimiento.

Me planté frente a ellos, con el agua como muro separador y un pesar insoportable en el corazón.

—¿Cómo está?

—Saldrá de esta, es cuestión de un par de horas que la herida se cierre. Es profunda, aunque sus capacidades como vampiro, apabullantes.

—Espero que pueda perdonarme.

—Estamos en paz, duquesa —murmuró él sin modificar su postura. Curioso que, desde lejos, pudiera oírlo a la perfección—. Yo mutilé su dignidad y ahora usted ha mutilado la mía. No hay nada por lo que deba pedir clemencia.

No acababa de estar de acuerdo. Sin obviar que el secuestro me había herido, estar privada de libertad, su lujuria desatada ante mis ojos con la sola intención de provocarme…, esa no era la cuestión principal.

Si St. Claire estaba allí aquella noche era por Arthur y solo por él.

Y ahora resulta que no era responsable de su muerte. Me sentí abochornada.

—Mi oferta de tregua sigue viva —le recordé—. Y me temo que ahora el enemigo a vencer sean el segundo y el tercer príncipe de la Hermandad. Demasiado ambiciosos para su propio bien.

Caminé hacia la plataforma, la incorporé y, sin necesidad de ayuda, la tendí a través del riachuelo, franqueándoles el paso.

—Helena, podéis quedaros a pasar la noche. El conde no está en condiciones de trasladarse a ninguna parte. En cuanto a tu padre…

—Mejor no lo mencione. Discuto con él sin parar. Es nuestra única rutina desde que regresé. Sé que Valent anda preocupado por mí a causa de las hermanas Crowder, que me pidió que permaneciera en casa, donde estaría más segura. Pero juro que satisfacer ese deseo suyo se me hace imposible.

—¿Las hermanas Crowder? ¿Qué ocurre con ellas?

Había cruzado el puente y le tendía una mano amiga a Helena que, en cuanto estuvo de pie, se arrojó sollozando a mis brazos.

Le devolví la caricia, emocionada.

Luego, entre las dos, levantamos a Valent y, a trompicones, lo sacamos de la cripta. Ordené que les preparasen dos habitaciones, que las doncellas atendiesen las heridas de milord y le suministraran un reconstituyente y una tisana con algo de láudano para que reposara, mientras Helena y yo, sentadas junto a la chimenea, en mi salón favorito y con el lobo aovillado a mis pies, nos sumergíamos en el fascinante mundo de las brujas y su inexplicable interés por mi joven amiga.

Al despertar, estuve tentada de esconder mi vergüenza bajo la cama, desayunar en mi gabinete, a solas, librándome del mal trago de encarar a Valent, ya perfectamente recuperado.

Sin embargo, no sucumbí al impulso. Mientras me vestían de mañana, me dediqué a analizar la situación y nuestra posición lastimosamente precaria. Bryen seguía vivo, atesorando, al parecer, más poder que nunca al frente de la logia, yo me había enemistado con los príncipes, Valent St. Claire estaba condenado a muerte, igual que nuestro proyecto de alianza parecía abocado al fracaso.

Sería complicado salir ilesos de todo aquello.

Me reuní con la feliz pareja en el comedor de diario. Y limité mis referencias a los desafortunados sucesos de la noche anterior a un lacónico «¿cómo se encuentra hoy, milord?» que Valent respondió con gentileza y hasta podría decir que con agradecimiento.

—Pierda cuidado, duquesa —añadió—. Tiene mi palabra de que acabaré con Bryen. Del modo que sea y a costa de lo que sea. Lo haré desaparecer.

—Hágame saber si puedo serle de alguna ayuda.

—Usted, entretanto, trate de salvaguardar las relaciones con el segundo y tercer príncipe, aunque solo sea para no empeorar las cosas.

—De acuerdo. Helena, tú te quedarás conmigo.

La muchacha me miró con un pestañeo confuso.

—No pretenderías mudarte a la residencia de St. Claire. Semejante escándalo sería un golpe del que tu reputación no se recuperaría en la vida, ya no eres una iniciada. —Alcé una mano abierta para interrumpirla antes de que iniciara su apasionado sermón—. Sé que vas a decirme que tu buen nombre no es algo que te preocupe, pero el conde estará conmigo en que a nosotros sí. Y a ti también, querida, pasado un tiempo.

—Coincido con la duquesa —murmuró St. Claire, para disgusto de Helena.

—Tu padre no pondrá demasiados inconvenientes a que permanezcas aquí conmigo. Soy una dama viuda y respetable, necesitada de compañía; velarme, tu buena obra, nadie se atrevería a criticarnos.

La joven se lo pensó unos minutos, durante los cuales observó el mantel, enfurruñada y muda. Con los labios fruncidos y los ojos demasiado brillantes. No obstante, por encima de su terquedad, al final claudicó.

—De acuerdo. No niego que es lo más acertado, excelencia. Residiré en Shadow Hall con usted hasta que todo este embrollo se resuelva.

Capítulo 58

Serena de Bravery

Los tres días que siguieron a aquella desbocada jornada, con todos sus sobresaltos y colosales errores, fueron de paz absoluta.

Incluso me atrevería a decir que de aburrimiento, acostumbradas como estábamos, tanto lady Helena como yo, al ritmo tenso, a la angustia suprema de los días en la Rosa Negra. Ahora tocaba vivir como las damas de alta sociedad que éramos, rodeadas de recato y pulcritud: tomábamos té, nos leíamos novelas en voz alta la una a la otra, paseábamos por el jardín o en carruaje por Hyde Park.

Con el corazón en vilo, esperando noticias de Valent.

Cada una en las antípodas de donde se encontraba la otra.

Yo deseando escuchar que Bryen ya no existía; no importaban los métodos. Helena, temerosa de que, a causa de esa misión, el hombre al que amaba se viera en aprietos o resultara herido.

Y por fin, una tarde a la hora del aperitivo, los cielos o los infiernos escucharon nuestras plegarias y sonó frenética la campanilla de la puerta. Las dos nos agitamos en nuestros asientos, impresionadas, suponiendo que el mayordomo acudiría a anunciar la llegada de lord St. Claire.

El sirviente apareció, en efecto, con aire contrariado. Sospechoso, si teníamos en cuenta que quien venía de visita era un

noble de alta cuna.

—Su Gracia, hay una muchacha que se empeña en verla.

Arqueé las cejas, interesada.

—¿De quién se trata?

—Esa es la cuestión, milady. La muchacha se obstina en no dar su nombre…

—¡Duquesa!

La criaturita se coló de malas maneras por debajo del brazo extendido del mayordomo, dejándose ver. Una muchacha que, a juzgar por su extrema palidez, no debía de ser humana, sino vampiro, y cuya visión me trastornó a tal extremo, que caí redonda al suelo, desvanecida.

Desperté al cabo de unos minutos, recostada en el sofá, con lady Helena abanicándome y tres doncellas revoloteando con el frasco de las sales, por si volvían a necesitarse. No obstante, mis ojos recorrieron el espacio con ansia buscando a la inesperada visitante y no pararon hasta localizarla.

En un rincón de la sala, recibiendo de lleno el resplandor del fuego en la chimenea, con las manos enlazadas contra el regazo, como solía ponerlas, y los labios apretados en una mueca de desconsuelo.

—Betsy… ¡Betsy!

—Señora.

Las criadas se apartaron para dejarla avanzar y Helena se hizo a un lado para que la buena de Betsy, que venía con los brazos extendidos en mi dirección, ocupara su puesto. Nos fundimos en un abrazo de hermanas, ante el estupor de todas las presentes.

—¡Betsy! ¡Betsy querida! —Le aferré la cara con ambas manos para poder mirarla bien, para asegurar cada uno de sus rasgos— ¿Eres tú? ¿Dónde has estado? ¿Qué ha sido de ti todo este tiempo?

—Ay, duquesa —lloriqueó sin querer soltarme—, ay, señora, si le cuento…

La tomé de la barbilla y la obligué a girar su rostro a derecha e izquierda, para seguir estudiándola, desde todos los ángulos. La

saliva se me volvió salmuera. Ordené a las doncellas que abandonaran la estancia y nos dejaran solas.

—¿Quién te ha convertido? —pregunté a bocajarro en cuanto dispusimos de intimidad— ¿Quién fue?

En primer lugar, pensé que no me respondería. Betsy estaba histérica, temblando, a punto de echarse a llorar. Y yo no le andaba a la zaga. Con el corazón en la garganta, a pique de saltarme fuera de la boca.

Desde su silla, lady Helena nos contemplaba por completo perpleja.

—Oh, Helena, tú no conoces a Betsy. Mi… doncella personal de toda la vida. Desde niñas —añadí acurrucándole una mano helada entre las mías.

—Encantada —susurró la hija de lord Corset con una amable sonrisa, aunque manteniendo las distancias.

Betsy no acertó a corresponderle. Ni me soltaba las manos ni apartaba de mí sus ojos. En una ocasión excepcional como aquella, le perdoné la falta de modales.

—Desapareció de Shadow Hall hace años, de la noche a la mañana y sin ninguna razón de su paradero o explicación.

—¿Y no le parece una muy sospechosa casualidad que después de tanto tiempo aparezca ahora así, sin más, tal y como están las cosas?

Pestañeé confusa.

¿Por qué se mostraba Helena tan recelosa?

¿O era yo que, ante el júbilo de reencontrarme con mi querida compañera de vida, no sabía ver el peligro aun teniéndolo delante?

—Es que no tiene a nadie más en Londres —le expliqué—. Yo soy su única familia, ¿verdad, Betsy? ¿Verdad que nos conocemos desde la infancia?

El llanto de Betsy, hasta entonces un gimoteo sordo cercano a un lamento, arreció, como si escucharme la mortificara.

—Sí, duquesa, usted es todo lo que tengo.

—¿Por qué te fuiste de aquella manera? ¿Tienes idea de lo mucho que me hiciste sufrir con tu desaparición?

—Excelencia, se lo contaré, se lo contaré todo en cuanto me sea posible. Pero ahora tiene que venir conmigo.

—¿Ir contigo? ¿A dónde?

—Tiene que venir conmigo —repitió agobiada—, debo enseñarle algo… Algo muy importante, duquesa. Mucho.

—Pero… ¿a dónde? ¿De qué se trata?

Helena se puso en pie de un brinco y se interpuso. Tomó a Betsy por los hombros, sin contemplaciones, y la zarandeó sin piedad.

—¿Quién te convirtió, muchacha? La duquesa te ha preguntado. Dilo de una vez. ¿Quién?

La miré resentida. A ella y a su maldita suspicacia.

—Betsy jamás me haría daño —recalqué—. No levantaría un dedo para herirme.

—Antes moriría, milady, usted lo sabe bien, pero…

—¿Quién fue? —insistió Helena sin perderla de vista— ¿A quién has servido todo este tiempo que no has estado con Su Gracia?

Los ojos vidriosos de Betsy trataron de zafarse de aquella mirada hostil, buscando consuelo en la dulce agua de mar de mis iris.

—Yo… milady…

—¿A quién sirves? ¿Es al antiguo duque de Bravery? ¿Es a él?

La muchacha hundió la cabeza como si le hubiesen tirado de una soga atada al cuello. Y a mí estuvo a punto de darme un ataque.

—Me he escapado.

Expulsé de golpe el aire de los pulmones. Retrocedí horrorizada dos pasos, con los ojos desencajados y una mano sobre el corazón.

—El… ¿duque?

—¡Señora! Me entregaron a él como alimento cuando estaba encarcelado.

—¿Quién cometió semejante abominación? —logré preguntar tras muchos intentos vanos.

—Una criada de la mansión, milady. Y él decidió convertirme en lugar de matarme, para tener un entretenimiento mientras le llegaba la muerte.

No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Has estado a su lado todos estos años?

Betsy asintió muy avergonzada.

—No es de fiar, duquesa —me advirtió Helena en tono afilado —. Viniendo de donde viene, sería una equivocación terrible confiar en ella, no importa el cariño que usted le profese.

—¡Tiene que escucharme! —se exasperó Betsy, tomándome las manos por la fuerza entre las suyas—, me enteré de algo. Algo acerca de su esposo… su duque.

Capítulo 59

Serena de Bravery

Noté el aguijonazo en mitad del corazón y el latido que se saltaba al pararse.

—¿Está vivo?

—No, pero sé dónde ocultaron su cuerpo, milady.

Me llevé las manos trémulas a la base de la garganta, a ver si así conseguía que me entrase más aire.

—¡Oh, Betsy! ¿Estás segura?

—¡No la escuche, duquesa! —insistió Helena, agobiada— ¡No se le ocurra escucharla! Sus frases son engaños, maquinaciones plagadas de ponzoña.

Ella no lo entendía. ¿Cómo iba a poder entenderlo? Ignoraba los vínculos que siempre habían existido entre Betsy y yo.

—Tengo que ir, Helena. Si Arthur está en alguna parte, si recupero su cuerpo… Al menos podré enterrarlo. En Highgate, en su lugar favorito.

—No me cabe duda de que está conduciéndola directa a una trampa —insistió entre dientes.

—Puede, pero ¡necesito saber si es cierto! ¡Lo necesito!

—Los oí, señora —prosiguió Betsy, con voz estrangulada—. El antiguo duque dijo que su sangre quedaría maldita por atentar contra su descendiente.

—¡Es peligroso! —chilló Helena, al borde de la histeria.

Desesperada por no lograr hacerme entrar en razón.

—El caso es que no le importaba —zanjó Betsy con la mirada perdida.

Tal que si recordase una escena dantesca y dolorosa.

—El lobo nos acompañará —decidí.

—¡No basta! —volvió a intervenir Helena—. Permita al menos que avise a lord St. Claire.

—No lo metas en esto, Helena. Es una cuestión familiar, debe quedar entre nosotros. Valent tiene suficiente mugre alrededor de la que defenderse.

Giré hacia Betsy, que todavía me sostenía con fuerza las manos. Le devolví el apretoncito tratando de leer en sus ojos si me estaba engañando. Sus pupilas dilatadas no me dijeron nada.

—¿Dónde es? ¿Dónde está?

—En la vieja Casa de la Rosa Negra, milady. Allí lo dejaron.



El mundo y mi realidad dieron una delirante vuelta en torno, cuando Betsy nos condujo directamente a lo que había sido la habitación de mi encierro y reconocí cada pulgada del espacio. Los mismos muebles, abandonados del modo en que estaban cuando escapé. Las manchas de sangre de los centinelas a los que el lobo atacó, resecas y ennegrecidas en el suelo junto a la puerta.

La lujosa mansión vecina de la Casa de Eglantine, esa especie de club privado para caballeros que los Reales habían inaugurado para poder reunirse y hacer negocios con absoluta impunidad, lejos de los ojos humanos, ahora estaba abandonada y desierta. Ni un ruido más allá del crujido de los suelos de madera al avanzar y la queja de los escalones conforme ascendíamos de planta.

Lobo permaneció en el corredor frente a la entrada de la alcoba, en el mismo lugar que en su día habían ocupado los guardianes, desempeñando una función idéntica, mientras nosotras nos movíamos por el cuarto siguiendo los avances de Betsy.

Noté la tensión de Helena, que había acudido a regañadientes, por no dejarme a mi suerte, pero que no acababa de relajarse, con una pistola de balas de plata en la mano, lista para ser disparada.

Los ojos de mi doncella recorrieron la pared frontal, esa donde se apoyaba el cabecero de mi cama, como buscando alguna fisura invisible, difícil de ver. Por un instante, la imagen de una mujer que sufría, ataviada con una larga túnica blanca semitransparente, atada de tobillos y muñecas a aquel lecho, mi propia imagen, me asaltó y me sacudió como el peor latigazo.

Solo el chasquido de lo que parecía ser una puerta disimulada en el artesonado de la pared y la exclamación de entusiasmo de Betsy al hallarla, me devolvieron a tierra.

—Debe de ser aquí, duquesa —indicó la muchacha con un hilo emocionado de voz—. Por lo que escuché…

Revestida de la mayor imprudencia, confieso que mi anhelo ganó la batalla a la cordura, me abalancé contra aquel agujero de negrura, sin encomendarme ni al cielo ni a los infiernos.

Creo que lady Helena me chilló un aviso desde fuera, aunque preferí no atenderla.

La portezuela comunicaba con un corredor angosto y sin iluminar, construido en piedra, que me recordó al acceso a la cripta en mi propio hogar. Unos pasos por detrás, Betsy acababa de entrar con una palmatoria y una vela encendida entre los dedos crispados. No me paré a esperar a Helena. Tampoco al lobo.

El pulso me latía desbocado. En el pecho. En la garganta. Contra las sienes.

No sé qué esperaba encontrar, si bien, fuera lo que fuese, si tenía que ver con Arthur, con el amor de mi vida, lo recibiría con los brazos abiertos y el alma henchida de pasión.

Llegamos a la carrera allí donde el pasillo se ensanchaba y de pronto lo vi.

El ataúd.

Tosco, de madera barata sin labrar, con el interior crudo, sin almohadones ni forros acolchados que amortiguaran la aspereza del contacto. Y dentro…

Arthur tenía clavada una estaca de madera en el corazón y parecía haberse convertido en piedra. Una bella estatua de mármol idéntica a como era en vida.

Por lo demás, lucía intacto.

Mirarlo me desgarró el alma. Quise tocarlo, aunque mi mano no llegó a completar el movimiento. La alcé, la dirigí a su rostro…, y se quedó en el aire.

—Milady, ¿es el duque? —preguntó Betsy con la timidez que yo recordaba.

Helena nos miraba perpleja desde el acceso, sin dejar de vigilar el corredor, el pistolón listo para vomitar su mensaje de muerte.

Del lobo no vi ni rastro.

Con sumo esfuerzo conseguí calmar mi respiración acelerada. Logré que no me faltara el aire y que la visión, que se había vuelto borrosa, se aclarara de nuevo.

¿Qué se supone que debía hacer? ¿Arrancar de su pecho aquel espantoso clavo?

Había muchos detalles de la naturaleza vampírica que todavía se me escapaban.

Arthur era noble, aristócrata, con todo lo que ello implicaba: su inmunidad al sol, mayores poderes, sin embargo, no era un sangreazul como Soley, nacido vampiro.

¿Habría detenido la estaca su existencia manteniéndola en pausa, en lugar de matarlo? ¿Había querido Bryen eximirse de culpa

al atentar contra su propio hijo, al derramar su sangre, usando aquel método medieval?

Y lo más significativo de todo, ¿volvería Arthur a la vida si lo libraba de aquel suplicio?

De repente, la esperanza dejaba de ser un sueño fantasioso y se convertía en una maravillosa posibilidad.

Se me cerró la garganta, consumida de inquietud.

Muy lentamente, levanté ambas manos, cuyo destino era envolver la estaca por su parte superior, para poder tirar fuerte y extraerla. Cada vez que mis pupilas se desviaban hacia Arthur, hacia su piel de alabastro, sus altos pómulos, sus largas pestañas proyectando sombras, sus labios inigualables privados de color… Temblé.

Temblé hasta el tuétano de los huesos.

Y en lugar de aferrar el punzón de madera, ahora sí, resbalé los dedos hasta su cara y deposité allí, en el hielo de su piel petrificada, una caricia.

Esos valiosos segundos que me permití malgastar fueron mi perdición.

Capítulo 60

Serena de Bravery

Lo primero que llegó, devastador e imparable, fue el empellón que me alejó del féretro y me lanzó volando por los aires, de boca al suelo. Un huracán de humo oscurecido que se movía a velocidad de vértigo.

El golpe contra las losas de piedra me dejó aturdida unos segundos, lo bastante lúcida, no obstante, para contar hasta cuatro vampiros que nos atacaban, y ver a Betsy contraída de pavor y a Helena dispuesta a todo.

Me incorporé tambaleante. Yo no sabía luchar, pero lady Helena sí.

¡Vaya si era diestra!

Me quedé boquiabierta mirándola. El modo ágil y felino como esquivaba las acometidas de los guerreros, el disparo que efectuó en el centro de la frente de uno de ellos y la habilidad con que le arrebató la espada corta que llevaba en el cinto antes de que se desplomara al suelo, decapitándolo con ella.

Nadie me había enseñado a pelear cuerpo a cuerpo. Tanto mi hermana Rose como yo habíamos sido educadas como damiselas remilgadas que preferirían morir antes de empuñar un arma. Del mismo modo que, ni en mis más trágicas pesadillas, hubiese anticipado que acabaría convirtiéndome en vampiro.

No disponía de habilidad, aunque sí de motivación. Una tan implacable y poderosa como siglos de entrenamiento, que me lanzaba al peligro sin miedo a perder: la posibilidad remota de recuperar a Arthur.

Tenía que alcanzar la estaca del modo que fuera.

Betsy recibió un impacto brutal desde el antebrazo de uno de los atacantes, que la barrió por el espacio y la desplazó, desde su posición hasta chocar con el muro de piedra de la pared. Estaba segura de que se había golpeado la cabeza. Se quedó encogida en el suelo, con un fino reguero de sangre resbalándole por la sien hasta la mejilla.

Si era consciente de habernos conducido a una emboscada, acababan de castigarla de la peor manera. Recé, en cualquier caso, porque estuviera viva.

¿Y el lobo? ¿Dónde se metía el lobo?

Su ayuda inestimable habría sido vital en aquellos momentos.

Esquivé como pude las embestidas de dos de los vampiros, demasiado empeñados en que no me acercara al ataúd. Helena disparó por la espalda a uno de ellos y la bala salió por la parte delantera de su tórax y fue a incrustarse en el muro de detrás. A continuación, de un solo tajo, separó la cabeza del cuerpo. Su compañero se abalanzó contra la muchacha con un aullido estentóreo que me hizo desear ser sorda.

El otro vampiro se concentró en mí.

Usó una garrota que portaba en las manos para golpearme la cabeza y, si bien yo carecía de dotes para la lucha, mis reflejos eran increíblemente agudos. Pude zafarme, aunque solo en parte. Recibí el asalto en la parte trasera, muy cerca de la nuca. El latigazo de dolor me quebró por la mitad. Sentí náuseas y por unos segundos, todo alrededor se nubló y se volvió invisible.

—He dicho que las matéis —siseó una voz masculina desde la puerta.

A duras penas conseguí identificarlo. Aquel pelo claro, los ojos fríos.

Bryen Winley. Mi condenado padre político. La criatura más vil y monstruosa que había conocido hasta la fecha.

Trastabillando, conseguí incorporarme. Con Betsy fuera de combate, lady Helena y yo intercambiamos una mirada de angustia. Debían de quedarle pocas balas en la recámara. Pronto estaríamos las dos muertas.

No abandonaría este mundo sin intentarlo.

Me sujeté a la pared con los dedos como garfios ensangrentados y avancé hasta el féretro con su inestimable contenido. Por el rabillo del ojo vi al vampiro desplazarse nuevamente en mi dirección, enarbolando el palo por encima de su cabeza.

Sentí un alivio inenarrable cuando mis manos rodearon la estaca. Lo haría. Aunque tuviera que hacer uso de mis últimas fuerzas y expirara a continuación, lo haría.

Al mismo tiempo que yo tiraba del clavo hacia mí, la voz autoritaria de Bryen alertaba al vampiro y este se movió como una sombra en pleno vuelo, descargando su arma contra mi costado.

Pude oír el crujido de mis costillas al romperse.

Solo que esto tampoco me frenó. Sostenía triunfante la estaca en las manos, fuera del pecho de mi esposo. Siseé con los colmillos fuera y me abrí la muñeca para que el chorro de sangre cayera sobre sus labios entreabiertos. Cuando el vampiro se me echó encima dispuesto a partirme el cuello con sus manazas, no me lo pensé dos veces y le cacé el lateral de la garganta, a la altura de la yugular.

Mientras le chupaba la esencia vital, el ser empezó a sufrir una suerte de extrañas convulsiones. Pasados unos segundos, toda su piel se había tornado blanquecina, con el color y el aspecto de la cera, y el cuerpo se desmoronó ante mis ojos como un castillo de arena seca.

Herida y maltrecha, casi sin tenerme en pie, volteé para espiar a Winley, que me observaba con toda la malignidad de este universo concentrada en sus pupilas.

—Infernal sangre de lobo —farfulló—, maldita licania.

Deseé poder atacarlo. Ser capaz de despedazarlo con mis propias manos.

A mis espaldas, Helena daba lo mejor de sí en una lucha sin cuartel contra el vampiro más robusto de los cuatro que nos habían agredido. Habría querido servir de alguna ayuda, sin embargo, mis costillas destrozadas convertían el mero acto de respirar en una agonía. Y apenas si veía con normalidad después de aquel testarazo en la coronilla.

Vi, espeluznada, el modo sinuoso como Bryen se acercaba. Con tanta maldad en sus hermosas facciones encabritadas, que gemí de puro miedo.

—Tú tienes la culpa de todo, condenada mujer. Desde el momento en que llegaste a Shadow Hall, con tu repugnante vínculo lobuno. Con tu perfume letal de amor verdadero. Me robaste a mi hijo, destruiste todos los planes que tenía para nosotros y nuestro linaje. No recuperaré lo perdido, pero voy a compensar tanta miseria viéndote sufrir. Voy a matarte tan despacio que suplicarás por…

—¡Aléjese de ella!

Pensé que soñaba. Que la debilidad y la falta de sangre me habían sumido en el sopor profundo previo al final y que sufría alucinaciones.

Arthur.

Arthur frente a su padre, interponiéndose entre sus promesas de muerte y mi persona.

—Hijo mío —jadeó Bryen con algo semejante a la emoción contenida—. Todavía podemos conseguirlo. Estamos a tiempo de ser lo que estamos destinados a ser. Sangre de mi sangre. Acaba con ella.

Arthur no se movió. No se giró a mirarme, ni siquiera por encima del hombro. Se agachó, después de un tenso lapso y tomó en su mano derecha la estaca que yo le había arrancado del pecho.

¿Iba a clavármela?

Si decidía ser fiel a su apellido, a su progenitor, y atravesarme el corazón con aquella púa, no podría defenderme. Apenas si acertaba a meter aire en los pulmones, el pecho me burbujeaba como si estuviera hueco y lleno de monedas.

Mi pensamiento final fue para Soley, mi amado hijo.

Deseé que conservara la bondad que tanto su padre, el Arthur a quien yo conocía, no aquel ser recién resucitado que podía ser cualquier cosa, como yo, le habíamos inculcado. Y cuando Arthur buscó mis ojos con los suyos, rotundos y oscurecidos tal que una noche de tormenta en el mar, supe que todo había acabado.

Dejé caer los párpados, preguntándome cuán intenso sería el tormento que sentiría mientras la estaca me partía en dos el esternón y se me clavaba en el corazón.



Capítulo 61

Serena de Bravery

El largo estertor de agonía que me llegó al oído y, que no me pertenecía, me empujó a recuperar la consciencia. A salir a trompicones del limbo en el que había caído y volver a palpar la realidad.

Arthur de espaldas, erguido cuan alto era, majestuoso y mortífero. Y Bryen con la estaca enterrada en mitad del pecho, desencajado por la sorpresa, mirando la parte que sobresalía sin poder creérselo, mientras su carne se iba plagando de diminutas grietas, transformándose en piedra color ceniza.

Cayó al suelo como un fardo rígido, con un gran estruendo, al tiempo que Helena empleaba su última bala contra el vampiro que había lacerado la mayor parte de su cuerpo. Durante algo que olía igual que la eternidad, todos nos mantuvimos inmóviles, mudos, espantados, sin saber qué hacer a continuación.

Arthur fue el primero en reaccionar. Se arrodilló frente a mí, y con delicadeza, para no hacerme penar por mis lesiones, me abrazó entre lágrimas, me besó el cabello, la frente, las sienes, las mejillas… los labios.

Para volver al punto de partida y besarme de nuevo.

La desazón de la histeria no me permitía corresponder a sus gestos de cariño. Yo solo temblaba como una pluma a merced de un huracán. Y sollozaba. Sollozaba desde dentro, desde tan profundo,

que temí que mis órganos vitales se hicieran añicos y no ser capaz de recoger los pedazos para recomponerlos.

—Serena, Serena, mi vida. Mi amor… Serena, mi duquesa.

Me dejé acunar por los brazos de mi marido, cálidos y acogedores como los recordaba, y sin que el llanto aflojara, mi pulso se fue calmando y tras un rato interminable, fui capaz de rodearle el cuello con los brazos y repartirle la miríada de besos que atesoraba desde hacía meses, por todo el rostro.

Intercambié una veloz mirada con lady Helena, que con mucho esfuerzo había abandonado el suelo y reptaba hasta el rincón donde Betsy seguía convertida en un ovillo encogido. La revisó y me hizo una seña con la que pretendía tranquilizarme.

Entonces, la hoguera que llevaba aleteando en el vientre saltó por los aires.

Reventó y me insufló la energía que me faltaba para arrastrarme hasta el cuerpo inerte de Bryen Winley, causante de todas nuestras penas. Me coloqué delante y repasé con ojos agotados la estaca en su pecho.

—No quiero que vuelva a la vida. Jamás. No quiero que nadie pueda sacarla de su corazón y permitirle seguir haciendo el mal —balbuceé atropellada—. Tú eres su descendiente, quedarías maldito si derramaras su sangre, pero yo… yo no soy nadie.

—Serena…

—Nadie salvo la persona que va a arrancarte el corazón, condenado engendro perverso.

Formé una garra con los dedos y no me permití el lujo de pensarlo.

En algún recóndito recoveco de mi ser, yo seguía siendo esa muchachita timorata que llegó a Shadow Hall a desposarse con el prometido de su hermana mayor. Con la mano libre arranqué la estaca y la otra la hundí entre los huesos de Bryen hasta que mis yemas rozaron el bulto de su corazón.

Lo rodeé con saña y lo extraje de un solo movimiento, violento, vengativo y lleno de rabia. No era más que un pedazo de piedra, pero sin él, Bryen jamás volvería a la vida. Lo levanté, triunfante, por delante de mi cara.

—Volvamos a casa.

Sellamos el acceso a la tumba jurando olvidarla por el resto de nuestras longevas vidas.

Salimos a la calle y solicitamos la ayuda de las autoridades alegando que habíamos sido asaltados y robados por una banda de maleantes.

Un coche de alquiler que nos condujera a casa, médicos que atendieran la gravedad de nuestras heridas y la ilusión de una nueva oportunidad junto a mi otra mitad.

Fue todo cuanto necesitamos para sentirnos plenos y felices.

Y aquella noche, con Betsy y lady Helena en sus respectivas alcobas, recuperándose del maltrato soportado, Arthur y yo nos reencontramos como pareja en el mar inmenso de nuestro lecho.

Curiosamente, ninguno de los dos consideró necesario desprenderse de la ropa. Arthur llevaba unos pantalones de seda oscura holgados, el atlético torso al descubierto y su batín de seda azul penumbra. Yo, mi camisón de encajes, azul pálido. Nos abrazamos, nos arrullamos como dos pajaritos, sintiendo el rítmico cántico de los corazones bajo la piel y así nos mantuvimos un largo rato, sin hablar.

Instalados en un silencio cómodo del que extraer el aroma del otro, la fuerza de su presencia y su calidez. Por fin, fue Arthur el que con voz ronca rompió el encanto, su mano dibujando caricias sobre la curva de mi hombro.

—Pensé que te había perdido para siempre. Aquella noche… cuando nadie supo darme razón de tu destino, cuando entendí que habías desaparecido, fue como si me arrancaran el alma de cuajo.

Me pegué todavía más a él, algo que ya resultaba imposible.

—No me hicieron daño, salvo separarme de ti y de Soley. Y lo tuyo… —Le pasé la palma por la mejilla, mis dedos se enterraron entre sus mechones— ¿Cómo fue lo tuyo?

—Recibimos un mensaje anónimo asegurando que te tenían encerrada en la vieja cárcel de Marshalsea.

—¡Pero Arthur…!

—Lo sé, lo sé, no me lo digas, apestaba a trampa por todas partes, aunque ignorábamos quién te tenía, Serena. Podía ser mi padre, la Rosa Negra o cualquier otro. Tampoco nos habían hecho saber qué querían, no habían pedido un rescate, no habían impuesto condiciones. ¿Qué otra cosa podía hacer? No iba a dejar de intentarlo por temerario que pareciese. De haberme dicho que te tenían presa en la luna habría escalado de rodillas la montaña más alta.

—Y allí…

—Allí nos vimos metidos de lleno en una emboscada capitaneada por mi padre. Dispuesto a cobrarse su venganza. Después de un largo enfrentamiento y de muchas bajas por los dos bandos, le grité a Corset que se marchara. Estaba claro que aquello era entre Bryen y yo, los demás no iban a lograr nada quedándose, salvo perder la vida.

—¿No identificaste a nadie más conocido?

Arthur entrecerró los ojos, haciendo memoria.

—Por un momento me pareció ver…

—¿A lord St. Claire? —me adelanté poseída por el ansia.

El asintió con un cabeceo pensativo.

—Fue muy fugaz, solo un pestañeo. Quizá una ilusión. No vi que participara en la lucha. De hecho, no volví a verlo.

—Durante un tiempo lo acusé de tu muerte. Y quise borrarlo de la faz de la tierra. Sin embargo, me juró que esa noche no estuvo en Marshalsea. Y era cierto, yo fui testigo.

Capítulo 62

Serena de Bravery

—Pudo tratarse de un simple truco.

—¿Un truco?

—Colocarlo allí sin estar, hacer parecer que participaba estando a millas de distancia. Algo que solo una bruja poderosa puede conseguir. Y si me dices que mi padre tiene tratos con ellas…

De pronto, Arthur se revolvió sobre sí mismo y, sin dejar de cobijarme, cambió de postura para mirarme cara a cara en una obvia señal de advertencia.

—Esas mujeres son muy peligrosas, Serena. Mucho. Solo ellas saben lo que son capaces de hacer.

—Al parecer, han mostrado un interés malsano por lady Helena. Pidieron tomarla como pupila o algo por el estilo.

—Entonces podemos decir que la hija de Corset está fatalmente marcada. Debe vigilar sus espaldas y evitar cualquier sombra de relación con las Crowder. Hace años, padre tuvo una historia tempestuosa, un amorío con Seraphine, una de las hermanas. Por lo que sé, acabaron bastante mal.

—Remitiéndome a los hechos, no lo suficiente como para no sentarse a conspirar juntos.

—Ya. Son un enemigo temible.

—Valent St. Claire tiene como primer objetivo cortar todo lazo de dependencia con ellas. Bryen prácticamente entregó la logia a las

brujas.

—¿Por qué ese afán tuyo por una alianza?

—Salvará vidas, cariño. De otra manera, nos enzarzaremos en una matanza, una guerra sin fin que no conduce a nada porque, suponiendo que aniquilásemos a la Rosa Negra, otras facciones surgirían con el tiempo. El dinero y el poder despiertan el apetito. Los que no lo poseen no dejarán de intentarlo.

—Sin embargo, nuestras dos fuerzas unidas acapararían todo el mercado y nos harían invencibles —entendió Arthur, con una nueva luz en las pupilas.

—Exacto. Hay más que de sobra para repartir. No precisamos de un monopolio que cada año será más complicado de sostener.

Arthur esbozó una sonrisa, mirándome con una expresión de auténtica fascinación en el rostro.

—¿Cómo puede ser mi mujercita tan sagaz e inteligente? —Su dedo índice estirado resiguió el canal entre mis pechos— Querida mía, no te merezco.

—Bueno —respondí juguetona—, podrías empezar por acumular méritos donde mejor se te da, duque. Entre sábanas.

—Entre tus piernas.

—Eso también —reí recibiéndolo sobre mi cuerpo.

Me cubrió con su peso, trenzó sus dedos con los míos y tiró de mis brazos para colocármelos estirados por encima de la cabeza. Sin parar de besarme, devorándome la boca, los labios, la lengua.

Con una sed de meses convertida en ternura.

Mi querido esposo. Mi amante. Mi compañero de alma. Mi otra mitad.

Arthur mutó a dulzura su pasión de siempre. Esa noche sus besos fueron delicadas alas de mariposa recorriéndome el rostro, sellando mis párpados.

Las yemas de sus dedos viajaron por mi piel, de un extremo al otro de mi cuerpo. Desde el nacimiento del cabello suelto y desparramado sobre las almohadas hasta la punta de los pies. Con sedosa suavidad.

Con amor. Todo el amor del mundo.

Sin despegar los labios, únicamente con caricias, me confesó cuánto me amaba. Lo mucho que me había echado de menos. El borrón sin cuenta nueva en que se había convertido su existencia cuando me creyó perdida.

Y valiéndome de idéntica técnica, yo respondí que mis sentimientos eran suyos, mi razón de ser, mis despertares y mis vigilias, por entero, le pertenecían.

—El lobo… —susurré en un soplo casi inaudible, con su boca pegada al lóbulo de mi oreja, consiguiendo que se me erizara el vello con el toque de su aliento.

—Aunque mi cuerpo se encontrara en aquel ataúd, mi alma seguía libre y deseaba estar contigo. —Me besó con cuidado la punta de la nariz y se apoyó en el antebrazo y el codo para observarme con adoración—. Serena, esa parte de nuestra sangre que pertenece al universo de los lobos es inesperadamente poderosa. Me concedió la oportunidad de ocupar otro cuerpo para no abandonarte. Me permitió olfatear tu rastro por todo Londres hasta dar con el sitio donde te tenían prisionera. Fueron semanas buscando sin descanso.

Levanté una mano y enterré de nuevo los dedos en el mar denso de su pelo negro. Me bastó medio segundo para perderme en el azul cobalto de su mirada.

—Nunca me abandonaste.

—Nunca.

Capítulo 63

Arthur de Bravery

La sorpresa de los príncipes y los Maestres al verme aparecer en la Casa de Eglantine solo podía calificarse de mayúscula.

El júbilo de lord Corset, pese a que nuestra simpatía mutua no acabara de ser perfecta, genuino. Su recibimiento estuvo lleno de alegría y aspavientos.

Quizá era simple practicidad, le aliviaba mi presencia porque lidiar a solas con el excéntrico lord Ravenclaw era un trago difícil de superar.

El susodicho se acercó al trote, a marcarme las reverencias de rigor.

—¿Puedo decir, sin temor a pecar de agorero, que ya lo dábamos por perdido?

Sonreí con condescendencia.

—Y yo le responderé que lo entiendo. Que de encontrarme en su lugar habría deducido lo mismo. Y ahora, si son tan amables de tomar asiento, hay asuntos de relevancia que debemos discutir cuanto antes.

Ravenclaw frunció el ceño, disgustado.

—¿La duquesa nos acompaña por alguna causa concreta?

—Ah, sí mi esposa. —Me volteé en parte para señalarla, cómodamente sentada en mi trono carmesí, el que debía, por ley,

ocupar el primer príncipe—. Imagino que se preguntarán si damos por finalizado el período de regencia.

Ante lo obvio del planteamiento, ni los príncipes ni los Maestres se atrevieron a replicar.

—Bien. Pongo en su conocimiento que, de ahora en adelante, la duquesa ocupará un cargo honorario en este Consejo.

—Pero…

—Su punto de vista difiere marcadamente del nuestro. Como mujer, es sensible y protectora. Conciliadora y poco dada al belicismo. Me ha hecho entender que, en la mayor parte de las ocasiones, la declaración de guerra, los enfrentamientos y la fuerza bruta no son la salida más inteligente. Señores, si pretendemos sobrevivir y adaptarnos a los nuevos tiempos, no cabe duda de que la necesitamos.

Lo que se pintó en los rostros sorprendidos de todos era más escándalo que otra cosa. Seríamos vampiros, pero también éramos victorianos. Hombres vinculados a nuestra época. Y el papel de las mujeres todavía precisaría de años para gozar del respeto que merecían.

—Voy a someterlo a su escrutinio por pura deferencia, aunque quiero que sepan que el nombramiento ya está decidido y es firme. Será primera princesa de ahora en adelante, y no hay más que discutir.

La autoridad con la que se desenvolvía mi voz fue mi mejor ayuda. El apoyo para que nadie osara oponerse a lo que ya era un hecho consumado. El que Serena hubiera participado en las reuniones decisorias durante mi ausencia, los había ayudado a conocerla y a admirarla. Por mucho que recelasen, debían admitir su brillantez, su agudeza intelectual y su destreza a la hora de las alegaciones.

—Y una vez expuesto y aceptado el primer punto del orden del día, Su Alteza pasará a exponerles la estrategia de alianza futura con la Rosa Negra y la unión de ambas secciones en una sola Casa de gobierno, la casa de Eglantine… —Un murmullo exaltado se desató, como un conato de incendio, desde la fila de hombres pensantes, si bien, ninguno de ellos llegó a plantear inconvenientes

en voz alta—. Un cúmulo de soluciones para nuestros recientes desvelos que, sencillamente, les deleitará. Adelante, duquesa.

Capítulo 64

Valent St. Claire

—Se acabó el período de iniciación y las falsas identidades —canturreé feliz, jugueteando con mi bastón—. Volvemos a ser lord St. Claire y lady Helena a secas. Ya era hora.

Y eso era exactamente lo que parecíamos, una pareja de la alta sociedad, normal, a punto de prometerse, paseando por Hyde Park.

Doncella en funciones de carabina incluida.

—¿Acaso va a negar que disfrutó obligándome a vaciar sus orinales? —me reprochó Helena con la risa bailándole en las pupilas y los labios apretados.

Los deliciosos, los deseables, los apetitosos labios de la mujer que había terminado, muy a mi pesar, volviéndome loco.

—No solo obligándote a eso —la corregí—. Hubo muchas otras cosas.

Nada más pensar en ello, en el cuerpo suave, cálido y maleable de Helena retorciéndose de placer bajo el mío, en los largos gemidos de dulce agonía que solían escaparse de entre sus labios, se me ponía la entrepierna dura como el pedernal.

Ahora que con la vuelta de lord Bravery las cosas parecían haber retrocedido a una relativa normalidad, la había invitado a salir y la había visitado, en la misma Shadow Hall, en varias ocasiones. Y

cuando ella empezó a plantear su regreso a la mansión Corset, para conceder la necesaria intimidad a los duques de Bravery recién reunidos, yo decidí que debía avanzar un paso.

Un paso en el que no me había imaginado cayendo en mis casi doscientos años.

—Helena…

—¿Tomamos un té? —me cortó sin vacilar—. Tengo la impresión de que el tiempo ha refrescado.

Me mostré de acuerdo. Escogimos una coqueta *orangerie* rodeada de románticos sauces llorones, donde nos atendieron de inmediato.

—Helena, hay algo que debo decirte —alcé la mano derecha —, y esta vez no pienso permitir que me cortes en mitad del sermón.

Ella sonrió con picardía. Quizá ya supiera por dónde soplaba el viento. Puede que lo leyera en mis ojos empañados de emoción. En mis besos y en mi tacto, que se habían vuelto más tiernos y dedicados. Puede.

—Ven a vivir conmigo.

Ella desorbitó los expresivos ojos, escandalizada como correspondía a una señorita de su clase y posición.

—¿... Y sé mi amante? —completó la frase.

Retuve una sonrisa irónica.

—Ven a vivir conmigo… y sé mi amada. Para siempre.

Las pupilas de lady Helena soltaron un destello hipnótico que me cegó y me hizo desear estar en otro lugar mucho más privado, con mis manos en torno a su cintura y mis colmillos rasgando la fina piel de su cuello.

—Es… Milord, ¿es una propuesta de matrimonio?

—Bueno… —Fingí pensar—. Algunos clásicos la llamarían así.

—Sabrá que debe repetirla en presencia de mi padre.

—Por todos los infiernos. Nuestras relaciones no son, lo que se dice, óptimas.

—¿Ni siquiera tras firmar la tregua?

—Tu padre no apoyaba la tregua.

—Pero la ha firmado igualmente.

—Se ha visto obligado a firmarla, que no es lo mismo.

—Bueno, ¿va o no va a pedírselo?

Me acerqué a ella todo cuanto me permitían el recato y las buenas costumbres y un poco más. Con la mesita engalanada ejerciendo de parapeto separador.

—Se lo pediría al mismísimo Belcebú, si fuera menester.

—Pues más le vale hacerlo pronto.

—Le enviaré un mensaje y concertaremos una cita…

—Valent.

—Lo haré, tienes mi palabra. Lo haré mañana mismo si así lo deseas. —Observé su expresión impaciente y traté de traducirla— ¿Mejor hoy?

—Estoy encinta.

Sentí un pellizco imprevisto en las tripas. Consecuencia de una noticia que no esperaba. Helena bajó la cabeza, sonrojada hasta la raíz del cabello. De algún modo turbada, aunque dichosa.

—Me pregunto si las brujas lo sospechaban —susurró misteriosa.

—¿Por qué…?

—He investigado acerca de las hermanas Crowder. Si en Londres se mueve una obra de caridad, ellas están ahí, rezando y donando en primera fila. Lo más llamativo de todo es su filantrópica labor de protección de jóvenes madres solteras.

—¿Las toman bajo su tutela?

—Son discretas, extremadamente generosas y diligentes. Las muchachas se ponen bajo su amparo… y nunca más vuelve a saberse de ellas.

—¡Válgame el Averno!

—A Bryen le aseguraron que habían percibido en mí facultades útiles para la hechicería, pero ¿y si lo que buscaban era otra cosa? Algo muy distinto.

Se me erizó el vello de la nuca. Malditas mujeres. No.

No con mi mujer. No con mi hijo.

—Si osan acercarse a ti, voy a matarlas. Las despedazaré, las convertiré en cenizas después de pasarlas por un caldero.

La gentil mano enguantada de mi prometida se alargó y se posó en mi antebrazo. Sus extraños ojos del color de las violetas me iluminaron con un destello de felicidad.

—Sé que lo harás, amor. Confío en ti.



Capítulo 65

Kensington Hollow

—Sirve el té, Branwen —ordenó Enora con aire perezoso, recostada en su diván de terciopelo como un césar romano—¿Se puede saber dónde se mete Araminta? ¿Acaso sigue con Seraphine en el sótano?

—Con Seraphine y con la muchachita —puntualizó Fiona con una risa perversa—. Estuvimos a punto de no poder usarla, de haberse cumplido las ocho lunas...

—Cada vez llegan más avanzadas, cada vez más tarde. Malnacidas, puercas, sinvergüenzas. ¿Cómo se las apañan para esconder las barrigas?

—A medida que esta sociedad nuestra se descontrola, son más temerarias, y es cierto, debe de ser que encuentran más ayuda en su entorno para encubrir sus pecados.

Enora mostró su conformidad con un suave gruñido. Estiró el brazo hacia el plato de las pastas y se entretuvo un buen rato escogiendo su sabor preferido.

—Qué lastimosa desdicha haber perdido a la prometida de lord St. Claire —farfulló con el dulce elegido entre los dedos— ¡Cuánto poder no nos habría procurado la sangre de una bruja en ciernes y su hijo no nato!

—No se te ocurra mencionar el asunto frente a Araminta. Está furiosa, creo que hasta tiene pesadillas con el asunto del fracaso.

—Ahora esa mujer se ha convertido en una intocable. Lord St. Claire me provoca pavor.

—Comprensible, hermana. Es un vampiro antiguo y sanguinario. Podría hacernos desaparecer si se le antojara. Mejor lejos, hay otros campos que explorar.

—Ahora que lord Bravery… el antiguo lord Bravery —rectificó — ha desaparecido, dudo mucho que quieran seguir contando con nuestra colaboración.

—Retiraremos los conjuros que someten la voluntad de los trabajadores del puerto —masculló Fiona indignada—. Todo lo relacionado con el comercio del opio, los responsables y supervisores de los fumaderos…

Enora dibujó en el aire un floreo con la mano para indicar a su hermana que no siguiera por ese camino, que no la llevaría a ninguna parte.

—¡Ya no los necesitan! ¿Es que no te has enterado de que firmaron una maldita tregua? Ahora los mercados los comparten. Fiona, ¡abre los ojos! En lugar de pelear y destruirse entre sí, se protegen una facción a la otra.

Fiona arqueó las cejas con exageración. Dejó ir un suspiro que era más bien un lamento y se llevó a los labios su taza de fina porcelana.

—En fin, querida. Toda esta ridiculez de la nueva era no nos está haciendo ningún favor. Menos mal que nos quedan los poderes de la videncia, las desconsoladas viudas, la ignorancia de la gente…

—Y las obras de caridad, hermana. No olvides la importancia de las obras de caridad.

MIL GRACIAS por leerme. ¿Te ha gustado? Por favor, VALORA y RECOMIENDA la novela en AMAZON y en redes sociales. Sé la vocecita que me susurra: «lo que haces merece la pena».
Te lo pongo fácil con este QR:

RECUERDA que cada vez que leas una novela, si te ha gustado, l**o más importante, por favor, es dejar una VALORACIÓN** por estrellas / **COMENTARIO u OPINIÓN** (lo que prefieras) tanto en Amazon como en tus redes sociales**.**
Un gesto sencillo y rápido con el que apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la historia**.** Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo, y yo deseo seguir proporcionándote muchas horas de diversión**.**
¡¡GRACIAS!!

PRÓXIMA PUBLICACIÓN,
¡FINAL de SERIE!

«Calle de Madrid» IV
«TODAS LAS DAMAS NOBLES»

¡Resérvala en PREVENTA con DESCUENTO y paga cuando se publique!

Te regalo el capítulo 1

https://mybook.to/damasnobles



Empieza a leer…

El hogar del muchacho



—¿Tiene usted calor, señora marquesa? ¿Una limonada fresquita? ¿Y usted, señorita Beatriz? ¿Algo para alejar el bochorno? ¿No le apetece nada?

El hombre de las gafitas chasqueó los dedos en el aire. Un mozalbete apurado acudió al instante, a reverenciarlos.

—Un par de limonadas para las señoras. Estaremos en el invernadero.

—Sí, señor. Enseguida, señor.

—Por aquí, si son tan amables.

La marquesa de Bonagua y su hija siguieron los talones vivarachos del director del «Hogar del muchacho» en Lavapiés. Un hombre tan servicial como pesado, ya que la intención de las damas se reducía a entregar un donativo de buenas cristianas al orfanato, y el caballero se había empecinado en enseñarles las instalaciones al completo.

De un edificio que no parecía tener fin.

Con disimulo, la marquesa resopló intercambiando una mirada de resignación con su joven hija.

—Nuestra pretensión es que los chicos aprendan a hacer un poco de todo y conforme vayan saliendo del refugio, sean capaces de buscarse un oficio que les permita ganarse la vida. Desempeñar las más diversas labores es nuestro pan de cada día, hacen de carpinteros, de cocineros, cavan las huertas y limpian. ¿Sabían que cosechamos nuestras propias verduras?

—Increíble, don Jerónimo —musitó la marquesa con aire ausente.

—Y no solo eso. Entre nuestros muchachos contamos con varios jardineros muy prometedores.

—¡No me diga!

—Como lo oye, marquesa. A unos se les da bien una cosa, a otros otra. Como en la viña del señor.

—Diga usted que sí —repitió doña Eugenia en el mismo tono sarcástico.

Resultaba evidente que solo su hija era capaz de captar el hastío que flotaba en su voz. Al director, locuaz como una ametralladora encasquillada lanzando balas, hinchado de orgullo por el formidable engranaje que había conseguido montar en el «Hogar del muchacho» durante su mandato, responsable de que la entidad funcionara con una eficiencia rayana en lo perfecto, todo le parecía poco para entretener a su benefactora.

—Oh, aquí llegan las limonadas. Excelente.

El chicuelo que cargaba la bandeja se las apañó con bastante dignidad para sostenerla con los vasos encima, sin que se le volcaran, y hacer una reverencia, todo al mismo tiempo.

—Veo que también los forman como lacayos —observó la jovencita una vez se hubo marchado.

—Algo así, señorita Beatriz, algo así. Les falta refinamiento, es obvio, aunque todo se andará, ¿no le parece, marquesa? ¿Marquesa?

Doña Eugenia andaba distraída mirando para otro lado. Los ojillos de don Jerónimo siguieron la misma dirección, identificando el objeto de su curiosidad.

—Ah, ¿conocen ustedes por casualidad a doña Jacinta Martorell?

—De hecho, somos vecinas de la misma calle.

—Una dama respetable y encantadora, debo decir. Pertenece al selecto «Club de las damas nobles», ¿usted no forma parte de la asociación en cuestión? No, claro, doña Eugenia, no tiene usted edad para ingresar en «Las damas nobles». El club suele hacer importantes aportaciones a la caridad y la beneficencia.

—Imagino que este hogar se encuentra entre ellas.

—Acierta usted. Y más aún. Doña Jacinta y su prima… ¿conocen ustedes a su prima?

—¿Doña Fortunata? Vive justo enfrente, en la plaza del Rey.

—Pues ambas damas… —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro confidencial—. ¿Cuento con su absoluta discreción?

—¡Por Dios, don Jerónimo! —lo apabulló doña Eugenia ansiosa por conocer el chisme— ¡Eso ni se pregunta! ¡Por supuesto que sí!

—Doña Fortunata decidió tomar bajo su tutela a uno de nuestros muchachos mayores. Alexei. Tiene casi veinte años y no he visto joven más enclenque en lo que llevo de vida. Piel y huesos, ni un solo músculo destacable en ese cuerpecillo escuálido. Lo entiende todo, pero jamás ha pronunciado una sola letra, de lo que deducimos que debe de ser mudo. Debo admitir que el muchacho inspira compasión.

—¿Y doña Fortunata pretende…?

—Hacer de él su pupilo. No todo son malas noticias, el muchacho posee un rostro de singular belleza. Creemos que es de origen ruso. Algo exótico.

—¿Y qué pinta en todo eso nuestra vecina, doña Jacinta? —La marquesa la volvió a mirar, al fondo del invernadero, rodeada de plantas y flores, conversando animada con varios empleados del «Hogar del muchacho».

—Visto lo que su prima tenía en mente realizar, quiso emularla. —Suspiró afligido—. Tengo entendido que entre ambas damas revolotea una suerte de…

—¿Ánimo competitivo? —lo auxilió doña Eugenia.

—Exacto. Justo eso. Si me lo permiten, la señora Martorell no ha podido escoger peor.

Los ojos de la marquesa y de su hija se abrieron con asombro, demandando más información jugosa.

—Es por esto, y no por afán de expandir rumores, que me he permitido ponerlas al corriente de la historia. Juan, el joven seleccionado por doña Jacinta, pasó en la calle sus primeros años de vida. Todavía no entendemos cómo se las arregló para sobrevivir. Es algo que solo puede calificarse de milagroso.

—Desde luego que sí.

—El caso es que el infortunio lo llevó a perder un ojo. Y eso, unido a su tristísimo pasado, aunque aquí nadie lo tenga dichoso, lo convierten en el candidato ideal para la tutela de la señora. Parece que entre ella y su prima, las dos compiten por acoger al muchacho más desamparado y con menos opciones.

—No obstante, usted no recomienda a ese… mozo. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Juan. Señora marquesa, Juan es un alma resentida con el mundo, de la que es mejor alejarse. Llevo años diciendo que, si sale de aquí, será para parar con sus huesos en una celda o en el mismísimo cadalso.

—¿Ha puesto usted al tanto de semejantes talentos a la señora Martorell? —tartamudeó doña Eugenia, muy impresionada.

—Por descontado que sí. Sin embargo, la dama no atiende a razones. Se ha empeñado en reformarlo. Asegura que cuanto más difícil sea el caso, más brillarán sus resultados. Está decidida a machacar a su prima ante las componentes del club del que es presidenta.

—Podría… ¿doña Jacinta podría estar en peligro? —intervino Beatriz con evidente temor.

—¡Quién sabe! No me atrevería a decir tanto. Pese a ello, ciertamente me gustaría que se decantara por otro huérfano. Usted la conoce, son vecinas. Seguro que tiene en cuenta sus consejos. ¿No podría sugerirle…?

—Entonces sabrá que hemos estado hablando de ella. Con su carácter, no creo que le agrade demasiado.

—Inténtelo, señora marquesa, como quien no quiere la cosa. Yo ya no sé qué hacer para disuadirla.

Doña Eugenia se quedó mirando con disimulo a la robusta dama, de cerca de ochenta años, vestida con sobrado lujo, aunque íntegramente de negro. Viéndola conducirse con aquel poderío y sus evidentes dotes de mando, lograr desalentarla y que

cambiase de opinión, se le antojaba misión imposible.

CONTINUARÁ PARA TI, MUY PRONTO…

Y otro regalo que no esperabas…
¡EL CAPÍTULO 1 de la próxima entrega de los VAMPIROS VICTORIANOS!

Londres, 1862
BESS

—Muchacha. —Un tropezón—. ¡Ay, muchacha traviesa! ¡Ven aquí! —Un gorgoteo estúpido— ¡No juegues! ¿Por qué eres tan escurridiza…?

El tipo pegó un segundo traspiés, lo celebró con una risita tontorrona, y yo lo miré con una mezcla de impaciencia y repugnancia de la que él no podía, bajo ningún concepto y salvo que yo quisiera acabar muy mal, darse cuenta.

Siendo francos, estaba tan ebrio y tan ciego por culpa de la excitación, que no se habría percatado de haberme yo convertido en arenque delante mismo de sus narices. Pero nunca se sabe.

Una no seguía viva por falta de precauciones.

Otra vez trató de pescarme, sin demasiado éxito, y se encontró manoteando el aire vacío mientras yo

me escabullía hacia el otro extremo del cuarto, tan pequeño, que alejarme no suponía la menor garantía de seguridad.

—¿Cómo has dicho que te llamas, muchacha?

—No se lo he dicho, señor —canturreé—. Me llamo Anastasia. ¿A que le gusta?

—Anastasia —repitió medio en trance—. Bonito, muy bonito. Suena exótico y muy poco inglés. ¿De dónde vienes?

—De la Rusia ni más ni menos, señor. Bien lejos y bien frío.

Sin dejar de mirarlo con los ojos entrecerrados, como si de verdad quisiera seducirlo, empujé el escote medio abierto de mi blusa y dejé a la vista un hombro. Mi aspirante a cliente se puso bizco.

—¿Y usted, señor? ¿Cómo se llama usted? —Subí, provocadora, mi falda un par de pulgadas y, al ver mis tobillos, él se abalanzó en mi dirección como si yo fuera un tablón en un naufragio.

—Joe. Joe Cardigan. ¡Y por todos los infiernos! ¡Deja de moverte!

—No me muevo, señor, bailo.

—Pues para también con la danza. Me estoy mareando.

Como es de suponer, no le hice el menor caso. Justo de eso se trataba, de atontarlo lo más posible.

—¿Sabe que en Rusia solemos jugar a cosas muy divertidas cuando cae la noche? Eso sí, siempre en la intimidad de las alcobas.

—Ah, ¿Y piensas enseñarme esos juegos, niñita extranjera?

—Solo si me los paga debidamente.

Lanzó ambos brazos por delante, con la intención de agarrarme de la cintura y, aunque estuve tentada de dejarlo creer que lo lograría, me zafé con un gorjeo feliz en el último segundo.

—Si se imagina que son cualquier cosa, señor, se equivoca de pleno. Apuesto el servicio de esta noche a que jamás en toda su vida ha probado cosa igual.

Por un instante temí que se cayera redondo al suelo.

Tuvo suerte y pudo sostener su corpachón con una mano contra la pared cercana. Tenía muy mal color y el rostro perlado de sudor. Ya me había encargado yo de llenarle el buche con licor barato del más peleón, antes de quedarme a solas con él.

El pobre diablo apenas si se mantenía en pie.

—Estás diciendo… ¿Lo que creo que estás diciendo?

Volví a reír como una damisela remilgada, incitándolo con mis gestos.

—No sé, señor, no se me dan nada bien las palabras cultas, ¿qué es lo que cree haber

entendido?

Tres vueltas más a la habitación y se desplomaría como un fardo de los muelles.

—¿Tu servicio de esta noche me saldrá gratis si… si…?

—Si me da su palabra solemne de que nadie antes lo ha satisfecho como voy a satisfacerlo yo.

Nadie en su sano juicio se habría tragado semejante patraña. Quizá por eso, el tal Joe se la engulló enterita.

—¡Acepto el trato! —aplaudió eufórico.

Levanté el dedo índice estirado, muy en mi papel de jovencita repentinamente seria y responsible.

—Eso sí, tiene que hacerme caso en todo lo que le diga y hacer todo lo que le indique que haga.

Cardigan ya se estaba desabrochando la camisa arrugada a velocidad de vértigo y en sus pantalones, bajo la bragueta, un bulto sospechoso pegaba saltos como dotado de vida propia.

—Sin rechistar —añadí desviando la mirada en otra dirección menos desagradable y comprometida.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ansioso y a la pata coja, después de haberse desembarazado de un zapato.

—Túmbese en la cama, señor. Y déjeme hacer a mí.

Obedeció como un corderito, más contento que unas pascuas.

—¿Prometes que será placentero?

—Ni se lo imagina —ronroneé—. Y más me vale, que si no, no cobro.

Su entrepierna recompensó mi juramento falso con un doble salto mortal.

Saqué las cuerdas de mi bolsa arrumbada en un rincón, salté a la cama y me coloqué a horcajadas sobre el infeliz. Enseguida quiso manosearme las tetas, aunque le regañé como se regaña a un infante.

—¡*Chiss*! ¡Esos dedos quietos, caballero! Hasta que no dé comienzo el juego, no se toca.

Ante su total estupor, me dediqué a maniatarlo meticulosamente de pies y manos. Él se dejó hacer, con breves ramalazos de desconfianza. Hubo un momento en que me observó tan receloso que temí que se rebelara.

—Oye, muchacha…

—Anastasia —lo corregí con sequedad.

—Anastasia. ¿Esto es parte del juego?

—Por supuesto que sí, señor. La parte más importante. ¿Qué se piensa? ¿Que lo ato por simple aburrimiento? Aguarde, que viene lo mejor.

De entre mis voluminosos senos, inclinándome sobre Joe para que contemplase sin obstáculos la

mercancía, saqué un pañuelo de seda, grande, de color rojo sangre. El hombre se estaba relamiendo a la vista de mi escote, cuando lo usé para amordazarlo.

Se le abrieron dos ojos como dos lunas llenas y sospecho que empezaba a preguntarse si todo iba bien, entre las brumas del alcohol y la lujuria desatada, cuando yo estampé una palma contra la otra, satisfecha, y salté de sus caderas al suelo.

Joe se contorsionó en la cama, como una anguila, tratando en vano de liberarse y de gritar. No se oyeron más que graznidos ajetreados.

—¡Entra! —chillé sin quitarle ojo a mi víctima.

Mi hermana Mary entró como una exhalación al cuarto, y mientras Joe Cardigan maldecía y soltaba espumarajos por la boca, seguramente deseándonos la más sangrienta y penosa de las muertes, revolvimos su equipaje y lo desvalijamos de todo lo que tuviera algo de valor. Dinero, alguna joya, anillo o reloj, lo de siempre.

Hasta que dimos con aquello.

Mi hermana se limitó a abrir la caja que acababa de sacar de la bolsa de viaje, y a quedarse boquiabierta. Yo me eché encima, fisgoneé el interior, y extraje lo que parecía una bola de cristal en cuyo interior ardiera el fuego. Hasta parecía dueña de movimiento, con oleadas anaranjadas que

se ondulaban y cambiaban de forma en una suerte de baile hipnótico.

Desde la cama, Cardingan se retorció y gimoteó con más brío, si bien solo logró que los nudos se apretasen.

—¿Qué demonios…? —farfulló Mary.

Yo tampoco sabía lo que era.

Sin embargo, al punto fui capaz de distinguir las valiosas piedras preciosas engarzadas en la peana. Desde su cómoda celda con colchón, Joe luchaba ahora con más fiereza que nunca por soltarse. Jadeaba y los ojos parecían a punto de salírsele de las órbitas.

Necio.

A mí me había enseñado a hacer nudos un marinero curtido. De allí no lo sacaría más que otro marinero, y eso contando con bastante suerte.

A juzgar por su berrinche, el objeto debía de valer una fortuna.

—Vamonos, Bess —me susurró Mary apresurada —. Vámonos antes de que a alguien se le ocurra entrar.

Asentí, metí la extraña bola en mi viejo morral y Mary se encargó de los billetes y las monedas que encontramos, un pequeño reloj de bolsillo que parecía caro y poco más.

—Listas. —Me puse en pie—. Huyamos al galope, hermana.

Antes de salir por la puerta, le dediqué al desdichado Joe una mirada de despedida. Era como si la borrachera se le hubiese pasado de golpe y porrazo y ahora, en sus ojos desencajados, solo había odio.

Odio enredado con…

¿Miedo?

Más que miedo, auténtico pavor.

Y mientras nosotras abandonábamos la casa de huéspedes raudas y complacidas con el golpe, ocultando la cara para no ser identificadas con demasiada facilidad, a muchas calles de distancia, en la zona distinguida de la ciudad, las campanas doblaban y un conde llamado Valent St. Claire se desposaba con la única hija de otro conde, lord Corset, dando lugar a uno de los enlaces más importantes y esperados del año.

Claro que eso, a nosotras, un par de desharrapadas que a duras penas sobrevivían, nos importaba menos que si lloviznaba.

CONTINUARÁ PARA TI…


Sígueme en AMAZON. Para enterarte, la primera, de las ofertas y lanzamientos

OTRAS SERIES:
«LAS LADIES»

Amor, humor, pasión y aventuras en la Inglaterra de la Regencia.
6 mujeres más que atípicas.
Un entretenimiento insospechado.
6 caballeros a la altura.
6 sublimes historias de amor que todo lo puede.
PAPEL & DIGITAL

Serie «Las ladies» PAPEL



SERIE
«GUANTE DE SEDA»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos familiares en la Inglaterra de 1815

Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, mucho diálogo, lectura ágil, diversión asegurada.

Y las historias de los primos Spencer que quedan solteros.

¡¡Muy Bridgerton!!

PAPEL & DIGITAL

Serie «Guante de Seda»















GRATIS CON

Kindle Unlimited

SERIE
«CALLE DE MADRID»

Madrid centro, siglo XIX

Los vecinos de los suntuosos palacetes de la calle del Barquillo nos cuentan sus peripecias.



«VAMPIROS VICTORIANOS»

Vampiros y caballeros.
Mezclados con los humanos.
Invisibles, aunque poderosos.

«Seríamos vampiros, pero también éramos victorianos»



«CRÓNICAS DE LA CRIPTA»

Dark Romance, Suspense Romántico y novela contemporánea con un toque de Thriller paranormal.

Serie «Crónicas de la Cripta»



amazon **GRATIS CON** kindle unlimited

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo.
¡¡GRACIAS!!

Usa este código QR:

Agradecimientos

Llegué hasta aquí, triste y decepcionada. Por muchas cosas. Perdida la ilusión por escribir, algo que antes, que siempre, me había llenado el alma. En serio, os digo que pensé que jamás saldría de mi teclado una nueva historia. Pero uno de esos ángeles sin alas que andan rulando por la tierra, me agarró las mechas y me puso marcando el paso. Me enseñó que hay que ser fiel a la esencia con la que naciste, que todos los esfuerzos merecen la pena, que si había que derrumbar lo que construí por muchos años y empezar desde cero, ahí estaba su mano. Y la tomé, vaya si la tomé. Y no viviré lo suficiente como para agradecértelo, mi querida L. Marie.
Y a mis lectoras cero, algo más que mi agradecimiento. Todo mi amor. ¡¡Formamos un pedazo de equipo!! Siempre juntas, chicas, hasta las tantas de la mañana, que sarna con gusto no pica.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer los romances históricos de Seren Stark de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.
Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases una valoración, comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores, supone un apoyo vital. De nuevo gracias.

Acerca de la autora:

Aunque tod@s me llaman Seren, y me encanta, Serendipia es y ha sido siempre, una de mis palabras favoritas. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la feliz magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.
Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales? Quedas advertida, te vas a divertir.

INSTAGRAM: @seren.stark.escritora
FACEBOOK: Serendipia Escritora
TIKTOK: @serenstark.escritora
YOUTUBE: Mota Rosa Channel
PODCAST Spotify: Mota Rosa Enamorada